



LAURA SANZ

LA CULPA DE

TILL

TE QUIERO

LA CULPA DE

TILL

Te quiero

Laura Sanz

LA CULPA DE TILL

Te quiero

© 2018 Laura Sanz

Diseño de portada China Yanly

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Para

Paco, Angy, Fely, Mayte, Maribel, Nerea y

Amaya, que me prestó su nombre.

“My good opinion once lost is lost forever.”

Jane Austen — *Pride and Prejudice*

Índice de contenido

Prólogo

PRIMER ENCUENTRO

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

SEGUNDO ENCUENTRO

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

TERCER ENCUENTRO

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiséis

Capítulo Veintisiete

Capítulo Veintiocho

Capítulo Veintinueve

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y uno](#)

[Capítulo Treinta y dos](#)

[Capítulo Treinta y tres](#)

[CUARTO ENCUENTRO](#)

[Capítulo Treinta y cuatro](#)

[Capítulo Treinta y cinco](#)

[Capítulo Treinta y seis](#)

[Capítulo Treinta y siete](#)

[Capítulo Treinta y ocho](#)

[Capítulo Treinta y nueve](#)

[Capítulo Cuarenta](#)

[QUINTO ENCUENTRO](#)

[Capítulo Cuarenta y uno](#)

[Capítulo Cuarenta y dos](#)

[Capítulo Cuarenta y tres](#)

[Capítulo Cuarenta y cuatro](#)

[Epílogo](#)

[Palabras y expresiones en otros idiomas](#)

[Canciones](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

Se levantó de la silla giratoria y se estiró tratando de desentumecer los músculos. Llevaba varias horas en la misma posición y la espalda le estaba matando. Se acercó a la ventana y contempló el exterior con una mueca desencantada. Llovía. Como todos los días desde hacía una semana. Posó los ojos sobre el cielo grisáceo. Tampoco parecía que fuese a dejar de hacerlo en las próximas horas. Dejó escapar un suspiro. Ese tiempo le tornaba triste y melancólico. Con la mirada perdida en el pequeño y embarrado parterre que rodeaba el edificio, pensó en otro cielo, uno más azul y más luminoso, uno que llevaba años sin ver.

Lo echaba de menos.

Trató de ahuyentar de su mente las imágenes de una playa de cantos blancos rodados y se pasó las manos por el pelo, echándoselo hacia atrás. Se lo sujetó en la nuca con la mano izquierda y con los dientes agarró la goma negra que llevaba en la otra muñeca para hacerse una coleta.

En ese instante, la música comenzó a sonar en la habitación de al lado a un volumen más alto de lo permitido a esas horas en la residencia. Era una canción de Kylie Minogue por lo que estaba claro que la que había llegado era Antje. Su compañero de cuarto, Silvio, jamás hubiese seleccionado esa música. Él era más de bachata.

Vaciló. Tenía un examen al día siguiente y con el ruido no iba a poder seguir estudiando. Por otro lado, llevaba todo el día encerrado, repasando el temario de la asignatura que ya se sabía de memoria. No era de sus materias favoritas, Farmacología Clínica, pero el examen no era de desarrollo, era tipo test de cien preguntas. Y él era bueno en esa clase de ejercicios. En realidad, era bueno en toda clase de ejercicios, pensó con ligero sarcasmo. Se estaba dejando la piel para sacarse la carrera. Estaba en su noveno semestre; ya solo le quedaba el décimo: el *Blockpraktikum* y los dos semestres finales de prácticas. En apenas dos años habría terminado Medicina. Y luego solo tendría que decidir la especialización. Sí, todo iba sobre ruedas.

Todo.

La canción de Kylie Minogue dio paso a una antigua canción de Katy Perry y los recuerdos que antes había tratado de espantar le asaltaron. ¡Joder! Era una de las canciones que habían sonado entonces...

Cerró los ojos y se mordió la cara interna de la mejilla con fuerza, hasta que el dolor físico superó al que sentía dentro cada vez que recordaba todo lo que había sucedido. Meneó la cabeza con energía no queriendo evocar las imágenes del último verano que pasó con sus hermanos.

El verano en el que les había jodido la vida a todos.

Scheiss Song!

Se dio la vuelta, exasperado y con los puños apretados, dispuesto a ir a la habitación de al lado y decirle —no, *exigirle*— a Antje que apagase el aparato de música, pero cuando estaba a punto de asir el picaporte y abrir la puerta con violencia, se detuvo de repente.

Una familiar sensación de vergüenza le invadió.

«¿Qué narices le vas a decir a Antje? ¿Quita la música porque Katy Perry me trae malos recuerdos de cuando destrocé a mi familia? Patético, Till», se dijo, dejando caer la cabeza hacia delante y hundiendo los hombros.

—Sí, Till. Patético —murmuró en voz alta, alejándose de la puerta y dirigiéndose a la cama. Se tumbó sin molestarse en quitarse las zapatillas.

Habían pasado cuatro años ya, y ni sus hermanos ni Eli ni su madre ni su padre —al que había acudido cuando las cosas se fueron a la mierda— le guardaban ningún rencor. Todos le habían perdonado.

Todos, excepto él mismo.

Y ni siquiera sabía si algún día podría hacerlo...

Giró la cabeza y fijó la mirada sobre la mesa en la que se encontraban los apuntes que había estado repasando antes. Otra asignatura más que, con toda seguridad, aprobaría con una buena nota. Otra más de muchas. A veces se le desdibujaban unas con otras: Anatomía, Ortopedia, Cirugía, Reumatología Clínica e Inmunología, Biometría Médica, Microbiología... Todas diferentes y todas tenían algo en común: no le interesaban una mierda.

Él no quería ser médico.

Cuando llegó a Hamburgo huyendo de sí mismo y de todos los errores

que había cometido, se había apuntado al programa de ludópatas anónimos y se había volcado en la carrera, prometiéndose que nunca más haría algo que decepcionase a su familia, que se convertiría en alguien de quien pudiesen estar orgullosos, que expiaría sus pecados...

Pero algunos pecados eran imposibles de expiar.

Lo de continuar estudiando Medicina había sido lo lógico. Ya en España había hecho hasta segundo antes de dejarlo, así que lo más razonable fue matricularse en la misma carrera. Al principio había vivido con su padre, pero pronto se había dado cuenta de que la convivencia era complicada y se había mudado a una residencia de estudiantes más cercana a la facultad, donde residía ahora. Se había esforzado por seguir adelante con el camino que él mismo se había marcado, continuando con su terapia, sin salirse de la línea, sin desviarse ni un milímetro, pero cuanto más tiempo pasaba, más difícil le resultaba mantenerse cuerdo, viviendo una vida que no era la que deseaba. Y aunque de algún modo sentía que se lo debía a su familia, a veces tenía la sensación de que le faltaba el aire, de que se ahogaba...

Como en ese momento.

La canción de Katy Perry llegó a su fin y resopló, aliviado.

«Solo es una estúpida canción», se dijo. «Nada más». Pero una mueca de amargura desfiguró sus facciones.

En ese instante, el equipo de música de Antje escupió una antigua canción de Die Fantastischen Vier, un grupo alemán de Hip Hop. ¡Joder! No había vuelto a escucharla desde que era un crío. Recordaba a sus dos hermanos cantándola, mientras él iba detrás de ellos esforzándose por imitarlos. El puñetero estribillo le llevó de regreso al pasado. A aquel día en el sótano de su casa, cuando habían celebrado que Jan se había coronado campeón regional de MMA. Habían terminado subidos a una mesa, cantando de manera desafinada. Lo recordaba perfectamente, como si hubiese sucedido hacía solo unos días.

—Déjame verlo, Jan, déjame que lo toque —le había insistido a su hermano por enésima vez, señalando el cinturón.

Jan se había reído y se lo había tendido.

Él lo había cogido con reverencia y lo había admirado durante largo rato. Era muy ancho y pesaba mucho, más de cuatro kilos. La enorme hebilla

metálica llevaba un puño troquelado y las letras CHAMPION debajo. Trató de ponérselo en torno a la cintura, pero era demasiado grande y se le escurrió hacia las caderas.

—Todavía tienes que ensanchar un poco más —le había dicho Cas, acercándose.

—¿Tú crees que yo podré ganar uno como estos?

—Pues claro —había intervenido Jan, alborotándole el pelo—. Solo tienes que entrenar mucho y en un par de años me derrotarás.

—Sí, claro —había resoplado con escepticismo. Sus hermanos mayores eran altos y fuertes, y él siempre se sentía pequeño y torpe a su lado.

—Eh, pues claro que sí —había dicho Cas, dándole una palmada en la espalda.

—Golpéame. —Jan se había situado frente a él, señalándose el estómago—. Vamos, Till, pega fuerte.

Till se había quitado el pesado cinturón y se lo había dado a Cas, después, con una expresión de profunda concentración en la cara, se había enfrentado a su hermano mayor. Colocando el puño exactamente como Jan le había explicado, había cogido impulso con el brazo y lo había estrellado contra el estómago de su hermano. Había sido como golpear un muro de cemento. La mano se le había quedado entumecida.

—¡Dios mío! —había gritado Jan, dejándose caer al suelo con el rostro contraído por un fingido dolor—. Till, puño de acero, acaba de destrozarme. Nunca más podré volver a competir...

A Till le había entrado la risa. Sus hermanos siempre estaban de broma.

Entonces, en la televisión había comenzado a sonar la canción que estaba arrasando ese año, Die Da de Die Fantastischen Vier, y Cas se había subido a la mesa. Jan también lo había hecho, y entre los dos habían tirado de él y le habían colocado en el centro. Habían cantado a voz en grito.

Los había mirado con adoración... Él, de mayor, quería ser como ellos...

Gott!

Se llevó las manos a la cara y gimió. Un horrible sentimiento de culpa, pesado, amargo y profundo, le atenazó la garganta. Se incorporó con brusquedad y se dirigió a la mesa, se sentó en la silla giratoria y cogió un lápiz. Comenzó a dar pequeños golpecitos con él sobre el cuaderno mientras miraba los apuntes, absorto. La punta del lápiz golpeaba la hoja una y otra vez.

Las preguntas plasmadas sobre el papel comenzaron a desdibujarse. Las palabras se deformaron y unas letras se agolparon con otras. Empezó a sentir una singular opresión en el pecho.

«¿Qué estás haciendo con tu vida, Till?», le pareció escuchar una voz dentro de su cabeza. «¿Qué cojones estás haciendo?», volvió a repetir la misma voz con más insistencia.

Hacía ya más de un año que había dejado de acudir a las reuniones de ludópatas anónimos y no había vuelto a sentir esa ansiedad que le provocaba pensar en apostar, pero últimamente un nuevo y desconocido desasosiego le sacudía por dentro, de vez en cuando.

El lápiz percutía contra el papel cada vez con mayor rapidez, creando un extraño dibujo gris sobre la pregunta número seis, ¿o era la cinco?

«Este no eres tú».

Un golpe y otro golpe.

«Tienes que hacer algo con tu vida. Tienes que tomar una decisión».

El lápiz había adquirido una velocidad meteórica y, al cabo de unos segundos, el dibujo sobre la hoja se hizo tan profundo que el papel comenzó a rasgarse.

«No puedes seguir así, Till. Te estás ahogando».

La opresión en el pecho se hizo más grande.

De repente alguien desconectó el aparato de música en la habitación de al lado, convirtiendo el ruido en un silencio sepulcral. Un silencio que le explotó en los tímpanos. El sonido del lápiz golpeando el papel y su respiración acelerada se transformaron en algo ensordecedor... estruendoso.

—¡No puedo más! —gruñó con voz ronca.

Se levantó como impelido por un resorte y tiró todo el contenido de la mesa al suelo, barriéndolo con los brazos. Libros, cuadernos, bolígrafos,

rotuladores, *post-its*, grapadora, agenda, un vaso y la lámpara. Todo cayó sobre la moqueta gris.

—¡Se terminó! —farfulló con la respiración entrecortada—. Se terminó...

Acababa de comprender que era más fácil aceptarse a uno mismo que pretender ser alguien que no era.

PRIMER ENCUENTRO

Capítulo Uno

Todavía era de noche cuando llegaron al puerto de Grunnfarnes. El trayecto hasta allí desde Finnsnes, el pueblecito pesquero donde vivían, les había llevado hora y media por una carretera helada y llena de curvas. No amanecería hasta pasadas un par de horas. Estaba nevando y la temperatura había descendido hasta los diez grados bajo cero, pero un viento gélido arreciaba con fuerza, por lo que la sensación térmica sería de unos menos diecisiete. Dejaron la furgoneta aparcada a solo unos metros de donde el *Ebba* se hallaba amarrado al muelle y se dispusieron a comenzar su día de faena.

Como todas las madrugadas, Till baldeó la cubierta y su tío Gunnar organizó los cajones de almacenaje en la bodega. Una vez listos, soltaron amarras y pusieron rumbo al norte. Gunnar tomó asiento en la pequeña cabina de la embarcación sin perder de vista el GPS, y Till bajó al saloncito de proa a preparar café en el hornillo. Se agradecía tener algo caliente en el estómago. Al cabo de unos minutos, ambos tomaban el brebaje negro y fuerte sin azúcar, en silencio, mientras el barquito se bamboleaba a causa del desapacible oleaje. Su destino, un banco de *skrei*, estaba a unas ocho millas náuticas de distancia. Tardarían algo más de una hora en llegar hasta allí.

Till se llevó la humeante taza de café a los labios y miró a su tío de reojo. Era el hermano pequeño de su madre, aun así y debido a como se ganaba la vida, aparentaba muchos más años de los sesenta que tenía. Su rostro estaba agrietado y curtido por las inclemencias del tiempo y sus ojos azules habían perdido ya el brillo de la juventud. A pesar de todo eso, se notaba que amaba su trabajo. Durante unos años había tenido una tienda de ultramarinos, pero la cerró para volver al mar, *a su casa*, como siempre decía. Se encontraba más a gusto en un zozobranante barco que en tierra firme.

Sus manos manejaban el timón con firmeza, y Till las contempló con detenimiento durante unos segundos. Eran fuertes y estaban llenas de callos y de antiguos cortes. Bajó la mirada y estudió las suyas, que también estaban encallecidas; la derecha mostraba una larga y profunda cicatriz en el dorso,

recuerdo de su primer intento de manejar el afilado machete, cosa que ahora hacía con gran pericia.

Llevaba ya tres temporadas trabajando en la pesca del bacalao *skrei* y había decidido que esa iba a ser la última. Estaban a finales de abril y la temporada estaba a punto de finalizar. Una semana más y el *Ebba* no volvería a salir hasta septiembre, cuando llegase la época del fletán. Pero entonces él ya no estaría allí. Después de tantos años ausente, había decidido volver a la civilización. A largo plazo, la dura vida de los pescadores del norte de Noruega no era para él. Esa etapa había acabado. Su tío ya lo sabía. Lo habían discutido hacía semanas y, en breve, Elías, un chaval del pueblo, ocuparía su lugar. No había resultado fácil encontrar a alguien que quisiese hacerlo; la gente joven ya no quería dedicarse a la pesca del *skrei*.

Cuando Till se presentó en casa de su tío Gunnar, hacía ya tres inviernos, este le había recibido como si se tratase del hijo pródigo. Su socio, Trond, acababa de jubilarse, y andaba buscando a alguien que le ayudase en su barco. Así que aprovechó que su sobrino venía huyendo del mundo y, sin hacer demasiadas preguntas, le convirtió en su ayudante.

Esa primera temporada Till descubrió lo que era trabajar duro de verdad. Se levantaban a las tres y media de la mañana y comenzaban a faenar a las cinco, en plena noche. Pasaban la mañana pescando bacalao con redes, luego lo degollaban y almacenaban en las bodegas hasta que a mediodía regresaban al puerto y lo entregaban en la planta procesadora. Un día sí y otro también, durante cuatro meses, hasta que acababa la temporada. El resto del año se dedicaban a la pesca del abadejo y del fletán, pero lo verdaderamente duro tenía lugar entre enero y abril.

Después de haber dejado la carrera, se había sentido perdido y liberado al mismo tiempo. Había llegado a Noruega sin saber muy bien qué hacer con su vida, pero siendo consciente de que tenía que alejarse de todo. Esos años trabajando junto a su tío habían sido lo que había necesitado. Se había encontrado a sí mismo o al menos encontró algo de paz.

—¿Dónde vas a ir? —La ronca voz de su tío le sacó de sus cavilaciones. Era parco en palabras y no solía hablar mucho, pero cuando lo hacía iba directo al grano.

—He contactado con una amiga que tiene un proyecto de negocio —
repuso.

Gunnar no dijo nada. Sin apartar la mirada del mar, esperó pacientemente a que Till siguiese hablando.

—Quiere montar una escuela de surf en Baja y ha pensado en mí como instructor.

—¿Baja? —gruñó el otro.

—En México, en Baja California.

Por espacio de unos minutos ninguno dijo nada. El silencio solo se veía interrumpido por el ruido del motor de gasoil y el golpeteo de las olas contra el casco de hierro del barco. El viento parecía haber amainado.

—México... allí hará calor... —comentó Gunnar.

Till no contestó. Tampoco creía que su tío esperase una respuesta. Cogió ambas tazas, ya vacías, y se dirigió al pequeño fregadero a enjuagarlas. Después las guardó en la alacena debajo de la pila. Regresó y se situó al lado del timón. La claridad del amanecer comenzaba a mostrarse a su derecha. En poco tiempo sería de día.

—Esa chica..., ¿la conoces bien?

Por un momento Till no supo a qué chica se refería, pero rápidamente cayó en la cuenta.

—Ni bien ni mal. Fuimos juntos al instituto y luego hemos mantenido el contacto a través de las redes sociales.

Gunnar resopló.

Till trató de ocultar una sonrisa. Su tío despreciaba todo lo que tuviese que ver con ordenadores.

Se reclinó contra la consola y con la mirada perdida en el todavía oscuro horizonte, pensó en Amaya y en que hacía más de siete años que no la veía. Habían sido buenos amigos entonces. Ella tenía familia en Alemania y eso los había acercado. Pero las cosas se habían enfriado cuando él comenzó a relacionarse con quién no debía. Aun así, como le había dicho a su tío, desde que se había marchado de España, hablaban regularmente a través de Facebook y Twitter. No había semana que no lo hicieran. Y lo de asociarse había surgido de manera casual. Ella le había mencionado sus planes de hacerse cargo de una pequeña escuela de surf en Baja, propiedad de unos amigos que deseaban retirarse. Cuando Till, bromeando, le había dicho que podía contar con él en cualquier momento, que —a pesar de estar algo

desentrenado— su título de monitor de surf seguía vigente, le había tomado la palabra.

Sonrió para sus adentros. Al principio no lo había considerado en serio, pero a medida que iban hablando más sobre el tema, había comenzado a ilusionarse. ¿Por qué no?, se preguntó. Tenía dinero ahorrado. La pesca del *skrei* reportaba unos buenos ingresos y hasta el momento no había encontrado en qué gastarlos. Así que habían llegado al acuerdo de ir a partes iguales en el negocio.

En un par de meses cambiaría las gélidas aguas del mar de Noruega por otras más cálidas del océano Pacífico.

Estaba impaciente.

Gunnar le hizo un gesto silencioso. Habían llegado a su destino. Till fue a buscar los trajes de aguas y su tío puso el motor en punto muerto y dejó la nave al paio, cosa nada fácil debido a las corrientes de la zona. Se enfundaron los trajes y soltaron las redes en el primer lance de la jornada.

El arduo proceso de todas las mañanas comenzaba.

El ruido del renqueante motor del molinete mientras subía la red y los bacalaos enganchados en ella de uno en uno se imponía sobre el de las olas que rompían contra el casco. Algunos medían más de un metro y llegaban a pesar más de quince kilos. Till y Gunnar los liberaban de las redes, los degollaban con precisión y rapidez y los arrojaban a la pila llena de agua salada. Al cabo de un rato, el agua se había teñido de un color rojo oscuro y el fuerte olor a sangre flotaba pesado sobre ellos. Ambos permanecían en silencio, entregados a su trabajo, mientras el frío intenso los envolvía y la llovizna los empapaba. El amanecer bañaba la cubierta del barco, compitiendo con los potentes focos que hasta ese momento habían iluminado la escena. Cuando las pilas se llenaban de peces agonizantes, había que llevarlas a la bodega y hacer el traslado a los cajones de almacenaje. Y vuelta a empezar. Durante horas.

El *Ebba* tenía licencia para pescar hasta las ocho de la tarde, pero un par de horas después del mediodía, satisfechos y con las bodegas llenas, decidieron volver a puerto. Mientras Gunnar maniobraba el barco, Till se entretenía en echarles a las gaviotas los restos de pescado que habían quedado en cubierta. Las observó pelearse por los trozos que les arrojaba. Una cierta nostalgia le invadió. A pesar de la dureza del trabajo, iba a echar

de menos esa vida, esa libertad que sentía cuando estaba en el barco... Pero *skrei* significaba nómada. Y así como el bacalao, que ahora llevaban en su bodega, había recorrido más de mil kilómetros para llegar hasta allí, él también tenía que marcharse y seguir adelante. Lo necesitaba.

Los cambios siempre eran buenos.

La cuadrilla de la planta procesadora los estaba esperando en el puerto para descargar la mercancía. Intercambiaron unas bromas y después, mientras Gunnar trataba con ellos, él se acercó a la furgoneta a buscar su móvil. Amaya había quedado en llamarle para contarle cómo iban las negociaciones del traspaso con los dueños del local.

Tenía una llamada perdida, pero no era de Amaya, era de su hermano. Le había intentado localizar hacía solo una media hora.

Apoyó la cadera contra la puerta del vehículo y jugueteó indeciso con el aparato. Hacía dos meses que no hablaba con Cas, y la última conversación había transcurrido como siempre, se habían limitado a hablar de temas superficiales y banales. Había sido incómoda y demasiado larga, al menos para él.

Su hermano seguía intentando poner de su parte y se esforzaba por mantener viva una relación que realmente... estaba muerta.

Había muerto hacía siete años.

Cerró los ojos con fuerza y tragó saliva. ¿Qué podía querer ahora?

Le devolvió la llamada. Era la única forma de salir de dudas, ¿no?

—Hola, Till. —La voz al otro lado del teléfono era jovial, como siempre.

—Hola, Cas —respondió de manera bastante más moderada—. Tengo una llamada perdida tuya.

—Sí. No tenía muy claro tu horario de faena, pero pensé que me llamarías cuando la vieras. ¿Cómo andas?

La conversación era absurda y Till apretó los labios, impaciente.

—Pues te puedes suponer. Bien —repuso, tajante.

Hubo un embarazoso silencio al otro lado de la línea, como si su hermano no supiese muy bien cómo abordar lo que tenía que decirle.

—Me caso —soltó al final.

—Enhorabuena.

—Queremos que vengas a la boda.

«¡No!», pensó.

—Es en tres semanas. Contamos contigo.

—Estoy bastante ocupado... —Se llevó una mano a la frente.

—La temporada de pesca acaba en unos días —le interrumpió Cas con dureza—. ¿Qué otros planes tienes?

Vaciló. Trató de encontrar alguna excusa que sonase verosímil. Pero no había ninguna. Lo de México se iba a posponer hasta después del verano, así que estaba disponible y, probablemente, su hermano lo sabía. Era exasperante, parecía estar siempre al tanto de todo.

—Llevamos siete años sin vernos. —El tono de voz de Cas se convirtió en algo parecido a un susurro cargado de amargura—. Ni siquiera conoces a tu sobrina. Mejor dicho, a *tus* sobrinas.

Till agarró el teléfono con fuerza. Ese ahogo que le provocaban los sentimientos de culpabilidad cada vez que pensaba en su familia volvía a oprimirle la garganta y a hacer que le sudasen las manos.

Esa vergüenza...

—¿Sigues recriminándote por lo que pasó?

La pregunta le cayó como un cubo de agua helada sobre la cabeza.

—Envíame un email con la fecha exacta. Estaré allí —masculló entre dientes. Necesitaba colgar.

—Till...

—¡He dicho que estaré allí! —casi gritó.

Y después cortó la llamada con violencia. Arrojó el móvil sobre el asiento del conductor y apoyó las manos en el techo de la furgoneta. La temperatura del helado metal le traspasó hasta los huesos, pero no se molestó en sacar los guantes de los bolsillos. Los copos de nieve caían con suavidad, derritiéndose cuando tocaban el suelo y convirtiéndose en agua sucia al contacto con la tierra y el asfalto.

Dejó pasear la mirada por el puerto. Al otro lado de la planta procesadora, al fondo, los secaderos de bacalao adornaban el agreste paisaje

del pueblo. Miles y miles de piezas descabezadas colgaban a la intemperie, expuestas a los elementos.

Grotesca estampa...

Llevaba muchos años huyendo. Cuatro de ellos los había pasado enterrando la cabeza entre libros, fingiendo ser alguien que no era, y los otros tres, buscándose a sí mismo y tratando de olvidar el pasado y la culpa.

La vida acababa de retornarle al punto de partida.

Al parecer, del pasado no se podía huir. Este siempre te encontraba.

Capítulo Dos

—¿Puede alguien coger el teléfono? —vociferó.

Era desesperante. Llevaba sonando más de cinco minutos y nadie había sido capaz de responder a la llamada.

—¡Por fin! —resopló cuando el aparato dejó de sonar.

Se agachó y abrió el precinto de la última caja con un cúter. Inspeccionó el contenido y contó las unidades. Todo correcto. Tomó la *tablet* de la estantería y lo anotó. Una sonrisa satisfecha curvó sus labios. Estaba encantada con ese pedido. Casi de casualidad había descubierto al diseñador valenciano que a partir de ahora les iba a suministrar cinturones y zapatos.

—Es para ti. —La voz de Martina desde la puerta le hizo girar la cabeza—. Es tu amiga Eli.

Tana frunció el ceño. ¿Eli? ¿Por qué la llamaba a la tienda y no a su móvil? Abandonó la trastienda y se dirigió a su oficina para atender allí la llamada.

—Hola, extraña —saludó llevándose el auricular a la oreja.

Cogió el móvil, que había dejado antes sobre la mesa, y vio una lucecita blanca parpadeante que anunciaba la entrada de una llamada perdida. Lo desbloqueó. Lo tenía en silencio.

—Hola, Tana. He intentado localizarte en el móvil y no lo cogías.

—Lo puse anoche en silencio para no tener que aguantar a Óscar y se me olvidó conectarlo.

—¿Óscar? —La voz de Eli sonó divertida—. Pero ¿todavía sigue por ahí?

—Es que hay hombres que no entienden un no por respuesta —respondió con desdén.

Se había acostado con él una vez hacía un par de semanas y, desde entonces, no paraba de acosarla con mensajes y llamadas a todas horas; y eso

que ella había sido muy clara desde el primer momento: solo quería sexo ocasional.

—Es que eres una Mata Hari —se rio Eli.

—Matar, eso es lo que me gustaría hacer con él —exclamó con irritación.

—Bueno, no te exaltes. Te llamo para darte buenas noticias.

—Espero que sea algo bueno de verdad, como que Cas ha sentado la cabeza por fin y ha decidido hacer de ti una mujer decente, pidiéndote matrimonio —bromeó.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Y Tana, que había estado a punto de echarse a reír, abrió los ojos sorprendida.

—¿En serio? ¿En serio es eso?

—Desde luego... No se te puede sorprender con nada —dijo Eli con reproche.

—¡Ay, por favor, estoy encantada! —canturreó, feliz.

Su amiga y Cas estaban hechos el uno para el otro; ya llevaban muchos años de relación y tenían una hija en común. Con lo tradicional que era Eli, lo raro era que no se hubiesen casado antes.

—Nosotros también —respondió Eli—. Ha sido todo un poco precipitado, ya sabes cómo es Cas. Lo hablamos la semana pasada y ya ha conseguido fecha para dentro de tres semanas. Apenas si voy a tener tiempo de preparar una boda en condiciones. Hemos pensado hacer una ceremonia en la playa, en el chalet de Pep.

—¿Necesitas ayuda? ¿Tienes traje? Porque tengo un modelo espectacular que te podría ir como anillo al dedo para una celebración playera. —Tana comenzó a pasar revista mental a todas sus existencias.

—La verdad, por eso te llamaba también —confesó—. Sí, necesito ayuda. Yo estoy desbordada con Sira y más ahora que ha empezado a andar y no para quieta. Me hubiese gustado ir a Madrid a buscar un vestido adecuado, pero no va a poder ser.

—Déjalo de mi cuenta —la interrumpió Tana—. Yo me encargo de todo, madraza.

—¿Madraza? Soy un desastre. Y eso que solo tengo una. No tengo ni

idea de cómo lo logra Alba con tres.

Lo mismo se había preguntado Tana mil veces. Cada vez que veía a su amiga Alba con los gemelos y el bebé, se maravillaba. Parecía haber nacido para ser madre.

—Tampoco lo haces tan mal —dijo—. Yo te he visto y no tienes nada que envidiarle a Alba.

—Haré como que te creo —dijo, escéptica, y añadió cambiando de tema—: Pero si de verdad te ocupas tú del vestido me das la vida, ¿sabes?

—Voy a enviarte unas fotos ahora mismo para que eches un vistazo y me digas qué te parece. Entonces, ¿la boda sería el segundo fin de semana de mayo? —Ojeó el calendario de su *tablet* con rapidez.

—Sí, el sábado.

—Pues has tenido suerte porque no tengo otros planes.

—Por mí los habrías cancelado —exclamó Eli con fingida indignación.

—Todo depende de a quién vayas a invitar a la boda. ¿Algún soltero atractivo en la treintena?

—¿No tienes bastante con Óscar?

Tana resopló. Solo escuchar su nombre le ponía de mal humor.

—Perdón, repito la pregunta: ¿algún soltero atractivo en la treintena que no sea dependiente emocional?

Eli rio.

—Miraré la lista de invitados y prepararé un informe detallado sobre los solteros que van a venir. Te lo paso y ya decides.

—¡Hazlo! —ordenó—. Ah, y dale la enhorabuena a Cas de mi parte y un beso a mi sobrina favorita.

—Lo haré.

—Voy a hacer las fotos del vestido y luego te llamo.

—Me salvas la vida, Mata Hari.

—Un beso.

Colgó el teléfono y se apoyó en el canto de la mesa de cristal que ocupaba la mayor parte del despacho. Se cruzó de brazos y esbozó una

sonrisa satisfecha.

¡Cas y Eli se casaban!

Era una noticia fabulosa. Sí, realmente fabulosa.

¿Quién se hubiera podido imaginar que las cosas iban a acabar así? Eli, una chica de clase alta y familia pudiente, y Cas, un mecánico tatuado que vivía en la costa. Su relación parecía destinada a fracasar y, sin embargo, ahí estaban los dos, siete años después, desafiando a todos los que no habían creído en ellos. Y tan enamorados como el primer día. Eran la pareja perfecta.

Tana casi hubiese podido sentir envidia por ellos.

Casi.

Las relaciones serias no estaban hechas para ella. El simple hecho de imaginarse compartiendo su vida con alguien —¡con un hombre!— le provocaba sudores. El depender de otra persona como dependían sus amigas... ¡No, gracias! Eso no iba con ella. Para nada. Estaba más que contenta con su soltería.

Se echó la larga melena hacia atrás, cogió el móvil y abandonó la oficina con paso firme. Buscó a Martina con la mirada. Estaba en la parte delantera de la tienda, colgando unas blusas en una percha al lado de la entrada. Le hizo un gesto para que se acercase.

Mientras esperaba a que su encargada acudiese, se contempló en la pared de espejos del fondo. El reflejo le devolvió a una mujer no muy alta, pero bastante voluptuosa, morena y de grandes ojos castaños. Se alisó la falda de color hueso que se ajustaba a sus redondeadas caderas y sonrió satisfecha. Había tardado mucho tiempo en aceptar su figura de reloj de arena y sus prominentes curvas; toda una adolescencia de sufrimiento, envidiando a sus amigas más delgadas. Pero la madurez le había traído una seguridad en sí misma que muchos envidiaban. Había terminado por aceptarse tal y como era.

Tenía treinta y dos años y estaba espléndida.

—Dime. —La voz de Martina le hizo darse la vuelta.

—¿Recuerdas el vestido de Nacho Morales? El que era color marfil que no quisimos poner en el escaparate porque era muy de novia —aclaró al ver la cara de confusión de la otra.

—Ah, sí.

—Pues sácalo y móntalo en el maniquí de la trastienda. Vamos a hacerle fotos.

Martina asintió con brevedad antes de desaparecer por la puerta que comunicaba con el almacén. Tana la siguió con la mirada. Llevaban trabajando juntas más de cinco años. Contratarla había sido una de las mejores ideas que había tenido en su vida. Era la encargada perfecta; una persona de total confianza. A veces ni siquiera tenía que decirle lo que necesitaba. Martina parecía encontrarse dentro de su cabeza y saber exactamente lo que deseaba en cada momento. Sí, se podía considerar muy afortunada de tenerla.

La campanilla que había sobre la puerta la sobresaltó. Se giró y vio que dos mujeres de mediana edad accedían a la tienda. Sonia, una de sus empleadas, se apresuró a acercarse a ellas con una enorme sonrisa en la cara.

Tana también sonrió. La *boutique* funcionaba con la precisión de un reloj suizo. Cada pieza encajaba en su lugar y todo fluía con agilidad. Le había costado, pero después de ocho años de haber tomado las riendas del negocio familiar, se podía decir que lo había conseguido. *Promenade* se había convertido en una de las tiendas de moda de Madrid. Cualquiera mujer que importase algo en la alta sociedad madrileña terminaba por comprar allí. En el último año había tenido que alquilar el local contiguo, convirtiendo la pequeña *boutique* en un próspero negocio al que había puesto su sello personal.

Con los tacones de sus zapatos repiqueteando en el suelo de mármol blanco, abandonó la tienda y siguió los pasos de Martina hacia el almacén. Esta ya había vestido al maniquí.

—¿Qué te parece? Solo tenemos esta talla. Una treinta y seis.

Tana observó el vestido con ojo crítico.

—Es perfecto. Eli siempre ha estado muy delgada y sigue así, incluso después de haber dado a luz.

—¿Es para Eli? —inquirió Martina con curiosidad.

—Ay, sí. Qué tonta que no te lo he dicho. —Tana hizo un gesto de disculpa con la mano—. Se casa. Y necesita un vestido de boda informal.

—Pues este es perfecto, sin duda —afirmó Martina—. Es su talla.

Martina y Eli se habían visto varias veces en los últimos años;

siempre que su amiga pasaba por Madrid venía a visitar la *boutique*, así que el comentario de su encargada no le sorprendió.

—Yo también lo creo —murmuró, concentrada.

Comenzó a tomar fotos con el móvil desde todos los ángulos. El vestido era largo y vaporoso y tenía un aire antiguo que a Eli le iba a sentar maravillosamente bien. Martina levantó la falda de un lado para que se pudiese apreciar el vuelo y el encaje del bajo.

—Es precioso —comentó.

—Sí lo es —repuso Tana. Había hecho más de cien fotos.

—Le entran a una ganas de casarse, ¿verdad?

—Calla, calla. —Hizo un gesto escéptico. ¿Casarse? ¿Ella? ¡Qué horror!

En ese momento su móvil comenzó a sonar con insistencia. Miró la pantalla. ¡No! ¡Otra vez! Una expresión airada nubló su semblante.

—¡Qué majadero! —masculló.

«Se acabaron las delicadezas», decidió. Iba a poner a ese idiota en su sitio. Ignorando la sonrisa que Martina trataba de ocultar, aceptó la llamada.

Capítulo Tres

Lo primero que sintió al bajarse del avión fue ese calor húmedo de la costa mediterránea que tanto había echado de menos, pero que ahora, después de tantos años, notaba extraño sobre su piel. Pronto, la camiseta y los vaqueros se le pegaron al cuerpo de manera desagradable. Y solo era mayo.

Se detuvo, se quitó las gafas de sol y aspiró hondo, dejando que los otros pasajeros le adelantasen. El cielo era tan azul como lo recordaba. Y el ambiente olía igual. Sabía igual.

Estaba en casa.

Le resultó curioso no notar ningún pellizco de nostalgia o quizá algo de júbilo por haber regresado. Intentó examinar sus sentimientos con frialdad y solo halló cierta cautela y quizá un poco de desasosiego.

Fue el último en subirse al pequeño autobús que los iba a trasladar desde la pista a la terminal. El transporte arrancó con una sacudida, pero él no necesitó agarrarse a ninguna barra para mantener el equilibrio; tres años sobre el viejo cascarón de su tío le habían convertido en un maestro en cuestión de balanceo. Encendió el móvil que había mantenido apagado durante el viaje y vio que tenía un wasap de Cas. Quería saber a qué hora aterrizaba su avión para ir a buscarle. Se lo guardó en el bolsillo sin contestar. No necesitaba que nadie le recogiese. Alquilaría un coche y conduciría hasta el hotel que había reservado por internet.

Alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de una mujer, quizá de unos cuarenta, que le observaba con atención. La miró de arriba abajo. Era guapa. Más que guapa, en realidad. Rubia, con los ojos oscuros y una cintura de esas que, con toda seguridad, podría abarcar con las manos. Y estaba interesada. Se notaba a la legua. Se humedeció los labios de manera provocadora y eso le dijo todo lo que necesitaba saber. Sopesó las opciones. ¿Por qué no? No solía rechazar ese tipo de ofertas. Y tampoco tenía que estar en ningún sitio a ninguna hora concreta. Entornó los ojos, la contempló con descaro y asintió ligeramente, respondiendo a su muda proposición.

Cuando el autobús se detuvo, se las arregló para quedarse más atrás. Ella hizo lo mismo. Mientras los demás pasajeros accedían a la terminal, ellos comenzaron a andar más despacio.

—¿En el baño de mujeres de la cafetería? —susurró ella sin mirarle. Tenía la voz melodiosa y dulce.

—En cinco minutos —respondió él.

No se dijeron nada más. Ella se adelantó y él la siguió con la mirada. Los pantalones rojos que llevaba se ajustaban a su trasero como una segunda piel y sus andares eran más que sugerentes. Notó cómo se empalmaba y ralentizó sus pasos, ajustándose los vaqueros. No era la primera vez que le sucedía algo así, el que una mujer le tirase los trastos de manera tan directa. Estaba acostumbrado. Y tampoco era la primera vez que accedía a un polvo rápido en un baño público. Abrió el bolsillo pequeño de su petate y se aseguró de que llevaba condones. Sí, había dos. Con uno sería suficiente por el momento, pensó cínicamente.

No tenía más equipaje que el que llevaba a la espalda, así que obvió la cola de pasajeros que se dirigía a la sala de recogida de maletas y se encaminó a la salida. De reojo vio a su «conquista» esperando al lado de la cinta. Le hizo un gesto con la cabeza. Ella le sonrió.

La puerta de acceso al vestíbulo, donde los familiares se agolpaban ansiosos por ver a los recién llegados, se abrió silenciosamente cuando se acercó. La atravesó y, sin detener su avance, buscó la cafetería con la mirada. Estaba a la derecha. Se encaminó hacia allí.

—Till —escuchó una voz a su espalda.

Se detuvo en seco.

Respiró hondo y agarró la correa del petate con fuerza.

Llevaba siete años temiendo ese encuentro.

Se dio la vuelta. La sorpresa acudió a sus facciones al ver a su hermano Jan. No porque hubiese cambiado en exceso, aunque sí lo había hecho. La última vez que se habían visto, Jan llevaba la cabeza afeitada, en cambio ahora tenía el pelo más largo de lo habitual y lucía una barba rubia. Pero lo que realmente le sorprendió fue que llevase a una niña en brazos. Una niña de unos cuatro o cinco años, con el pelo oscuro y los ojos azules, que le miraba con un interés desmedido y algo de timidez.

—Jan —murmuró al cabo de un rato, cuando consiguió salir del estupor que le había provocado la presencia de su hermano mayor y su pequeña acompañante.

—Hemos venido a buscarte —dijo, apuntando lo evidente.

—Sí —repuso. Y se sintió como un idiota—. No hacía falta. Iba a alquilar un coche.

—Pues ya no lo necesitas.

La niña seguía mirándole con fijeza. De pronto, enterró la cara en el cuello de Jan y le dijo algo al oído, que provocó que su hermano esbozase una sonrisa.

—Mi hija quiere saber por qué tienes el pelo tan largo. Dice que solo las chicas llevan el pelo tan largo y que tú no lo eres porque tienes barba.

«Así que esta es mi sobrina Clara», pensó. No hacía falta que Jan hubiese dicho que era su hija. Sus ojos eran los mismos que los de su padre. Sin saber qué contestar ni cómo —no tenía mucha experiencia con niños—, intentó ganar tiempo, llevándose la mano a la trenza que llevaba a la espalda. Siete años sin cortarse el pelo eran muchos años.

—De donde vengo todos los hombres llevan el pelo largo —dijo al cabo de unos instantes.

—¿De verdad? —exclamó la niña perdiendo toda la timidez de golpe. Había abierto los ojos como platos y le miraba fascinada. Tenía la nariz pequeña y respingona y la piel muy blanca.

—Sí.

—¿Puedo tocártelo? —preguntó—. ¿Puedo tocárselo, papá? —añadió, mirando a su padre con mucha seriedad.

Jan alzó la vista y se encogió de hombros, risueño, como diciendo: *ahora es tu problema.*

La situación tenía algo de irreal, al menos eso le pareció a Till. Todos esos años sin ver a su hermano, sin apenas contacto, sintiendo una culpa espesa y oscura comiéndole por dentro cada vez que recordaba lo que había hecho por él... Y ahora, ese mismo hermano que él había dejado en la estacada se encontraba frente a él y se comportaba como si nada hubiera sucedido entre ellos; le miraba con calidez y le instaba a que hablase con su hija...

Con cierta vacilación se acercó y le tendió la trenza a la niña, que alargó la mano y la acarició con reverencia.

—¿Puedo tocarte la barba también? Eres un vikingo, ¿verdad? Como los que mi papá lleva en la espalda y en la pierna.

Involuntariamente, una carcajada ronca escapó de su boca.

—Sí, lo soy —respondió.

Ella asintió, vehemente, antes de tocarle la barba larga y rubia que le cubría la cara y el cuello.

—Lo sabía —murmuró, muy convencida—. El tío Till es un vikingo.

—Te la has ganado para siempre —intervino Jan—. Le fascinan los vikingos.

Till no dijo nada. Miró a su hermano a los ojos por encima de la cabeza de su sobrina. Jan seguía siendo Jan. Ese Jan al que había admirado la mayor parte de su vida. Se le hizo un nudo en la garganta.

Un suave carraspeo a su espalda le sacó del estúpido momento nostálgico. Agradecido por la interrupción, se dio la vuelta. La mujer del autobús, la del pantalón rojo y cintura estrechísima, le miraba con una sonrisa en los labios.

—¿Sigue en pie? —le susurró con voz aterciopelada.

—Ha surgido algo —dijo con un gesto de disculpa.

—No hay problema —contestó ella y, sin más, le introdujo una tarjeta en el bolsillo de los vaqueros. Se acercó tanto que un leve aroma a perfume le penetró por las fosas nasales—. Llámame.

Se alejó por el corredor lleno de viajeros, arrastrando una maleta azul tras de sí.

—Algunas cosas no cambian —dijo Jan a su espalda. Se giró y comprobó que su hermano le miraba con una ceja arqueada.

—Algunas no... otras sí... —murmuró Till con sequedad.

—¿Tienes un barco? —preguntó la pequeña, rompiendo el momento de silencio incómodo que se había creado entre ambos.

—No es mío exactamente, pero sí, tengo un barco.

—¿Cómo se llama? —preguntó, haciéndole un gesto a su padre para

que la dejase en el suelo. Jan lo hizo. Era diminuta. Al menos lo parecía al lado de ellos dos.

—Se llama *Ebba*.

—¡Como la abuelita! —exclamó, maravillada, y le agarró de la mano sin dudarle, sorprendiéndole sobremanera.

Till la miró con una mezcla de impotencia y fascinación. Su mano era muy pequeñita, como toda ella. Llevaba unos vaqueros azules, una camiseta rosa y unas horquillas con forma de flor en el pelo. Ella pareció darse cuenta de su escrutinio porque levantó la cabeza y le miró muy seria.

—¿Te gusta mi peinado? Me lo ha hecho mi papá. Mi mamá me peina mejor, pero hoy está ocupada ayudando a la tía Eli y me ha peinado mi papá. Él no sabe hacer trenzas, solo sabe poner horquillas —suspiró, como si la situación fuese algo muy dramático—. ¡Tú llevas una trenza como los vikingos! —exclamó con un entusiasmo desmesurado—. ¿Me puedes hacer una?

Escuchó la risa de su hermano y le miró, confuso.

—A mí no me mires. Te he dicho que te la habías ganado.

—Mira, tengo una goma del pelo —añadió ella, soltándole la mano y sacando una goma rosa con una mariquita en un extremo—. Esta vale para hacer la trenza. —Se la tendió.

Till la cogió. No pudo evitar que una pequeña sonrisa le perfilase los labios al mirar a aquella mujer en miniatura que le observaba muy formal, como esperando a que él tomara una decisión trascendental.

—Sí, claro —terminó por decir—. Te hago una trenza en el coche.

—¡Qué bien! —Palmeó un par de veces, emocionada.

—Tengo el coche en el parking de la planta baja. Vamos al ascensor —intervino Jan. La risa le vibraba en la voz.

La niña se agarró a la mano de Till y le sonrió de una manera angelical. Echaron a andar, no muy deprisa, para que ella pudiese seguirles los pasos. Se sentía raro caminando al lado de su hermano y con su hija de la mano. No tenía ni idea de qué decir, de cómo reaccionar. Se encontraba como en trance. No se había esperado aquel recibimiento.

—Mamá nos ha dicho que has reservado habitación en el *Flamingo*

—comentó Jan.

—Sí.

—¿Cuánto te quedas?

—Una semana —respondió—. Hasta después de la boda.

Llegaron al ascensor y Jan se alejó para ir al cajero y pagar el importe del parking, dejándole a solas con la niña, que le miraba de vez en cuando. Él también la observaba de reojo. Esa piel tan blanca no era herencia de los Landvik que, a pesar de su origen noruego, tenían la tez bastante morena. ¿Se parecería a su madre? A veces se recriminaba no haber estado presente en todos aquellos acontecimientos y momentos especiales: la boda de Jan, el nacimiento de su hija, el nacimiento de la hija de Cas... Se había perdido tantas cosas durante esos años...

Endureció la mandíbula.

—¿Estás enfadado? —le preguntó la pequeña con su aflautada voz.

—No. No estoy enfadado.

—¿Por qué tienes cara de enfadado?

No supo qué decir, pero en ese instante Jan regresó, rescatándole de lo que parecía se iba a convertir en un interrogatorio en toda regla por parte de su hija. Se metieron en el ascensor y en un minuto estaban en el parking. No era muy grande ya que el aeropuerto en sí era de segunda, y no estaban en temporada alta, así que tampoco había gran cantidad de coches. No tardó en ver el Jeep de su hermano, el mismo Jeep de siempre con el logo de su estudio sobre la puerta del conductor.

«Algunas cosas no cambian», pensó.

Jan le abrió el maletero para que pudiera dejar el petate.

—¿Me haces la trenza? —escuchó la vocecita de su sobrina, que no se había separado de él ni un segundo. Bajó la mirada y la vio, observándole con ansiedad.

Titubeó. ¿Qué tenía que hacer ahora? ¿Cogerla en brazos? ¿Dejar que su padre lo hiciese? Pero no tuvo que pensar mucho más porque ella alargó los brazos y se los tendió, esperando que él la izase. Confuso, se inclinó y la elevó en el aire. ¡Por Dios! Era ligera como una pluma. Pesaba menos que un bacalao.

—Lo mejor es que la sientes en tus rodillas —intervino Jan, ofreciéndole una solución a su problema, señalando el asiento del pasajero.

Le lanzó una mirada agradecida. Se sentó y puso a la niña en su regazo. Ella se mantuvo muy quieta y expectante. Till no pudo evitar sonreír. Tenía que reconocer que estaba fascinado por esa personita. Con movimientos expertos le separó la melena en tres guedejas y comenzó a trenzarle el pelo. Era suave y olía a champú infantil —al menos eso creía él; hacía mucho que no olía champú infantil—. Su hermano le miraba con interés, pero él lo ignora. Terminó de peinarla y le sujetó el extremo con la goma rosa que ella le había dado antes.

—Ya está.

Ella se dio la vuelta y le regaló una sonrisa antes de echarle los brazos al cuello y darle un beso en la mejilla, dejándole anonadado.

—Gracias, tío Till —le dijo, y luego se bajó de sus rodillas y se dirigió a su padre, que la cogió en brazos y se encaminó con ella a la parte trasera del vehículo. No tardó en regresar.

—Tienes una admiradora para el resto de tu vida —comentó Jan, sentándose en el asiento del conductor. Había atado a la pequeña en su sillita y le había puesto dibujos animados en una pantalla que llevaba incorporada al reposacabezas de su asiento—. Me acaba de decir que de mayor se quiere casar contigo.

Till permaneció unos segundos en silencio. Todo estaba resultando ser... demasiado raro y al mismo tiempo... demasiado bueno...

Abandonaron el parking y se pusieron en camino. La carretera que llevaba del aeropuerto al pueblo donde vivía su familia estaba bordeada de palmeras, y él no pudo evitar comparar ese paisaje mediterráneo de árboles tropicales y deslumbrante cielo azul, con el paisaje en el que había residido los últimos años, de bruma, cielos blancos por la nieve y grandes montañas. También tenía su encanto, pero si era sincero consigo mismo no lo iba a echar de menos. A él le llamaba el sol. Por eso lo de Baja.

—Hemos pensado que quizá te apeteciese cenar esta noche en el *Western Ribs*, como en los viejos tiempos —rompió Jan el silencio.

Till frunció el ceño. ¿Como en los viejos tiempos? Los viejos tiempos ya no iban a volver... Carraspeó, incómodo.

—¿Te refieres a Cas, tú y yo?

—Sí. Tenemos que hablar. ¿No crees?

El coche se deslizaba por la carretera con seguridad, había alcanzado el límite de velocidad permitida y no lo superaba a pesar de que la calzada estaba desierta. No había tráfico. Su hermano nunca había sido tan prudente. Giró la cabeza y contempló a la pequeña, que parecía absorta en los dibujos.

«Algunas cosas sí que cambian».

—Está bien —respondió.

Había estado muchos años tratando de evitar algo que realmente era inevitable.

Capítulo Cuatro

El *Western Ribs* ya no se llamaba así. Ahora, un letrero blanco con letras pintadas en negro proclamaba: *La parrilla de Tito*. La decoración también había sufrido una transformación. Lo que antes habían sido paredes de madera muy al estilo del Oeste americano, ahora eran paredes claras con motivos marineros. Habían desaparecido las mesas de billar y la pequeña pista de baile.

A Till el cambio le pareció a peor.

Aparcó el coche de alquiler que le habían proporcionado en el hotel a unos cien metros, y acudió andando hasta allí, esperando encontrar el antiguo lugar en el que había pasado tantos buenos ratos. Una mezcla de sorpresa y desilusión se reflejó en su cara al ver en lo que se había convertido uno de sus restaurantes favoritos.

Sus hermanos le estaban esperando en una mesa en la parte derecha del local, junto a los ventanales que daban al mar. Ya habían pedido las bebidas. Jan levantó la mirada y le vio. Cas estaba de espaldas. Till se frotó las manos en el pantalón vaquero. Estaba nervioso. Ni la surrealista escena del aeropuerto con Jan y Clara, ni el silencioso viaje en coche hasta el hotel, ni las horas que había pasado en su habitación tratando de hacerse a la idea le habían preparado para ese encuentro.

—Hola —dijo.

Su hermano alzó la cabeza. Estaba igual que siempre. El mismo pelo corto, los mismos ojos, la misma barba incipiente. No había envejecido ni un día, al menos eso le pareció.

—¡No me jodas! —exclamó con su característica jovialidad, mirándole lleno de asombro—. ¿Till? No me lo puedo creer... —Y acto seguido se puso en pie y le dio un abrazo de oso, golpeándole en la espalda con fuerza.

Till se quedó envarado. Había pasado demasiado tiempo desde que

alguien le había abrazado de aquella manera tan enérgica y llena de euforia. Quizá el último abrazo de ese tipo se lo hubiese dado el propio Cas hacía años. Se sintió torpe y desmañado, desentrenado... y notó una curiosa estrechez en la garganta.

—¡Joder! —masculló su hermano con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Pero qué narices te ha dado de comer el tío Gunnar?

Jan observaba la escena silencioso y reflexivo.

El comportamiento de sus hermanos era tan diferente como la noche y el día. Prefería a Jan, sin duda. Su calma no le descolocaba tanto como el entusiasmo de Cas.

—Bacalao, supongo... —Se encogió de hombros y se apartó de su hermano que seguía mirándole con una expresión maravillada en la cara. Tomó asiento.

—Si te llego a ver por la calle, no te hubiera reconocido —dijo—. ¿No hay peluquerías en Noruega?

Till no dijo nada. Cas era el mismo de siempre y se comportaba con él como si nunca hubiese pasado nada entre ellos, igual que lo había hecho Jan en el aeropuerto. Era una locura, pero la naturalidad de ambos comenzaba a pesar sobre él. Le resultaba perturbadora, y le hacía sentir doblemente culpable. ¿No podían arremeter contra él y echarle en cara todo lo que había sucedido? ¿No podían dejar de ser tan... geniales?

—Esto está muy diferente —dijo, cambiando de tema y mirando a su alrededor. Hasta los camareros llevaban unos ridículos uniformes blancos con chalecos azules.

—Hace dos años que cambió de dueño —respondió Jan—. Pero aunque no lo parezca han conservado al cocinero y las hamburguesas siguen siendo las mismas.

Quince minutos después, Till pudo comprobar de primera mano que su hermano no había mentido. Las hamburguesas seguían siendo espectaculares. Hablaron de tonterías, de quién seguía por la zona, de los negocios que habían cerrado, del estudio de Jan, del taller de Cas... Le preguntaron sobre la pesca y sobre Gunnar y él les contó por encima el tipo de vida que había llevado en Noruega. Poco a poco fue sintiéndose algo más cómodo. Hasta el momento se habían evitado los temas personales. Pero

estaba claro que eso iba a cambiar.

Tan claro como que la noche seguía al día.

Alzó la vista y se encontró con los ojos de Cas que le observaban fijamente.

«Allá vamos», pensó, temiendo lo que pudiera venir a continuación. Trató de prepararse.

—Te hemos echado de menos. Siete años son muchos años.

—Sí, bueno... es bastante tiempo...

—¿Por qué? —le preguntó Cas con la voz ronca.

No era necesario que dijese mucho más. Till sabía perfectamente a qué se refería con ese *por qué*. ¿Por qué? Eso mismo se había preguntado él en multitud de ocasiones sin hallar una respuesta concreta. Y allí, de vuelta en casa y sentado a esa mesa con sus hermanos, todavía encontraba menos sentido a los motivos que le habían llevado a romper el contacto con ellos. ¿Por qué?

Porque Jan y Cas eran tan... Jan y Cas... y él... pues no lo era.

Se pasó una mano por el mentón, desordenándose la barba.

—No tengo una respuesta exacta. —Clavó la mirada sobre el mantel. Había sabido que hablar con sus hermanos le iba a resultar difícil, pero no había intuido cuánto—. Creo... que... me sentía culpable —admitió al fin con reticencia. Era la pura verdad.

—Ha pasado un siglo de aquello —intervino Jan con voz calmada—. Te equivocaste, pero ya está. Todos cometemos errores.

Till sacudió la cabeza. ¿Así de simple? ¿Todos cometemos errores y ya está? Levantó la vista y miró a su hermano mayor con incredulidad. ¿Cómo podía Jan estar diciéndole aquello después de que casi hubiese perdido la vida por su culpa?

—Mira, Jan tiene razón —dijo Cas—. Nadie te guarda rencor. Lo pasado, pasado está. Todos merecemos una segunda oportunidad o una tercera —y con cierta socarronería añadió—: o una cuarta, en tu caso.

Till le miró, acongojado. Sentía un calor abrasador en el pecho. Se llevó la botella de cerveza a los labios y dio un trago. Se dio cuenta de que la estaba agarrando con demasiada fuerza y la dejó sobre la mesa.

—Soy yo el que no puede perdonarse —confesó entre dientes—. Me resulta difícil estar aquí sentado con vosotros y que actuéis... así... Todo era más fácil cuando estaba lejos.

—Pero la vida no es así. —Jan miraba por la ventana—. Las cosas no desaparecen solo porque uno deje de mirarlas.

—Quizá eso era lo que pretendía —murmuró Till con un regusto amargo en la boca—. Que todo desapareciese...

—Pues te has equivocado. Eso es imposible —exclamó Cas, alargando la mano derecha y apoyándola sobre la mesa. Tanto su dorso como sus dedos estaban tatuados—. ¿Qué cojones pone aquí? —Se señaló los nudillos con la otra mano.

Till no tenía que mirar para saber lo que ponía. Lo sabía muy bien. Él había estado presente cuando Jan le hizo esos tatuajes a Cas, ahora ya desdibujados por el tiempo. Eran los nombres de todos los miembros de su familia, uno en cada nudillo: *Jan, Till, Ebba y Knut*.

—Igual que esta tinta no va a desaparecer de mi mano, tampoco tú puedes desaparecer de nuestras vidas ni nosotros de la tuya. Son muchas cosas las que hemos compartido. Muchas... Así que déjate de gilipolleces, tío. No seas como papá que lleva toda su vida ausente, perdiéndose cosas...

—Lo peor es que lo único que sabemos de ti es por boca de mamá o por esas escuetas llamadas telefónicas de apenas minutos —intervino Jan. Seguía contemplando la playa—. No puedes seguir así, manteniéndote a distancia.

—Vive tu vida como te salga de las narices, joder, pero que no se te olvide que somos una familia —sentenció Cas.

Till apartó la vista e imitó a Jan, mirando por la ventana. El mar estaba calmado, todo lo contrario a como se sentía él.

Familia. Familia. Familia. La palabra le zumbaba en los oídos.

El silencio, solo roto por las conversaciones de los otros comensales y el ruido de los cubiertos en los platos en otras mesas, se extendió y pareció alargarse en el infinito. No era tenso ni incómodo, era simplemente silencio.

—¿Qué crees que has arruinado en realidad? ¿Mi vida? ¿La de Cas? —inquirió Jan en voz baja—. Tengo cuarenta años, una mujer maravillosa y una hija preciosa. Soy feliz.

—A ver, yo no soy tan mayor como él y, sin duda, mi mujer es mucho más maravillosa y mi hija más preciosa que la suya —dijo Cas con un tono de voz lleno de sorna—. Y también soy feliz.

Till los contempló a ambos. La expresión de Jan era solemne. La de Cas, por el contrario, era jovial; levantó incluso su botella de cerveza e hizo un brindis un tanto exagerado.

—Llevo años queriendo evitar esta conversación... y vosotros... vosotros lo único que hacéis es... —Meneó la cabeza con perplejidad antes de continuar—, es ponérmelo fácil. No puedo creerlo —murmuró.

—Pues créetelo —intervino Jan—. Lo que no te puedo perdonar es que ni siquiera conozcas a mi mujer, Oksana. Te invitamos a la boda y no viniste.

Till bajó los párpados. Recordaba cuándo Jan le llamó y le dijo que se casaba. Por aquel entonces todavía se encontraba en la universidad, tratando de levantar cabeza, acudiendo a terapia... Como un cobarde que era, no se había sentido preparado para enfrentarse a su hermano. Se acordaba perfectamente de haberse emborrachado y haber pasado la noche en vela, solo, compadeciéndose a sí mismo y echando de menos a su familia...

—Tampoco conoces a mi hija —apuntó Cas.

Levantó la mirada, torturado, esperando encontrar quizá reproche en las caras que tenía frente a él. Pero solo halló cariño. Cogió aire y lo expulsó lentamente por la boca. ¿Qué podía decir?

—Lo siento tanto... —La voz le salió estrangulada—. Me equivoqué...

Un camarero se acercó a tomarles nota del postre, rompiendo el momento íntimo y tenso que se había creado. Till aprovechó para recomponerse. Carraspeó, aclarándose la garganta, y se irguió en la silla. Una vez estuvieron solos de nuevo, Cas se inclinó hacia delante y le miró con mucha fijeza.

—Eso tiene remedio, ¿no? —dijo—. Estás aquí ahora.

Till asintió lentamente.

—Perfecto. Mañana cenamos en casa —zanjó la conversación—. No hablemos más del tema. Ya has tenido bastante machaque por el momento. Eso sí, no te prometo que no te lo volvamos a echar en cara de vez en

cuando... —se rio.

Incluso Jan alzó las comisuras de sus labios.

Till cabeceó, totalmente desbordado por los sentimientos y, sin poder remediarlo, se echó a reír. Terminó por asentir.

Después de aquello todo fluyó de manera natural y sencilla. Le interrogaron —principalmente Cas—, como si fuesen dos agentes de la CIA y él un traidor a su país, queriendo saberlo todo. Desde por qué había dejado sus estudios de Medicina hasta cuándo había sido la última vez que se había acostado con alguien.

—La última no lo sé —dijo Jan—, pero la próxima quizá sea con la del aeropuerto. Te dio su número, ¿no?

—Sí —sonrió Till. Poco a poco había recuperado algo de su aplomo y compostura.

—¿Cómo es eso? —indagó Cas con curiosidad.

—Nuestro hermanito sigue rompiendo corazones, como siempre. Cuando le he recogido en el aeropuerto había «quedado» con una exuberante pasajera.

—Tanto como quedado... —Till se acarició la barba con languidez—. Acabábamos de conocernos.

—Pues parecía muy inclinada a conocerte mejor.

—La verdad es que íbamos a encontrarnos en los baños de la cafetería —confesó con una sonrisa de medio lado—. Pero me jodiste el plan apareciendo por allí.

A Cas le entró la risa. Incluso Jan dejó escapar una carcajada.

—Algunas cosas no cambian —masculló Cas—. Los baños siempre han sido lo tuyo. ¿Te acuerdas de la noche que te pillamos en el de aquí? ¿Cómo se llamaba esa chica? ¿Miriam? ¿Marian?

—Marina —respondió Till, llevándose la mano a la frente y frotándose la.

Sí, se acordaba muy bien de aquello. No tenía ni idea de por qué les había parecido tan buena idea tanto a él como a Marina encerrarse en una de las cabinas del baño de chicos y hacerlo contra la puerta —era cierto que ambos estaban bastante borrachos—. Con tan mala suerte que, en medio de la

faena, el pestillo se había roto y la puerta se había salido de sus goznes, cayendo al suelo. Ellos también habían salido despedidos tras ella. Till apenas había tenido tiempo de girarse para que Marina cayese sobre él y no al revés. Lo peor de todo había sido que sus dos hermanos acababan de llegar al baño, buscándole, preocupados por su tardanza. Se habían pasado semanas burlándose de él.

Nunca más volvió a quedar con Marina.

—Ahora controlo mejor —repuso, estirando los brazos y haciendo crujir los nudillos en un gesto de presunción exagerada—. Ya no me apoyo contra las puertas. Solo paredes.

—Chico listo —se mofó Cas.

—¿No sales con nadie? —le preguntó Jan.

No se veía preparado para tener una relación seria. Sus contactos esporádicos y los rollos de una noche le funcionaban muy bien.

—No. Con nadie. Así que si alguna de vuestras mujeres tiene una amiga... —bromeó con tibieza.

—Las amigas de Elisa vienen a la boda —dijo Cas guiñándole un ojo—. Ya las conoces. Bueno, Alba está casada con Jaime y Sandra creo que acaba de salir de un divorcio complicado... Pero está Tana...

Al oír aquel nombre, no pudo evitar llevarse la mano a la mejilla izquierda. Debajo de su poblada barba y ocultos por ella, cuatro arañazos ya pálidos y antiguos surcaban su cara. Tana... No le guardaba ningún rencor por haberle abofeteado, marcándole de aquella manera. Le vino a la cabeza la noche en que todo sucedió. Lo histérica que ella había estado porque la vida de Eli, su mejor amiga, estaba en peligro, y él era el único responsable de ello. Meses después, en Alemania, esas marcas que el brutal golpe de ella le habían causado, habían sido un recordatorio constante de lo que había sucedido, de cómo la había cagado. Las veía reflejadas en el espejo un día sí y otro también. Se había dejado crecer la barba para olvidarse de ellas.

Se acarició la mejilla con suavidad, pensando en la frase que Jan había dicho hacía un rato: *Las cosas no desaparecen porque uno deje de mirarlas.*

Obvio.

Tana.

Morena, bajita, con unas curvas de infarto y unos ojos marrones enormes y pícaros. Se acordaba muy bien de ella. Una mujer de bandera. Se preguntó si habría cambiado mucho.

—¿Qué planes tienes ahora? —La pregunta de Jan le devolvió a la realidad y al presente.

Les habló de lo de Baja. Les contó que se iba a ir unos meses a Alemania, al apartamento de Amaya, hasta que las negociaciones llegasen a buen término y que más o menos para septiembre esperaba estar ya afincado en México.

Se alegraron por él. Mucho.

Mientras tomaban café y pedían la cuenta, se preguntó en silencio por qué cojones habría tenido miedo de ese encuentro. Se había auto convencido de que la relación con su familia estaba rota, de que él ya no encajaba con ellos, pero sus hermanos no habían cambiado un ápice. Seguían siendo los mismos hombres que él había idolatrado durante su niñez y adolescencia. Jamás le habían juzgado y seguían sin hacerlo. ¿Qué era lo que había temido?

Una vez en el exterior, Cas, en su línea de payaso, le agarró por el cuello y trató de despeinarle, como había hecho en multitud de ocasiones en su vida, pero ahora las cosas habían cambiado, las fuerzas se habían igualado. Su cuerpo, en otro tiempo delgado y fibroso, ya no tenía nada que envidiar al de sus hermanos, y Cas no pudo zarandearle como siempre había hecho. Entre bromas, se despidieron en la puerta del restaurante, prometiendo verse al día siguiente.

De camino al coche, se detuvo en el paseo marítimo. Contempló la playa de cantos rodados que tantos recuerdos —buenos y malos— le traía. El mar brillaba calmado, como solo el mar Mediterráneo podía brillar. Reflejaba una paz tranquilizadora... Él mismo sintió una ligereza en el alma que hacía unas horas no había estado allí.

De pronto tuvo ganas de celebrarlo..., de no irse al hotel a dormir.

Entornó los ojos y se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros. Sacó la tarjeta y la luz de una farola le ayudó a leer el nombre. *Carolina Jiménez. Agente Inmobiliario.*

¿Por qué no?

Capítulo Cinco

Las cuatro amigas se habían encerrado en el dormitorio principal, que la mujer de Pep les había cedido con gusto, para ayudar a Eli a arreglarse. Había decidido prescindir de peluquera y de maquilladora. Era una boda sencilla, sin mucho adorno, solo para familia y amigos íntimos. El único exceso en el que había incurrido fue el vestido, que además había sido el regalo de Tana.

—Estás preciosa —exclamó Sandra, mirándola embobada.

Tana le dio la razón internamente. Eli estaba maravillosa con el vestido de Nacho Morales. Había sido la elección perfecta. Le sentaba como un guante y realzaba su esbelta figura. El tono marfileño de la tela era el ideal para su tez dorada y su cabello rubio, que llevaba suelto. Solo una pequeña guirnalda de pequeñas florecitas amarillas reposaba sobre su frente.

—Es perfecto —susurró la propia Eli contemplándose en el espejo y llevándose las manos a las mejillas—. Estoy un poco nerviosa, la verdad.

—Pues no tienes por qué. Estás guapísima. Ese motero tuyo se va a quedar sin habla cuando te vea aparecer —dijo Alba. Estaba sentada en una butaca dando de mamar a Rodrigo, su bebé de seis meses.

Tana se sacó el móvil del bolso y miró la hora. Faltaban solo veinte minutos para que comenzase la ceremonia. La iba a officiar un notario amigo de Jaime, el marido de Alba.

—¿Está todo bien? —le preguntó Eli con voz ansiosa al ver que consultaba el móvil—. ¿Sira está bien?

—Histérica —la reprendió Tana—. Solo estaba mirando la hora. ¿No confías en que Jan y Oksana puedan hacerse cargo de tu hija?

—No es eso —sonrió Eli con la disculpa pintada en la cara—. Es solo que... ay, no sé... estoy tonta... No me hagáis caso.

—Bueno, una no se casa todos los días —intervino Sandra, tratando de tranquilizarla.

—Algunas sí se casan más que otras —dijo Tana con ironía.

Todas rieron. Sandra llevaba ya dos matrimonios fallidos a sus espaldas y siempre era objeto de las bromas de las otras sobre su mal gusto a la hora de elegir marido.

—Envidiosa —repuso la aludida, fingiendo indignación.

Tana soltó una risa, pero no dijo nada. ¿Envidia? ¿Ella?

Se recolocó el corpiño del vestido, una creación de color salmón sin mangas, que se le ajustaba al pecho poniendo de manifiesto sus generosos atributos, y que caía en suaves pliegues hasta las rodillas. Era sencillo pero elegante. Al menos Eli no les había pedido que fuesen todas vestidas igual. No soportaba esas bodas playeras en las que todo el mundo tenía que vestirse de blanco.

—Voy a llevar a Rodrigo con su padre —dijo Alba, incorporándose.

Le tendió el niño a Tana, que lo cogió con cierta torpeza, mientras ella se colocaba el vestido. El bebé se la quedó mirando con espanto, como si supiese que no tenía experiencia con infantes y temiese que le fuera a dejar caer de un momento a otro.

—Tu hijo me mira raro —comentó sin apartar la mirada del pequeño, que comenzó a hacer pucheros.

—Es porque sabe que no te gustan los niños. Lo presiente —dijo Alba con una sonrisa de medio lado—. Los bebés son como los perros. Si tienes miedo de ellos, lo notan.

—Sí me gustan los niños —protestó Tana sin firmeza—. Es solo que no quiero tener ninguno.

—Rodrigo lo sabe —intervino Sandra—. Por eso te mira así. Ay, pobre. Va a llorar.

Tana trató de mover al niño arriba y abajo, sin acercárselo demasiado al cuerpo, pero la hecatombe era imparable. Unas lágrimas enormes comenzaron a rodar por sus mejillas y los pucheros se convirtieron en un llanto desgarrador. Miró a Alba, que se estaba partiendo de risa, con el horror reflejado en la cara. Pero ¿por qué narices se reía si su hijo se estaba desgañitando? ¡Madre cruel!

—Tu hijo está sufriendo y tú no haces nada. —Había un tinte desesperado en su voz. Los gritos aumentaron de volumen.

—No sé quién sufre más, si él o tú. —Se acercó y le cogió al niño.

En el mismo momento en que Rodrigo abandonó los inexpertos brazos de Tana, dejó de llorar como por encanto. Incluso le lanzó una mirada cargada de rencor, desde la seguridad del abrazo de su madre.

—Tenías que haberte visto la cara. —Eli se tapaba la boca con la mano, intentando contener su hilaridad. Ni Sandra ni Alba eran tan discretas.

—Sois imbéciles —dijo Tana, resoplando, pero ella misma tuvo que reconocer que si sus facciones habían mostrado lo que sentía, entonces la escena tenía que haber sido cómica de verdad.

—Es solo un bebé. No muerde ni nada por el estilo —dijo Alba con la voz teñida de risa, antes de marcharse a llevar al niño con su padre.

Tana lo sabía, pero no podía evitar sentirse incómoda e insegura en presencia de los bebés. No eran lo suyo. Poco después de nacer Sira, en una de sus frecuentes visitas a la costa, Eli le había pedido que cuidase a la pequeña mientras ella se duchaba. Había sido solo media hora. La peor media hora de su vida. Se había mantenido al lado de la cuna mirando a la niña todo el rato, que también la había observado interesada mientras balbuceaba y agitaba las piernas con energía. Cada grito, cada gorgorito y cada ruido le habían parecido una situación de emergencia. Cuando Eli regresó por fin, había suspirado aliviada.

Tanto Sira como Clara, la hija de Jan y Oksana, eran dos niñas encantadoras, pero por más que se esforzaba, no terminaba de sentirse a gusto en su presencia. Nunca sabía qué hacer con ellas. Con Sira lo tenía un poco más fácil, ni siquiera hablaba, pero Clara, despierta y curiosa, siempre la ponía en un brete con preguntas y comentarios para los que su mente mordaz no estaba preparada. Tanta inocencia la aturdió.

Alguien llamó a la puerta y Sandra acudió a abrir. Era Oksana. Llevaba un vestido azul que hacía juego con sus ojos y contrastaba con su blanca piel. Sus rasgos eslavos la convertían en la mujer más exótica que Tana había visto jamás. Se la quedó mirando con afecto durante unos segundos. Sentía una profunda admiración por ella.

—¿Todo bien con Sira? —preguntó Eli, inquieta, al verla entrar en la habitación.

—Sí, la niña está bien —respondió en un español perfecto con apenas

un ligero acento—. Solo quería verte en privado antes de que bajases y desearte suerte.

La cara de Eli se iluminó con una sonrisa.

—Por fin vamos a ser cuñadas de verdad. —Le guiñó un ojo.

—Sí. —Oksana se acercó para abrazarla.

—¡Por Dios! ¡El vestido! —exclamó Tana, interrumpiendo la tierna escena—. Los abrazos después.

Oksana se apartó y soltó una breve carcajada.

—No sé cómo todavía la soportas como amiga —dijo, mirando a Tana con simpatía. El afecto era mutuo.

—Yo tampoco —dijo Eli sonriendo.

—¿Porque soy la única que mantiene la cabeza fría en los momentos importantes y no se deja llevar por los sentimentalismos? —inquirió Tana de manera exagerada—. Deséale suerte a distancia —se dirigió a Oksana—. Y después de la ceremonia ya os podéis besar y abrazar y toda esa parafernalia.

—¡Borde! —masculló Sandra.

—Quizá, pero el vestido sigue impecable —repuso Tana con tono aleccionador.

Alba entró en el dormitorio.

—¿Estás preparada? —preguntó—. Poncho acaba de decirme que si le necesitas solo tienes que decirlo.

Eli hizo un gesto negativo con la mano. Había decidido caminar sola hasta el altar. Quizá lo propio hubiera sido que su padre la acompañase en un día tan especial, pero sus progenitores, siete años después de que hubiera decidido empezar su vida con Cas, seguían sin hablar con ella. No habían podido perdonarla. Ni siquiera conocían a su nieta. Poncho, su hermano, había vuelto a hacer un intento de reconciliación para que acudiesen a la boda, pero su madre, Carmen de Luis, tan intransigente como siempre, había bloqueado cualquier acercamiento.

—Deberíamos ir bajando —dijo Sandra. Las demás asintieron y se dirigieron a la puerta.

Tana aguardó a que se hubieran marchado para acercarse a Eli. La cogió de las manos y le dio un beso en la mejilla.

—Estás preciosa y todo va a salir perfecto, así que relájate y disfruta de tu día.

Después se acercó y la abrazó con fuerza.

—¡El vestido! —exclamó Eli entre risas, correspondiendo al apretado abrazo.

—Lo sé —murmuró Tana apartándose con una sonrisa culpable en la cara—. Pero es que no todos los días se casa mi mejor amiga.

Hizo un gesto con la mano y abandonó la habitación. No era una sentimental. Nunca lo había sido, pero ver a Eli tan feliz le había tocado la fibra...

En fin...

La mujer de Pep, Ana, había reformado el chalet hacía solo unos meses, convirtiendo la casa de estilo mediterráneo en algo más moderno y ecléctico, pero de igual manera acogedor. Donde antes había habido muebles de madera oscura, ahora predominaban los colores claros y luminosos. Era el lugar perfecto para celebrar aquella boda, pensó Tana, deteniéndose delante de las puertas que daban al exterior, donde la ceremonia iba a tener lugar. Se alisó la falda del vestido, sin ninguna necesidad, y sacó del diminuto bolso un espejito y una barra de labios. Se retocó y se colocó un mechón de pelo del peinado que el peluquero había tardado horas en conseguir que pareciese informal y descuidado. Esbozó una sonrisa satisfecha y salió al jardín. Estaba decorado de una forma encantadora. También había sido Ana la artífice de aquello. El césped estaba regado de pétalos de rosas blancas, y el camino que llevaba hasta la pequeña playa privada se encontraba flanqueado por antorchas, cuya luz, sumada a la de la luna reflejada sobre el mar, conferían a la escena nocturna un toque mágico y especial. Sin duda, un momento único para recordar.

Tana atravesó el jardín y se quitó las sandalias antes de acceder a la playa. Ese era quizá el único inconveniente de celebrar una boda en la arena: perdía la ventaja que le otorgaban sus altísimos tacones. Era menuda de estatura. Sobrepasaba el metro y medio solo por un par de centímetros. Y en esa familia de gigantes todavía se sentía más diminuta.

«Todo sea por Eli», se dijo.

Los escasos invitados ya habían tomado asiento en las sillas blancas,

delante de la pérgola de madera bajo la que se encontraba el novio, que estaba hablando con el notario que había accedido a acudir en persona a officiar la ceremonia, como un favor especial a Jaime. Cas levantó la cabeza y, al verla aparecer, le sonrió. Ella le saludó con la mano. Era la primera vez que le veía con algo que no fueran vaqueros y camiseta y lo cierto era que estaba muy guapo, con unos pantalones de vestir negros y una camisa negra también. Aunque lo de estar guapo no tenía nada que ver con la ropa. Era genética pura y dura. Ese pelo rubio, esos ojos azules y esa complexión... eran innatos. Los Landvik venían así de fábrica.

Sandra le hizo un gesto con la mano. Había tomado asiento junto a Poncho, en la primera fila de la izquierda, en representación de la familia de la novia. Justo detrás de ellos estaban Alba y su marido con los tres niños y la niñera. Miró al pequeño Rodrigo, que dormitaba en brazos de su padre, con cierto respeto, antes de acercarse a ellos hundiendo los pies en la arena. Se sentó con cuidado para no arrugar la falda del vestido y se giró hacia Sandra.

—Ha quedado precioso —susurró.

—Sí —respondió esta—. Ana tiene buen gusto. La próxima vez que me case la llamaré para que me organice el banquete.

Tana se rio con ganas.

—Ganas tienes de volver a caer...

—¿Has encontrado ya a tu tercera víctima? —se inmiscuyó Poncho en la conversación, a lo que Sandra le respondió con un pequeño cachete en el brazo.

El hermano de Eli era un hombre muy atractivo, alto, moreno y de ojos oscuros. Su porte denotaba que se había criado en un ambiente acomodado y, ni siquiera vestido de manera informal, perdía ese toque elegante que le caracterizaba. Llevaba un traje de lino color café con leche y una camisa blanca sin cuello.

—¿Y tú a tu primera? —le espetó Tana con cinismo.

—Pero Tana, si ya sabes que yo estoy esperando a que sientes la cabeza y te decidas por mí —bromeó como siempre hacía.

—Pues espera sentado, *Ponchito*... —canturreó ella—. Solo de imaginarme en la cama contigo me entran sudores. Sería como acostarme con mi hermano —añadió, fingiendo repugnancia.

—Tú te lo pierdes, *Mata Hari* —le dijo, enfatizando mucho las dos palabras y guiñándole un ojo exageradamente.

Tana puso los ojos en blanco al escuchar el tonto mote. A pesar de que sus amigos llevaban ya un tiempo llamándola así, seguía pareciéndole ridículo.

Ignorando a sus dos acompañantes, paseó la mirada por el resto de los invitados. Al otro lado, en la fila de sillas de la derecha, estaban los padres de Cas, Ebba y Knut. Al padre apenas si le había visto dos veces en todos esos años; vivía en Alemania y solo venía a España en momentos muy puntuales como aquel. A su lado estaba sentada Oksana con la pequeña Sira sobre su regazo, y tras ellos estaban Pep y su mujer acompañados por Shelley y su marido, amigos de Cas de siempre.

También estaban Oliver y Sabine, los dueños de *El Sueño Eterno*; un par de compañeras de trabajo de Eli que ya había visto en alguna ocasión, y Tony, el mecánico que trabajaba con Cas, que había acudido con su mujer y sus dos hijos adolescentes.

La pequeña Clara paso a su lado, corriendo, y Tana la siguió con la vista. Llevaba un vestido blanco de talle alto y el pelo negro tan parecido al de su madre, suelto sobre la espalda. Se lanzó a los brazos de su padre, que estaba de pie cerca de la orilla conversando con otro hombre. Debido a la oscuridad y a la distancia, y a que Jan le tapaba parcialmente con su cuerpo, no pudo distinguir de quién se trataba. Los observó un rato, distraída. Estaba a punto de apartar la mirada cuando se pusieron en marcha y se acercaron hacia las sillas, entrando en el campo de luz de las antorchas.

La mandíbula se le desencajó por la sorpresa, al distinguir al acompañante de Jan. Su estatura y complexión eran similares a las del mayor de los Landvik, lo que no era algo común. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones negros. Ambas prendas se ajustaban favorablemente a su musculoso cuerpo. Le llamaron la atención sus poderosos antebrazos, que las arremangadas mangas de la camisa dejaban al descubierto. Cuando estuvo un poco más cerca pudo apreciar otros detalles... detalles como la tupida barba rubia que le tapaba el cuello o que llevaba el pelo recogido en una larga trenza o sus ojos que, a pesar de la poca iluminación, resplandecían azules e intensos. Y cómo se movía... de una manera cadenciosa y sexi, tan seguro de sí mismo...

Era espectacular, como uno de esos modelos noruegos que estaban tan de moda en las revistas últimamente.

Un vikingo moderno.

—Joder... —No pudo evitar que el taco se deslizase de su boca en un susurro, mientras le seguía con la mirada, embobada.

El espécimen perfecto de hombre se separó de Jan y de su hija y se sentó unas filas más atrás, junto a Tony y su mujer, y Tana tuvo que dejar de mirarle. Era eso o dislocarse el cuello.

—¿Qué haces? —le preguntó Sandra, dándole un codazo.

—Nada —respondió con más brusquedad de la necesaria. Se le había secado la garganta y carraspeó para compensarlo.

Los primeros acordes de la melodía que había elegido Eli para hacer su entrada comenzaron a sonar. Todas las cabezas se giraron hacia la casa y buscaron a la novia con los ojos, expectantes.

Tana aprovechó el instante para repasar al nórdico de arriba abajo, ya sin temor de provocarse una tortícolis. Estaba de perfil... y por supuesto, también tenía un perfil impresionante. ¡Cómo no! Recordó la pregunta que le había hecho a Eli por teléfono hacía semanas cuando quiso saber a quién iba a invitar a su boda:

¿Algún soltero atractivo en la treintena?

Parecía ser que la respuesta a la pregunta era afirmativa y estaba frente a sus ojos.

Estuvo a punto de relamerse como una gata satisfecha.

Capítulo Seis

Eli estaba preciosa.

Todos los ojos la seguían atentamente mientras atravesaba el pasillo iluminado por las antorchas estratégicamente colocadas. Caminaba con lentitud, casi al ritmo de la melodía que sonaba de fondo: *Claro de luna* de Debussy. Curiosa elección. Pero el efecto era impactante. La escena no podía ser más mágica. Los acordes, trágicos y bellos al mismo tiempo, y ella avanzando sola con una sonrisa en los labios y mirando a Cas con intensidad. Un momento perfecto...

Till buscó a su hermano. Incluso desde la distancia pudo apreciar que tenía los ojos húmedos al contemplar cómo Eli, la madre de su hija, la mujer de su vida, se acercaba a él. Cuando llegó a su lado le tendió la mano y ella la tomó. Después se fundieron en un abrazo mientras la música seguía sonando de fondo. Se escucharon unas exclamaciones conmovidas provenientes de los asistentes. Hasta el mismo Till tuvo que refrenar las emociones que amenazaban con cerrarle la garganta. Tragó saliva y cerró los ojos.

Recordó la cena que había tenido lugar hacía un par de noches en casa de Cas. El reencuentro con Eli había sido... emotivo, sin duda. Ella se lo había puesto fácil —como todos, en realidad—; le abrazó y se comportó como si nada hubiera sucedido, como si sus acciones y sus absurdas decisiones del pasado no hubiesen tenido nada que ver en que casi perdiera la vida. Él, sin embargo, no iba a olvidarlo jamás. Nunca podría borrar de su memoria el momento en que Cas, Jan y él entraron en la nave donde los Albescu la tenían retenida, esperando cobrar las deudas de juego que *él* había contraído, y la vieron en el suelo, tumbada sobre un charco de sangre. Se había caído tratando de huir, golpeándose en la cabeza. Tuvo que ser operada de urgencia... Tampoco podría olvidar jamás a su hermano, arrodillado en el suelo junto a ella con las lágrimas corriéndole por las mejillas... *Gott!*

Y sin embargo, todo aquello que a él le parecía tan cercano y presente, para los demás había dejado de importar, como le habían vuelto a

mostrar en aquella cena. No se había hablado del tema, no se había hecho ni una sola mención. Solo se habían alegrado de verle y habían querido saber de sus planes de futuro. Nada más. Eli, incluso, le había abrazado con fuerza a la hora de despedirse.

Y eso le había hecho sentir tan pequeño...

Abrió los ojos y los fijó en la pareja protagonista del evento y de sus pensamientos. La pareja perfecta. Después su mirada se desvió y terminó por caer sobre Jan y Oksana, a la que había conocido en la cena, y con la que tuvo el placer de conversar. Otra pareja perfecta.

Cas y Eli...

Jan y Oksana...

Till y...

¿Tana?

¡Joder! ¿Esa era Tana?

Estaba sentada en la primera fila y miraba embelesada al frente, como todos los demás. Desde donde él estaba solo podía ver su perfil, pero era suficiente para darse cuenta de que los años transcurridos le habían sentado bien... más que bien. Seguía teniendo esa figura que ya en su día le llamó la atención, solo que ahora la envolvía también un aura de madurez muy atrayente. Debía de andar en la treintena. Era un par de años mayor que él, como Eli. La recorrió de arriba abajo con los ojos. El corte del vestido acentuaba la perfecta exuberancia de sus pechos... Le costó apartar la mirada y concentrarse en su cara o al menos en lo poco que se apreciaba de ella. Deseó poder verla de frente y, como si algo o alguien hubiese decidido concederle sus deseos, ella se echó la melena hacia atrás, ofreciéndole una visión casi perfecta de sus facciones.

Verdammt!

Decir que estaba guapa era quedarse corto. Adjetivos como atractiva, llamativa, hermosa, cautivadora... también se quedaban cortos... Estuvo a punto de silbar de admiración. Sus ojos, dos profundos pozos oscuros, su nariz recta, sus pómulos altos y elegantes, sus labios carnosos y sensuales... y todo ello dentro de un óvalo perfecto y bronceado.

Ella volvió a girar la cabeza y siguió atenta a la ceremonia, y él ya no pudo seguir admirando su rostro, solo la suave curva de su hombro y el brillo

de su espesa melena castaña. Casi en contra de su voluntad apartó la mirada, pero de vez en cuando no podía evitar que sus ojos volviesen a la espectacular mujer de la primera fila. Inconscientemente, se llevó la mano a la cara y se acarició la barba en el punto exacto donde ella le había dejado aquellas marcas... Era una mujer de carácter. Al menos lo había sido entonces. Se preguntó si el tiempo la habría cambiado, si habría apagado algo de su fogosidad. Esperaba que no. A él le gustaban las mujeres ardientes.

Entornó los ojos y esbozó una traviesa sonrisa, imaginándose a aquella belleza de ojos oscuros con él en la cama. Era una imagen fascinante... Muy a su pesar —debido al inapropiado momento y lugar— notó cómo su entrepierna se erguía y se revolvió inquieto en la silla, ajustándose los pantalones con disimulo.

El notario acababa de leer la archiconocida fórmula de matrimonio, y Cas y Eli intercambiaron un beso algo más apasionado de lo habitual en esos casos. Los asistentes se pusieron de pie y aplaudieron con entusiasmo. Él mismo lo hizo. Cuando se separaron, el novio presentaba un aspecto muy satisfecho y la novia tenía el rostro sonrojado y una enorme sonrisa en los labios. Parecía pletórica.

Todo el mundo se incorporó y se acercó a ellos. Las amigas de Eli la rodearon para darle la enhorabuena. Habían formado una piña a su alrededor y la besaban con efusividad. Entre ellas, la figura voluptuosa de Tana destacaba notablemente. A Till le sorprendió su tamaño. No la recordaba tan menuda. Aunque la falta de estatura no le restaba un ápice de atractivo, decidió.

Vio a Jan abrazando a Cas y palmeándole la espalda con energía. Después, ambos se giraron y le miraron, sonriéndole e invitándole a acercarse.

Lo hizo.

* * *

Tana se puso de puntillas y abrazó a Eli, ya sin importarle el vestido.

—Ha sido precioso. Y tú estás resplandeciente. ¡Cómo me alegro por vosotros! —La voz le salió estrangulada por la emoción. En verdad había sido una ceremonia hermosa. Sencilla pero llena de magia.

—¡Estoy que no me lo creo! —exclamó Eli. Las lágrimas le rodaban

por las mejillas—. De verdad. Todo ha salido bien... Y Cas... ¿Has visto a Cas? ¿No está perfecto? ¡Se ha puesto camisa! —se rio y meneó la cabeza, incrédula.

—Es un día especial —murmuró Tana, mirando al orgulloso novio por encima del hombro. En ese instante el llamativo desconocido se acercaba a él y le daba un abrazo.

—Sí, muy especial —dijo Eli, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Dónde está Sira? —La buscó, ansiosa.

—La tiene Oksana. Mira, ya viene —respondió Tana al ver que esta se acercaba con la niña en brazos—. Eli, ¿quién es el tío ese que está abrazando a Cas? —añadió con rapidez en un susurro.

Eli esbozó una sonrisa.

—Es Till. Está muy cambiado, ¿verdad? A mí me pasó lo mismo. Casi no le reconocí.

Oksana llegó hasta ellas y le entregó a la niña a su madre. La atención de Eli se centró en Sira y en Oksana y no se dio cuenta de la reacción de su amiga.

Tana se había quedado muda.

Till.

Una sombra oscureció su rostro al recordar la última vez que había visto al pequeño de los Landvik, la noche del secuestro de Eli. El desprecio asomó a sus ojos.

Till Landvik.

El niño.

Le observó con el ceño fruncido. Ahora de niño tenía poco, al menos en apariencia. En el pasado había sido más delgado y fibroso; no había tenido esa musculatura tan parecida a la de sus hermanos mayores. Quizá por eso no le reconoció. Además, la barba le hacía parecer más mayor de los treinta años que tendría. Y ese exótico pelo largo y su manera de andar... con esa seguridad...

Sí que había cambiado. Físicamente parecía otra persona.

Till se dio la vuelta en ese momento y sus miradas se cruzaron. Él le sonrió, mostrando una dentadura blanca y perfecta. Gran cantidad de

arruguitas se formaron en torno a sus ojos, haciéndole parecer todavía más mayor. Incluso a la precaria luz de las antorchas se podía apreciar que tenía el rostro curtido, como si hubiese pasado largas temporadas a la intemperie, expuesto a la crudeza de los elementos. Tana apretó los labios, contrariada. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? Era quizá una de las personas a las que más despreciaba en el mundo... ¡Joder!

Entonces él le dijo algo a Cas y se puso en movimiento, dirigiéndose hacia donde ella se encontraba. Se le encogió el estómago al verle aproximarse, pero él buscaba a la novia, aunque no despegó los ojos de ella en ningún momento, ni siquiera cuando abrazó a Eli y se inclinó a darle dos besos. ¡Mierda! De cerca todavía era más espléndido, pensó Tana. No pudo evitar contemplarle a hurtadillas, odiando tener que levantar la cabeza para hacerlo. En silencio maldijo su corta estatura y la desventaja de ir descalza. Era un gigante.

—Enhorabuena, cuñada —le escuchó decir. Tenía la voz ronca y algo rasposa. Ella no la recordaba así.

—Ay, Till —dijo Eli, conmovida—, no sabes la ilusión que me hace, *que nos hace*, que estés aquí.

Él apartó los ojos de su persona, por fin, y se concentró en la recién casada. Le apretó las manos con afecto y luego le acarició el pelo a la pequeña Sira, que había recostado la mejilla en el hombro de su madre y le miraba muy seria.

—Yo también me alegro de haber venido —murmuró él.

Y volvió a mirarla *a ella*.

—¿Te acuerdas de mi amiga Tana? —preguntó Eli. No tuvo opción de decir más porque en ese momento llegó Poncho y la abrazó, desviando su atención.

—Pues claro que me acuerdo —dijo él en voz baja, centrando todo su interés en ella. Sonaba excesivamente encantado.

Tana se envaró al escucharle hablar en ese tono. Él parecía haber olvidado cómo había terminado su último encuentro. Ella no.

—Hola, Till —dijo con altanería.

Si a él le sorprendió su forma de abordarle, se recuperó rápido.

—Hola, Tana —dijo, regalándole una sonrisa e inclinándose para

darle dos besos.

Ella se apartó y le ofreció la mano, haciéndole fruncir el ceño, contrariado.

«Esto es lo que hay, niño», pensó, complacida al ver su expresión.

Él tardó en estrechársela. Parecía estar sopesando si hacerlo o no. Finalmente lo hizo, aunque con reticencia. Tana bajó la mirada. Su mano se perdía en la de él; era enorme y la tenía muy morena, con la palma callosa y cálida y los dedos largos y fuertes. Una larga y blanquecina cicatriz le atravesaba todo el dorso. El contacto le provocó un agradable picor en la punta de los dedos y en silencio se preguntó si no habría sido mejor dejarse dar los dos besos de rigor. Recuperó su mano de un tirón y alzó la cabeza. Llevaba los botones superiores de la camisa desabrochados y, aunque la larga barba rubia le cubría el cuello, sus ojos se clavaron en el trozo de piel que quedaba al descubierto justo a la altura de su mirada. Morena y firme con una ligera capa de vello rubio sobre ella... Una imagen tentadora...

¡No! Se enfadó consigo misma y apretó los labios. Él la contemplaba con manifiesta admiración. Se permitió el lujo, incluso, de detenerse en su escote más rato del estrictamente necesario. La embargó la indignación.

—¿Has decidido dejar de huir y dar la cara al fin? —le espetó, deseosa de ponerle en su sitio.

Él reaccionó como ella había deseado: turbado. Ni la tenue luz de las antorchas pudo disimular que se sonrojaba. Tana sabía que había sido en extremo antipática, pero le dio igual. Till se merecía eso y más. Ella no iba a perdonarle como todos los demás aparentaban haber hecho.

—Eso parece —masculló con aspereza.

—Pues ya era hora, ¿no crees?

Él no respondió. Parecía impasible. Si no hubiese estado tan pendiente de su reacción, ni siquiera se habría dado cuenta de que se le endurecía la mandíbula debajo de la espesa barba.

—No has cambiado —dijo al fin, recorriéndola de arriba abajo con los ojos.

Esa mirada descarada hizo que se sintiera desnuda. Se dio cuenta con desmayo de que el rubor se manifestaba en sus mejillas como antes le había sucedido a él, y la rabia la inundó.

—Tú tampoco —dijo entre dientes—. Por mucha barba y mucho pelo que te dejes crecer, supongo que en el fondo eres el mismo de hace años. — Toda la frase sonó como un insulto.

Él entornó los ojos.

—Si tú lo dices.

Ella no pudo añadir nada más, ya que en ese instante la pequeña Clara se interpuso entre ellos, haciendo que la atención de ambos se centrara en ella.

—Tío Till —dijo, dando pequeños saltitos—, he encontrado una madera en la orilla. Creo que es de un barco vikingo —añadió, emocionada.

—Menudo descubrimiento —dijo él, acuclillándose junto a ella, pero sin apartar la mirada del rostro de Tana.

—Mi tío tiene un barco que se llama como mi abuelita. —Clara se dio la vuelta y se dirigió a ella—. Es un barco vikingo —asintió con vehemencia —, porque él es uno de ellos. ¿Ves su pelo y su barba?

Tana se quedó callada, sin saber qué decir. La niña la miraba como si estuviese esperando algo, y el poseedor de la barba y el pelo vikingo también la miraba con una expresión indescifrable en el rostro. Se sintió violenta. Nunca sabía cómo reaccionar con aquella niña. Y encima esos ojos azules clavados sobre ella...

—Qué bien... —respondió como una mema.

—¿Vienes a ver la madera? —Se giró y miró a su tío.

Este, gracias a Dios, desvió su atención y se concentró en su sobrina, que aguardaba ansiosa.

—Pues claro. Vamos. —Se incorporó, volviendo a convertirse en el gigante que era.

—¿Vienes con nosotros? —le preguntó la niña a Tana.

«¡Mierda!»

—Eh... no... no puedo. Tengo... tengo que ir... al aseo —se disculpó con torpeza haciendo un gesto vago con la mano.

No tardaron en ponerse en movimiento. Él, enorme y fuerte, y ella, diminuta y frágil. Iban de la mano. Apenas se habían alejado unos metros cuando la voz aflautada de la niña llegó hasta ella con claridad.

—Tana es muy guapa, pero nunca quiere jugar conmigo. Y con Sira tampoco.

«¡Tierra trágame!»

Till la miró con una ceja arqueada. Ella volvió a sentir ese vergonzoso calor reptando por su cuerpo y concentrándose en sus mejillas. Se dio la vuelta precipitadamente y huyó de esos ojos inquisitivos. Ignoró a Sandra y a Alba que la llamaban agitando los brazos para que se acercase a ellas, y se dirigió hacia la casa.

La excusa que le había puesto a Clara para no ir a la playa con ellos se había convertido en realidad. Sí que tenía que ir al aseo.

A recomponerse.

Capítulo Siete

Mientras se arrodillaba en la arena al lado de Clara y la ayudaba a desenterrar el trozo de madera, no podía quitarse de la cabeza cómo le había tratado Tana. Ese tono de voz arrogante y esa mirada altiva... Sabía que se merecía eso y más. Mucho más. Aun así, le había escocido escuchar sus reproches. No estaba tan curtido como había pensado. La falsa impresión de «todo está bien» en la que se había acomodado los últimos días se había diluido al enfrentarse a ella.

Al parecer era la única que le guardaba rencor por lo sucedido entonces. Había reaccionado como él esperaba que reaccionase todo el mundo: echándole en cara que hubiera huido y no hubiese dado la cara. Le había avergonzado. ¡Joder! Una mujer que apenas pasaba del metro y medio le había hecho sentirse como un crío, simplemente con un par de palabras y una mirada despectiva. Meneó la cabeza, incrédulo.

Y lo peor de todo, mientras ella le hablaba de aquella manera, él no había podido evitar imaginársela sin ropa...

¡Qué situación más grotesca!

—¿Es de un barco vikingo? —le preguntó Clara, devolviéndole a la realidad.

Él inspeccionó la madera. Era un tablón antiguo del tamaño de su antebrazo, con los bordes redondeados por la erosión del agua. Comprobó que no tuviese astillas que ella se pudiese clavar antes de entregárselo.

—Yo diría que sí —respondió.

Ella asintió, muy seria, tomando la madera.

—Voy a enseñárselo a papá —dijo, y giró sobre sus talones, echando a correr.

Él la observó con una sonrisa en los labios. Era una niña sorprendente, lista y despierta, que había decidido que él era su persona favorita en el mundo, al menos de momento. No tenía mucha experiencia con

niños, pero con ella se sentía cómodo.

Se incorporó y se sacudió la arena de las manos, luego se las metió en los bolsillos y permaneció unos segundos mirando al mar. Dio dos pasos hasta que alcanzó el punto exacto donde iban a romper las tímidas olas. El agua no estaba fría. Había echado de menos esa sensación, la de los granos mojados deslizándose entre los dedos de sus pies mientras poco a poco la fuerza del mar, acercándose y alejándose, le hundía en la arena, inmovilizándole y fundiéndole con ella, haciendo que se sintiese parte de algo. Era como echar raíces. Raíces que había decidido cortar hacía años y que habían viajado con él a todas partes, pero que no había sido capaz de plantar en ningún otro sitio. Su casa era esa, ese mar Mediterráneo donde había crecido junto a su familia, junto a sus hermanos... Y sin embargo, aun a sabiendas de dónde sentía su hogar, no iba a regresar. Iba a ser solo un retorno a medias... Pasar de puntillas sin hacer mucho ruido por la vida que tanto había echado de menos antes de marcharse a otro lugar, lejos de nuevo.

Suspiró, de pronto invadido por la melancolía. Se acarició la barba con lentitud, mientras el sonido de la música y de las conversaciones a su espalda se mezclaba con el de una voz que resonaba en su cabeza. Tenía un inconfundible timbre femenino.

¿Has decidido dejar de huir y dar la cara al fin?

Apretó los dientes. Cuando casi había conseguido relajarse, había tenido que venir ella a remover conciencias. ¡Maldita Tana!

Se dio la vuelta y la buscó con la mirada. Estaba en el borde de la piscina hablando con el hermano de Eli. Tenía una copa de cava en la mano, que se llevaba de vez en cuando a los labios, y sonreía. La luz azulada de los focos provenientes del agua la iluminaba desde abajo, realzando sus piernas morenas y torneadas. La observó durante un rato, protegido por la oscuridad de la playa. Al cabo de unos segundos ya sabía dos cosas; la primera, que entre ella y Poncho había mucha familiaridad, más de la usual entre dos amigos; y la segunda, que en varias ocasiones desvió la vista y escudriñó la orilla, buscando algo.

Le buscaba a él.

«¿Tienes necesidad de machacarme un poco más o es que te pongo?», le lanzó la muda y silenciosa pregunta cuando ella volvió a dirigir sus ojos hacia donde él se encontraba.

No iba a tardar mucho en averiguarlo. La reunión era pequeña; no habría más de veinte o veinticinco personas, y el jardín tampoco era muy grande, así que las probabilidades que tenían de coincidir en el mismo grupo eran muy elevadas. Echó a andar lentamente, acercándose a la zona iluminada por las antorchas. Su hermano Jan le salió al encuentro.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó, jovial—. ¿Desenterrando tesoros?

—Tu hija me tiene abducido. Ella ordena y yo la sigo.

—Lo hace con todos. —Le palmeó el hombro, alegre—. Anda, vamos antes de que vuelva y te haga cavar por toda la playa.

Till le siguió, sonriendo. Al fondo, al lado de la casa, bajo una carpa blanca, habían colocado un bufé que era atendido por varios camareros. Justo delante se había formado un pequeño grupo integrado por Cas, Eli, sus padres y Oksana. Los Landvik al completo. Todos tenían copas de cava en las manos. Él también cogió una y brindó por la felicidad de la pareja. Mientras se contaban anécdotas y se compartían recuerdos, él escuchaba solo a medias. No pudo evitar que sus ojos se desviasen hacia la piscina y hacia la mujer que ahora quedaba cubierta por el cuerpo de Poncho. Se preguntó si habría algo entre ellos. No era que le interesase especialmente, pero sentía curiosidad.

En ese instante, el hermano de Eli se movió y los ojos de Tana se encontraron con los suyos. Se aguantaron la mirada unos segundos hasta que ella, frunciendo los labios, giró la cabeza con un movimiento desdenoso.

Till agarró la copa con más fuerza. Estaba claro lo que pensaba de él, desde luego. La silenciosa pregunta que antes había lanzado al aire cuestionándose si se sentiría atraída por él o si lo que deseaba era machacarle, acababa de quedar contestada. Se llevó la copa a los labios y la vació de un trago, retornando su atención a algo que estaba contando Cas sobre la pequeña Sira, que se había quedado dormida en brazos de su madre.

—Vaya donde vaya, al pediatra o a la guardería o al parque, nadie se cree que es mi hija —decía—. Ya se ha empezado a comentar por ahí que Elisa quizá me haya engañado con otro.

Todos rieron. Era evidente que la niña no se parecía a ninguno de los dos, con su espesa melena negra y sus enormes ojos oscuros.

—Menos mal que Poncho nos visita con frecuencia y el malentendido se aclara cuando le ven a él —continuó Cas, y le hizo un gesto a su cuñado

para que se acercase.

Este cogió a Tana del brazo, que parecía algo reacia, y se aproximó al grupo. Su pelo oscuro y sus ojos castaños, una copia casi perfecta de los de su sobrina.

—¿Ya has desvelado el secreto sobre la verdadera paternidad de tu hija? —bromeó, y luego se giró hacia su acompañante y le pasó un brazo por encima de los hombros—. Tana, lo saben. Saben que Sira es nuestra —añadió, burlón.

La carcajada fue generalizada. Incluso Tana emitió una risa forzada. Till, que la observaba con intensidad, se percató de su incomodidad. ¿Sería por su presencia?

—Quizá Poncho podría ser el padre, pero ¿yo la madre? Los niños y yo no nos llevamos muy allá... —respondió, mirando a todos alternativamente. A todos menos a él.

Eso le molestó. Incluso sabiendo cuál era su opinión sobre su persona, hubiera preferido que no le ignorase. Le hacía sentir como un imbécil. Decidió lanzarse a la piscina y dirigirse a ella directamente.

—Entonces, ¿no te gustan los niños? —le preguntó con excesiva zafiedad. Hasta él mismo se dio cuenta de que las palabras habían abandonado su boca con acritud y cierto tono reprobatorio; pero ya era tarde para formularlo de otra manera.

—No es eso —repuso ella con voz helada. No dijo nada más.

Till le sostuvo la mirada. Ella tampoco se arredró. Y durante unos segundos se retaron con los ojos. Los de él, entornados y algo provocadores. Los de ella, muy abiertos y lanzando chispas de indignación. Todo el mundo pudo darse cuenta de la tensión que había entre ellos; era tan espesa que hubiera podido cortarse con un cuchillo.

Se escuchó un carraspeo que los sacó a ambos del silencioso y ridículo duelo. Él fue el primero en romper el contacto ocular. Miró a su hermano Jan que había sido el autor del carraspeo y que le observaba extrañado.

—Veo que Alba me está llamando. Disculpadme —dijo Tana y, fingiendo una sonrisa, se desasíó del brazo de Poncho y se apartó.

Mientras ella se alejaba, todos los ojos se dirigieron a él en una muda

interrogación. Se encogió de hombros casi imperceptiblemente. Después se giró y siguió con la mirada el vaivén de sus caderas.

* * *

Era un gilipollas.

¿Quién narices se creía que era para mirarla de aquella manera? Como si desease arrancarle la ropa a mordiscos. Creía que le había dejado bastante claro que no estaba interesada en sus avances y cuál era su opinión sobre él, pero parecía no haberse enterado y seguía provocándola con los ojos. ¡Menudo idiota!

¿Y ese tono acusador al cuestionar si le gustaban los niños? Como si por el hecho de ser mujer tuviese que tener el gen de la maternidad estampado en la frente o algo así. No había pensado que fuera tan obtuso, pero al parecer lo era. Cada palabra que salía de su boca solo hacía que reafirmar el mal concepto que tenía de él.

Rechinó los dientes con furia.

—¿Has mordido un limón? —le preguntó Alba cuando se detuvo a su lado.

—Peor —resopló—. El niño de los Landvik ha vuelto.

—¿Niño? Perdona que te diga, *darling*, pero de niño no tiene nada —dijo, mirando por encima del hombro de Tana—. Ha cambiado una barbaridad. Está como un queso.

Tana la observó con el ceño fruncido. Muy a su pesar tenía que reconocer que Alba tenía razón. Till Landvik estaba cañón. Más que eso, en realidad. Se había convertido en el tipo de hombre por el que todas las féminas suspiraban. Había pasado de ser el chico surfista de hacía años a transformarse en una mezcla de dios nórdico y modelo noruego.

—Tampoco es para tanto —reaccionó a la defensiva apartándose un mechón de pelo de la cara con desdén.

Alba soltó una carcajada.

—Vamos, Tana, que nos conocemos. Lo que te molesta es que el hombre al que llevas años criticando y poniendo a parir, de pronto se haya materializado convertido en un semidiós.

Guardó silencio. No tenía mucho sentido llevarle la contraria.

—Es un cretino —dictaminó al cabo de unos segundos.

—¿Y eso lo has deducido después de verle cinco segundos? —preguntó—. Creo que tu rencor te nubla el sentido. Por favor —dijo con retintín—, han pasado muchos años de lo de aquello. La gente cambia y además... —se interrumpió al ver acercarse a su marido.

—¿Qué hacen las dos mujeres más guapas de la fiesta?

Jaime Llorens besó a su mujer en la mejilla. Era alto, delgado y de sonrisa fácil.

—Aquí, criticando a Till —respondió Alba con malicia.

Tana puso los ojos en blanco.

—He estado hablando con él esta tarde —comentó Jaime—. Quiere montar un negocio con una socia y me ha estado pidiendo consejo legal. Aunque no le he podido ayudar mucho, la verdad. No estoy familiarizado con las leyes mexicanas. Pero me ha parecido bastante cambiado, con la cabeza en su sitio.

¿Leyes mexicanas? ¿Dónde rayos iba a montar el negocio? Tana deseó que Jaime siguiese hablando. Le picaba la curiosidad. Sabía que el joven de los Landvik, en los últimos años, después de dejar la carrera de Medicina, había estado viviendo y trabajando como pescador en el norte de Noruega. Y poco más.

«También se ha cansado de eso...», pensó. «Es un inestable. ¿La cabeza en su sitio?»

—¿México? Pero ¿no estaba en Noruega? —preguntó Alba. Tana le dio las gracias en silencio.

—Según me ha dicho, él y su socia van a encargarse de una escuela de surf. Es un negocio que ya está en marcha. En Baja California. Tampoco sé mucho más. Le he dicho que si tiene dudas puedo ponerle en contacto con un colega que lleva temas internacionales.

—¿Una escuela de surf? Me encanta ese chico. Es un aventurero... —Alba volvió a dirigir la mirada hacia el fondo.

—¿Aventurero? Irresponsable, diría yo. Dudo mucho que haya cambiado un ápice. Quizá se haya metido en líos en Noruega y por eso se va a México, huyendo —repuso Tana con mordacidad.

—¿Qué rencorosa eres, hija! —le lanzó Alba.

—Hola chicas y marido. ¿Dónde tenéis a vuestra prole? —interrumpió Sandra, uniéndose a ellos.

—Los gemelos están allí con Tony y su mujer. Ahora les ha entrado la tontería de que quieren ser pilotos de moto y no le dejan en paz —contestó Jaime—. Y Rodrigo, aunque parezca mentira con todo este ruido, está dormido en su cochecito. Está ahí con Sofía. —Señaló a su derecha, donde a unos veinte metros, la niñera de la familia conversaba con uno de los hijos de Tony mientras mecía el carrito de bebé.

—Jaime, ¿eres un amor y nos traes bebidas? ¿*Gin-tonic* con Puerto de Indias? —preguntó Alba a Tana y a Sandra, que asintieron.

—Eres una mandona —sonrió él, alejándose camino de la barra.

Alba esperó unos segundos hasta que él estuvo lo bastante lejos.

—Suéltalo —dijo, encarándose con Tana y mirándola fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Sandra, sorprendida.

—Pues que Tana ha venido hace unos minutos con la cara disgustada. Y que el Landvik pequeño no deja de mirarla.

Tana sintió un incómodo cosquilleo en la nuca al escuchar aquello, y tuvo que resistir la tentación de darse la vuelta.

—¿En serio? —Sandra desvió la mirada con todo el descaro del mundo y buscó al objeto de su conversación—. Es verdad. Te está mirando.

—Que mire —replicó con sequedad—. Hemos tenido un par de palabras antes. Nada especial. Solo que necesitaba que alguien le pusiera en su sitio.

—Eres irritante —dijo Alba—. Haz el favor de comportarte, al menos hoy. Estamos de celebración.

Tana se mordió la lengua. Su amiga tenía razón. Estaban en la boda de Eli y era un día muy especial para ella, así que haría lo que tuviera que hacer para que todo fuese de color de rosa, incluso soportar las miradas provocadoras de Till Landvik, el niño.

Jaime regresó con tres copas y se las tendió.

—La ginebra es de fresa —dijo.

Tana bebió un trago de su copa y cerró los ojos, complacida. Sí que sabía a fresa y también tenía un toque a regaliz. Deliciosa.

—¿Comemos algo? —sugirió Sandra—. Como siga bebiendo alcohol con el estómago vacío me va a dar algo.

—Sí, mejor que vayamos —dijo Alba.

Se encaminaron al bufé hablando animadamente. El grupito de los Landvik se había disuelto, y solo Jan y Oksana se encontraban junto a la barra. Tana suspiró, llena de alivio. Cuanto menos contacto tuviese con él, mejor. Aun así, tuvo que controlar el impulso de buscarle con la mirada. Se regañó mentalmente por su maldita curiosidad.

Se habían dispuesto diferentes mesas donde los invitados podían llevarse sus platos y sentarse a cenar. No había asientos asignados. Después de servirse, se acercaron a una de las mesas, la más próxima a la piscina, y se acomodaron. Estaba montada para ocho comensales y ellos eran cuatro, pero pronto llegó Sofía con los dos gemelos, así que solo un hueco quedó libre. Por el rabillo del ojo, Tana vio que la familia Landvik al completo tomaba asiento en la mesa más céntrica, lejos de ellos, y se relajó.

El sonido de la música impregnaba el ambiente. Se escuchaba de fondo a un volumen agradable, entremezclada con las conversaciones. Eran canciones antiguas, mucho *blues* y *soul*, de los sesenta y setenta, que invitaban a moverse, a dejarse llevar. Los camareros habían retirado las sillas, que antes habían formado el pasillo hasta la pérgola bajo la que había tenido lugar la ceremonia, y se había creado un espacio libre. El césped lleno de pétalos de rosas blancas incitaba a hacer uso de él como pista de baile.

Tana desechó su *gin- tonic* y cogió una copa de vino, que el camarero acababa de llenar, y se la llevó a los labios esbozando una sonrisa. Le encantaba bailar. Después de cenar arrastraría a Poncho a la pista.

—¿Está libre este sitio? —preguntó una voz ronca y rasposa.

¡Mierda!

Capítulo Ocho

Era masoquista.

Después de una hora, dos copas de vino y tres *gin-tonics*, que habían convertido la lengua de Tana en un estilete afilado, lo tenía claro. Si todavía no se había levantado de aquella mesa y se había marchado, era porque le gustaba sufrir. Notaba las miradas de los otros sobre él, cargadas de conmiseración.

Clavó los ojos en los de ella. Le brillaban en exceso. Quizá por el alcohol que había consumido, quizá por el reflejo de los farolillos que iluminaban las mesas, quizá porque eran así... De cualquier manera le resultaban muy atractivos. Percibió el destello que apareció en ellos en ese instante y supo que la puntilla estaba a punto de llegar.

—Entonces, ¿ya has solucionado tus problemas con el juego? —le espetó, rebosante de escepticismo.

Se oyó un gemido ahogado. Había sido Sandra, que se había llevado la mano a la boca y la miraba como si se hubiera vuelto loca. Till le hizo un gesto despreocupado con la mano a Jaime al ver que iba a intervenir. No necesitaba defensores.

Durante la cena le había cuestionado todas y cada una de las decisiones que había tomado en su vida: que hubiese abandonado la carrera de Medicina, que no siguiera trabajando con su tío, que fuese a dejarlo todo para irse a vivir a México... Al principio había sido más sutil y mordaz, pero según avanzaba la noche era cada vez más directa.

Todavía se preguntaba qué narices le había llevado a sentarse allí.

—Depende de a qué juego te refieras —respondió ahora, llevándose la cerveza a los labios con lentitud. Sabía que había sonado provocador y que ella iba a tratar de ponerle en su sitio de nuevo.

Llevaba toda la noche desafiándola con sus comentarios, fingiendo que la dureza de sus observaciones no le afectaba en absoluto. Lo cierto era

que cada frase hiriente que salía de su boca se convertía en una pequeña puñalada en las entrañas.

Sí, era masoquista.

—Pues a ese en el que dejas a deber dinero a unos rumanos y tu hermano tiene que dar la cara por ti y jugarse la vida en un ring... a ese juego me refiero... —soltó ella con una sonrisa dulce en la cara, desmintiendo la crudeza de su aseveración.

Till sintió como si le hubieran asestado un puñetazo en el pecho. Su lengua viperina, como si fuese un látigo de siete colas, acababa de abrirle la piel haciéndole sangrar.

Ese sí que había sido un golpe bajo.

Se hizo el silencio. Incluso los gemelos de seis años se quedaron petrificados.

—¡Ya vale! —exclamó Jaime, mirándola con reproche—. Creo que no deberías beber más.

—Sí, te estás pasando —le susurró Alba, pero en voz lo suficientemente alta como para que todos en la mesa lo oyesen.

Tana giró la cabeza y miró a su amiga a la cara. Pareció dispuesta a replicar, pero apretó los labios con fuerza y bajó los ojos avergonzada. El rubor cubrió sus mejillas.

Till observó su reacción, mitad sorprendido mitad contrariado. Era extraño, pero no le gustaba verla así. Por más que él mismo fuese el objeto de sus pullas, la prefería despidiendo fuego por la mirada y no humillada.

Sí, era masoquista.

—Voy... voy a buscar a Poncho. —Se puso de pie y, sin mirar a nadie en particular, se alejó.

Él la siguió con los ojos. Andaba muy erguida, a pesar de las copas que llevaba encima.

—Till... eh... no se lo tengas en cuenta... —comenzó Jaime, abochornado—. Cuando bebe...

—No digas nada —le interrumpió—. Está en su derecho de tener su opinión sobre mí.

—Tana es muy... leal —intervino Alba, sonriéndole contrita—. Ella y

Eli siempre han sido uña y carne. Y lo que sucedió... le afectó bastante.

Till asintió. No hacía falta ninguna explicación. Era muy consciente de cómo eran las cosas. Sabía del gran afecto que Tana sentía por Eli. Lo que no había tenido tan claro era la profundidad de su resentimiento que ni el paso del tiempo había mitigado. Jugueteeó distraídamente con la etiqueta de la botella de cerveza y estudió a la pareja que bailaba en la improvisada pista junto a otras parejas. Poncho y Tana parecían muy compenetrados.

—¿Están juntos?

¡Joder! La pregunta se le había escapado. Se abofeteó a sí mismo internamente. Después del trato que había recibido por parte de ella no tenía ninguna lógica que mostrase interés.

—¿Tana y Poncho? —Sandra giró la cabeza y los miró—. No —respondió, pero no había firmeza en su voz y le dejó con la duda.

Uno de los gemelos empezó a contar algo que hizo que sus padres se riesen y en unos segundos la conversación en la mesa giró en torno a una anécdota infantil. Aprovechó la distracción y siguió observando a Tana y a su acompañante en silencio. Él la agarraba con firmeza por el talle y ella había enroscado los brazos alrededor de su cuello. Bailaban muy pegados. Tana dijo algo que hizo reír a Poncho. Luego bajó la cabeza y él le alzó la barbilla con los nudillos, con un gesto cargado de afecto. La escena rebosaba ternura.

Till se sintió molesto, sin saber muy bien por qué. Volvió a darle un trago a su cerveza y contempló la luna, que se reflejaba, enorme, sobre el mar. Meditó.

Quizá sería mejor dejarlo pasar.

No le iba a traer más que problemas, y lo sabía.

Cuanto más lejos mejor.

Nada bueno podía salir de aquello.

Estaba claro como el agua.

No obstante, mandando todas las advertencias al carajo e ignorando las señales rojas de peligro, dejó la botella sobre la mesa y se puso de pie. Después se dio la vuelta y se dirigió hacia la pista de baile.

* * *

Tana apoyó la frente sobre el pecho de Poncho. Estaba mareadísima.

Si cerraba los ojos, todo comenzaba a dar vueltas en su cabeza, así que se esforzó por mantenerlos abiertos y los clavó sobre la blanca e impoluta camisa. ¿No era muy blanca? Deslumbraba.

—Estás borracha —constató él, muy divertido. Demasiado para su gusto.

—No —respondió categórica.

Él bufó, incrédulo.

—Hacía tiempo que no bebías tanto.

—¿Y tú... qué... sabes, *Ponchito*? —Reaccionó a la defensiva. Su voz emergió entrecortada y balbuceante, empañada por el alcohol.

Él se echó a reír.

—Pero si ni siquiera puedes hablar con coherencia, tu *Ponchito* ha sonado a *chupito*.

—¿Qué... poca gracia... tienes!

—El problema eres tú. Tu cerebro alcoholizado no sabe apreciar mi humor.

Ella resopló.

—¿Qué es lo que ha pasado, Tana? —Se puso serio de repente—. ¿Habéis discutido?

—No sé a qué te refieres. —Se esforzó por no arrastrar las palabras.

—Vamos, Mata Hari... Todos hemos sido testigos de vuestro absurdo enfrentamiento antes. Y luego te has pasado toda la cena lanzándole dardos envenenados con los ojos. No me quiero ni imaginar las palabras que habrán salido de tu boca —dijo—. Lo que no entiendo es que él haya decidido sentarse a la misma mesa en la que tú estabas, viendo el panorama. No me cabe en la cabeza. Tiene que ser un poco masoca.

—Tampoco ha sido para tanto... —murmuró, pero en su fuero interno sabía que se había pasado. Estuvo a punto de cerrar los ojos, mortificada, pero recordó que con los ojos cerrados el mareo se incrementaba y no lo hizo. Le costó sostenerle la mirada. Los párpados le pesaban una barbaridad.

—¿Y lo de beberte tres copas como si fueran agua? No es muy propio de ti.

—¿Acaso llevas la cuenta de lo que bebo? —preguntó, molesta—. Esa ginebra es mortal. Entra sola... con ese sabor a fresa... —trató de excusarse con tibieza.

La aparición de Till en la mesa la había aturdido, algo a lo que no estaba acostumbrada. Nunca antes la presencia de un hombre la había incomodado de aquel modo. La había pillado por sorpresa. Había sentido sus ojos adheridos a ella durante toda la cena y sus labios curvados en una sonrisa satisfecha que había tratado de borrar con sus comentarios hirientes. Quizá se había excedido, pero es que... la había sacado de quicio... La indignación le había hecho beber más y más rápido de lo habitual.

—A otro con ese cuento —dijo Poncho, y la meció suavemente al compás de la música. Sonaba el *Hello* de Lionel Richie, y Tana dio gracias en silencio por la selección de melodías, todas tranquilas y lentas. Con la cabeza girando como un tiovivo no hubiese aguantado algo más fogoso.

—Es verdad que me... irrita. No entiendo que todo el mundo haga como si no hubiera roto un plato... —confesó con reticencia—. Es un impresentable.

—Pues el impresentable viene hacia aquí —dijo él demasiado jovial, mirando un punto detrás de ella.

Tana perdió el compás y tropezó, desconcertada. Tuvo que agarrarse con firmeza a sus hombros para no caerse.

—Hola. —La voz de su «enemigo» sonó a su espalda—. Perdonad que os moleste, pero tu hermana te está llamando.

Poncho dejó de bailar y se giró buscando a Eli, que estaba inmersa en una conversación con Oksana al otro lado de la piscina. Después desvió la vista y con un esbozo de sonrisa guasona se dirigió a Till.

—Sí, ya lo veo —dijo en voz alta.

En un susurro añadió algo parecido a *masoquista*, aunque quizá fue *comunista*. Tana no consiguió discernirlo. Le miró con los ojos entrecerrados cuando se apartó de ella. Se aferró a su cuello como un pequeño simio al tronco de un árbol.

—¡Ni se te ocurra dejarme con él! —siseó.

Él soltó una risa maliciosa.

—Till, ¿te quedas con Tana mientras yo voy a ver qué quiere mi

hermana?

La pregunta resultó absurda, como si ella tuviera cinco años y necesitase una niñera. Le fulminó con la mirada antes de soltarle. Estaba a punto de decir una bordería de las suyas cuando sintió la mano del insoponible personaje rozándole la muñeca.

—Por supuesto —respondió el señor-voz-rasposa.

—Pórtate bien, Mata Hari —dijo Poncho, mejor dicho, el traidor de Poncho. Y luego se alejó con una sonrisa burlona dibujada en la cara.

Ella se dio la vuelta dispuesta a encararse con el imbécil de Till. Un triángulo de piel morena la recibió. A ver... ¿se había desabrochado otro botón de la camisa o ese trocito de piel siempre había estado ahí? Frunció el ceño, insegura.

—Mi cara está un poco más arriba —dijo él al tiempo que la sujetaba con delicadeza por el talle.

Sintió el calor de las palmas de sus manos a través de la fina tela del vestido. No tenía muy claro si era algo agradable o molesto.

—¿No me digas? —le lanzó con sarcasmo alzando la cabeza, odiando que él midiese un metro noventa.

¡Joder! Se le había olvidado lo impresionantes que podían llegar a ser en las distancias cortas los ojos de los puñeteros Landvik: azules, profundos e intensos... El escrutinio de su mirada le provocó una enorme desazón. Había dejado los brazos colgando a los costados y se sintió estúpida, como una muñeca de trapo, mientras él se movía y la movía con él. Tuvo ganas de soltarse de un tirón y dejarle allí solo, en medio de la improvisada pista de baile, pero algo en ella, curiosidad, expectación, morbo, ganas de decirle cuatro cosas... o lo que fuera, hizo que se quedara allí.

—Eres diminuta —murmuró él.

—Pues no... parece que te moleste demasiado. Llevas toda la noche mirándome con... mu... mucho... interés —se le trabó la lengua al pronunciar las últimas palabras. En silencio maldijo al inventor del Puerto de Indias.

Él no dijo nada. Ni siquiera parecía sorprendido. Pero sus enormes manos, que casi le abarcaban la cintura por completo, se agarraron. Se giró con más rapidez de la que a ella le hubiera gustado, obligándola a agarrarse a

sus bíceps para no perder el equilibrio.

¡Por Dios! ¿De dónde narices había sacado esos músculos duros como piedras? Estuvo tentada de recorrerle los brazos con avidez para comprobar si esa musculatura estaba por todas partes, pero se recordó a sí misma que le desdeñaba y no lo hizo. Dejó las manos apoyadas sobre sus brazos..., en realidad las subió un poco y las posó sobre sus hombros... ¡Joder! Sí... Allí, bajo las mangas de su camisa también había acero.

—¿Por qué no me dices lo que tanto te molesta y te desahogas? —dijo él en ese preciso momento.

—¿Estás seguro de querer meterte en ese jardín? ¿No has tenido bastante durante la cena? —preguntó, incrédula.

La mirada de él se endureció. Asintió levemente.

—A ver... el que fueses un niño inmaduro hace años... pues casi te lo podría perdonar... a fin de cuentas todos cometemos errores y tenías veinte años... —comenzó, tratando de imprimir firmeza a su tono.

—Veintitrés —la corrigió él.

—Lo que sea —arguyó ella chasqueando la lengua—. Pero lo de que huyeses con el rabo entre las piernas y dejases aquí el marronazo mientras tus hermanos te sacaban las castañas del fuego... eso sí que no... Eso no. No, no, no... —negó con demasiada energía y se arrepintió en el acto al notar que lo que normalmente estaba abajo se situaba arriba y lo que estaba arriba descendía para colocarse abajo. O algo parecido.

Él se había puesto tenso. Incluso a través de la niebla de su cerebro se percató de ello. El suave y agradable vaivén con el que la había balanceado antes al ritmo de la canción, ahora se había tornado automático y forzado.

—Eres muy dura —dijo entre dientes.

—Y tú muy blando... Si no puedes soportar la verdad, no preguntes... —Le miró con una chispa provocadora en los ojos, pero él no entró en su juego.

—La gente cambia... —repuso al cabo de un rato con suavidad. Apartó la vista y la dirigió hacia la playa.

Tana resopló con desdén, negándose a sentir otra cosa que no fuese desprecio, a pesar de que había creído vislumbrar un cierto atisbo de tristeza en sus ojos.

—No lo creo —dijo con dureza.

—Estás juzgándome por algo del pasado. No sabes quién soy ahora.

—No... no me hace falta. No me interesa.

Entonces él giró la cabeza y volvió a mirarla. Lo hizo con tanta intensidad que Tana sintió cómo se le constreñía el estómago. «Es la ginebra», se dijo.

—¿Estás segura? Porque tú tampoco me has quitado el ojo de encima en toda la noche.

«Lleva razón», se confesó a sí misma en silencio.

—No voy a negar que... estás muy bueno, Landvik —dijo, arrastrando las palabras en un arranque de ebria sinceridad—. Estos años te han sentado bien..., pero ya está... Tienes un buen polvo y nada más...

—¿Me estás invitando? —Su voz descendió una octava.

—Sigue soñando... *niñato* —murmuró con una sonrisa.

—¿Niñato? —preguntó, sorprendido.

—Sí... ni-ña-to —recalcó. Y soltó una risita tonta.

Él permaneció en silencio.

Sonaba *We've Got Tonight* de Bob Seger y la combinación de esa melodía y la brisa acariciándole la piel, hicieron que Tana se olvidase de quién era su pareja. Disfrutó del instante y de la letra de la canción y se relajó entre esos brazos fuertes que la sostenían con firmeza. Eran más fornidos que los de Poncho. Toda la figura era bastante más impresionante que la de Poncho, sí...

Le recorrió con la mirada, analizándole.

—Tiene un cuerpazo... la verdad... y sus manos... uf, vaya manos... —Se echó hacia atrás para poder verle la cara con más claridad—. Es guapo... no, más que guapo... ¡Qué ojos más impresionantes! Joder... y ese pelo largo a lo *Pantene*... me pone... y esa barba... aunque es un poco *hipster* y no es mi estilo... seguro que hace cosquillas al besar...

Escuchó su breve carcajada, lo que la confundió.

—Eres consciente de que lo estás diciendo en voz alta, ¿no?

Frunció el ceño. ¿A qué se refería? Sus ojos estaban llenos de

diversión y tenía una sonrisa en los labios, que a pesar de todo ese pelo que poblaba su cara, se podía apreciar que eran carnosos y parecían suaves. ¿Serían igual de suaves al tacto?

—Es una lástima que no te soporte —continuó al cabo de unos segundos, alzando la mano y rozándole la boca con la yema del pulgar. Sí, era suave. Su cálido aliento le bañó los dedos—. Una verdadera lástima...

—Estás jugando con fuego —dijo él en voz muy baja, casi en un susurro, apretándola contra su cuerpo. La expresión de su cara había cambiado.

Tana se estremeció, de repente incómoda.

—Creo que ya no quiero seguir bailando —farfulló, apartándose.

—¿Te pongo nerviosa?

No supo qué decir. Su mente tampoco estaba lo suficientemente despierta como para analizar aquella pregunta y encontrar la respuesta idónea.

—Sí. Me abrumas... —repuso con franqueza—. Pero es por... por... por la ginebra —se apresuró a añadir—. En condiciones normales no eres rival para mí, pero... pero creo que no es justo...

Sabía que balbuceaba, que estaba hablando demasiado, pero de alguna manera no parecía capaz de contenerse. Tenía que marcharse si no quería seguir metiendo la pata. Le agarró por los brazos y tiró de ellos para que la soltase. Él lo hizo.

—¿Justo? —La miró sin comprender con esos ojos azules oscuros y profundos.

Ella se llevó las manos a las sienes y se las frotó. ¿Justo? ¿A qué se refería él ahora? ¡Oh, Dios! Todo le daba vueltas...

—Mira, no sé qué... dices..., pero me voy... Intenta no volver a acercarte a mí esta noche... —Dio un paso atrás y trastabilló perdiendo el equilibrio. Él alargó la mano para sostenerla, pero ella se desasíó con violencia—. Joder, Till... que no te acerques...

Y, habiendo dicho esto, giró sobre sus talones y se marchó con las piernas gelatinosas.

Capítulo Nueve

Till se acercó a la barra y pidió un agua con gas. No pensaba beber más aquella noche; tenía que conducir. Y aunque hubiera podido pedir un taxi como muchos de los allí presentes iban a hacer, se había decantado por lo contrario. Prefería tener la cabeza despejada. Así que, después de dos cervezas se había pasado al agua.

Mientras esperaba que el camarero fuese a buscar hielo, se giró y dejó vagar la mirada por el jardín. Sus padres se habían marchado hacía rato, llevándose a Sira y a Clara con ellos, pero el resto de los invitados todavía seguía disfrutando del ambiente. La mayoría, sentados en las mesas charlando. Un grupito se había dirigido a la pista y bailaba al ritmo de *The Winner Takes It All* de Abba, entre ellos, Eli y sus amigas. No era la misma canción, pero la escena le trajo recuerdos de la primera noche que las vio, en el *Western Ribs*. También habían bailado así, algo achispadas. Y ya entonces Tana había llamado su atención... Ahora era más espectacular todavía, decidió, mientras la contemplaba. Se movía de una forma que solo se podía calificar como sensual, vibrando excitada por la música, con la piel morena perlada de sudor. Destacaba por encima de las demás como una gema preciosa entre otras sin pulir; y se apreciaba claramente que le gustaba bailar. Derrochaba un encanto y una seguridad aplastantes, incluso con cuatro copas de más. Y ya iban cuatro. El cuarto *gin-tonic* había caído unos minutos después de que le hubiera abandonado en la pista de modo tan abrupto hacía un par de horas.

Entornó los ojos, siguiendo sus movimientos. No tenía ni idea de cómo podía sostenerse en pie. ¿No era demasiado menuda para aguantar esas ingentes cantidades de alcohol? Pero no, al parecer la diminuta Tana era capaz de beber como un aguerrido camionero.

No había vuelto a acercarse a ella, como le había pedido. No obstante, había estado pendiente de su presencia en todo momento, incapaz de no buscarla con los ojos de vez en cuando para ver si ella también lo hacía. Y sí, la había descubierto mirándole en varias ocasiones. *Descaradamente*.

Suspiró en silencio. ¡Qué contradictoria era! Mientras le echaba en cara su comportamiento y se afilaba las uñas en su persona, desgarrándole poco a poco, su cuerpo y su mirada le enviaban señales inequívocas de... otra cosa. Y si bien cada encontronazo con ella terminaba peor que el anterior, no podía evitar desear que sus caminos volvieran a cruzarse.

—Su agua.

La voz del camarero a su espalda le hizo girarse. Cogió el vaso que le ofrecía y, con él en la mano, se dirigió a la mesa en la que estaban sentados sus hermanos, no sin antes dirigir una nueva mirada hacia la pista y a su torturadora particular. Le daba la espalda y se había levantado la melena con las dos manos, dejando la nuca al descubierto. Un mechón de pelo empapado por el sudor se le pegaba a un lateral del cuello. Movía las caderas con lentitud, sin seguir el ritmo. Al menos no el de la canción.

Fæn! ¡Esa puñetera imagen era el sumun del erotismo!

—Cierra la boca —escuchó decir a su hermano Cas cuando se dejó caer en una silla a su lado.

Le miró sin comprender.

—La parte inferior de tu mandíbula te llega por las rodillas y pareces gilipollas —añadió con socarronería.

Till sonrió, dejando el vaso sobre la mesa. No iba a pretender que no sabía a qué se refería.

—Está bien, lo admito —dijo—. No me esperaba tanto...tanto... tanta exuberancia —se corrigió.

Cas soltó una risa y desvió la cabeza hacia la pista.

—Sí, exuberante y con mucho carácter.

—No hace falta que me lo digas. He tenido el placer de comprobarlo de primera mano —resopló. Aunque les había contado antes a sus hermanos cómo había transcurrido la cena y el posterior «bailecito», no había entrado en detalles. Conociéndolos —especialmente a Cas—, no habrían dejado pasar la oportunidad de ironizar sobre la situación.

Se llevó el vaso a los labios y dio un largo trago. Sus ojos seguían fijos sobre la figura femenina.

—Es mucha mujer para ti —intervino Jan chasqueando la lengua.

—¡Joder! ¿Tú también? —se rio Till, y añadió—: Ella me llama niño.

Tanto Cas como Jan prorrumpieron en carcajadas.

—No te soporta, así que lo vas a tener crudo. Cada vez que se menciona tu nombre en alguna conversación se pone de uñas y echa pestes sobre ti —dijo Cas—. Mucha suerte. La vas a necesitar.

Till no dijo nada. Tenía claro que Tana iba a ser un hueso duro de roer, pero a él le iban los retos. Desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron, sintió que había algo entre ellos y sabía que ella también lo había percibido. Algo puramente físico y muy carnal, pero potente, sin duda. Solo pensar en pasar una noche con esa voluptuosa mujer le ponía a cien. Quizá saliese algo escaldado de aquello, pero el premio seguro que merecía la pena. Además, tampoco pretendía casarse con ella.

En ese instante, el grupito de las chicas dejó de bailar. Eli, con la risa danzando en su rostro, se encaminó hacia ellos mientras que las demás se dirigían a la otra mesa. Till se lamentó de que no hubiera más intercambios de miradas entre él y Tana, pero ella solo miraba al frente, tambaleándose ligeramente mientras avanzaba.

—Tana quiere marcharse —dijo Eli, sentándose sobre el regazo de Cas—. Y la verdad, nosotros no tardaremos mucho más, ¿no? —Enterró la cara en el cuello de su marido y depositó un beso en su mentón.

—Cuando tú digas, *Prinzessin*. —Él le acarició el cabello.

—Sería un poco descortés marcharnos antes que los demás, pero como mucho nos quedamos otra hora.

—Tú siempre tan políticamente correcta.

—Por eso te has casado conmigo.

—Es cierto. —Cas sonrió. Luego miró a Till con picardía—. ¿No estabas diciendo que querías marcharte? Pues podías llevar a Tana al hotel. Está en el *Flamingo*. Qué casualidad, ¿no?

Till le miró con los ojos entrecerrados.

—Claro —repuso entre dientes—. Puedo llevarla sin problema.

—Pues fantástico —exclamó Eli, entusiasmada. Al parecer no se había enterado de la tensión que había entre su amiga y él—. Hasta que

llamemos un taxi y venga a recogerla puede pasar más de una hora y creo que no se encuentra demasiado bien. —Dirigió la mirada hacia sus amigas. Tana había apoyado los codos sobre la mesa y descansaba la mejilla sobre sus brazos. Tenía los ojos cerrados—. Voy a decírselo —añadió, incorporándose.

Till frunció el ceño mientras la veía alejarse. Aunque solo hacía unos minutos que él mismo hubiera deseado pasar más tiempo con Tana y se hubiese imaginado a ambos retozando en una cama, el llevarla a su hotel, borracha y con toda probabilidad a disgusto, no había entrado dentro de sus planes.

—No sé qué pretendes —le dijo a su hermano en voz baja.

—Que os conozcáis mejor. A ver si pasando algo de tiempo juntos termina por perdonarte —se rio.

—¡No me jodas! Está borracha. Además, está claro que va a rechazar el ofrecimiento —arguyó.

—Quizá no —intervino Jan, señalando a las dos figuras que se acercaban.

Eli y... Tana.

* * *

Así que el jodido Till se había ofrecido a llevarla a su hotel. Fantástico. Que la llevase. ¿Acaso creía que iba a acobardarse y decir que no? No le pensaba dar ese gusto, reflexionó mientras se acercaban a la mesa donde los tres especímenes Landvik las esperaban.

«Son imponentes», reconoció, pesarosa.

Altos, musculosos, rubios, de ojos azules... y con esa aura poderosa emanando de ellos. Jan, el más sereno e introvertido. Cas, el inconfundible guaperas, y Till... lo de Till no lo tenía claro todavía... de momento prefería pensar en él como el inconstante e inmaduro.

Pero sin duda era el más atractivo de los tres.

Loki.

De forma absurda le vino a la cabeza el mote que le pusieron aquel verano. Cuando conocieron a los tres hermanos, habían bromeado sobre su parecido con los dioses del Valhala y los habían bautizado como Tor, Odín y Loki, sin ser plenamente conscientes de lo acertado de su elección. El nombre

de Loki, la deidad embaucadora y taimada, le había venido como anillo al dedo al pequeño de los Landvik, como se demostró después.

Sintió su mirada recorriéndola de arriba abajo. Tenía la vista algo nublada por efecto del alcohol y entornó los ojos para enfocar mejor. Sí. Esa mirada color turquesa iba dirigida a ella.

—Vámonos —le apremió cuando llegaron a la mesa.

Las comisuras de sus labios se alzaron de un modo casi inapreciable, pero ella lo vio. Incluso a través de la bruma que envolvía su cerebro y de la poblada barba, lo vio.

Su enfado aumentó.

—A sus órdenes —respondió él con tono divertido. Se puso de pie.

¡Joder! ¿Por qué era tan alto? El enfado dio paso a la fascinación.

—¿Antes también eras tan alto? No lo recordaba... —Se llevó un dedo a la sien y cerró un ojo, calibrando su estatura.

—Tiene la costumbre de expresar sus pensamientos en voz alta —le escuchó decir. Alguien soltó una carcajada.

Tampoco era tan gracioso que él hubiera crecido en las últimas horas, ¿no?, pensó. Así que no sabía por qué Cas —o había sido Jan— se había reído. Frunció el ceño y buscó al propietario de la risa. Pero no tenía claro cuál de los cuatro Landvik era el autor... Un momento, ¿cuatro Landvik? ¿No había solo tres de ellos?

—¿Seguro que estás bien? ¿Prefieres que llamemos a un taxi? —le preguntó Eli a su espalda, preocupada.

Tana se giró rápidamente para tranquilizarla, y perdió el equilibrio. Uno de los hermanos estaba ahí para sostenerla. Bajó la mirada y se fijó en la blanquecina cicatriz que atravesaba el dorso de la mano que acababa de sujetarla por la cintura.

—Te he dicho... te he dicho antes... que no te acerques... al menos veinte metros... —balbuceó, pero no hizo ningún esfuerzo por apartarse.

—Lo sé, pero si te tengo que llevar al hotel dentro de un coche, no te va a quedar más remedio que levantar esa restricción, ¿no crees?

Tenía su lógica eso que decía, ¿no? Alzó la barbilla y le miró a los ojos. Impresionantes, azules y hermosos...

—Uf... Tienes unos ojos... increíbles, Landvik pequeño... ¡Qué lástima que estén en tu cara! —se lamentó, realmente apenada.

De nuevo se escucharon carcajadas, esta vez no solo masculinas. También una risa femenina se mezcló entre ellas.

—Nos vamos —dijo Till—. Despedidnos de los demás. Mañana hablamos.

Tana sintió la cálida mano de él en la parte baja de su espalda, instándola a ponerse en movimiento. Agitó la mano en señal de despedida sin preocuparse de si alguien le devolvía el gesto. Comenzó a andar al lado del gigante. Atravesaron el jardín y se adentraron en la casa por las puertas correderas. En cuanto sintió el suelo de tarima bajo sus pies se dio cuenta de que iba descalza.

—Mis sandalias. Necesito mis sandalias —murmuró, dándose la vuelta y tratando de volver al exterior.

—Las tengo yo. Eli me las ha dado.

—Tengo que... ponérmelas.

—¿Podrás andar con ellas? —le preguntó, escéptico.

Ella hizo una mueca petulante e intentó mirarle a la cara, pero estaba cansada de tener que levantar la cabeza todo el rato y terminó mirándole el pecho.

—Yo... nací con tacones, guapo... —le aleccionó.

—Pues siéntate aquí y pónelas—le dijo él señalando un sofá.

Ella lo hizo. Se dejó caer pesadamente y exhaló un suspiro satisfecho. Se apoyó en el respaldo y bajó los párpados.

—Tana. Toma.

Abrió los ojos y contempló su mano extendida con las sandalias en ella. Las cogió y trató de ponérselas. Primero la derecha. Le costó meter el pie, consiguiéndolo a duras penas, pero cuando fue a abrochar la hebilla, se vio superada. No fue capaz de encontrar el agujero, además, la habitación empezó a girar a velocidad de vértigo a su alrededor. Se echó hacia atrás haciendo un pequeño puchero y reconoció su derrota.

—No... no puedo... —le dijo con la voz suplicante.

Él soltó un suspiro y se arrodilló delante de ella.

—Déjame a mí.

Le sujetó el pie con ambas manos y manipuló la correíta de cuero que se ataba a su tobillo. En un instante la sandalia estaba abrochada. Tana le miró con curiosidad. Presentaba una singular estampa, inclinado ante ella, con la cabeza baja y sus facciones ocultas por la semipenumbra del salón, poniéndole un zapato... Le entró la risa floja. La miró, confuso.

—Parezco cenicienta... y tú el príncipe... —explicó entre una risa y otra.

Él sonrió mostrando una hilera de dientes blancos y haciendo que las arrugas alrededor de sus ojos se acentuasen notablemente, convirtiéndole en el hombre más atractivo del mundo.

A Tana se le cortó la risa.

Él también se puso serio y, sin dejar de mirarla y con extrema lentitud, le cogió el otro pie, pero en lugar de ponerle la sandalia con presteza como había hecho antes, dejó pasear su mano desde el talón hasta la parte trasera de la rodilla, rozando su pantorrilla con agónica suavidad. Un estremecimiento le recorrió la espina dorsal al sentir esa mano sobre su piel. El desprecio que sentía por él cayó en el olvido, eclipsado por el efecto que su áspera pero delicada caricia estaba provocando en ella.

—Tu mano... está muy caliente —murmuró.

—Y tu piel es muy suave —repuso él en voz muy baja, trabando sus ojos en los suyos.

—Me depilé ayer —balbuceó, y entonces se llevó la mano a la boca y se la tapó—. ¿Lo... lo he dicho en voz alta?

—No —respondió él con lo que pareció ser una carcajada reprimida.

Ella retiró la pierna con precipitación, echando de menos su contacto en el mismo instante en que lo hizo. Él no protestó. Como si no hubiese pasado nada, procedió a abrocharle la otra sandalia con tanta rapidez que ella se mareó al seguir los movimientos de sus dedos. Después se incorporó y le tendió la mano.

—¿Vamos?

Tana se levantó, ayudándose del reposabrazos del sofá. En el mismo momento en que dio un paso se dio cuenta de que no iba poder llegar muy lejos sobre los doce centímetros que acababa de añadir a su estatura. Se

agarró a su brazo sin delicadeza alguna, estrujándolo.

—¿No decías que habías nacido con tacones? —le preguntó con la voz cargada de ironía.

—No sé... qué me pasa... —dijo chasqueando la lengua, mortificada. Sus piernas parecían de chicle, y sabía que si daba un paso más se caería de bruces.

—Los tacones y la ginebra quizá no combinen demasiado bien.

—¿Tú crees? —No lo había pensado, pero a lo mejor él tenía razón. Quizá debía meditar sobre ello.

—No lo creo. Estoy seguro —afirmó y, antes de que ella hubiese podido protestar, la había levantado del suelo y la cogía en volandas. De pronto se vio rodeada por unas paredes de cemento.

Algo parecido a un *guau* o a un *OMG* se formó en su mente al sentir toda aquella firmeza envolviéndola. ¿En serio no llevaba nada debajo de la camisa? ¿Eso era su cuerpo? No... No podía ser. Seguro que había algún truco. Y mientras él se ponía en movimiento atravesando el salón hacia la puerta, comenzó a toquetearle los pectorales con la palma de la mano. Presionando sin finura.

—¿Qué haces? —Se detuvo en seco justo antes de la entrada. La miraba con el ceño fruncido.

—Buscando.

—¿Buscando qué?

—Las costuras —respondió ella, exasperada, como si fuera un niño al que hubiese que explicarle todo. No dejó de palpar y siguió con sus hombros.

—¡Joder! Sí que estás borracha —suspiró él antes de seguir andando.

Pues no había costuras, ni pliegues, ni bordes... Sus ojos se dirigieron al trocito de piel que asomaba por debajo de su barba, ese que estaba cubierto de fino vello y que durante toda la noche le había llamado la atención... Lo tocó.

Él dio un respingo.

—*Fæen!*

—Pues sí que es piel —musitó, perpleja.

—¿Y qué creías que era? —La miraba con los ojos oscurecidos y las aletas de la nariz dilatadas. Parecía tenso.

—No... no sé... otra cosa...

Él escupió una palabra en otro idioma y ella estuvo a punto de replicarle algo, pero entonces se dio cuenta de que ya no se encontraban dentro del chalet. No sabía cómo habían llegado hasta allí, pero estaban en el exterior, junto a un coche que bajo la luz de una de las farolas parecía ser de color turquesa.

—¡Pero... pero si es del color de tus ojos! —exclamó con asombro.

—Agárrate —le dijo él, irritado, antes de meterse la mano en el bolsillo y sacar las llaves.

Lo hizo. Se aferró a él con un entusiasmo desmedido y enterró la nariz en su cuello. Aspiró sin disimulo, y un cierto olor a colonia, cerveza y hombre le penetró en las fosas nasales.

—Mmm... Hueles bien, Landvik... A hombre... —ronroneó.

Creyó escuchar algo parecido a *Verdammt* saliendo de su boca, pero no estaba segura. Él la depositó casi con violencia en el asiento del pasajero y cerró la puerta de un portazo, dejándola sola en el interior durante unos segundos. En vez de rodear el coche para sentarse al volante, permaneció de pie justo frente al capó. Quieto. Se había llevado las manos a la cabeza y aparentaba estar indeciso. En esa postura, la espalda se le ensanchaba y los músculos se marcaban de una manera casi obscena. Tana le observó a través del cristal del parabrisas con los ojos entornados y una cálida sensación esparciéndose por su vientre.

Una idea mala malísima la asaltó. Nefasta, en realidad.

«Mañana te vas a arrepentir... Has bebido demasiado...», le advirtió una voz que se asemejaba bastante a su conciencia, mas le hablaba tan bajito, que apenas pudo oírla... No sopesó los pros y los contras, no hizo ninguna lista mental de los síes y los noes...

—*Carpe diem*... —susurró, recostándose en el asiento y humedeciéndose los labios con lentitud. Un brillo depredador había asomado a su mirada mientras contemplaba cómo Till se dirigía al vehículo.

Capítulo Diez

Era una mala idea... malísima...

Nefasta, en realidad.

Permaneció unos segundos quieto, dándole la espalda al coche y a su voluptuosa y ebria ocupante. Respiró hondo tratando de calmar el ardor que las caricias de ella le habían provocado. El sentir todas esas curvas pegadas a su cuerpo y sus manos palpándole de aquella manera, le habían hecho hervir la sangre... Y aun con los ojos cerrados, como los tenía en ese momento, podía ver perfectamente su morena pantorrilla que había recorrido con la mano, deleitándose en su suavidad.

Un sonido áspero, mezcla de gruñido y suspiro, salió de su garganta.

¡Había sido un error acceder a llevarla al hotel!

Por más que Tana le atrajese sexualmente y hubiera fantaseado con acostarse con ella, no era el momento. No mientras ella estuviese como una cuba y no fuera consciente de lo que hacía. Su comportamiento y sus palabras indicaban que no era dueña de sus actos. Y él podía ser muchas cosas, pero un hombre que se aprovechaba de la ebriedad de una mujer... no. Prefería a sus mujeres sobrias y despiertas, en plena posesión de sus facultades mentales... sabiendo con quién se iban a la cama.

Y no era el caso.

No obstante, le iba a costar controlarse si ella seguía tentándole de aquella forma, con torpes caricias e insinuaciones veladas.

Dritt!

Mesándose la barba se dio la vuelta con precipitación y se acercó a la puerta del conductor. Resopló una vez antes de abrirla y encaramarse al asiento. Evito mirarla de frente, pero de reojo pudo observar que llevaba el cinturón puesto. Tenía los ojos cerrados y una enigmática sonrisa en los labios, que le hizo fruncir el ceño. ¿Qué narices se le estaría pasando por la cabeza?

Se abrochó el cinturón y metió la llave en el contacto. Arrancó. El coche, un Toyota Auris híbrido, no emitió ningún sonido, por lo que el leve gemido de ella resultó casi estruendoso en el interior del silencioso vehículo. La miró, pero seguía en la misma postura con una expresión satisfecha en el semblante.

—¿Te encuentras bien? —preguntó. Odió que su voz sonase entrecortada.

—Perfectamente... Landvik —dijo ella en voz baja y sugerente haciendo que se le pusiera la piel de gallina. Jamás hubiera pensado que su apellido pronunciado en aquel tono le pudiera excitar, pero así fue. Se revolvió inquieto en el asiento y apartó la mirada.

Dio marcha atrás y se incorporó a la desierta y oscura carretera. Condujo en silencio durante unos minutos, concentrado en la calzada. Había estado muchas veces en el chalet de Pep por lo que conocía muy bien el trayecto. Y a pesar de las numerosas curvas que dibujaban el trazado del asfalto y de que carecía de cualquier tipo de iluminación, no aflojó la velocidad. Trató de ignorar a su acompañante, que se lo puso fácil, ya que no pronunció palabra; sin embargo, al cabo de un rato abrió la ventana y dejó que el aire fresco de la noche se introdujese en el interior del vehículo. El olor a brisa marina sustituyó otros olores más peligrosos que llegaban hasta él potenciados por su cercanía... un ligero aroma a perfume... a mujer...

De vez en cuando la observaba a hurtadillas, pero ella no se movía. Se relajó un tanto y aprovechó la quietud y la calma que le producía conducir para meditar sobre su extraña conducta cuando estaba con ella.

Le atraía.

Mucho.

Demasiado, incluso.

Al menos lo suficiente como para soportar que le hablase como lo hacía. No por primera vez se preguntó si esa atracción masoquista no sería un acto involuntario de expiación que afloraba en él. Era como si su subconsciente hubiese decidido que necesitaba un castigo y, dado que la única persona que parecía capaz de infligírselo era ella, inconscientemente la buscaba para purgar su culpa...

¡Dios! ¡Qué retorcido!

Meneó la cabeza con exasperación.

—Landvik... —murmuró ella y, antes de que hubiera podido siquiera mirarla, sintió su mano sobre la parte superior de su muslo, apretando con ligereza. La sorpresa fue tan grande que dio un respingo y apartó el pie del acelerador.

—*Dritt!* ¿Estás bien? —masculló. Ella le miraba con sus enormes y oscuros ojos.

—Sí.

El monosílabo sonó como una frase entera. ¿Cómo era posible que alguien pudiera expresar tantas cosas con solo dos letras? La mayor parte de ellas no llegó a comprenderlas, pero una se quedó suspendida en el aire, proclamando a los cuatro vientos su significado...

Hambre.

Y no de comida.

Era una mala idea... malísima...

Nefasta, en realidad.

Con los dientes apretados, cogió su mano, que a pesar de su pequeño tamaño se aferraba con fuerza a cierta zona demasiado cercana a su entrepierna, y la apartó. Exhaló el aire que había estado conteniendo y volvió a concentrarse en la carretera, ignorando el deseo que había visto reflejado en sus ojos. Pero ella no tardó más de dos segundos en volver a apoderarse de su muslo, que se tensó bajo su contacto.

—¡Joder, Tana! ¿Qué es lo que quieres? —saltó, crispado, sin mirarla —. Te he dicho antes que estabas jugando con fuego.

—Aunque no eres mi tipo, para una noche me vales... Además, a lo mejor esta noche me apetece quemarme... —susurró con una voz que no presentaba vestigios de ebriedad.

Till sintió cómo su corazón comenzaba a bombear sangre a más velocidad de la que debería. Por más que se hubiera prometido a sí mismo que no se iba a acostar con esa mujer esa noche, sus palabras llenas de sensualidad le tentaron de una manera desproporcionada.

—Estás borracha. No sabes ni lo que dices ni lo que haces —masculló. Todos sus sentidos se habían agudizado de repente y era más que

consciente de su respiración entrecortada y del ligero roce de su mano incluso a través de la tela de sus pantalones.

—Estoy lo suficientemente borracha... como para que no me importe una mierda quién eres esta noche, Landvik..., pero no tanto como para no saber lo que estoy haciendo... Quiero acostarme contigo... Fácil.

Al escuchar aquello, su miembro se endureció mientras un estremecimiento le recorría el cuerpo de arriba abajo.

—Tana... no creo que sea una buena idea...

—Él piensa que sí —dijo ella jadeante, acariciándole donde sus piernas se unían, provocando que su erección aumentase y pugnase por romper la cremallera que la aprisionaba.

—Mañana te arrepentirás de esto —dijo él entre dientes.

—Quizá..., pero esta noche voy a disfrutarlo...

Fæn!

Cientos, no, miles de sensaciones, sentimientos y pensamientos comenzaron a danzar por su mente de manera errática. Intentó convencerse de que todo aquello era una locura, de que tenía que parar. Luego se la imaginó desnuda, tumbada en la cama de su hotel mientras él se deslizaba dentro de ella, y todas las excusas que su conciencia trataba de encontrar desaparecían, barridas por el fuerte deseo que sentía por ella.

Era débil. Era débil y lo sabía.

Se retorció al sentir cómo la mano de ella le acariciaba sin ningún tipo de pudor, excitándole de un modo salvaje. Todos sus buenos propósitos desaparecían como cenizas al viento. Apartó los ojos de la carretera y la miró. Lo que vio le dejó sin aliento. Ella tenía los ojos entrecerrados, velados por un ardor tan incontenible como el suyo, y sus carnosos labios entreabiertos y húmedos. Al percatarse de que él la observaba, sacó la punta de la lengua y se los humedeció a propósito de manera seductora... sin dejar de acariciarle ni un solo momento.

Supo que estaba perdido. Esa mujercita diminuta acababa de derrotarle.

Las luces del pueblo aparecieron en su campo de visión. El edificio del hotel *Flamingo*, el más alto de toda la playa, con su letrero de neón rosa sobre el tejado representando un flamenco, destacaba sobre los demás.

Durante todo el trayecto, no se habían cruzado con ningún otro vehículo debido a la tardía hora, pero ahora, al internarse en las calles iluminadas de la población costera, otros coches hicieron su aparición. Un semáforo se puso en rojo y Till tuvo que detenerse.

—Para —masculló entre dientes, tratando de apartar la mano que seguía torturándole con sus rítmicos movimientos.

—¿De verdad quieres que pare? —No fue una pregunta, fue una provocación en toda regla.

De manera inconsciente o quizá a propósito —él ya no sabía qué pensar—, se había girado en el asiento y la falda de su vestido se había subido dejando al descubierto sus muslos casi en su totalidad. No pudo evitar que sus ojos los recorriesen, recreándose en aquella piel morena.

—No —gruñó.

Un coche se paró a su izquierda, y él tragó saliva. Mantuvo la mirada sobre la luz roja del semáforo mientras intentaba mostrar una expresión indiferente, cosa hartamente complicada, recordando la firmeza de esos muslos apenas cubiertos por la suave tela de color salmón de su vestido y sintiendo la mano de ella allí donde no debía estar, al menos no en ese preciso momento.

¡Dios! ¿Cuándo narices se iba a poner en verde ese jodido semáforo?

Ella gimió con suavidad, intensificando la caricia, y un rugido sofocado le brotó de la garganta. Volvió a mirarla de soslayo... ¡Joder! ¡Qué mujer más espectacular!

—Está en verde —musitó ella.

Arrancó como impelido por un resorte haciendo que las ruedas derrapasen sobre el asfalto. El hotel estaba solo a cinco minutos de distancia.

Tardaron tres en llegar.

Mientras él aparcaba en el parking reservado para huéspedes, ella retiró la mano por fin. Y a pesar de que le había pedido en varias ocasiones que se detuviese, ahora que ya no le tocaba, se sintió anormalmente vacío. La miró antes de bajarse del vehículo, tratando de leer en su rostro si todavía quería seguir adelante con aquella locura o si había cambiado de idea. Pero ella había girado la cabeza y su perfil no dejaba entrever nada.

—Tana... —comenzó él, titubeante. La excitación le recorría las venas, pero algo de inseguridad vino a mezclarse con ella.

Ella abrió la puerta del coche y se bajó, agarrándose con fuerza a la manija. Soltando un taco, se apresuró a descender también y rodeó el vehículo con rapidez. Sorprendentemente, ella se mantenía en pie sin perder el equilibrio. Incluso con esos altísimos tacones él todavía le sacaba una cabeza. Ella alzó la barbilla y le miró con fijeza. La luz rosada del letrero con el nombre del hotel bañaba todo el parking, tiñendo su rostro también de ese color.

—No te irás a arrepentir ahora... Landvik... —susurró ella con la voz ronca.

La pesadez que le había envuelto en los últimos segundos se esfumó de golpe.

—No... —murmuró, acercándose más a ella y acorralándola contra el vehículo. Sus pechos se pegaron a la dureza de su torso—. ¿Y tú?

Ella no contestó, pero alzó los brazos y depositó las manos sobre sus pectorales. Luego las subió, enredándolas un breve momento con los pelos de su barba, para después deslizarlas hasta sus hombros y terminar con los brazos enroscados en torno a su cuello. Su cara estaba tan cerca que él pudo ver el flamenco de neón en miniatura reflejado en sus ojos.

—¿No piensas besarme de una puñetera vez? —Su cálido aliento le bañó la mejilla.

Con precipitación, más propia de un niño ansioso que de un hombre experimentado, la alzó por el talle poniéndola a su altura y se apoderó de sus labios con fiereza. Ella le abrazó impetuosa y correspondió al beso con igual arrojo. Él se hundió en su sabor, disfrutando del ligero toque a fresa, a regaliz y a ginebra. Emitió un sonido bronco al sentir su lengua explorándole, lamiéndole y chocando contra la suya. La agarró por la nuca y la obligó a inclinarse a un lado para llegar mejor a todos los rincones de su boca. Le mordisqueó los labios, atrapando el inferior y tirando suavemente. Ella le imitó, pero no fue tan delicada. Se estremeció de lujuria al sentir sus afilados dientes provocándole algo más que placer al morderle el labio superior.

«¡Joder! Es una fiera..., y dentro de unos minutos va a estar en mi cama...», pensó, vibrando de impaciencia. No pudo evitar restregar su erección contra su muslo mientras el rudo beso se prolongaba en el infinito. La sangre corría rauda por sus venas y, por un segundo, deseó volver a la época de sus antepasados y echarla sobre su hombro, aullar victorioso y

arrastrarla a sus aposentos para tomarla de una vez por todas... ¡Benditos vikingos y sus bárbaras costumbres!

Le costó separarse de ella. Mucho. Pero al final lo hizo con desgana. La respiración entrecortada de Tana, que se mezcló con la suya, fue su premio. Se encontraba igual de agitada que él, y ni siquiera parecía bebida; no tenía la mirada nublada como antes. Era como si la excitación la hubiera espabilado de repente.

«Mejor. Quiero que sepa con quién va a pasar el resto de la noche», se dijo, depositándola sobre el suelo. Lo hizo con mucha parsimonia dejando que su cuerpo se deslizase contra el suyo de forma muy sugerente. Posó la mirada sobre la generosa curva de sus senos y se le hizo la boca agua. La apretó con más firmeza por el talle y ella dejó escapar un pequeño gemido. Seguía agarrándose a su cuello a pesar de que ya no la sostenía en el aire.

—¿Puedes andar o te llevo? —le preguntó.

—Claro que puedo... andar —le tembló la voz, y él no supo precisar si por efecto del alcohol, que seguía siendo dueño de su mente, o por efecto del beso. Esperó y deseó que fuese por lo segundo—. Vamos —añadió ella, soltándose. Y él, en el acto, echó de menos el calor de su piel.

No le esperó. Con vacilación, pero manteniendo el equilibrio como un súper héroe sobre esos tacones imposibles, se dirigió a la entrada del hotel. El contoneo de sus caderas era algo imposible de describir. Till se ajustó el pantalón, que cada vez le parecía más y más estrecho, y la siguió. La alcanzó en el vestíbulo al lado de los ascensores. El recepcionista de noche apenas les dirigió una mirada desinteresada y un *buenas noches* murmurado.

Se montaron en el ascensor sin hablar, sin mirarse siquiera, como si fueran dos desconocidos, pero el ambiente estaba cargado de espesa tensión sexual. Él alargó el brazo y pulsó el botón de la décima planta. Ella le daba la espalda, pero cuando el aparato se puso en movimiento dio un paso atrás y se recostó contra su pecho con languidez. Su erección, que no había disminuido ni una pizca, se hundió en la parte alta de sus nalgas. Exhaló un suspiro mientras los ojos de ambos se encontraban en el dorado espejo. Los de Tana reflejaban lo mismo que los suyos: un descarnado deseo. Posó la mano sobre su hombro y se sorprendió al descubrir que le temblaba. Se preguntó qué tendría esa mujer que le hacía sentirse así, más confuso que de costumbre. Solo hacía tres días que había subido en ese mismo ascensor con otra mujer,

con las mismas intenciones que tenía en ese momento, y no se había encontrado tan inseguro.

Tana tenía algo que le aturdió, una seguridad aplastante incluso en estado de embriaguez, que le dejaba a él, que normalmente podía presumir de un gran aplomo, a la altura del betún.

En el reflejo del espejo, su mano grande y morena rivalizaba con la piel dorada de ella. La deslizó por su clavícula hasta llegar a su cuello. Lo rodeó con ella y notó su pulso acelerado bajo su palma. Apretó ligeramente, alzándole la barbilla con el dedo pulgar. Ella entreabrió los labios y dejó escapar un gemido antes de cerrar los ojos y entregarse a su caricia. ¡Dios! Era lo más erótico que había visto en su vida, pensó. Luego se inclinó y tomó posesión de su boca. Esta vez el beso fue corto y dulce, pero igual de satisfactorio.

Las puertas del ascensor se abrieron con un cling y él lamentó tener que separarse de ella, pero sabía que era momentáneo. Treinta segundos y estarían solos dentro de la privacidad de su cuarto. La cogió de la muñeca y la guio hasta el fondo del pasillo, a la habitación ciento veinte. Ella le siguió sin dudar. Sus miradas volvieron a cruzarse justo frente a la puerta. No había vacilación alguna en los expresivos ojos castaños, más bien todo lo contrario. Él se sacó la llave magnética del bolsillo y abrió, cediéndole el paso.

Era la típica habitación de hotel, dominada por una enorme cama de matrimonio con dos mesillas a los lados y, frente a ella, un mueble con minibar y una televisión. A la derecha estaba la puerta que conducía al baño, y al lado un armario empotrado. Todo decorado en tonos grises y blancos, muy práctico y funcional. Nada del otro mundo. Lo único destacable, las vistas. Dos enormes puertas correderas daban a un balcón que parecía colgar directamente sobre el mar. Los amaneceres allí eran espectaculares. Bien lo sabía él que se levantaba todos los días al alba para disfrutarlos.

Tana no pareció muy impresionada ni por la habitación ni por las vistas. En el mismo momento en que entró por la puerta, dejó su diminuto bolso sobre el mueble de la televisión, se sentó en el borde de la cama y se quitó las sandalias. Luego se echó hacia atrás apoyándose sobre las manos.

—¿Te vas a quedar ahí de pie? —le preguntó con un tono que a él le sonó lascivo y sugerente.

Meneó la cabeza. Era verdad que se había quedado junto a la puerta,

observándola como un estúpido. Se acercó a la cama a solo unos centímetros de distancia y la contempló desde arriba. Ella se levantó, poniendo en evidencia de nuevo la diferencia tan grande de estaturas. Nunca había estado con una mujer tan menuda.

—¿Me desabrochas la cremallera? —le preguntó, dándose la vuelta y mostrándole la espalda.

Iba al grano, sin duda.

Le desabrochó el vestido, que cayó al suelo a sus pies. Ropa interior de un color parecido al de la prenda quedó al descubierto, un sujetador sin tirantes y unas bragas diminutas que apenas podían contener la opulencia de sus glúteos. Dio un paso atrás para contemplarla mejor, con la boca seca. Era tal cual la recordaba, con generosos promontorios y montículos por todas partes que él estaba deseando acariciar.

«Hazlo, joder».

Y lo hizo.

Posó las manos sobre sus hombros y las deslizó hacia abajo, deteniéndose brevemente en el cierre del sujetador para abrirlo. También cayó al suelo, reuniéndose con el vestido. La oyó suspirar y deseó abrazarla y acunar en sus manos —más bien estrujar— sus pechos, que adivinaba espléndidos, pero se contuvo. Estaba ardiendo por dentro debido a su cercanía, y sabía que tenía que controlarse si no quería que las cosas se precipitasen. No habría ningún tipo de preámbulo si daba rienda suelta a sus deseos. Siguió con su lenta exploración y apoyó las manos sobre sus redondeadas caderas, rozando el borde de sus bragas. Tenía la piel suave y caliente...

—Till —susurró ella.

Escucharla pronunciar su nombre estuvo a punto de hacerle sucumbir. Hundió los dedos en su carne con fuerza y la pegó más a él, dejando que el calor de su cuerpo le traspasase. Ella, entonces, alzó los brazos y los enroscó en su cuello, echando la cabeza hacia atrás, forzándole a inclinarse. La imagen que se presentó ante sus ojos le hizo gruñir de forma áspera. La suave curva de su garganta desembocaba en dos abundantes senos coronados por unos pezones enhiestos y del color de café con leche. Perfectos.

Dejó de luchar consigo mismo y al tiempo que hundía la cara en su

cuello y lo mordisqueaba, alzó las manos y abarcó esos magníficos pechos como había deseado hacer desde el primer momento en que la vio. ¡Dios! Eran firmes y grandes, pero él no era precisamente pequeño. Tenían la medida exacta para sus enormes manos. Los estrujó, pellizcando los pezones con suavidad.

Ella gimió y se retorció entre sus brazos, restregándose contra él.

—Tienes demasiada ropa —le dijo, jadeando.

Le dio la razón en silencio, mas se sentía incapaz de soltarla para poder desnudarse. Pero ella no le dio opción. Se apartó y se dio la vuelta, encarándose con él. Respiraba con dificultad.

—Desnúdate —le ordenó, y su voz no sonaba nada ebria, sino clara y potente.

La recorrió de arriba abajo con mirada febril, fascinado por su cuerpo. Con movimientos enérgicos, se desabrochó la camisa mientras ella le contemplaba con los párpados pesados y la boca entreabierta, la viva imagen del erotismo. Se dio prisa en despojarse de la ropa. A la camisa le sucedieron los zapatos, los calcetines y los pantalones y luego, sin dejar de mirarla, se deshizo también de los bóxers ajustados dejando libre su erección, que emergió poderosa de entre sus piernas.

—¿Así te parece bien? —preguntó con ironía, alzando los brazos y mostrándose sin vergüenza. Sabía que tenía un buen cuerpo. En los últimos años, trabajando con su tío, había desarrollado más musculatura, y eso, combinado con su genética y la práctica continuada de ciertos deportes, le confería un aspecto que atraía a las mujeres. Y Tana no era una excepción, si se tenía en cuenta la forma en que le miraba, comiéndoselo con los ojos.

—Joder, Landvik... estás cañón... —le susurró volviendo a lamerse los labios, lo que hizo que su miembro se descontrolara, a pesar de que le resultó algo molesto que le llamase por su apellido. Hubiese preferido que le llamara Till. Era más personal.

—Gírate —le ordenó de nuevo con ese tono exigente que le provocó una mezcla de fastidio y de fascinación. Fastidio porque le hacía sentirse como un hombre objeto, y fascinación exactamente por lo mismo. No obstante la obedeció.

La oyó moverse a su espalda y comenzó a darse la vuelta, pero la

cálida palma de su mano le detuvo. La posó debajo de su omóplato derecho, sobre la cicatriz en forma de media luna, producto de un encontronazo absurdo con un anzuelo. Luego, la boca sustituyó a la mano y sintió su aliento bañándole la piel y la suavidad de sus labios, besándole. Se estremeció.

—Estoy demasiado excitada como para andarme con juegos. Quiero sentirte dentro de mí —susurró, y se abrazó a su talle. Una de sus manos le rodeó el pene con firmeza, pillándole por sorpresa—. Y creo que tú quieres lo mismo que yo...

Bajó la mirada y la imagen de sus dedos envolviendo su erección, combinada con el efecto de esos increíbles pechos pegados a su espalda, hizo que la sangre le ardiera y que un zumbido se instalase en sus oídos. Se desasíó de su abrazo con rudeza y se dio la vuelta.

Dritt!

Se había quitado las bragas y estaba desnuda por completo. ¡Joder! Sus ojos descendieron ávidos y se posaron en su vientre y luego en el triángulo de rizos oscuros que protegía su sexo. Era perfecta y estaba tan...

No pudo seguir evaluándola porque ella se abalanzó sobre él y se aferró a su cuello obligándole a inclinarse. Le devoró la boca, insaciable, y tiró de él hasta que ambos cayeron sobre la cama.

—Eres tan... diminuta... —murmuró contra sus labios, tratando de no aplastarla con su peso.

—No me jodas, Landvik —exclamó ella, apartándose unos milímetros y mirándole con el ceño fruncido—. Ni se te ocurra controlarte. No voy a partirme por la mitad.

Él no vaciló ni un segundo más. Gruñendo, se tendió sobre ella y dejó que la calidez de sus pieles se mezclase. Mientras que con la mano derecha la sujetaba por la nuca enredando los dedos en su pelo, con la izquierda recorría su cuerpo con frenesí, más excitado de lo que había estado en mucho tiempo. Ella arqueó la espalda y él se apoderó de uno de sus pechos con sus labios.

¡Dios! ¡Qué bien sabía! ¡Qué bien olía! ¡Qué delicia sentirla debajo de él! Era todavía mejor de lo que había imaginado.

Su erección palpitaba furiosa entre sus muslos y lamentó estar tan excitado, ya que sabía que no iba a aguantar demasiado, al menos no la

primera vez. Alargó el brazo y, a tientas, abrió el cajón de la mesilla buscando un condón, mientras seguía recorriéndole los pechos con la lengua y mordisqueando sus pezones, algo que parecía encantarle, dado que gemía con desenfreno. Se retiró lo suficiente como para rasgar el envoltorio con los dientes y ponerse el preservativo con una sola mano, con rapidez. ¡Joder! ¡Estaba duro como una roca! El simple hecho de tocarse él mismo le provocó una sacudida de placer. *Dritt!* ¡Qué poco iba a durar!

Un pequeño atisbo de duda le embargó al contemplarla allí tumbada, tan suave y tan engañosamente frágil... El tono rosado expandiéndose por todo su cuerpo competía con el moreno de su piel, convirtiéndola en un festín para los ojos...

—O follamos ya o me masturbo —jadeó ella bajando la mano y agarrándole por el trasero con firmeza.

Él no pudo evitar subir una ceja, divertido por su ruda exclamación. ¿Frágil? ¿Esa mujer? ¿En qué narices había estado pensando? Gimió al sentir cómo ella le clavaba las uñas.

—Primero follamos y después te masturbo yo —le dijo con voz ronca, colocándose entre sus muslos que se abrieron invitadores.

Estaba empapada, comprobó al deslizarse dentro de ella. Lo hizo con lentitud, no sabiendo si su tamaño iba a ser demasiado. Se introdujo centímetro a centímetro, sintiendo cómo las paredes de su vagina le iban engullendo poco a poco, estrechándose en torno a él, estrangulándole, sofocándole, abrasándole... haciéndole temblar por el esfuerzo de controlarse, cuando lo que realmente deseaba hacer era sumergirse de golpe dentro de todo ese calor...

Ella tenía los ojos clavados en su rostro, le refulgían de una manera casi imposible, despidiendo chispas de deseo. Elevó las piernas y las enroscó en torno a su cintura, invitándole a penetrarla más profundamente.

Y él lo hizo.

Se hundió en ella de una última embestida hasta que la llenó por completo. Ella soltó un gemido y se arqueó, obligándole a ahondar todavía más en su interior. Apoyó la frente sobre el pecho de ella y empujó, gruñendo como un animal al sentir su sexo aprisionado por el de ella. Una sacudida de puro placer le agitó las entrañas.

«¡Dios! ¡Qué mujer!», pensó.

Ella se abrazó a su cuello y comenzó a frotarse contra su cuerpo. Levantó la vista y se deleitó en el enrojecimiento de sus mejillas, sus labios húmedos y sus ojos nublados por la pasión.

—Me pones a cien... Tana.

—Y tú... a mí... Landvik..

Escucharla de nuevo llamarle así mientras estaba dentro de ella le resultó irritante. Había varios Landvik por ahí y en ese momento él deseaba ser único.

—Llámame Till —masculló en tono autoritario.

Ella volvió a restregarse contra él, animándole a continuar. No parecía dispuesta a decir nada más. Pero él, por muy excitado que estuviese y por muchas ganas que tuviera de empezar a moverse dentro de ella, no pensaba ceder. No. La agarró del pelo y se lo enroscó alrededor del puño, tirando con firmeza para que fuese consciente de que iba en serio.

—He dicho que me llames Till. Quiero que tengas muy claro cuál de los Landvik es el que te está follando —le susurró.

Ella entornó los ojos y él pudo apreciar perfectamente cómo la pasión que antes habían despedido se convertía en algo parecido al enfado, pero no le duró más de un segundo. Cambió la expresión de su cara y le sonrió seductora.

—Lo tengo muy claro... Till. —Sacó la lengua y le lamió el labio inferior con lentitud—. Till, fóllame... —susurró contra su boca.

Su erección se endureció más todavía dentro de ella si es que eso era posible. Y una sensación ardiente se asentó en la parte baja de su espalda. ¡Joder! Era como una gata salvaje. Esa mujer... le volvía loco. Sin más preámbulos hizo lo que ella le acababa de pedir. Se retiró apenas y volvió a embestirla, con fuerza. Ambos gimieron.

—Sí... Till —siseó ella, aferrándose a él con las piernas y con los brazos.

Él volvió a penetrarla de manera fiera. Una y otra vez. Y ella no dejó de pronunciar su nombre con cada embate. A veces lo susurraba delirante, otras lo gritaba enardecida, pero ninguna otra palabra surgió de su boca. Y él se sintió borracho de placer mientras la poseía.

—¡Dios! ¡Tana! Es... increíble... —gruñó de manera feroz sabiendo que no iba a aguantar mucho más.

Ella cerró los ojos y bajó la mano hasta su vientre para acariciarse. Pero él, incluso a través de la niebla que envolvía su cerebro, se dio cuenta de su movimiento y frenó sus embestidas, aunque le costó un mundo tan cerca como estaba del propio clímax.

—Déjame a mí —murmuró, e introdujo la mano entre los cuerpos de ambos hasta que alcanzó el punto exacto que ella había estado buscando. Escondido entre su vello púbico se hallaba hinchado y sensible, y él lo acarició con la yema de su pulgar.

—Till...

Su jadeo excitado provocó que sus labios se curvasen en una sonrisa satisfecha. Incrementó la velocidad de su caricia sin apartar la mirada de su rostro. Ella había cerrado los ojos y echado la cabeza hacia atrás. Se masajeaba los senos pellizcándose los pezones mientras gemía. Se bebió su sensual imagen con los ojos y, aunque su miembro palpitaba ansioso por reanudar la faena, lo ignoró y se concentró en ella, en hacer que llegara hasta el final. No tardó en sentir cómo su sexo se contraía en torno al suyo y bajó la mirada para anclarla en el punto en que sus cuerpos se unían mientras comenzaba a moverse despacio, entrando y saliendo de ella.

Cuando los espasmos la sacudieron, apartó la mano con rapidez y apoyó ambas en la almohada a los lados de su cabeza para posicionarse mejor. Gruñendo, excitado, la embistió con brutalidad notando como las paredes de su sexo se expandían y se encogían al ritmo de su orgasmo.

—Joder... ¡Till! —gritó ella.

Y él dejó que sus convulsiones le arrastrasen también, conduciéndole a su propio clímax. Penetrándola profundamente, se derramó dentro de ella rugiendo como un bárbaro...

Capítulo Once

Abrió los ojos, pero los cerró con precipitación al sentir cómo la luz que entraba por la ventana le taladraba las retinas dolorosamente. ¡Dios! Presentaba todos los síntomas típicos de una resaca: le dolía la cabeza, estaba mareada y sentía náuseas, tenía la boca seca y notaba la lengua pastosa y un zumbido en los oídos... A todo eso podía sumarle las agujetas de los muslos y la espalda, como si se hubiera pasado la noche haciendo ejercicios acrobáticos. Se encogió en la cama y gimió con suavidad, recordando los «ejercicios acrobáticos» de la noche anterior.

Se había acostado con Till Landvik.

Y si su maltratada memoria no la engañaba y se guiaba por la irritación que sentía entre las piernas, había sido un polvo épico. Eróticas imágenes de un cuerpo musculoso inclinado sobre ella acudieron a su mente. Unos ojos azules oscurecidos por la pasión. Una sonrisa satisfecha en un rostro poblado por una espesa barba rubia. Un rugido surgiendo desde lo más profundo de una garganta. Un pecho fornido bañado en sudor. Unos labios besándola con rudeza. Y unas embestidas fuertes y poderosas, que la habían llevado a lo más alto...

Sí. *Épico*.

Ahogó el jadeo que estuvo a punto de brotar de sus labios al recordar todo aquello, y apretó los muslos en un absurdo intento de contener la humedad que volvía a mojar su sexo. Se abrazó a sí misma y hundió la cara en la almohada.

Till Landvik, *el niñato*... ¡un dios del sexo!

¡Mierda!

No iba a engañarse tratando de convencerse de que el alcohol era el único responsable de lo que había sucedido. Podía mentirle a él o a otros, contándoles que había estado ebria y que no sabía lo que hacía, pero la realidad no era esa. Se conocía muy bien y se aceptaba como era. Y sabía que

la responsable de que hubiera acabado en la cama de Till Landvik no había sido la ginebra, aunque la hubiese ayudado a tomar la decisión. La principal responsable de terminar en esa habitación de hotel fue la atracción sexual que desde el primer momento había sentido por él. Y punto.

No se arrepentía de lo que había pasado. Y menos todavía después de haber comprobado en sus propias carnes que él era espectacular en la cama; exactamente como a ella le gustaban los hombres: entregados, rudos, una pizca canallas y con un toque de ternura. Y así había sido él.

Después de que hubieran llegado a ese glorioso orgasmo compartido, mientras su cuerpo desmadejado se esforzaba por recuperarse, él había enterrado la cara en su cuello y la había besado con suavidad justo en la parte más sensible, debajo de la oreja. Ese gesto tierno había hecho que se derritiera un poco.

Por supuesto no lo había mostrado. A fin de cuentas era Till Landvik y su opinión sobre él, por más que fuera un dios del sexo, estaba más que formada.

Un suave ronquido a su espalda le hizo agudizar el oído y tensarse. Volvió a abrir los ojos, esta vez esforzándose por mantenerlos abiertos a pesar del dolor de cabeza. Su mirada se clavó sobre el amplio ventanal. Las cortinas no estaban echadas y un precioso amanecer se desplegaba ante ella. Dejó pasear la vista por el resto de la habitación. Apenas si se había fijado en la decoración la noche anterior, aunque tampoco había mucho que ver. Los típicos e insípidos muebles de hotel en colores neutros. Giró la cabeza dejando que la melena le cubriera la cara y espió a su compañero de cama entre las guedejas de su pelo.

Dormía de lado, dándole la espalda. Una espalda, por cierto, muy amplia. Quizá no presentaba esos músculos exagerados que tenía su hermano Jan, pero tenía músculos... y más que suficientes. El contraste de esa fornida espalda con la espesa cabellera rubia esparcida sobre la almohada de forma descuidada, la desconcertó. Se le había deshecho la trenza durante la noche y su pelo, ridículamente largo, resplandecía al sol que entraba por la ventana. Debía de tenerlo incluso más largo que ella y parecía suave. Controló el impulso de alargar el brazo y enredar sus dedos en él. Sus ojos se posaron en la cicatriz en forma de media luna que tenía debajo del omóplato, y recordó que la había recorrido con su mano y con sus labios hacía solo unas horas. Trató de tragar saliva, pero tenía la boca tan seca que le resultó imposible.

¡Maldita resaca! Se apartó el pelo de la cara con la mano y su curiosa mirada descendió hasta sus caderas. La fina sábana blanca se había deslizado y apenas le tapaba el trasero. Una de sus largas piernas cubierta de fino vello rubio asomaba desnuda también.

Parecía un dios nórdico descansando después de haberse saciado con alguna valquiria...

Loki...

Sintió el calor subiéndole por el abdomen y alojándose en su pecho. Era sexi hasta decir basta, el capullo. Otro suave ronquido emergió de su dormido cuerpo. ¡Joder! ¡Hasta sus ronquidos sonaban bien! Se giró con ímpetu y les dio la bienvenida a los pinchazos que sintió detrás de los ojos. Ocultó la cara en la almohada.

Lo aceptaba. Ese cuerpo escultural la ponía a cien. Tampoco era tan sorprendente. A fin de cuentas era un puñetero Landvik, *ergo* genéticamente perfecto.

En fin, la noche había terminado y con ella su micro aventura con él. Lástima que fuese la primera y última vez que se acostaban; el chico prometía y mucho... Pero dada la animadversión que sentía hacia él no tenía mucho sentido volver a repetir, al menos no sin algo de alcohol de por medio que la ayudara a olvidarse de su identidad.

Una pena.

«*C'est la vie*», se dijo en silencio, retornando a su pragmatismo habitual. Se incorporó despacio para no despertarle, volviendo a maldecir la ginebra. La cabeza le daba vueltas y tenía el estómago revuelto, pero no era nada que un buen zumo de naranja natural y un ibuprofeno no pudiesen solucionar. En cuanto llegase a su habitación, encargaría que le subieran el desayuno, decidió. Recogió su vestido y su ropa interior del suelo y se dirigió al cuarto de baño de puntillas, cerrando la puerta con suavidad. Encendió la luz y se contempló en el espejo.

¡Dios! ¡Menuda valquiria estaba hecha!, pensó con sarcasmo. Tenía un aspecto horroroso, como si un camión la hubiera atropellado varias veces. Su pelo estaba enmarañado y lo tenía aplastado solo de un lado, y su cara aparecía de color ceniciento con los ojos hinchados y grandes ojeras. Gracias a Dios no se había maquillado demasiado el día anterior y la máscara de pestañas era *waterproof*. Descubrió una pequeña marca en su cuello, cerca de

la mandíbula. Se la rozó con la punta de los dedos. ¡Era un chupetón! ¡Como los que le había hecho su primer novio hacía casi veinte años! No recordaba cómo había llegado allí, pero después de la sesión de sexo desenfrenado tampoco le sorprendía demasiado.

No se entretuvo mucho, apenas se limitó a hacer sus necesidades, a lavarse la cara con prisas y a peinarse con los dedos. Se vistió con rapidez y regresó a la habitación, nuevamente de puntillas. Algo innecesario ya que unos somnolientos ojos azul turquesa la observaban desde la cama.

¡Mierda!

—Buenos días. —Su voz ronca, de recién levantado, le provocó una sacudida interna.

—Buenos días —respondió con sequedad.

Evitando mirarle, se agachó y recogió las sandalias del suelo, después se sentó en la butaca que había junto a la puerta del baño y se las puso. Era muy consciente de su presencia a solo unos metros de distancia y sabía que él tenía la mirada clavada en ella. El cosquilleo que sentía en la nuca era prueba de ello.

—¿No te quedas a desayunar?

La pregunta la sobresaltó. Alzó la barbilla y, muy a su pesar, se recreó en la imagen que él presentaba con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. No pudo evitar anclar los ojos en su pecho firme y musculoso que descendía hasta unos abdominales marcados y una jodida uve que desaparecía debajo de la sábana que le cubría las caderas. Él se llevó la muñeca derecha a la boca y con los dientes cogió la goma del pelo que llevaba allí y se recogió la melena en una descuidada coleta. Tenía un pequeño tatuaje tribal en el hombro, advirtió. No se había dado cuenta la noche anterior..., claro que había estado más pendiente de otras cosas... Bajó la vista y reparó en que una de «esas otras cosas» había despertado también. De nuevo una oleada de calor la invadió y se puso de pie precipitadamente.

—¿Desayunar? —preguntó con desdén, enfadada consigo misma por el desasosiego que él provocaba en ella—. ¿Contigo?

—No veo a nadie más aquí —repuso él con socarronería.

Paseó la vista por la habitación y después, con toda naturalidad, abandonó la cama y se acercó a ella, deteniéndose a solo un metro de

distancia. Estaba desnudo y su erección se erguía desafiante entre ambos. La miró con la provocación estampada en los ojos.

Tana era muchas cosas, pero no una persona que se dejase amilanar con facilidad. Y por muy incómoda que le resultase la situación no iba a dejar que él se saliese con la suya. Con soberbia, se adelantó un paso, de modo que su endurecido miembro se le clavó justo en la parte superior de su abdomen. La expresión de él se transformó de provocadora a sorprendida, y su entrepierna vibró.

—Paso del desayuno —susurró ella tratando de controlar el pequeño temblor que se le había deslizado en la voz, producto de su abrumadora cercanía—. Y de cualquier otra cosa que puedas ofrecerme —añadió. Y aunque no dijo nada más sabía que a él le había quedado muy claro a qué se refería.

—Pues sueñas como si te apeteciera... repetir...

¡Dios, qué pagado de sí mismo!

—¿Repetir? ¿Sin ginebra? Creo que no...

Había sonado ofensiva y lo sabía, pero consiguió borrarle la arrogante sonrisa de la cara y eso la llenó de satisfacción. ¡Odiaba sentirse insegura! Y ese hombre la ponía nerviosa. Algo insólito, si se tenía en cuenta que no era la primera vez que se acostaba con alguien y que le abandonaba a la mañana siguiente en un «si te he visto no me acuerdo». No obstante, esta vez era diferente por ser él quién era. A fin de cuentas era el hermano de Cas, el cuñado de su mejor amiga.

—No me jodas, Tana —resopló, apartándose y cogiendo sus bóxers del suelo. De repente ya no parecía tan seguro ni confiado. Se los puso con movimientos bruscos y se encaró con ella—. La excusa del alcohol no me vale.

—Estaba borracha —respondió a la defensiva.

—No lo suficiente como para no saber lo que hacías. Engáñate si quieres, pero si te acostaste conmigo fue porque te apetecía. La ginebra solo te allanó el camino.

—¿Y qué si fue así? —Se encogió de hombros con fingida indiferencia—. Echamos un polvo, vale. Ya está. No hay más. No somos amigos ni nada por el estilo. Lo de preguntarme si quiero desayunar contigo

ha sido una gilipollez.

—*Fæn!* —exclamó, pasándose las manos por el pelo y mirándola irritado—. Era una cuestión de mera educación.

Ella resopló incrédula.

—Vamos a ver —comenzó al cabo de unos instantes, echándose la melena hacia atrás con energía. Nada más hacerlo se arrepintió, porque su dolor de cabeza aumentó—. Te voy a explicar algo para que te quede claro. Lo que sucedió anoche entre nosotros no ha hecho que la opinión que tengo sobre ti mejore. Sigo pensando lo mismo. Para mí sigues siendo ese niño irresponsable que dejó tirados a todos y huyó como un cobarde —escupió con dureza—. ¿Creías que un polvo iba a cambiar el concepto que tengo de ti, Landvik? —sonrió, burlona.

Él se había puesto lívido y apretaba las manos con fuerza a los costados. Durante una milésima de segundo Tana casi se arrepintió de la crudeza de sus palabras y deseó poder retirarlas. Se había excedido. Pero la siguiente frase que él pronunció hizo que todo arrepentimiento desapareciese de golpe.

—¿Otra vez Landvik? Anoche mientras te follaba, me llamabas Till —le soltó él y, aunque le había lanzado aquellas palabras de manera despectiva, no pudo disfrazar el ligero tono dolido que también vibraba en ellas.

La rabia y la indignación la asaltaron. No sabía qué tenía ese hombre que conseguía sacarla de sus casillas de aquel modo. ¡Mierda! Tenía que salir de allí cuanto antes. El permanecer un solo minuto más cerca de él no era lo más adecuado para su cordura. Le dirigió una mirada ceñuda antes de coger su bolso y girar sobre sus talones, encaminándose a la puerta.

—¡Por Dios! *Till* —enfaticó—. Madura.

Y después de lanzarle esa última estocada, agarró el picaporte, abrió la puerta con violencia y abandonó la habitación. En el instante en que se encontró sola en el desierto corredor, apoyó la espalda contra la pared, se llevó los dedos a las sienes y se las frotó con suavidad. El dolor de cabeza se había intensificado. Perpleja, se cuestionó qué bicho le habría picado para comportarse así. Por mucho que le despreciase, nada podía justificar que hubiera perdido los papeles de aquella manera. Meneó la cabeza con incredulidad. Solía resolver las situaciones peliagudas con imperturbabilidad,

pero ese... ese embarazoso momento a solas con él en la habitación...

Se le había ido de las manos completamente.

Respiró hondo un par de veces y trató de calmarse, intentando buscar una explicación a su odioso comportamiento. Suspiró. En el fondo sabía por qué había reaccionado así. Él había resultado ser diferente a como ella había esperado..., la había confundido más de lo previsto y eso le había roto los esquemas.

Till Landvik no era el jovencito de entonces. Se había convertido en un hombre... y ella no había contado con eso... Cerró los ojos un segundo, pero los abrió con precipitación cuando las imágenes de su noche de locura comenzaron a colarse por todos los resquicios de su mente.

¡Joder! No podía pensar con lógica. Estaba destrozada y necesitaba tomarse un analgésico ya. Lanzó una última mirada a la puerta de la habitación ciento veinte antes de echar a andar hacia el ascensor, muy erguida.

* * *

La puerta se cerró tras ella y él estuvo a punto de volverla a abrir y obligarla a entrar en la habitación de nuevo para decirle lo que pensaba de su comportamiento. Pero no lo hizo. Terminó por pegar un puñetazo a la pared y proferir una maldición —en realidad una en cada idioma que conocía—.

—¡Maldita mujer! —farfulló entre dientes.

Estaba furioso.

Y dolido. Muy dolido.

Al despertarse y ver el hueco que había dejado la cabeza de ella en su almohada, había sonreído con languidez, satisfecho. La noche anterior había sido una noche para recordar. Tana había resultado ser exactamente como él pensaba que era: salvaje, pasional y fogosa. Una mujer a su gusto. Pero solo diez minutos más tarde esa satisfacción se había convertido en una mezcla de cabreo, vergüenza y disgusto. Con sinceridad, no sabía qué había esperado de ella, pero no lo que había recibido. Ese profundo desprecio y esa inquina... ¡Dios! Le había mirado como si fuese un insecto asqueroso al que aplastar con su zapato.

«¿Qué creías que iba a suceder esta mañana? Ayer no perdió oportunidad de dejarte muy claro lo que pensaba de ti».

Se sentó en el borde de la cama y apoyó los codos en las rodillas, enterrando la cara en las manos.

¿*No te quedas a desayunar?*, le había preguntado como un estúpido. Y ni siquiera sabía por qué. No era su *modus operandi* habitual. Cuando se acostaba con una mujer a la que acababa de conocer —cierto que Tana y él ya tenían historia, pero para el caso era lo mismo—, ambas partes parecían saber de antemano cómo debían reaccionar a la mañana siguiente. Se despedían con un beso o sin él, prometiendo llamarse o no, dependiendo del grado de satisfacción alcanzado durante la noche. Y nada más. Ni desayunos ni chorradas.

Solo hacía tres noches que se había acostado con Carolina en esa misma cama y el amanecer había sido tan civilizado, tan de adultos...

Pero con Tana...

Cuando la había visto salir del baño de puntillas, desaliñada, con una marca de almohada cruzando su mejilla y un pequeño chupetón en el cuello, que él mismo había puesto ahí, se había sentido extrañamente eufórico. La pregunta había surgido de su garganta sin pensarlo demasiado. ¡Qué gilipollas había sido!

Su reacción —a pesar de que debía haberla esperado— le había dejado noqueado. Sus desdeñosas palabras y su forma de mirarle le habían hecho perder parte de su aplomo, y se había avergonzado de su desnudez, sintiendo la necesidad de cubrirse. Pocas cosas le apabullaban, pero ella... Por primera vez en su vida se había sentido como un hombre objeto. Utilizado...

¡Mierda!

Lo peor no había sido lo que le había dicho, sino cómo le había afectado. Había creído que después de soportar durante toda la noche sus comentarios hirientes, de alguna manera se habría inmunizado, pero no. El que ella emplease su lengua viperina aquella mañana, mientras él se sentía vulnerable, le había dolido más de lo que había pensado.

Por otro lado, ¿por qué narices iba ella a cambiar su opinión solo por haber echado el polvo del siglo? Porque sí, había sido el polvo del siglo. Un polvo de esos que dejan huella y que uno espera repetir alguna vez... ¡Dios! Solo recordar su sexo estrechándose en torno a su miembro mientras le clavaba las uñas en la espalda y gritaba su nombre, hacía que le hirviese la

sangre.

—*Dritt!* —exclamó en voz alta—. ¡Maldita mujer!

Con los labios apretados, se incorporó con precipitación. Algo brillante en el suelo junto a la cama llamó su atención. Se agachó y lo cogió. Lo examinó. Era un pendiente con forma de aro. Tenía una tonalidad rosada y estaba engastado en diminutos diamantes o lo que fuesen. Parecía caro, pero ¿qué sabía él? Lo hizo girar entre sus dedos mientras se acariciaba la barba, dubitativo. ¿Debía llamarla y decirle que tenía su pendiente? Apenas la idea acudió a su cerebro la descartó de pleno. ¡Qué narices! Si quería recuperar el pendiente que lo buscase, se dijo con el ceño fruncido. Lo depositó en la mesilla y se olvidó de él.

Se encaminó al baño y abrió el grifo de la ducha. Quizá el agua se llevase todas esas cosas en las que prefería no pensar... su olor, el tacto de su piel que parecía haberse quedado impregnado sobre su cuerpo, la suavidad de sus caricias, sus húmedos besos...

Sonrió con amargura.

«¿A quién pretendes engañar, Till?», se preguntó en silencio. Lo único que realmente deseaba borrar de su mente era la dureza de sus palabras aquella mañana. Todo lo demás, todo lo que había ocurrido la noche anterior, no deseaba olvidarlo jamás. *Madura*, le había dicho ella antes de irse. Si madurar significaba no acordarse de todo aquello, prefería seguir siendo un crío.

Se introdujo en la pequeña cabina de ducha y el agua cayó sobre él, empapándole. Alzó la barbilla, dejando que el chorro impactase sobre su cara. Conjuró su imagen con algo de pesar. Quizá no volviese a verla más. Su avión salía aquella tarde con destino a Alemania, y en un par de meses estaría en México, empezando una nueva vida... muy lejos de ella...

¡Mierda! ¿Por qué narices esa noche había sido tan perfecta?

Y esa mañana, Tana, tan dura...

SEGUNDO ENCUENTRO

Capítulo Doce

Era la tercera vez que Eli le mencionaba a Till. Y por tercera vez maldijo en silencio la ocurrencia de su amiga de llamarla a aquella hora tan temprana. Era demasiado pronto para escuchar el nombre del pequeño de los Landvik, así, sin anestesia. Se miró el reloj de pulsera. ¡Pero si no eran ni las ocho! Y solo había tomado un café. Al menos necesitaba tres o cuatro para enfrentarse a aquello. Se mordió la lengua y soportó la agonía en silencio. Al fin y al cabo la culpa era suya por haber dejado que todo el mundo pensase que habían hecho las paces.

—Te paso la dirección ahora mismo por wasap —decía Eli en ese momento al otro lado de la línea.

Dejó escapar un suspiro resignado.

—Está bien —aceptó.

—Llama cuando regreses y dime si al final vas a ir a Laredo, y cuándo vas a venir para organizarme.

—Lo haré —prometió.

Todos los veranos pasaba unos días en la casa que su familia tenía en Cantabria y después se dejaba caer por la costa mediterránea y visitaba a Eli. Pero ese año no lo tenía tan claro. Su padre se había vuelto a casar hacía unos meses —por cuarta vez—, y su nueva «madre» era una arpía. Si podía evitar tener que verla, mejor. Anularía lo de Laredo.

Se despidieron. Tana dejó el móvil sobre la mesa y se echó hacia atrás en la silla de plástico. Habían pasado dos meses desde la boda. Dos meses en los que podría haberse olvidado de Till Landvik sin dificultad, si no fuese porque su amiga siempre terminaba contándole alguna nueva hazaña de su «cuñadito», dando por hecho que Tana y él habían limado asperezas. Lo cierto era que nadie sabía lo que había sucedido aquella noche. Había preferido mantenerlo en secreto. Cuando al día siguiente sus amigas le preguntaron cómo había ido el regreso al hotel, se limitó a sonreír y a mentir.

No tenía muy claro por qué había decidido no sincerarse con ellas. Quizá se avergonzaba. No por haberse acostado con él... o sí... Llevaba tanto tiempo juzgándole y expresando en voz alta lo mucho que le despreciaba, que contar ahora que había sucumbido a sus encantos y había pasado una noche con él, no era algo que la enorgulleciese.

Les había dicho que se habían despedido en la recepción, y que había decidido no ser tan dura con él en el futuro... y bla-bla-bla...

Así que, desde entonces y muy a su pesar, tenía que escuchar sus historietas maravillosas cada dos por tres. Que si Till esto, que si Till aquello, que mira qué majo, que mira qué listo, que mira qué avisado, que mira qué valiente... Menos mal que vivía en Madrid y Eli en la costa y solo hablaban por teléfono una vez a la semana. Si no, estaría empachada de información sobre el pequeño de los Landvik.

Su móvil vibró sobre la mesa. Lo cogió y miró la pantalla. Era el wasap que Eli había prometido enviarle con la dirección de Till en Düsseldorf. Precisamente ella se encontraba a punto de embarcar con destino a aquella misma ciudad, para asistir a la *Gallery*, la feria de moda a la que acudía todos los veranos. De ahí la insistencia de Eli para que contactase con Till.

Echó un vistazo al mensaje. Por simple curiosidad —no porque pensase ir a visitarle— introdujo la dirección en el *Google Maps* de su *tablet* y trató de localizarla en su mapa mental de la localidad. *Arnheimer Str.* era el nombre de la calle donde se encontraba el apartamento de su socia, Amaya, donde él se alojaba. ¿Y por qué narices sabía ella que era el apartamento de su socia? Sí, exacto, porque Eli ya le había contado con pelos y señales la vida y milagros de Till Landvik.

Solo estaba a unos pocos kilómetros de su hotel, comprobó.

«Mira, qué bien», pensó, ceñuda. Y en un arranque de puerilidad depositó la *tablet* de un golpe sobre la mesa y resopló, haciendo que la señora mayor que estaba sentada en la mesa contigua a la suya la mirase intrigada.

Siete años sin saber apenas nada de Till y, ahora, cuando menos lo necesitaba, lo tenía hasta en la sopa. ¡Hasta en la puñetera sopa! ¿Cómo narices iba a poder olvidarse de él? Era exasperante.

Una voz distorsionada a través de los altavoces comunicó en español y en inglés que los pasajeros del vuelo con destino a Düsseldorf ya podían

embarcar. Agradecida por la distracción, se levantó, guardó la *tablet* y el móvil en su maletín y sacó la tarjeta de embarque. Abandonó la cafetería donde había permanecido los últimos veinte minutos y echó a andar hacia el mostrador. Sus tacones repiquetearon sobre el suelo de mármol y el sonido de sus pisadas produjo un retumbante eco en la casi desierta terminal. A esa hora de la mañana no solía haber muchas personas allí. Lo cierto era que la monstruosa T4 del aeropuerto de Madrid siempre parecía vacía, dada la enormidad de su estructura y la altura de sus techos. Tenía un aire frío y futurista que no terminaba de convencerla.

Se situó en la cola del mostrador donde una azafata había comenzado a revisar los billetes de los pasajeros. Mientras esperaba a que llegase su turno, repasó mentalmente su agenda para el fin de semana. Iba a estar en Düsseldorf tres días y los tres iban a ser de lo más ajetreado. A pesar de que no acudía a la Feria como expositora, había concertado reuniones con tres empresas alemanas, dos italianas y una portuguesa. Todos los años descubría verdaderos tesoros en la *Gallery*, y ese año también esperaba poder encontrar algo especial. Tenía las ideas muy claras sobre lo que estaba buscando para *Promenade*, y había seleccionado con mucho cuidado las empresas con las que iba a entrevistarse. Cuando se trataba de su *boutique* era una perfeccionista rayana en lo obsesivo. El resto de las decisiones que tomaba en su vida eran menos calculadas, más alocadas y de carácter variopinto —la noche que pasó con Till era una prueba de ello—.

La azafata, una rubia espectacular de metro ochenta con dos kilos de maquillaje en el rostro, le regaló una sonrisa de dientes blancos al pedirle su tarjeta de embarque. Se la dio mientras paseaba la mirada por los asientos que había al lado del mostrador. La figura de un hombre alto con una coleta rubia que le daba la espalda le llamó la atención y le provocó un sobresalto. Solo tardó un segundo en comprender que no era *él*, pero su reacción le hizo rechinar los dientes.

¡Joder! ¡Maldito Till Landvik y su apabullante recuerdo! ¿Es que todo le tenía que recordar a él?

Capítulo Trece

Estaba agotado.

Dejó la cartera y las llaves de la furgoneta en el mueble de la entrada y se dirigió al sofá que dominaba el centro del salón. Se tiró sobre él, bocabajo, enterrando la cara en uno de los mullidos cojines al tiempo que un estertor dolorido abandonaba su garganta. Tenía la espalda destrozada.

Había pasado el día ayudando a Héctor, el hermano de Amaya, a trasladar los muebles de su apartamento al apartamento de su novia. Se suponía que solo iban a ser un par de cosas, pero al final había resultado ser todo el jodido mobiliario de la casa, desde la cama de matrimonio, pasando por el sofá de tres plazas, los electrodomésticos, hasta un puñetero banco de ejercicios. Y Héctor vivía en un tercero sin ascensor.

Cuando Amaya le llamó por teléfono desde Baja pidiéndole que le echase un cable a su hermano, Till no había podido negarse. A fin de cuentas estaba viviendo en su piso por la cara mientras ella se ocupaba de arreglar los últimos detalles del papeleo de la escuela de surf. No conocía muy bien a Héctor, a pesar de que habían asistido al mismo instituto en España. Era tres años más joven que Amaya y que él mismo, pero resultó ser un tipo simpático y abierto y habían hecho buenas migas.

«Sin duda el trabajo duro y el sudor unen», se dijo con ironía.

Se giró en el sofá pesadamente, quedando bocarriba. Se retiró de la cara unos mechones de pelo que se le habían soltado de la coleta, cerró los ojos y respiró hondo. Estaba tan agotado que sabía que si esperaba un par de minutos más se quedaría dormido allí mismo. Y no era una buena idea; tenía la ropa sudada y manchada. Necesitaba una ducha. Haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, se incorporó y se dirigió al baño.

Mientras se duchaba y el agua se llevaba con ella parte de su agotamiento, volvió a repasar mentalmente lo que le quedaba por hacer antes de marcharse a Baja. Ya tenía toda la documentación apostillada, conseguida en la Embajada Mexicana, y el día anterior se había ocupado de contratar una

empresa de mudanzas internacional que iba a transportar todas sus pertenencias y las de Amaya. Él no tenía muchas posesiones materiales, la verdad; llevaba años viviendo de maleta. Pero Amaya sí que tenía cosas que quería conservar. Al día siguiente vendrían a por todo, y un día más tarde él mismo abandonaría Alemania para empezar una nueva vida.

Apoyó las manos en la pared de azulejos e inclinó la cabeza, dejando que el chorro de agua caliente le cayese sobre la nuca. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había encontrado tan cansado. Quizá el primer día a bordo del *Ebba* cuando comenzó a trabajar con su tío. Había sido tan torpe... El estudiante engreído que creía que lo sabía todo...

Se le escapó una risa nostálgica al pensar en ello.

El sonido de su móvil, que había dejado en la repisa junto al lavabo, llegó hasta él incluso a través del agua corriendo. Cerró el grifo y abandonó la ducha con prisa. Miró la pantalla al tiempo que cogía una toalla. Era Amaya.

—Dime —respondió.

—*Hallo, Partner.* —La voz de ella llegó hasta él con toda claridad, como si se encontrase a solo un par de kilómetros cuando la realidad era que los separaban diez mil—. Acaba de llamarme Héctor. Te idolatra.

Till soltó una risotada.

—Tampoco es para tanto.

—Sí, lo es. Si llego a saber que era una mudanza de ese tipo, le hubiera dicho que no te molestase y que contratara a alguien. —Sonaba un tanto irritada—. Ya me he enterado de la paliza que os habéis dado.

—Bueno, ya sabes... *Ende gut, alles gut.*

—Lo que digas, pero te debo una.

—¿Qué tal todo por allí? —Cambió de tema mientras procedía a secarse el pelo con la mano que tenía libre.

—Todo marcha a las mil maravillas. Ayer firmamos el traspaso y ahora mismo estoy en el local. Es fabuloso, Till. Te va a encantar. Ahora te paso un email con las fotos que he hecho.

—Genial.

—¿Has conseguido hablar con la empresa de mudanzas?

—Sí, ya está todo arreglado. Mañana vienen a por tus cosas.

—Estamos a un paso de conseguirlo, socio. —La excitación se filtraba en sus palabras.

—Sí. Ya no queda nada —repuso Till. Bostezó con disimulo.

—¿Qué hora es ahí? Tengo un descontrol con los horarios...

—Son las diez de la noche.

—¡Joder! Siento llamar tan tarde y más después de la paliza que te has pegado ayudando a mi hermano. Aquí es mediodía.

—No te preocupes. Todavía no tenía previsto acostarme.

—Da igual. No te molesto más. Te paso las fotos y les echas un vistazo. Y mañana hablamos —dijo, y profirió una carcajada—. Es solo que... estoy feliz... y esto te va a encantar.

Él se sintió contagiado por su arranque de felicidad y se rio también.

—No lo dudo. Pásame esas fotos ya mismo. Me has puesto los dientes largos.

—*Sofort!* Un beso, socio.

Colgó y terminó de secarse con rapidez. Una sonrisa le delineaba los labios. Hablar con Amaya siempre le ponía de buen humor. Era una mujer estupenda con la que tenía gran complicidad... era casi como una hermana.

Una ola de tristeza le invadió al pensar en sus hermanos, y en que no tenía ni idea de cuándo volvería a verlos... No se replanteaba su decisión; tenía ganas de empezar de cero en otro sitio, pero le pesaba un tanto alejarse de su familia ahora que por fin había retomado el contacto. Los días que había pasado en España con ellos y con sus padres habían resultado ser muy especiales. Mucho...

En fin... ya era tarde para sentimentalismos estúpidos.

Enrollándose la toalla a la cintura, se cepilló el pelo sin molestarse en secárselo. Era julio y hacía calor. Sentir la melena mojada sobre la espalda era una delicia. Abandonó el baño y, en el dormitorio, se puso unos pantalones cortos de deporte. Luego se dirigió a la cocina y se preparó dos sándwiches de atún. El apartamento era pequeño. Estaba compuesto por el salón con cocina americana y el dormitorio con baño en suite. Nada más. Pero era perfecto para una persona sola y para pasar allí un par de meses. Se

acomodó en el sofá con la cena, una botella fría de cerveza y su portátil. Mientras devoraba uno de los sándwiches abrió su email y comprobó que Amaya ya le había enviado las fotos.

Su socia tenía razón. Le encantaba. La escuela de surf se encontraba en un entorno natural espectacular. Había varias fotos de la playa, era de arena. A un lado aparecía flanqueada por un acantilado de rocas, sobre el que se hallaba una edificación de estilo colonial de color amarillo con una torre, rodeada de palmeras. El resto de las fotos eran del local donde estaba la escuela. Era de una planta y parecía algo destartado, las paredes de color azul mostraban desconchones aquí y allá, pero tenía un aire encantador y, sin duda, una vez que le dieran una mano de pintura, mucho potencial. Por dentro era más amplio de lo que parecía por fuera y su aspecto era mejor que el del exterior. Hileras de tablas de surf se hallaban apoyadas contra la pared y la euforia le asaltó. Hacía años que no practicaba ese deporte... desde que se marchó de España...

Devoró el otro sándwich y vació la botella de cerveza de un trago mientras volvía a mirar todas las fotos. Una de ellas era un selfi de la propia Amaya. Aparecía con la escuela de fondo, haciendo el símbolo de la victoria con la mano izquierda y una sonrisa de oreja a oreja en la cara. ¡Qué feliz parecía!

Fue a la cocina a buscar otra cerveza y se tiró de nuevo sobre el sofá, quejándose con suavidad cuando las agujetas de su abdomen se manifestaron inclementes. Permaneció unos segundos con la mirada prendida en la pantalla del ordenador, dudando, pero terminó por hacer lo que llevaba haciendo casi todas las noches desde hacía dos meses.

Una idiotez... una majadería... una sandez...

Su placer culpable...

Entró en Instagram y buscó *su* perfil.

Con exultación comprobó que había publicado dos fotos nuevas desde la última vez que él había mirado. En la primera aparecía la puerta y el escaparate de su *boutique*. Y en la segunda se mostraba el tablero electrónico de salidas de un aeropuerto. El texto de la foto decía lo siguiente: *Lista para embarcar de camino a Düsseldorf, a la Gallery. Emocionada*. La foto estaba fechada hacía solo dos días.

A Till estuvo a punto de caérsele la botella de cerveza al suelo. Se

incorporó con precipitación y dejó el portátil sobre la mesa. Una exclamación asombrada emergió de su boca.

«¡Tana está aquí!»

Ese pensamiento le golpeó con fuerza y el corazón comenzó a latirle a más velocidad de lo habitual, al darse cuenta de que ella se encontraba en la misma ciudad que él, quizá a solo unos kilómetros de distancia. Efectuó una búsqueda rápida en internet y en solo unos minutos ya sabía todo lo que había que saber sobre la *Gallery*. Era una feria de moda que tenía lugar en Düsseldorf y que terminaba al día siguiente. Pensativo, tamborileó con los dedos de la mano derecha sobre la mesa de madera.

Suspiró y se echó hacia atrás en el sofá. Las probabilidades que tenían de volver a encontrarse eran igual a cero. Eso había quedado más que claro la mañana después de la boda. Ella había sido bastante tajante. Cualquier acercamiento por parte de él sería recibido de mala gana e incluso con disgusto..., así que, ¿qué más daba que ella se encontrase tan cerca?

Y sin embargo, y más veces de las que le convenía, su imaginación volaba y pensaba en ella y en la noche que habían pasado juntos. No podía olvidarlo. No se terminaba de quitar de la cabeza esos besos, esas caricias, esa pasión desenfrenada y salvaje que habían compartido... ¡Joder! Cada vez que lo recordaba, el ardor le recorría las venas y terminaba fijándose en su vientre, provocándole una erección. Había sido una noche gloriosa... Sí, gloriosa... Y más de una vez en los últimos meses se había satisfecho a sí mismo pensando en ella o mirando sus fotos en Instagram.

Era un imbécil.

Y como un imbécil que era volvió a coger el portátil, se lo puso sobre las rodillas y abrió la foto de ella que era su favorita, ampliándola. Era del verano anterior y estaba un poco movida. Aparecía ella en una playa desierta, con un vestido rojo y descalza. Se estaba riendo a mandíbula batiente. No llevaba maquillaje y el pelo le volaba en todas direcciones. Ni siquiera miraba a la cámara.

No era la Tana con la que él había pasado la noche. No. No era la mujer soberbia que le había rechazado y le había herido una y otra vez con sus comentarios. Esa chica era alguien diferente..., despreocupada, risueña y feliz.

Otra Tana.

Una que él no conocía.

Pero que le hubiese encantado conocer...

¡Joder!

Se apoyó en el respaldo del sofá, cerró los ojos y su mano derecha se dirigió a su entrepierna...

Capítulo Catorce

Tana volvió a sonreír a pesar de que cada vez se encontraba más incómoda. Salir a cenar con Ingo había sido una idea funesta. Llevaban solo media hora en el restaurante y apenas les habían servido la cena, cuando él ya le había rozado el muslo «inintencionadamente» tres veces. ¡Por Dios! Lo que tenía que aguantar una mujer. Era exasperante.

Conocía a Ingo Brehme desde hacía un par de años. Era el representante de *Treasure Design*, una marca de ropa alemana con la que Tana llevaba colaborando un tiempo. Era la primera vez que salían juntos, hasta el momento su relación había sido estrictamente comercial y se había limitado al intercambio de emails y llamadas telefónicas, pero cuando Ingo, esa tarde, había insistido en invitarla a cenar, no le había parecido una mala idea. ¿Por qué no?, se había dicho. Era su último día en Düsseldorf y lo único que había hecho desde su llegada había sido trabajar. Una noche de asueto no le vendría mal.

Error.

Se había dado cuenta de su equivocación en aceptar aquella invitación nada más encontrarse con él en la recepción del hotel. La libidinosa mirada que le dirigió, había dejado más que claras sus intenciones. Aun así, decidió seguir adelante con la cena, pensando que si le ponía las cosas claras desde el principio a él se le pasaría la tontería. Pero había hombres que no aceptaban un no por respuesta y que eran en extremo persistentes.

Nada más subirse al coche, un BMW M3, él había inventado una excusa para sacar algo de la guantera y le había tocado la rodilla sin disimulo. Ella le había dirigido una mirada asesina y le había dicho que no estaba interesada en ningún tipo de relación que implicase intercambio de fluidos. Él había levantado las manos en actitud defensiva y se había reído. Parecía haber captado la indirecta.

O no.

Así que, con los nervios a flor de piel debido al velado acoso sexual

de Ingo, la cena, que se suponía debía de haberle servido para relajarse, se había convertido en una tortura.

Dejó vagar la vista por el restaurante. Estaba decorado de manera un tanto anticuada con mesas y sillas de madera oscura y cuadros con escenas de caza. Enormes vigas de madera atravesaban toda la sala separando las mesas y creando una suerte de reservados que daban la sensación de falsa intimidad.

—Te noto tensa —le dijo Ingo.

Ella apartó la mirada de la puerta y le sonrió.

—Estoy bien —dijo.

—No lo parece. Relájate y disfruta de la cena. Te lo has ganado después del día de hoy.

Le dio la razón internamente. Había tenido tres reuniones seguidas, la última de ellas con el propio Ingo y un compañero. Las negociaciones habían sido duras, pero podía sentirse satisfecha de lo conseguido. Se iba a casa con dos colaboraciones más que ventajosas para *Promenade*.

—¿Cuándo vendrás a Madrid? —le preguntó.

Mientras esperaba su respuesta, le dio un sorbo al exquisito vino que habían pedido para acompañar la selección de carnes que les habían servido. El restaurante estaba especializado en comida balcánica y, dado que Tana no estaba familiarizada con ese tipo de platos, había decidido seguir el consejo del camarero. No se arrepentía. Todo estaba delicioso.

—El mes que viene —respondió él. Y vació su copa de un trago.

Tana frunció el ceño al ver que él volvía a llenársela de vino. Era la cuarta. Y aunque no parecía bebido ni nada por el estilo, no estaba muy segura de querer volver con él al hotel en esas condiciones.

—¿Sabes qué días?

—Los días en los que me acojas en tu casa... —lo dijo en un tono sensual, entornando los ojos, al tiempo que alargaba el brazo y le acariciaba la muñeca con suavidad.

Ella retiró la mano. ¡Joder con Ingo! ¡Qué pesado! No lo había esperado de él.

—Tendrás que buscarte un hotel —respondió con frialdad—. Además, me tienes que confirmar qué días vienes. En agosto suelo estar

fuera.

Él la contempló en silencio durante unos segundos; parecía confundido.

—Qué seca estás conmigo... —murmuró al cabo de un rato volviendo a darle un buen trago a su vino.

—¿Seca? Para nada. Es que creo que estás confundiendo las cosas, Ingo. No esperaba que me hubieras invitado a cenar porque tuvieses ganas de *postre...*, la verdad —repuso despectivamente—. ¿Acaso te he dado yo la impresión de querer acostarme contigo?

Él arrugó la frente.

—Bueno... siempre eres tan... abierta... y esta noche te has puesto ese vestido...

La expresión de Tana se tornó estupefacta.

—¿Me estás diciendo que por que una mujer sea agradable con un hombre y decida arreglarse para salir a cenar eso significa que quiere echar un polvo?

—No voy muy desencaminado, ¿no? —sonrió y volvió a acercarse a ella, que tuvo que resistir el impulso de abofetearle—. Mira, Tana... llevamos meses jugando al gato y al ratón. No puedes negar que te gusto.

Ella entrecerró los ojos y le observó con atención. Si en alguna ocasión había sentido la mínima inclinación a acostarse con Ingo Brehme, esta acababa de desaparecer... para siempre. No soportaba a los hombres presuntuosos que además tenían un concepto tan equivocado de las mujeres. Le recorrió con la mirada de arriba abajo, de manera objetiva. Era un hombre guapo, eso no lo podía negar. Apuesto con su traje azul marino y la corbata en tonos rojizos. Alto pero no en exceso. Atlético. Con el pelo rubio ceniza y los ojos de color miel. Una sonrisa vanidosa curvaba su boca de carnosos labios.

—Eres un hombre encantador, Ingo —le dijo, echándose hacia atrás y tratando de emplear otra táctica. Estaban en un lugar público y no soportaba llamar la atención—. Pero de verdad no estoy interesada en tener nada con nadie. ¿Por qué no nos limitamos a cenar y nos olvidamos del tema?

Él sonrió escéptico. Tana resopló mentalmente. No la creía. ¡Mierda!

—Si es lo que quieres —dijo, bajando la voz y convirtiéndola en un

susurro que pretendía sonar seductor, pero que a ella le pareció ridículo—. Cenemos.

Y eso hicieron, en silencio. Él, mirándola de vez en cuando con actitud depredadora. Ella, sobrellevándolo con elegancia y conteniéndose para no soltarle cuatro verdades a gritos. Ni siquiera pidió postre, a pesar de que multitud de pastelitos de delicioso aspecto la tentaban desde el carrito que paseaban los camareros. No tenía ningún deseo de alargar esa horrible velada más de lo necesario. Se miró el reloj con disimulo. Eran las once y media de la noche, una hora intempestiva para un día de diario en Düsseldorf.

Estuvo a punto de dejar escapar un suspiro aliviado cuando él, después de tomar café, pidió la cuenta al fin.

Una vez fuera, se encaminaron hacia el pequeño parking de tierra que había detrás del restaurante. La zona, un área de casitas bajas a las afueras, no estaba muy bien iluminada y Tana tuvo cuidado de no resbalarse en la gravilla con los zapatos de tacón que llevaba. De buena gana se hubiera agarrado al brazo de Ingo, pero después de lo acontecido en el restaurante no quería enviarle ninguna falsa señal que él pudiera interpretar como lo que no era.

—¿Estás seguro de que puedes conducir? —Se detuvo y le miró.

—¿Por qué lo dices? Solo me he tomado un par de copas de vino. En serio, Tana. Estoy perfectamente.

Ella había contado cuatro copas, aun así, no quiso contradecirle. Parecía sereno.

Se montaron en el coche y en unos instantes estaban en la carretera. A pesar de que ya había estado en Düsseldorf con anterioridad, a Tana siempre le sorprendía el gran contraste que había entre el centro de la ciudad, tan cosmopolita y con esas aglomeraciones de gente, y el extrarradio, con esas urbanizaciones de grandes casas diseminadas en medio de bosques frondosos, como era el caso. Se reclinó en el asiento y bajó la ventanilla, dejando que el aire fresco de la noche penetrase en el vehículo y le agitase el cabello. La zona por la que pasaban apenas parecía habitada. De vez en cuando, entre los árboles, destacaba alguno de esos caserones de aspecto imponente entre las sombras. La luz de insuficientes farolas amarillentas no conseguía iluminar el camino, y solo los potentes faros del coche ahuyentaban la oscuridad de esa noche sin estrellas.

Bajó los párpados y se permitió relajarse. Gracias a Dios, Ingo no había vuelto a abrir la boca desde que se había sentado al volante, y tampoco había vuelto a hacer ninguna tontería relacionada con sus anteriores intentos de seducción.

La imagen de un dios nórdico rubio, alto y más que atractivo se coló en su cabeza... ¿Qué estaría haciendo? ¿Dónde estaría? Era estimulante saber que, físicamente, se encontraba tan cerca de él —si no se equivocaba, probablemente a solo unas calles de allí—, y al mismo tiempo a años de luz de distancia. Con toda seguridad, él no habría vuelto a desperdiciar ni un solo segundo pensando en ella después de aquella horrible despedida en el hotel. Ella también le habría olvidado sin dudar si no fuese por la insistencia de Eli de hablar de su cuñado... Como le sucedía con frecuencia, volvió a revivir aquellas horas que habían pasado juntos y no pudo reprimir el pequeño gemido ahogado que escapó de sus labios al recordar cómo se habían besado, acariciado, restregado uno contra el otro, poseído mutuamente...

De pronto, el tacto de la palma de una mano sobre la parte superior de su muslo le hizo dar un respingo y abrir los ojos con violencia.

—¡Joder! —exclamó, dándole un manotazo a Ingo en el brazo—. ¿Qué narices te crees que estás haciendo, gilipollas?

Él la miraba con los labios fruncidos y la frente arrugada.

—¿Tú qué crees? —la increpó, volviendo a mirar hacia la carretera—. Lo que llevas pidiendo toda la noche.

Ella agitó la cabeza, aturdida.

—Pero... pero... ¿tú eres tonto o qué te pasa? ¿No te he dejado muy claro que no quería nada contigo?

—Venga... —le dijo él con aire condescendiente—. Dices que no, pero luego te tiras en el asiento y cierras los ojos y te pones a gemir como una perra en celo.

Tana apretó los puños con tanta fuerza que sintió cómo las uñas se le clavaban en las palmas de las manos. Si él no hubiese estado conduciendo, le habría abofeteado.

—Eres un cabrón de mierda, Ingo —dijo entre dientes.

—Y tú una calentapollas —casi escupió él.

Tana no daba crédito a lo que estaba oyendo. La rabia que sentía en ese momento era tan grande que estuvo a punto de atragantarse.

—¡Para el coche! —barbotó.

—No seas cretina —sonrió él.

—¡He dicho que pares el puto coche! ¡Joder!

Él la miró con irritación. Después frenó en seco, haciendo que el vehículo se detuviese en medio de la calzada. Si no hubiera tenido el cinturón de seguridad puesto, Tana se habría estampado contra el parabrisas. Llena de ira, se apresuró a abandonar el coche, cerrando la puerta de un fuerte golpe. La cara de él al ver cómo ella maltrataba el vehículo casi logró arrancarle una sonrisa satisfecha.

—Vete a la mierda, Ingo —le lanzó a través de la ventanilla.

—No, vete tú a la mierda, Tana. Y aprende a no calentar a un hombre y luego dejarle tirado. —Acto seguido arrancó bruscamente y se alejó a toda velocidad.

Tana le observó partir con la indignación emanando de todos los poros de su cuerpo. ¡Sería capullo! Apenas podía creerse que aquello le hubiera sucedido a ella..., y menos todavía con Ingo, que siempre había sido un perfecto caballero y una persona de lo más cabal. ¡Increíble! Pero ¿quién se había creído que era ella para hablarle así? ¡Mierda! Meneó la cabeza con energía.

—*Arschloch!* —El taco en alemán sonó fantástico en su boca.

Miró a su alrededor, pero solo había oscuridad. La suave luz de una farola unos metros a la derecha le mostró lo que ya había visto antes, no había ninguna casa cerca, solo árboles y arbustos. Resopló. Llamaría a un taxi. De todas maneras era lo que tenía que haber hecho en cuanto abandonaron el restaurante. Fue a echar mano de su bolso, que siempre solía llevar colgado del hombro derecho, pero allí no había nada. Nada. No había ningún bolso. Frenéticamente y como una estúpida se palpó el hombro izquierdo. ¡Tampoco había nada!

¡No, no, no!

¡Se había dejado el bolso en el coche de Ingo!

—Eres una imbécil, imbécil, imbécil... —se recriminó en voz alta—. ¡No puede ser verdad! —Se llevó las manos a la cara y se la cubrió unos

segundos tratando de centrarse y de pensar en algo—. ¡No, no, no! —volvió a repetir una y otra vez.

Pasaron unos instantes en los que permaneció de pie en medio de la carretera maldiciendo su propia estupidez. Pero no tardó en recobrarle y erguirse. Miró en todas direcciones. Al fondo, a unos quinientos metros, por donde el coche de Ingo había desaparecido hacía un rato, había un semáforo que estaba en rojo. Si había semáforo, tenía que haber un cruce, ¿no?

Con los labios apretados y una mueca determinada en el semblante echó a andar.

—Estas cosas solo te pueden pasar a ti, Cayetana —murmuró—. Estaba claro que la noche se iba a convertir en un desastre, pero eres tan boba que en vez de quedarte en el hotel dándote un baño de espuma, has preferido salir con Ingo... ¡Gilipollas!

Un ladrido, más cerca de lo que había esperado, le hizo dar un respingo. Se llevó la mano al corazón que le latía desbocado y trató de andar más deprisa, a pesar de los tacones. Lo último que necesitaba era ser atacada por un perro callejero. Aprovechando que pasaba por debajo de una farola, se miró el reloj. Eran las doce menos cuarto. No tenía muy claro qué podía hacer a esas horas de la noche, sin dinero, sin móvil y sin documentación. Tampoco podía llamar a la puerta de la primera casa que apareciese en su camino, ¿o sí?

Quizá sí que tenía a quién acudir...

¡No! Desechó la idea antes de que tomara consistencia en su mente. Era imposible. Si bien era cierto que su apartamento no podía estar muy lejos, se perdería mil veces tratando de encontrar su calle en la oscuridad.

Del todo imposible.

Con un dolor punzante en el costado alcanzó el cruce al fin. Al otro lado de la calzada había un edificio enorme con pinta de colegio o instituto. Estaba vallado y a oscuras. Se apoyó en el semáforo y, respirando con dificultad, miró en todas direcciones. Frente a la enorme y sombría escuela, distinguió una marquesina de cristal. Era una parada de tranvías.

Esperó a que el semáforo cambiase de color meneando la cabeza con nerviosismo. Apenas habían pasado unos instantes cuando se dio cuenta de lo estúpido de su comportamiento. ¿Qué narices hacía esperando? ¿Por qué no

cruzaba? ¿Tenía tan imbuida la educación vial que prevalecía sobre la desesperación? ¡Tonta!

Atravesó el cruce con rapidez y, justo como había pensado, sobre la puerta de la edificación aparecía un cartel que decía *Theodor-Flidner-Gymnasium*. Era un instituto. Estaba a punto de dirigirse hacia la parada de tranvías, cuando una sombra peluda y llena de energía se asomó entre los barrotes de la valla y comenzó a ladrar con furia. El susto fue tan grande que, en su prisa por alejarse, se le enganchó el tacón en una baldosa de la acera, haciendo que perdiese el equilibrio y cayese al suelo lastimándose las rodillas.

«¡Fabuloso!», se dijo con un toque de sarcasmo mental poco apropiado para su angustiada situación, aguantando un lamento. El chucho seguía ladrando como un poseso al otro lado de la verja, y Tana le miró desde el suelo con los ojos entornados. Parecía muy agresivo, y si esos barrotes de metal no lo hubieran contenido, seguro que se habría lanzado sobre su yugular.

Sin quitar la vista del animal, se incorporó lentamente haciendo una mueca. Se había dado un buen golpe. La sangre le cubría ambas rodillas. Y para más inri, el tacón de su zapato se había partido. Se lo quitó y lo contempló unos segundos con pesar. Adoraba ese par de sandalias... ¡Mierda! Resopló enfadada mirando al escandaloso perro con indignación. Terminó por quitarse el otro zapato también y, cojeando, se dirigió a la parada del tranvía. Trató de distinguir los horarios que aparecían en un tablero junto a la marquesina. Soltó una imprecación al ver que el último condenado tranvía había pasado hacía cosa de quince minutos y que el siguiente no pasaría hasta las cuatro y media de la mañana.

—¡Joder, joder, joder! —masculló entre dientes.

Apretando los inútiles zapatos contra su pecho como si le fuera la vida en ello, se dio la vuelta y miró la oscura carretera con indecisión. Tenía la mente en blanco. No tenía ni idea de qué hacer. El perro gruñía amenazadoramente y la observaba, hostil, con sus ojos oscuros. Tana no sabía mucho de razas, pero estaba casi segura de que se trataba de un rottweiler.

—A mí esta situación me gusta tan poco como a ti, ¿sabes? —le dijo en voz baja.

Volvió a mirarse el reloj. Apenas eran las doce. No podía sentarse cuatro horas y media a esperar al primer tranvía de la mañana. Si bien no hacía frío, la zona no le inspiraba demasiada confianza. Mitad urbanización, mitad bosque, ¿quién sabía lo que podía haber por allí en la oscuridad? Apenas ese pensamiento había acudido a su cabeza sembrando inquietud en ella, cuando nuevos ladridos, esta vez desde otra dirección, llegaron hasta sus oídos. Escudriñó la oscuridad con aprensión. ¿Y si esta vez el perro estaba suelto?

Echó a andar con toda la rapidez que sus magulladas piernas le permitían. El rottweiler le ladró un par de veces cuando pasó junto a él. Ignorando al cánido, decidió girar a la izquierda y continuar por la otra vía, que parecía más ancha y algo mejor iluminada. Clavándose pequeñas piedrecitas en las plantas de los pies, dejó atrás la escuela y la parada de tranvías y se encaminó hacia el poste donde aparecía el letrero con el nombre de la calle. En letras blancas sobre fondo marrón se podía leer perfectamente: *Arnheimer Str.*

Tana se quedó mirando el cartel con incredulidad. Sacudió la cabeza tratando de asimilar aquello. ¡No podía ser verdad! No...

Se llevó la mano a la frente y trató de poner en orden sus ideas. Los ladridos de ambos perros ya ni siquiera le molestaban. Trazó un mapa mental y algo rudimentario de Düsseldorf y se esforzó por recordar dónde estaba situado su hotel y dónde el restaurante en el que habían cenado. No le costó demasiado. Tenía muy buena memoria. Tan buena, que recordaba perfectamente cuál era la dirección del apartamento donde se alojaba Till.

¿Casualidad? ¿Fatalidad? ¿Serendipia?

—No me lo creo —murmuró con asombro. No pudo evitar que un jadeo nervioso abandonase su garganta. Solo podía tratarse de una broma macabra. El destino le estaba jugando una mala pasada... ¿verdad?

Una emoción mezcla de desazón y de alivio la embargó. Por un lado le resultaba grotesco pensar que tenía que acudir al pequeño de los Landvik a que la sacase del atolladero en el que se encontraba, pero por otro lado, saber que había alguien cerca al que recurrir, la tranquilizaba muchísimo. Su desesperada situación había pasado de ser de nivel diez a convertirse en una de nivel cinco... o cuatro...

No vaciló más. Se puso en camino. A unos doscientos metros, entre

los árboles, se recortaba la silueta de una casa. Se apresuró en llegar a ella, ignorando el dolor de sus rodillas y de sus pies. Era un bar. Naturalmente estaba cerrado, pero en la fachada junto a la puerta aparecía el número veintiséis. El apartamento de la socia de Till se encontraba en el número dieciocho, si no le fallaba la memoria, así que no podía andar muy lejos. Se mordió el labio inferior, nerviosa. ¿Y si él no estaba en casa? ¿Y si sí se encontraba allí, pero la recibía de manera hostil? Tampoco sería muy sorprendente después de cómo habían acabado las cosas entre ellos, ¿no?

No.

Por muy negativa que fuera su opinión sobre ella, no la iba a dejar abandonada a su suerte. A fin de cuentas, era la mejor amiga de su cuñada y estaba sola y desamparada en medio de la noche en una ciudad desconocida... perseguida por animales furiosos...

«Venga, Tana, no seas tan melodramática», se reprendió. La situación no era muy agradable y había pasado algo de miedo, pero tampoco era para tanto.

Con multitud de ideas bullendo en su cabeza, avanzó unos trescientos metros. Le dolían los pies y tenía que ir al baño con urgencia, pero apretó los dientes, resuelta. La zona que estaba atravesando ahora parecía bastante más civilizada. Dejó atrás un par de construcciones después de comprobar los números de las casas. Pasó por delante del veintidós y del veinte. A la izquierda había dos coches aparcados junto a la acera, y a la derecha, una gasolinera cerrada y oscura. Siguió avanzando con la premonitoria sensación de encontrarse cerca de su objetivo. En efecto, frente a ella, rodeada de árboles, había una pequeña edificación de tres plantas. Apretó el paso y en unos segundos se hallaba frente a la puerta. Sobre ella aparecía el número dieciocho. Suspiró, aliviada.

Lo que no tenía muy claro era el piso. Entornó los ojos tratando de leer los nombres que aparecían junto a los timbres. Tenía seis opciones, pero en cuanto su mirada se posó sobre el único apellido español que había, supo cuál era la acertada. Inspiró profundamente antes de alargar la mano y acercarla al botón de llamada.

«La suerte está echada», se dijo.

Pulsó el timbre con insistencia.

Capítulo Quince

El estridente sonido del timbre le despertó. En un primer momento no supo dónde se encontraba y pestañeó varias veces tratando de aclararse la vista. Estaba en el sofá. Se frotó los ojos, confuso. De nuevo el timbre de la puerta llegó hasta él. Miró el reloj que colgaba sobre el televisor; era pasada la medianoche. ¡Qué demonios! ¿Quién podía ser a aquella hora? Se incorporó con pesadez apartando el portátil a un lado; se había quedado dormido con él sobre las rodillas. El rostro de Tana le saludaba desde la pantalla.

Otro timbrazo.

—*Verdamnte Scheisse!* —murmuró.

Se encaminó a la puerta y pulsó el botón del portero automático.

—*Wer ist da?* —preguntó, enfadado.

—Till. —Se oyó una voz de mujer algo distorsionada por el altavoz. Frunció el ceño. Le resultaba familiar...

—*Ja?*

—Till, soy Tana. ¿Puedes abrirme?

Se quedó quieto con la mano suspendida en el aire cerca del botón de apertura.

¿Tana? ¿Tana? ¿La Tana de Eli? ¿Esa Tana?

Algo en su cerebro debía de haber cortocircuitado porque no tenía ningún sentido que ella estuviese allí y menos a esas horas.

—Perdona, Till, ¿me abres? —De nuevo su voz.

—*‘tschuldigung...* eh... sí...sí —murmuró, y pulsó el botón.

Abrió la puerta y la dejó entornada. Estaba tan estupefacto que se quedó allí de pie mirando el portero automático con la boca abierta. De pronto se acordó de algo. Se dio la vuelta con rapidez y de dos zancadas estaba junto al sofá. Cogió el portátil y lo cerró con violencia, haciendo

desaparecer la sonrisa pixelada de Tana. *Scheisse!* Luego se miró y comprobó que estaba vestido, al menos *casi* vestido. Llevaba puesto un pantalón gris corto de deporte... y nada más. Paseó la mirada con frenesí por el salón, y en silencio agradeció haberse deshecho de las pruebas de su «orgía para uno» antes de quedarse dormido.

Volvió a dirigirse a la entrada. Se pasó las manos por el pelo con nerviosismo y se ajustó la coleta. Carraspeó, tratando de mantener la compostura. Y entonces, la puerta se abrió lentamente y en el umbral apareció ella.

Tana.

Y estaba... preciosa... Su larga melena castaña le caía sobre los hombros con desaliño, y el vestido verde que llevaba le dejaba los brazos al descubierto y se ajustaba a todas y cada una de las curvas de su cuerpo. La recorrió ávidamente con la mirada de arriba abajo; y la sorpresa y admiración se tornaron en preocupación cuando se percató de sus rodillas sangrantes y de que iba descalza y tenía heridas en los pies.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con brusquedad, acercándose a ella, que se había quedado parada junto a la entrada y se mostraba vacilante. La cogió por el brazo con suavidad, cerró la puerta y la guio hasta el sofá.

—Perdona por irrumpir así en tu casa... —comenzó. Sonaba más insegura que de costumbre, para nada como solía ser ella.

—Sin problema —la interrumpió él, obligándola a sentarse—. ¿Qué ha pasado? —La miró desde arriba, tratando de encontrar otras heridas, otros golpes, aparte de los de sus rodillas y sus pies.

—Me he caído y se me ha roto un tacón, así que he tenido que andar descalza —dijo ella, mostrándole las sandalias que llevaba agarradas en la mano, que hasta el momento le habían pasado desapercibidas.

—Espera aquí.

Sin vacilación se dirigió al baño y, mientras buscaba algo para desinfectar las heridas en el armario de debajo del lavabo, evaluó la situación. ¿Se había caído? ¿Y había andado descalza por la calle a esas horas? Pero ¿qué demonios hacía allí? Y ¿por qué sabía su dirección? Finalmente encontró alcohol y algodón y regresó al salón con la cabeza llena de dudas.

Ella le miró brevemente antes de dejar vagar los ojos por la

habitación. Pero a él le bastó ese pequeño intervalo en el que sus miradas se cruzaron para saber que ella comenzaba a ganar algo de aplomo. La inseguridad que había mostrado nada más acceder al apartamento comenzaba a desaparecer.

—Déjame que te desinfecte esas heridas y me cuentas qué ha sucedido.

Tenía rasguños en ambas rodillas y un corte en el lateral del pie derecho. Se arrodilló frente a ella y empapó un algodón en alcohol. La escena le recordó tanto a aquella que habían protagonizado ambos la noche de la boda, cuando le puso las sandalias y aprovechó para acariciarle la pantorrilla, que tuvo que cerrar los ojos para recomponerse.

—He ido a cenar con un... amigo... —vaciló al pronunciar la palabra, y Till se dio cuenta con asombro de que sentía algo parecido a los celos. Apretó la mandíbula y comenzó a pasarle el algodón por las heridas—. ¡Ah! —jadeó ella al sentir el escozor.

—Perdona —masculló—. Trataré de ir con cuidado.

—Está bien... es solo que no lo esperaba... —hablaba entre dientes y una mueca había desfigurado su cara.

—Apenas son unos rasguños, no es muy grave.

—Lo sé, lo sé... —Hizo un gesto despectivo con la mano, quitándole importancia al asunto. Cada vez se parecía más a la Tana que él conocía—. El caso es que he ido a cenar con ese amigo y las cosas no han terminado muy allá. Algunos hombres no aceptan un no por respuesta... —suspiró—. En fin, que le he obligado a parar el coche para poder bajarme y me he dejado el bolso dentro...

—¿Y te ha dejado tirada a estas horas..., sola? —La indignación le embargó. Si hubiera tenido al tipo delante, le habría reventado la nariz de un puñetazo. ¡Cretino!

—Sí. Y como tenía tu dirección porque Eli se empeñó en dármela por si necesitaba algo, y he visto que estaba cerca de donde me encontraba... pues he decidido venir... —titubeó—. Ya sé que es tardísimo...

—No te preocupes, todavía no me había acostado.

Se hizo el silencio entre ambos. Till aprovechó para terminar de desinfectar los rasguños. Lo hizo de manera precisa sin entretenerse

demasiado en admirar esas piernas que no habían abandonado su imaginación en los últimos dos meses. Cuando acabó, levantó la mirada y la descubrió observándole.

—¿Qué haces en Düsseldorf? —le preguntó, a pesar de que ya lo sabía.

—He venido a la *Gallery*, una feria de moda. Vengo todos los años. Vuelvo mañana a España —continuó ella mirándose las rodillas con interés, ya limpias y curadas—. Llevo un par de días aquí y como hoy era la última noche pues había pensado salir a cenar para relajarme un poco, pero a veces las cosas... se complican.

—¿Dónde te ha dejado ese... *amigo* tuyo? —Le costó llamar «amigo» al tipejo.

—No muy lejos de aquí, la verdad. Hemos cenado en un restaurante de comida balcánica, y luego he tenido que venir andando desde un cruce donde hay un instituto.

—Ya sé dónde es. —Se enfureció. Solo de pensar que ella había tenido que caminar desde allí en plena noche le hacía hervir de rabia. No estaba muy lejos, apenas un kilómetro, pero no era la zona más adecuada para recorrer en la oscuridad. ¡Mierda! Podía haberle pasado cualquier cosa.

—¿Puedo usar tu baño? —preguntó ella, poniéndose de pie.

—Claro. Está en el dormitorio —contestó, señalando la puerta que conducía a su habitación.

La miró mientras se alejaba. Cojeaba y supuso que sería debido al corte del pie. Mientras iba a la cocina y tiraba los algodones manchados a la basura, meditó sobre qué hacer a continuación. Lo lógico sería llevarla a su hotel, pero el destino había decidido que eso no fuera posible: se había quedado sin gasolina en la furgoneta, apenas le quedaba algo de la reserva, y hasta las seis de la mañana la gasolinera estaba cerrada... Aunque también podía pedirle un taxi, ¿no?

La situación era la mar de extraña. Si se tenía en cuenta cómo había acabado su último encuentro, ambos estaban mostrando una insólita cortesía. Mejor así, decidió. Mucho mejor. No le apetecía discutir con ella. Estaba demasiado cansado para estar a la altura de su lengua viperina. Además, de una forma absurda e ilógica, se alegraba de verla. ¡Qué perversa casualidad!

Solo unas horas antes de que llamase a su puerta él había estado fantaseando con ella, utilizando sus fotos y sus recuerdos para masturbarse... ¡Increíble! Dejó escapar una risa suave y se acarició la barba distraídamente.

Un ruido a su espalda le hizo girarse. Tana se encontraba bajo el quicio de la puerta que conducía al dormitorio. Llevaba una toalla en la mano.

—He usado tu toalla. Espero que no te importe.

—Para nada. —Hizo un ademán vago con la mano—. Mira, Tana... eh... no puedo llevarte a tu hotel porque me quedé sin gasolina ayer y hasta las seis no abre la gasolinera de aquí abajo —comenzó titubeante—, pero te puedo llevar mañana por la mañana, sin problema... o puedo acompañarte en un taxi, ahora... —Esto último lo dijo con reticencia y por obligación. No tenía ningún deseo de que se marchase.

¡Qué disparate!

¡Qué necesidad!

Ella se le quedó mirando fijamente durante unos instantes. La indecisión se reflejaba con claridad en sus facciones. Parecía estar sopesando los pros y los contras.

—Till —dijo al cabo de un rato—. ¿Puedo hablar claramente contigo?

—¿No lo haces siempre? —preguntó con un deje irónico en la voz.

—Las cosas no terminaron muy bien entre nosotros la última vez que... nos vimos. La verdad... —vaciló—, creo que fui un tanto... borde. No es que mi opinión sobre ti haya cambiado —se apresuró a añadir con rapidez—, es solo que pienso que te debo una disculpa.

La contempló en silencio. Eso sí que no lo había esperado. ¿Tana disculpándose? Apoyó la cadera en la encimera y esperó. Tenía muchas ganas de escuchar el resto de su *disculpa-explicación-lo que fuese...*

—Los dos somos adultos y decidimos acostarnos... tampoco es tan... descabellado... —Se echó el pelo hacia atrás con energía. Pareció darse cuenta de que todavía llevaba la toalla en la mano y la dejó sobre el respaldo del sofá—. Si me comporté de esa forma a la mañana siguiente, fue por... por... —se interrumpió y comenzó a andar por el salón, tratando de mirar cualquier cosa menos a él—. Mira, llevo muchos años pensando lo peor de ti y de pronto te pones a tiro y decido que eres el polvazo del siglo —le soltó a

bocajarro, deteniéndose y mirándole—. ¿Qué dice eso de mí? —Sacudió la cabeza—. Sinceramente, una vez que se pasaron los efectos del alcohol, me avergoncé de haber pasado la noche contigo... y por eso reaccioné como lo hice.

Till apretó la mandíbula. No era muy halagüeño escuchar de labios de la mujer con la llevaba semanas fantaseando que se avergonzaba de haberse ido a la cama con él.

—Supongo que es tarde para arrepentirte...

—Yo no he dicho que me arrepienta —le cortó ella tajante—. He dicho que me avergoncé de lo que pasó porque no fui demasiado consecuente conmigo misma. En ningún momento he hablado de arrepentimientos.

«Vale. No se arrepiente», se dijo, más exultante de lo normal.

—La verdad..., estaba más enfadada conmigo que contigo... —suspiró—. No malinterpretes esto que estoy diciendo porque no significa que tú y yo seamos amigos ni ninguna chorrada por el estilo, pero tenía que dejar las cosas claras. Sé reconocer mis errores y asumirlos —terminó con firmeza, volviendo a echarse el pelo hacia atrás. Parecía ser un gesto habitual en ella.

Él guardó silencio. Era fascinante observar cómo esa persona menuda, que hacía unos minutos había aparecido en su puerta, insegura y vacilante, con tan solo un par de frases y ademanes se convertía en alguien cuya presencia dominaba toda la estancia, llena de seguridad y confianza en sí misma. Vibrante. Sí, esa era la palabra adecuada para describirla.

—Entonces, ¿tenemos una tregua? —preguntó al cabo de un rato. En ese instante no podía imaginarse desear nada tanto, como que ella contestase que sí. ¿Era imbécil? Seguramente.

—Si lo quieres llamar así... —Se encogió de hombros—. ¿Me prestas tu móvil?

Él hizo un gesto y señaló la mesa baja de madera donde se encontraba su teléfono. Ella rodeó el sofá y lo cogió. Sin volver a dirigirle ni una mirada más, marcó un número y esperó a que contestasen. Le había dado la espalda, y él, que no era idiota del todo, aprovechó para admirar la curva de sus caderas, enfundadas en ese increíble y sugerente vestido.

«Tregua... Suena bien...»

Se sorprendió al escucharla hablar en alemán —y en un alemán

impecable—. No tenía ni idea de con quién estaba hablando, pero suponía que debía de tratarse del tipo que la había dejado tirada en la carretera, porque su forma de dirigirse a él era bastante dura... Las comisuras de sus labios se elevaron imperceptiblemente. Era agradable no ser el objeto de esos latigazos verbales.

—¡Por Dios! —murmuró ella una vez acabada la conversación. Apagó el móvil y lo volvió a dejar encima de la mesa—. Ese Ingo es un memo. Después de dejarme abandonada a mi suerte se ha dado cuenta de que me había olvidado el bolso en su coche y se ha arrepentido y ha vuelto a buscarme..., dice... —resopló con sarcasmo—. Y al no encontrarme se ha ido a mi hotel. Allí está ahora mismo, el muy zoquete. Le he dicho que deje mi bolso en recepción y que ni se le ocurra esperarme. Que se vaya a su casa. ¡Qué exasperante! Y lo peor de todo es que tengo que seguir en contacto con él... ¡Mierda!

Till no creía que ella se estuviese dirigiendo a él, más bien aparentaba estar hablando consigo misma en voz alta. Aún a riesgo de que le respondiese que no se mezclara en sus asuntos, le preguntó:

—¿Y por qué tienes que seguir en contacto con ese tipejo? —Sabía que la última palabra había sonado despectiva, pero ¿de qué otra manera se iba a referir a un tío que dejaba a una mujer sola en medio de la carretera?

—Acabo de llegar a un acuerdo de colaboración con su empresa. Y él es el representante comercial —repuso, disgustada—. Así que no me queda otra. Y encima viene a Madrid el mes que viene. Vamos, que voy a tener que verle, sí o sí.

No le gustaba demasiado eso que estaba oyendo, que Tana tenía que volver a ver al cretino ese, aunque por otro lado, ¿quién era él para expresar su opinión al respecto? Le resultaba extraño, pero nunca antes se había sentido así, tan protector con una mujer. Debía de ser herencia de los Landvik.

—No sabía que hablabas alemán.

—La segunda mujer de mi padre era de Berlín. Fue la que me crio. Insistió en que me educase en un colegio alemán.

Después de eso se hizo el silencio. Ella seguía de pie en medio del salón; se había cruzado de brazos y recorría la habitación con los ojos. Till seguía todos sus movimientos con la mirada, y si no hubiera estado tan atento

a cada una de sus reacciones, no se habría percatado de que la expresión de su cara cambiaba. Se había quedado mirando una foto de su socia que colgaba de la pared; era un retrato en blanco y negro de Amaya, en el que aparecía riéndose, como de costumbre, con la mano derecha haciendo de visera para quitarse el sol de los ojos. Había salido guapísima.

Tana le miró. Se le había formado una pequeña arruguita vertical justo en el ceño y tenía los ojos entornados.

—¿Dónde voy a dormir yo? —preguntó.

Eso sí que no se lo esperaba...

Capítulo Dieciséis

Se dio la vuelta en la cama y ahuecó la almohada... por quinta vez. No podía dormir. Por supuesto que no podía dormir. A pesar de que Till había cambiado las sábanas, toda la habitación olía a él. Resopló, le pegó un puñetazo al colchón y se tumbó boca arriba.

Sin duda se había vuelto loca al proponerle quedarse a pasar la noche. Loca de atar.

Después de que le hubiese preguntado de sopetón que dónde iba a dormir ella, él se la había quedado mirando impasible, como si no hubiera entendido ni una sola palabra. Se había limitado a pestañear. ¡Qué irritante! Estuvo a punto de cambiar de opinión y de pedirle dinero para un taxi, pero entonces él había reaccionado y, sin apenas mediar palabra, sacó sábanas limpias y una toalla y se encargó de hacerle la cama. Ella había protestado. Podía dormir en el sofá perfectamente, le había dicho, pero él no le había hecho ni caso; y en menos de veinte minutos se encontraba sola en esa habitación, rodeada por todas sus cosas, mientras él dormía en el sofá a solo unos metros de distancia.

Volvió a girarse en la cama, tratando de buscar una postura más cómoda.

Se sentía rara. Dos meses tratando de olvidar esa noche que habían pasado juntos, y había sido poner un pie en ese apartamento y todas sus buenas intenciones se fueron al carajo. ¡Por favor! ¿Cómo era posible que él fuera... estuviese... tan atractivo? Lo de decir que era el polvazo del siglo no era ninguna exageración. No. ¡Joder! Cuando había entrado por la puerta y le había visto vestido solo con esos pantalones, con el torso descubierto y descalzo... había comenzado a hervirle la sangre.

Y cuando la había curado..., cogiéndole las piernas con esa delicadeza... ¡Oh, Dios mío! Solo de pensar en el tacto de esas manos se sentía febril. Apretó los muslos. ¡Esas... puñeteras... manos! Volvió a darse la vuelta y enterró la cara en la almohada. ¡Qué estúpida era!

¿Por qué narices se había quedado a dormir? Eso, ¿por qué? ¿No hubiese sido más fácil que él la hubiera acompañado al hotel y punto? Ahora estaría en su habitación, en su cama de dos metros por dos metros, tan tranquila... Pero su maldita impulsividad y algo parecido a los celos? al ver esa foto de la que ella pensaba que era su socia le habían llevado a abrir la boca... ¿Cuándo narices había estado ella celosa con anterioridad? ¡Jamás! Pero ese pinchazo que había sentido al imaginarlos juntos era la prueba inequívoca de esa enfermedad llamada *celos*... Entre esa mujer y Till había algo. Estaba segura. Era de cajón. Vivía en su apartamento y se iba a mudar a México con ella. Y a pesar de que Eli había comentado que solo eran amigos, ella no lo tenía tan claro.

«Con sinceridad, ¿qué narices te importa? ¿Acaso tienes algún derecho sobre él? No hay absolutamente nada entre vosotros. Un maldito polvo hace dos meses, eso es todo lo que hay. Y nada más».

Nada más. Y aun así...

Seguía pensando que se había comportado como un niño cobarde dejando tirados a sus hermanos cuando más lo necesitaban. Que era un irresponsable, un pusilánime y un necio..., pero de alguna manera, cuando miraba a ese hombre en el que se había convertido, tan diferente al joven que conoció —al menos físicamente—, cada vez le resultaba más difícil asociarle con la idea preconcebida que tenía de él. Había cambiado mucho. Tenía que reconocerlo. Muchísimo.

Y después de *la* noche, cada vez pensaba más en él como el *nuevo* Till y no como el *viejo* Till. Y el *nuevo* Till era... mucho Till.

¡Joder! ¿Cuántas veces podía salir su nombre en la misma frase sin que resultara redundante y repetitivo?

Se retorció en la cama, desvelada del todo. Las sábanas se le enredaron en las piernas y las apartó con violencia. Se incorporó y se sentó en el borde. Hacía calor, mucho calor. La ventana del dormitorio estaba abierta, pero no entraba ni una gota de aire. Además, tenía sed. Permaneció un rato allí sin moverse, escudriñando la oscuridad. Estaba a punto de levantarse y dirigirse al baño para beber agua cuando escuchó sus pasos en el salón a través de la puerta que había dejado entornada. Luego, una franja de luz se coló por la rendija.

Él también estaba despierto. Al parecer no era la única insomne de la

casa. Vaciló. Podía hacer dos cosas: ir al baño de puntillas, beber agua y regresar a la cama a dar vueltas como una boba... o salir al salón, beber agua en la cocina y encararse con él. Menudo dilema.

«Dilema ninguno», se dijo.

Se levantó, se acercó a la silla que había junto a la puerta y cogió la camiseta que él le había dado antes para que se la pusiera si quería. Se había decidido por lo contrario, pero ahora le iba a venir bien. Le estaba enorme, por supuesto. Casi le llegaba hasta las rodillas, como un vestido. Aspiró hondo, pero solo olía a detergente... Lástima...

Antes de poder cambiar de opinión, abrió la puerta y dio dos pasos. Él estaba sentado en el sofá y jugueteaba con el móvil, pero al oírla se dio la vuelta y la miró. Si su presencia le sorprendió, no lo demostró.

—Tengo sed —explicó ella.

—¿Quieres agua? —preguntó, incorporándose. La recorrió brevemente de arriba abajo con la mirada sin detenerse en ningún punto en particular de su cuerpo.

—Eh... sí, gracias.

Fue a la cocina y ella le siguió con los ojos. Seguía llevando los pantalones grises de deporte y nada más. No pudo evitar advertir la cicatriz que tenía en su espalda y se preguntó cómo se la habría hecho.

—Esa cicatriz que tienes ahí debajo del omóplato, ¿cómo te la hiciste?

«Bravo, Tana. Así, sin filtros...»

Él no respondió. Sacó una botella de agua del frigorífico y llenó un vaso. Luego se dio la vuelta y se acercó a ella. Se lo ofreció. Ella lo cogió y bebió un par de sorbos, mirándole mientras lo hacía.

—Con un anzuelo —respondió él al cabo de unos segundos.

—¿Un anzuelo? ¿En la espalda?

Él soltó una carcajada y unas mariposas enloquecidas realizaron un baile en su interior al escucharle reír. ¡Mierda! Tenía una risa algo ronca y sexi a más no poder.

—Cuando empecé a trabajar con mi tío no tenía mucha experiencia en barcos pesqueros. El segundo día me escurrí en cubierta y caí sobre unos aparejos. —Alargó la mano derecha, donde la otra cicatriz que le atravesaba

el dorso se distinguía claramente—. Esta también me la hice por ser torpe. Hay que ser hábil manejando el machete. Y yo acababa de dejar la Facultad de Medicina y nunca había destripado un bacalao...

Tana tragó saliva. No era una remilgada, pero la imagen de un pescado degollado no le cayó muy bien al estómago. Terminó de beberse el agua y se quedó allí parada con el vaso vacío en la mano, como una estúpida. Él seguía mirándola, esperando algo. Quizá esperaba que se marchase... Le tendió la mano y ella le miró confusa. ¿Qué quería? Frunció el ceño.

—El vaso —aclaró él al ver que ella no hacía nada.

—Oh... sí... toma... —Se lo dio.

—¿Quieres más agua? ¿Otra cosa? —le preguntó por encima del hombro camino de la cocina.

—No puedo dormir —le respondió.

Él dejó el vaso en la encimera y se dio la vuelta. Volvió a mirarla de aquella manera tan desconcertante.

—Yo tampoco.

—¿Te molesta si me quedo y hablamos?

Él dudó, pero finalmente le hizo un gesto con la mano, indicándole el sofá. Ella se acercó, alisó la sábana arrugada que había sobre el asiento y después se acomodó con las piernas encogidas debajo de ella. La lámpara de pie que había al lado del sofá era la única fuente de luz y la iluminaba directamente a ella, dejando la zona de la cocina, y por tanto a él, en penumbra.

—¿De qué quieres hablar? —Su voz sonaba impaciente.

—De ti.

—¿De mí? —La sorpresa se filtró en ese par de monosílabos.

—Sí. De ti y de algunas cosas que no termino de entender. De lo que... —dudó. Quizá él la mandara a la mierda—. De lo que pasó hace años.

Incluso a la distancia a la que se encontraba y en la semioscuridad se dio cuenta de que la postura de él cambiaba; se había puesto tenso.

—¿Qué quieres saber? —cedió con rudeza.

—¿Por qué te marchaste y dejaste solos a tus hermanos? —Quizá por

primera vez en años se lo planteaba sin verdadera acritud. Solo tenía interés.

—Ya lo sabes. ¿Cómo me dijiste la noche de la boda...? Ah, sí... Porque soy un cobarde y un niño irresponsable —dijo con sarcasmo.

Ella se mordió el labio inferior.

—Me he disculpado antes, ¿no? ¿No hemos hecho las paces?

Él dejó escapar un suspiro cansado. Esperó unos segundos antes de acercarse con lentitud. Se sentó en el otro extremo del sofá y apoyó la cabeza en el respaldo.

—No tengo justificación, Tana. Ni siquiera mi juventud puede disculpar lo que hice. Estaba muy... perdido... Me... avergonzaba... y por eso hui. —Su voz había descendido varias octavas convirtiéndose en un susurro.

Tana le observó algo sorprendida. No había esperado que él se sincerase de aquella manera con ella, que le mostrara lo que sentía; una inesperada sensación de empatía comenzó a tomar forma dentro de ella. Carraspeó tratando de alejar ese poco bienvenido sentimiento. No iba a ablandarse, decidió, pero en su fuero interno sabía que comenzaba a flaquear.

—Tu hermano Jan... —comenzó con suavidad—, se jugó la piel por ti... y Eli y Cas sufrieron mucho...

—¿Te crees que no lo sé? —la interrumpió él con violencia, llevándose las manos a la cara y cubriéndose los ojos con ellas—. ¿Te crees que no pienso en eso todos los putos días de mi vida? Tenías razón al decir que fui un cobarde. Y no solo eso... Quizá hui por cobardía, pero lo de mantenerme alejado durante tanto tiempo ha sido por la vergüenza que sentía. ¡Dios! —exclamó—. ¿Cómo narices iba a poder mirar a mis hermanos a la cara después de todo lo que habían hecho por mí? —Gimió—. ¿Cómo? No creía poder soportar que esas dos personas a las que siempre he admirado me mirasen con desprecio... —Hizo una pequeña pausa y se rio con amargura—. ¿Y sabes lo peor de todo? Cuando fui a la boda de Cas... lo único que recibí de ellos fue comprensión y cariño... ¡Joder! ¿Te lo puedes creer? ¡Comprensión y cariño!

Tana se había quedado sin palabras. Le miraba con la boca abierta, profundamente sorprendida.

—*Scheisse! Du hast keine Ahnung... keine Ahnung wie schwer es*

war... —murmuró, poniéndose de pie con brusquedad—. Me he pasado años echándome en cara todo lo que hice... y llegan ellos y... y ¡me perdonan...! ¡Así! —Chasqueó los dedos en el aire y clavó la mirada en la de ella. Se le habían oscurecido los ojos y respiraba con rapidez. La poblada barba ocultaba lo que quizá fuera una mueca angustiada—. No te necesito a ti llamándome cobarde cada dos por tres, ¿sabes? Ya me lo llamo yo todos los días delante del espejo. *Todos los días...*

Se alejó hacia la cocina y apoyó las manos sobre la encimera. Los músculos de su espalda estaban tensos y se marcaban más que de costumbre. Había dejado caer la cabeza hacia delante y un par de mechones de pelo se le habían escapado de la coleta y caían desordenados sobre sus hombros.

—No tienes ni la menor idea de lo que me ha costado mantenerme alejado de mi familia. Ellos eran... *son* todo para mí —dijo en voz apenas audible.

—Till... yo...

—No digas nada. —Se dio la vuelta—. Estoy a un segundo de perder la poca dignidad que todavía me queda delante de ti.

Tana guardó silencio. Sentía cómo se le estrechaba la garganta por momentos y tragó saliva con cierta dificultad. Estaba impresionada por el dolor que se filtraba en las palabras que él acababa de pronunciar. No lo había esperado.

—Voy al baño —masculló él de pronto. Pasó por su lado andando deprisa, como si lo que más desease en el mundo fuera perderla de vista.

Ella se había quedado paralizada. Clavó la mirada sobre la mesa de madera que tenía enfrente sin verla realmente. Por primera vez en años trató de ponerse en el pellejo de Till y de comprender cómo debía de haberse sentido él alejado de su familia. Ella no tenía muy buena relación con su padre, no tenía hermanos y sus madrastras se sucedían una tras otra, así que el término familia, en su caso, era algo vago y sin mucha sustancia. Para ella, Alba, Sandra y Eli, e incluso Poncho, eran más familia que sus propios parientes consanguíneos. Solo imaginarse tener que apartarlos de su vida y romper la relación que mantenía con ellos le parecía algo imposible... horrible. Cuando conoció a los hermanos Landvik, lo primero que le había llamado la atención era la increíble compenetración que había entre los tres. Y cuando Till desapareció del mapa, quedó más que claro que tanto Jan como

Cas le echaban mucho de menos..., pero al menos se habían tenido el uno al otro...

Till, por el contrario, no había tenido a nadie... Y eso parecía haberle afectado más de lo que ella había creído.

Se llevó la mano a la boca y se mordisqueó la yema del dedo índice. Nunca jamás había visto la situación desde la perspectiva de Till. El nombre del pequeño de los Landvik solo había despertado un profundo desprecio en ella. Solo se había puesto en el lugar de sus hermanos y de su amiga Eli, y no se había planteado nada más.

Hasta ese momento.

Un ruido a su espalda la hizo volverse. Él estaba de pie detrás del sofá. Se había arreglado la coleta y mostraba una expresión serena.

—Creo que será mejor que nos vayamos a dormir... —dijo.

¡No! Ella no quería irse a dormir. Quería seguir hablando con él.

—Quiero saber más.

Él resopló y meneó la cabeza con energía.

—¿Qué quieres? ¿Hacer leña del árbol caído?

Ella apretó los dientes y entornó los ojos.

—No. Quiero conocerte mejor.

Till rodeó el sofá y se dejó caer sobre él. La mímica de su rostro lo decía todo.

—¿Para qué? Creía que solo había sido un polvo para ti —repuso, sardónico.

Ella guardó silencio. No le sorprendía que él estuviese tan dolido. Había sido borde en extremo, cruel incluso. Lo sabía. Pero ya se había disculpado, ¿no? Bueno, había sido una disculpa a medias... algo tibia, reconoció. A fin de cuentas, siete años de rencor no se podían borrar de la noche a la mañana. Trató de encontrar una explicación coherente a su repentino interés por saber más de él. No la había.

—¿Qué quieres saber? —preguntó él al cabo de un rato. Sonaba agotado. Había cogido su móvil y miraba la pantalla, distraído.

—¿Por qué dejaste la carrera?

Levantó la vista y frunció el ceño.

—Porque no era lo que quería hacer en realidad. Me pasé cuatro años estudiando, pensando que eso era lo apropiado... una forma de enmendar mi error. Creí que así mi familia volvería a sentirse orgullosa de mí... —Bloqueó y desbloqueó el móvil repetidamente—. Fracasé.

Tana volvió a notar esa curiosa sensación de calidez en su interior que ya la había embargado antes. Till se abría ante ella de una forma que jamás hubiese podido imaginar... Estaba algo perpleja, por no decir muy abrumada.

—Antes de que lo preguntes..., me pasé tres años yendo a terapia para solucionar lo de mi adicción al juego. Y no he vuelto a apostar ni un euro. —Volteó la cabeza y la miró a los ojos—. Por si te interesa...

Le costó sostenerle la mirada. No le estaba resultando fácil mantenerse tan fría y calmada como de costumbre. Sus pupilas, al recibir la luz directa sobre ellas, se habían contraído, y el color turquesa de sus ojos parecía más claro. ¡Por Dios! ¡Qué ojos más impresionantes! Pestañeó un par de veces tratando de recuperar la compostura. ¿Qué era lo último que había dicho él? Ah, sí, que no había vuelto a apostar. Se aclaró la garganta y apartó la vista.

—¿Y cómo terminaste trabajando en un barco pesquero? —preguntó después de una pausa.

—A algún sitio tenía que ir. No me pareció mal empezar de cero en Noruega, con mi tío.

—¿Y ahora te vuelves a marchar? A empezar de cero en México...

—Sí. Tenías razón cuando dijiste que soy un inestable que no sabe qué hacer con su vida —repuso con ironía.

Tana puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua. Luego volvió a mirarle.

—¿Alguna vez vas a dejar de recordarme todo aquello que te dije?

—¿Acaso ya no piensas así? —Él alzó una ceja.

Ella se echó hacia atrás en el respaldo y arrugó la frente. Buscó una postura cómoda y terminó abrazándose las rodillas. Los ojos de él se clavaron en sus piernas desnudas con interés, algo que no le pasó desapercibido.

—Digamos que... empiezo a ver algunas cosas... desde otro punto de

vista...

Ahora sí que él arqueó ambas cejas y una sonrisa ladeada apareció en su boca.

—¡Increíble! Tana, la dura, la inflexible... cambiando de opinión y mostrando empatía... por mí... Si no lo veo no lo creo...

—¡No seas bobo! —le reprendió ella, pero sus palabras carecían del hielo y la animadversión de otras veces.

Él bajó la mirada y la posó sobre sus magulladas rodillas. La sonrisa desapareció de sus labios y una arruga vertical se mostró en su ceño. Cuando volvió a elevarla, tenía las aletas de la nariz dilatadas y había comenzado a respirar más deprisa.

El tiempo pareció detenerse y Tana notó cómo se le aceleraba el pulso. No era idiota y sabía lo que estaba sucediendo. Aun así decidió hacerse la ingenua.

—¿Qué piensas? —preguntó a media voz.

Él no respondió de inmediato, pero se acercó más a ella, no en exceso aunque sí lo suficiente para invadir su espacio. Su rodilla desnuda le rozó la cadera.

—En que me apetece besarte —musitó con voz ronca.

Capítulo Diecisiete

—Pues hazlo —dijo ella. Y trató de no impacientarse cuando él no actuó de inmediato—. ¿A qué esperas? —preguntó en un jadeo.

Till seguía ahí, quieto, su boca a meros centímetros de la suya. La contemplaba con intensidad y tenía la respiración agitada, pero no hacía nada. Parecía esperar algo.

Entrecerró los ojos, molesta.

—A veces es mejor no caer en la tentación y mantenerse firme —repuso él en voz baja. Su aliento cálido le bañó la mejilla.

—¿Qué contenido! —resopló acercándose más a él, de manera que sus labios le rozaron ligeramente los pelos de la barba. Él no se apartó, así que quizá sí que estaba dispuesto a caer en la tentación—. No te pega...

—¿Qué sabrás tú sobre mi contención? —susurró. Y su voz ronca hizo que se le pusiera la carne de gallina.

—Solo sé que es un mal momento para esgrimirla...

—¿Tú crees?

—No lo creo. Lo sé.

—Con mujeres como tú hay que tener mucho cuidado, ¿sabes?

—¿Mujeres como yo?

De pronto, comenzó a enfadarse. ¿A qué narices se refería? Frunciendo el ceño, trató de echarse hacia atrás, pero él no se lo consintió. Su mano enorme la agarró con firmeza por la nuca y volvió a situarla en el lugar que había tratado de abandonar: a un milímetro de su boca.

—Sí, mujeres como tú. Esas que consiguen que te vuelvas loco con una sola mirada... y no digamos ya con un beso...

A Tana se le encogió el estómago al escuchar aquello. Pero ya no pudo pensar en nada más porque él la besó.

¡Y cómo la besó!

Fue sentir aquellos labios contra los suyos y olvidado quedó cualquier resto de rencor que pudiera sentir por él. Mientras su barba le hacía cosquillas, la carnosidad de su boca la acariciaba y la humedad de su lengua competía con la de la suya propia, se dejó llevar por el beso y por lo que pudiese suceder a continuación. Esta vez era muy consciente de lo que estaba sucediendo entre ellos, sin alcohol, sin medias tintas, sin excusas.

—Me encanta besarte —murmuró él, apartándose apenas unos milímetros; y antes de que ella pudiese emitir siquiera un sonido, volvió a apoderarse de su boca, agarrándola todavía con más fuerza de la nuca y pegándola a él. Se había puesto de rodillas sobre el sofá y su enorme cuerpo la aplastaba contra el respaldo.

Tana alzó las manos y las enredó en su cabello sin demasiada delicadeza. Le deshizo la coleta y la melena rubia de él cayó sobre ambos mientras el beso se alargaba y se hacía más profundo. Le mordisqueó el labio inferior y sonrió al escuchar un gemido escapando de su boca.

—Te gusta esto, ¿verdad? —musitó él—. El saber que me tienes a tu merced...

Ella se apartó para poder mirarle a los ojos.

—Sí... y todavía no has visto nada...

Ahora fue él el que sonrió. Se incorporó respirando con esfuerzo, liberándola de su peso.

—Pues enseñámelo. —Su voz era provocadora. Se retiró el pelo de la cara y al hacer aquel gesto los músculos de su pecho y de su brazo se pusieron más de manifiesto.

Tana tragó saliva. Muy a su pesar estaba impresionada por su físico. Una cosa así no se veía todos los días: un gigante con el pelo largo y rubio, con esa barba descuidada, esos impresionantes ojos azules y ese cuerpo atlético... y ya ni hablar de la erección que pugnaba por ser liberada de la tela de sus pantalones. Se humedeció los labios adrede al clavar la mirada en ella.

—Joder... Tana... Me pones a cien —susurró él. Ella alzó la vista y se dio cuenta de que se le habían oscurecido los ojos por la excitación—. Mira cómo estoy. —Se señaló la entrepierna con la mano.

Ella misma estaba excitada, muy excitada. Podía sentir la humedad

extendiéndose entre sus muslos, pero muy en su línea de mujer dura, trató de imprimir firmeza a su voz cuando se dirigió a él.

—Siéntate —le dijo con apremio y, por si acaso él no la obedecía con la suficiente presteza, le empujó con suavidad poniéndole la mano en el pecho.

Sintió la dureza de esos pectorales debajo de la palma y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. ¡Dios! Su piel era cálida al tacto, apenas interrumpida por unos cuantos rizos de vello rubio. Hasta ese preciso momento había preferido a los hombres con el pecho depilado... hasta ese momento en que sintió aquel vello bajo los dedos y sus gustos cambiaron de repente.

Till no puso muchas pegas a dejarse empujar. Se dejó caer sobre el sofá y se apoyó en el respaldo. La miró con los ojos entrecerrados, expectante. Tana no perdió el tiempo. Se sentó a horcajadas sobre él y de inmediato le notó tensarse debajo de ella. Todo su cuerpo se endureció, no solo la parte más evidente que quedó justo entre sus piernas. Estuvo a punto de sonreír ufana, pero se contuvo. Tener a Till Landvik a su merced, como él mismo había dicho hacía unos minutos, la hacía sentir poderosa, y eso era algo que le agradaba... mucho.

—¿Prefieres encima? —dijo él, agarrándola por las caderas y restregándose contra ella.

La solidez de su erección y esos dedos hundiéndose en su carne consiguieron que su excitación aumentase hasta límites insospechados. Notó cómo se le endurecían los pezones y deseó poder librarse de la camiseta.

—Encima... debajo... —ronroneó—, lo que te quiero... es dentro... Landvik...

—No lo estropees llamándome así. —Había cierta hosquedad en su tono.

—Till —murmuró, inclinándose y rozándole los labios con la punta de la lengua—. Till, Till, Till... ¿Así está bien?

—Así está perfecto —gruñó, y antes de que pudiera reaccionar, agarró el bajo de su camiseta y se la quitó con algo de violencia reprimida, dejando sus pechos al descubierto como ella misma había deseado hacía solo unos segundos.

Ahogó la exclamación de placer que escapó de su boca al sentirse así de expuesta, pero no pudo evitar soltar un jadeo cuando él se inclinó y le atrapó el pezón derecho con los labios. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que él se saciase con sus senos. Y mientras sentía su boca, su lengua y sus dientes mordisqueándola con suavidad en esa zona que de repente se había tornado hipersensible, deseó que las barreras que conformaban sus bragas y sus pantalones desapareciesen, que no hubiera ningún obstáculo entre sus dos sexos.

Él se apartó y la miró. Sus manos casi le abarcaban la espalda en su totalidad. Lentamente, muy lentamente, y sin quitarle la vista de encima, sacó la punta de la lengua y con ella trazó un camino desde la parte superior de su estómago hasta su garganta.

Ella vibró.

—Me encanta tu sabor y tu olor. Es tan dulce...

—¡Qué romántico, Till! —se burló, pero en el fondo se sentía subyugada por lo que él hacía y decía. Pero antes muerta que reconocerlo en voz alta.

Él no replicó aunque un pequeño destello iracundo se mostró en sus ojos.

—Tienes razón, casi me olvido de que esto es un polvo y nada más. Las palabras sobran...

—Exacto —dijo entre dientes, extrañamente dolida por esa afirmación.

Él apartó la mirada y la fijó sobre sus pechos, duros, pesados y sensibles. La pegó más a su cuerpo y el roce de su vello contra sus pezones la hizo estremecer. Entonces enterró la cara en su cuello y la mordió sin demasiada fuerza justo en la parte sensible al lado de la clavícula, al tiempo que frotaba su rígido miembro contra su sexo. Tana gritó de placer, y el ardor que sentía entre las piernas se multiplicó por mil.

—Till, te quiero dentro de mí. No quiero más juegos... lo quiero ya —ordenó, agitada. La voz que salió de su garganta parecía no pertenecerle.

Él gruñó algo en un idioma que ella no entendió, quizá fuera en noruego. Después y, sin separarse de ella ni un milímetro, apartó una de sus manos de su espalda y la posicionó entre ambos. Antes de que ella hubiera

podido reaccionar, comenzó a tocarla donde más lo necesitaba, presionando ligeramente con más fuerza con sus nudillos sobre su clítoris. A pesar de llevar la ropa interior puesta, Tana pudo sentir esa caricia a la perfección y un gemido excitado emergió de su garganta.

—¿Lo quieres ya? ¿Ahora? —le susurró él al oído.

—¡Joder! ¡Sí!

Él apartó los dedos un segundo y ella protestó consternada, pero entonces sintió cómo él le retiraba las bragas a un lado y con una lentitud agónica introducía un dedo en su interior.

Gritó.

—Qué caliente estás...

Ella no respondió. Se restregó contra él y le tiró del pelo con fuerza, haciéndole levantar la cabeza. La miró con esos ojos turquesa velados por la misma excitación que ella estaba sintiendo, quemándola por dentro. Incapaz de resistirse acercó sus labios a los de él y le devoró con un beso intenso y profundo, al que él correspondió con ímpetu, imitando con su lengua los mismos movimientos que hacía con su dedo en las profundidades de su sexo. Jadearon uno en la boca del otro.

—¡Lo necesito ya! —farfulló ella sin poder resistir ni un segundo más toda esa fricción y ese calor que comenzaba a formarse en la parte baja de su vientre.

Él la levantó en el aire con un solo brazo y se bajó la cinturilla de los pantalones, dejando su pene pulsante al descubierto. Tana no pudo verlo, pero lo sintió deslizarse dentro de ella cuando él la hizo descender sobre él con lentitud. Y así, en un instante, se hundió hasta el fondo, llenándola por completo, mientras que con su mano seguía acariciándole el clítoris con suavidad.

—Oh... —No pudo decir nada más coherente.

—Sí, oh... —repitió él. Y se apartó para poder mirarla.

Ella apoyó las manos en sus hombros y le contempló unos segundos. Ambos tenían la respiración entrecortada y un viso de excitación en la cara. Le empujó hacia atrás, haciéndole reclinarsse contra el respaldo, y ese breve movimiento hizo que se hundiese todavía más en ella. Jadeó, sofocada.

—Muévete —ordenó él. Un mechón de pelo húmedo de sudor le caía

sobre la mejilla derecha enredándose con su barba. Y esa imagen a ella le pareció lo más sexi que había visto en su vida.

—Espera —susurró, prolongando la agonía de ambos.

—He dicho que te muevas —repitió él, y sin previo aviso levantó una mano y le pellizó un pezón con levedad.

Ella, que no lo había esperado, se tensó, haciendo que las paredes de su sexo se encogiesen también y apresando su miembro con fuerza.

—*Ich werde verrückt!* —masculló él, cerrando los ojos. La agarró con firmeza por la cintura y, clavándole los dedos en la suavidad de su talle, trató de que se moviese.

—No, no, no... —le regañó ella—. Déjame a mí.

—¡No me jodas, Tana! Me estás volviendo loco —dijo él, esta vez en español.

—Eso pretendo —susurró ella, dejándose caer hacia delante y besándole, al tiempo que empezaba a ondular las caderas de manera sensual.

—*Ach du Scheisse!* —gruñó él—. *Ja... ja...*

No le hubiese hecho falta entender alemán para saber lo que estaba diciendo. Esas palabras excitadas casi ininteligibles pertenecían al idioma universal. Exactamente igual se sentía ella, a punto de perder el control. En esa posición, cada vez que se echaba hacia delante, su clítoris recibía el impacto del hueso púbico de él, provocándole un enorme placer. Sabía que estaba a punto de llegar al clímax y sentía que Till también. Notaba su pene endureciéndose por momentos dentro de ella. Y la expresión de su cara era de puro deleite. Tenía la frente arrugada, los ojos entornados y expelía el aire de manera entrecortada, casi espasmódica, a través de sus labios fruncidos.

Una exultante languidez se esparció por su cuerpo al seguir adelante con sus rítmicos movimientos y comprobar lo que era capaz de despertar en él. La miraba fascinado y lleno de deseo y eso hacía que se sintiera poderosa y muy, muy mujer. Sabía que no iba a aguantar más de unos segundos; notaba la fuerza del orgasmo formándose en su interior y contrajo los músculos de su vagina a sabiendas de que eso le excitaría aún más.

—¡Me voy a correr! —gritó él.

—¡Joder! Pues córrete...

Y nada más decir eso le sintió tensarse y un gruñido le emergió del pecho. Ella se agarró a sus bíceps y echó la cabeza hacia atrás, dejándose llevar por la fuerza de los masculinos espasmos. Sintió un calor abrasador quemándola por dentro y la debilidad que precedía al orgasmo se apoderó de ella. No tardó en dejarse caer sobre su pecho, empapado en sudor, y se abandonó a las contracciones de su propio sexo que la sacudieron cuando alcanzó el éxtasis.

Apenas se dio cuenta de que él la besaba en el pelo, mientras ella murmuraba su nombre contra su piel.

* * *

Le costaba respirar, en parte debido al esfuerzo, en parte debido a la excitación que todavía no se había apagado del todo a pesar de que acababa de tener un orgasmo intenso. Bajó la vista y clavó los ojos sobre la cabeza de ella que descansaba sobre su agitado pecho. No se había movido desde hacía un par de minutos, desde que ambos habían llegado al clímax casi al unísono. Se inclinó y volvió a besarla en el pelo. Ella murmuró algo. ¿Su nombre, quizá? Lo había hecho antes. Lo había podido escuchar con claridad y una oleada de satisfacción se había expandido por su interior. No sabía muy bien por qué, pero que Tana susurrara su nombre en un momento así le parecía importante. Era insólito. Cuando se acostaba con otras mujeres le importaba un bledo lo que ellas dijeran al correrse.

En ese momento, Tana alzó la barbilla y ese par de ojos oscuros y enormes se posaron sobre los suyos. Por un breve lapso de tiempo, se quedó sin habla. Tenía la mirada velada, la piel de las mejillas enrojecida y los labios húmedos e hinchados. Tenía todo el aspecto de... mujer saciada. Estaba hermosa.

—¿Todo bien? —le preguntó al cabo de un rato de silencio en el que ella no le quitó la vista de encima. Se sintió como un majadero al preguntarle aquello, pero reconocía que su escrutinio le descolocaba. ¡Mierda! Con ella siempre se sentía como si anduviese por terreno desconocido.

—Sí, claro —repuso ella con firmeza.

Y se incorporó, apoyando las manos sobre su pecho y dejando sus sensacionales senos al descubierto, también más sonrosados de lo habitual. Y ese gesto, sumado al movimiento que lo acompañó, provocaron que su miembro, que hasta el momento había permanecido en estado durmiente

dentro de ella, despertara reclamando la atención de ambos. Ella le miró sorprendida, y una mueca provocadora apareció en su cara. Él le regaló una sonrisa ladeada.

—¿Segundo asalto? —preguntó medio en broma.

—¿Estás seguro? —respondió ella con otra pregunta.

Till, sorprendentemente, hubo de reconocer que sí, que estaba seguro. No habían pasado ni diez minutos y ya comenzaba a sentir ese cosquilleo excitado extendiéndose por cada centímetro de su cuerpo. Solía tardar más en recuperarse, pero esa mujer...

—Muy seguro. —Al ver cómo la expresión de ella se tornaba en asombro, una carcajada ronca y profunda le brotó del pecho—. Pero esta vez en la cama.

—A sus órdenes —murmuró juguetona, inclinándose y besándole en los labios.

Le gustaba esa Tana. Esa Tana directa, relajada... traviesa... tan parecida a la Tana de la foto de Instagram...

Sí, le gustaba mucho.

—No te sueltes —le dijo al oído, y se puso de pie agarrándola con firmeza por la cintura. No fue fácil, pero consiguió no salirse de ella en el proceso. Ella ahogó una pequeña exclamación que se convirtió en risa al tiempo que se aferraba a él con brazos y piernas.

No pesaba nada. A pesar de su voluptuosidad no le supuso el mayor esfuerzo elevarla y trasladarla hasta el dormitorio. Todas las agujetas y el dolor que se le habían concentrado en la espalda y en los hombros después de haberse pasado el día acarreado muebles habían desaparecido como por encanto. Pegado a aquella deliciosa piel suave y cálida y con su pene enterrado dentro de su ardiente sexo, lo único que podía sentir era una profunda satisfacción.

Con mucho cuidado, para no romper el vínculo que los mantenía unidos, se arrodilló sobre la cama y fue inclinándose poco a poco hasta que la espalda de ella tocó el colchón, momento en el que ambos se relajaron. Ella desenroscó las piernas que hasta el momento había mantenido en torno a su talle y las apoyó con languidez sobre la cama, abriéndose para él. Y él, que no había apartado los ojos de su cara ni un instante, descansó su peso en parte

sobre ella en parte sobre sus antebrazos, que colocó a los lados de su cabeza.

—Ahora no te frenes... Till —susurró con voz entrecortada.

—Ni loco... Tana —contestó, y la besó mientras se preparaba para comenzar el segundo asalto.

Capítulo Dieciocho

Eran las seis de la mañana y apenas había dormido un par de horas, no obstante no estaba cansado. Por el contrario, sentía una vitalidad inusual para haber pasado la noche en vela. Giró la cabeza en la almohada y su mirada se posó sobre la mujer responsable de su insomnio. Estaba dormida. Se dedicó a contemplarla largo y tendido mientras los tenues rayos de sol penetraban a través de las cortinas. Era como un jeroglífico incomprensible e indescifrable. Igual le atacaba con ferocidad y aparentaba odiarle, que se entregaba a él con pasión y desenfreno. En reposo, como en ese instante, parecía tan dulce y tan tierna..., pero él sabía la fuerza que se escondía tras esas suaves facciones. ¿Inocente? ¿Frágil? Estuvo a punto de resoplar. Nada más lejos de la realidad.

Volvió a mirar el techo. ¿Y ahora qué?, se preguntó. Ya no había excusas. No había sido un calentón de una noche. No. Esa historia podía habérsela vendido a sí mismo después de la primera vez, pero ahora, ese «calentón de una noche» se había convertido en algo más.

«Al menos en un calentón de varias noches», se dijo con mordacidad.

Evitando mirarla de nuevo y tratando de no hacer ruido, abandonó la cama y se dirigió al baño. Cerró la puerta con cuidado y se miró al espejo. Tenía el pelo desaliñado y la barba también, y casi se le escapó un silbido al ver dos arañazos sobre su hombro derecho. ¡Joder! Esa mujer —de una forma u otra— siempre terminaba marcándole. Se palpó las pequeñas heridas con la mano y el recuerdo de cómo habían llegado allí le hizo cerrar los ojos y expeler el aire lentamente por la boca. Había sido durante el tercer asalto... ella sentada sobre él, de nuevo... justo en el momento de llegar al clímax se había agarrado con fuerza a sus hombros y...

Abrió los ojos y el espejo le mostró su pene erguido y pulsante... otra vez.

—*Scheisse!* —masculló, algo incrédulo. ¡Era demasiado!—. Esa mujer te ha convertido en un monstruo.

Ahogando una risa y las ganas de regresar a la cama, se apresuró a darse una ducha con agua un poco más fría de lo habitual, que consiguió calmar esos bajos instintos que su imagen despertaba en él. Se secó con rapidez y se recogió la melena en un moño descuidado sin preocuparse demasiado en desenredarse el pelo. Ya lo haría. De puntillas retornó al dormitorio. Ella seguía durmiendo en la misma posición. Sacó ropa interior y unos vaqueros de un cajón y se vistió. Luego se dirigió a la cocina para hacer café.

Se preguntó cómo lo tomaría ella, o si le gustaría o preferiría otra cosa. Tendría que bastarle, tampoco tenía nada más. Ni té ni zumo ni siquiera leche. En fin, tampoco había esperado visitas. Sacó pan de molde y metió unas rebanadas en la tostadora. Mientras esperaba a que el café y las tostadas se hiciesen, miró por la ventana. La gasolinera ya estaba abierta. Un par de coches se encontraban frente a los surtidores, repostando.

En cuanto Tana se levantara y desayunasen, echaría gasolina y la llevaría a su hotel. Luego volvería a casa y esperaría a los de la agencia de transportes, que tenían previsto llegar a media mañana. Con suerte, se llevarían todo antes de que anocheciese y él podría descansar. Al día siguiente le esperaba un viaje de casi veinticuatro horas entre vuelos, escalas y trayecto en coche hasta su destino final. Una sensación agri dulce le invadió al pensar en que iba a abandonarlo todo para establecerse tan lejos... tan lejos de su familia... de todo lo que conocía... de...

—Buenos días.

Se dio la vuelta, sobresaltado. Tana se encontraba a solo un par de metros de distancia. Llevaba puesta la misma camiseta negra que él le había prestado la noche anterior e iba descalza, por eso no la había oído acercarse. La miró de arriba abajo con cierta cautela. Recordaba muy bien cuál había sido su reacción aquel amanecer de hacía dos meses.

—Buenos días. ¿Café? No hay leche.

—Solo es perfecto.

Parecía relajada y él también se relajó y se centró en el café. Lo sirvió en dos tazas.

—He hecho tostadas. ¿Quieres una? ¿Con mantequilla y mermelada?
—le preguntó por encima del hombro.

—Sí.

Sacó el pan de la tostadora y lo puso en dos platos. Se sentía raro hablando de café y tostadas con ella, algo tan prosaico no terminaba de encajar con el tipo de «relación» que tenían.

—¿Tienes una goma del pelo? —La oyó preguntar.

—En el baño, en el primer cajón debajo del lavabo hay varias.

«¡Qué conversación más intrascendente! Como si fuésemos una pareja convencional...», pensó sarcástico.

Cogió las dos tazas y se dirigió con ellas hacia la mesa de comedor que separaba el salón de la cocina. Luego acercó los platos con las tostadas, la mantequilla y la mermelada, que sacó de la nevera. Se sentó y dio un largo sorbo a su café. Estaba fuerte y espeso y se deleitó con el sabor amargo que se pegaba a su paladar.

Ella regresó con el pelo recogido en un moño parecido al suyo. Se sentó frente a él y cogió su taza.

—No tiene azúcar —advirtió.

—Me gusta así. —Bebió un pequeño sorbo y soltó un suave suspiro—. Delicioso.

«Otra cosa más que tenemos en común. El café solo y fuerte. Vamos progresando», se dijo, sin quitarle la vista de encima. Estaba guapa a rabiar por las mañanas, incluso con los ojos algo hinchados por la falta de sueño... Sí, guapa de verdad.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —le preguntó pasados unos segundos de incómodo silencio.

—Esta tarde, a las cinco.

—¿En qué hotel estás?

—En el *Maritim*.

—Sé dónde está. —Una casi invisible sonrisa acudió a su boca. El hotel se hallaba a pocos kilómetros de allí. La gasolina de su depósito hubiese bastado—. Cuando terminemos de desayunar y te duches te llevo.

Ella, que había estado observando su tostada con interés, levantó la cabeza y le miró. Till maldijo en silencio su tono. Había sonado grosero, como si quisiera librarse de ella con rapidez.

—Claro —respondió con frialdad.

—Si te parece bien —añadió en voz baja, dejando la taza sobre la mesa.

Ella suavizó el gesto.

—Me parece bien —repuso en voz más cálida.

Después de eso no hubo más palabras. Ambos se limitaron a desayunar en silencio. Era como si supieran que el terreno sobre el que se encontraban era frágil en extremo, y cualquier comentario fuera de lugar lo resquebrajaría.

Till no pudo evitar mirarla a hurtadillas. Sin maquillaje y en pleno desaliño matutino, vestida con su camiseta, no era la misma mujer imponente que él conocía. Parecía más joven, más despreocupada... más relajada.

—¿Tienes algo con ella?

La pregunta le sacó de su ensimismamiento y la miró un tanto confuso. No tenía ni idea de a qué se refería, pero entonces se percató de que ella miraba el retrato de Amaya que colgaba de la pared con el ceño fruncido.

—¿Con Amaya? —preguntó lo evidente, tratando de ganar algo de tiempo. No sabía por qué, pero pensar que Tana pudiese estar celosa de su socia le hizo sentirse bien—. ¿Te importa?

—Realmente no —respondió alzando la barbilla. Se llevó la tostada a la boca y le dio un mordisco. Una pequeña chispa airada había aparecido en sus ojos.

«Estupendo... Juega a la indiferente si quieres, pero acabas de poner ciertas cartas sobre la mesa», pensó él con más satisfacción de la que tendría que haber sentido.

—Somos amigos —dijo al cabo de un rato de observarla en silencio. Era buena disimulando sus sentimientos, muy buena, pero no tanto...

Ella le lanzó una sonrisa que no alcanzó sus ojos. Luego, sin volver a dirigirle otra mirada, se puso de pie, y cogió su taza y su plato.

—Deja eso, ya me encargo yo. —Se levantó también—. Dúchate, si quieres. Hay un cepillo de dientes sin estrenar en el segundo cajón y dentro de la cabina hay gel y champú. Ropa... —se interrumpió, pensativo—, creo que hay algunas cosas de Amaya en...

—No necesito ropa —le cortó—. De aquí al hotel me puedo apañar con lo que traía ayer.

—Como quieras.

Ella había dejado su taza y su plato sobre la encimera y él hizo lo mismo. Apenas un metro los separaba, pero en los últimos segundos la distancia entre ellos parecía haber crecido más allá de la mera distancia física. Se dio la vuelta dispuesta a dirigirse al baño y él, en un impulso, la agarró con suavidad por la muñeca. Ella le miró con la sorpresa reflejada en sus facciones, no obstante no se desasíó. Descalza como estaba no le llegaba ni al hombro y se preguntó cómo era posible que una mujer tan aparentemente frágil pudiera ser tan fuerte y tan firme.

—Dime —dijo ella con menos acritud de la esperada.

—Tana... yo... —se detuvo ahí. La verdad era que no tenía ni idea de qué quería decirle. La había detenido en un tonto arrebato y ahora no sabía por qué.

Permanecieron así unos segundos, él sujetándola por la muñeca y mirándola perplejo, y ella observándole atenta, sin tratar de soltarse. Él podía sentir bajo las yemas de sus dedos cómo el pulso de ella se había acelerado. Bajó la mirada que había mantenido posada sobre sus ojos y, sin pretenderlo —o quizá sí—, la clavó sobre sus generosos senos. Sus pezones enhiestos se perfilaban a través de la tela de la fina camiseta. Una pequeña convulsión en su entrepierna fue la respuesta a esa más que erótica imagen.

—¿Sí? —volvió a insistirle ella. Ahora su voz sonaba algo estrangulada.

Él volvió a levantar la vista y sus ojos se detuvieron sobre sus labios, carnosos y húmedos... ¿acaso se los había lamido mientras él no miraba? Aspiró con fuerza. Su aroma le penetró en las fosas nasales y las aletas de su nariz se dilataron al darse cuenta de que ella olía a cama, a noche, a él... ¡Joder!

—Nada —dijo al final con rudeza y algo de pesar. La soltó con mucha lentitud sin apartar la mirada de su rostro, que pareció mostrar ¿decepción? al verse libre.

—Voy a ducharme —murmuró ella y giró sobre sus talones con rapidez. Iba frotándose la muñeca que él había mantenido sujeta.

Tardó en reaccionar. Siguió contemplando el vacío que había dejado su ausencia al menos un minuto. No fue hasta que escuchó el grifo del agua de la ducha corriendo que no salió de ese estúpido trance.

—*Blödmann!* —se recriminó—. ¿Qué demonios te pasa para actuar así con ella?

La noche de la boda, Jan y Cas le habían dicho que era mucha mujer para él. Lo había tomado medio en serio medio en broma. Bien, ahora estaba seguro de que iban muy pero que muy en serio. Y lo peor de todo era que, después de los tres asaltos de la noche anterior, él mismo comenzaba a pensar que tenían toda la razón. Tana era mucha mujer... Lo que todavía estaba por verse era si era mucha mujer a secas o mucha mujer para él. Jamás hubiese pensado que un miembro del sexo femenino pudiera hacerle flaquear de ningún modo, pero después de descubrir su predilección por el «masoquismo», soportando sus tiradas, de haber pasado los últimos dos meses pensando en ella más de lo que debería, y de haber echado los tres mejores polvos que podía recordar hacía unas horas... ya no tenía nada claro.

Y luego la escenita de hacía unos minutos...

«Till, eres un flojo», se dijo con desdén.

Meneando la cabeza, se dirigió al fregadero. Esperó unos minutos con la mirada perdida hasta que estuvo seguro de que ella había terminado de ducharse, para abrir el grifo y fregar los platos y las tazas. No siguió pensando en Tana, ni en lo ocurrido la noche anterior; se limitó a dejar la mente en blanco. Tenía una gran capacidad de abstracción. Quizá era cuestión de práctica, pero podía manejar sus pensamientos a su antojo —casi — siempre. Limpió la encimera y la cafetera y luego miró por la ventana. Cada vez había más movimiento en la calle. Padres llevando a sus hijos al colegio, mujeres mayores madrugadoras que acudían a hacer la compra en bicicleta, un anciano paseando a su perro y dos jóvenes haciendo *jogging*.

Echaba de menos salir a correr. Durante los años pasados en Noruega, debido a su duro trabajo, no había podido hacerlo con la frecuencia deseada. Y aunque algunas tardes después de volver a puerto se había puesto la ropa deportiva y había salido a patear el asfalto, el clima y el paisaje agreste de la zona no invitaban. Él era un corredor de playa, al menos eso era lo que le gustaba... En México iba a tener la oportunidad de retomar hábitos casi olvidados. Correr, surfear, bucear... Sí. Iba a volver a ser el Till Landvik de

antaño.

«O algo similar», se dijo con un toque sardónico.

Se apartó de la ventana y se dirigió al dormitorio. Levantó la mano y vaciló. Le resultaba tan ridículo llamar a la puerta, pero las normas de cortesía eran las normas de cortesía. Lo hizo.

—Pasa. —Se oyó la voz de ella.

Se había vuelto a poner el mismo vestido de la noche anterior, ese condenado vestido que se ajustaba a cada centímetro de su cuerpo y que no dejaba mucho a la imaginación.

—No tienes zapatos —constató él, apoyándose en el quicio de la puerta y mirándole los pies.

—No. Mis sandalias estás rotas. No puedo ponérmelas —respondió sin mirarle, mientras se cepillaba el pelo y se lo recogía en una coleta baja.

—Déjame que te busque algo. No puedes ir así. —Y sin dejar que ella replicase, se dirigió al armario, lo abrió y miró en la parte inferior. Amaya tenía varios pares de zapatos allí que no se había llevado. Sacó unas sandalias negras planas—. Toma —le dijo, incorporándose y alargándoselas con la mano.

Tana se quedó mirándolas con una mezcla de desagrado y vacilación. Al final, su pragmatismo pareció ganar la partida porque extendió la mano y las cogió. Se sentó en el borde de la cama y se las puso sin decir nada.

—¿Te quedan bien?

—Me están un poco grandes, pero servirán. Gracias. Cuando llegue al hotel mandaré un mensajero con ellas.

Él no respondió. Le miró las rodillas. No tenían muy mal aspecto.

—¿Quieres que vuelva a curarte los arañazos?

—No, no hace falta. Apenas me duelen. En nada habrán desaparecido. No son gran cosa.

—Pues cuando quieras nos vamos. Solo voy a coger una camiseta y las zapatillas y estoy listo.

—Te espero en el salón.

Till no la siguió con la mirada, como era su deseo, cuando pasó por su

lado y abandonó la habitación. Poco bueno podía salir de apreciar el vaivén de sus caderas o sus sinuosos andares. Se acercó a la cómoda, sacó una camiseta blanca de un cajón y se la puso, luego se calzó sus *Nike* sin molestarse en ajustarse los cordones y salió.

Estaba apoyada en la encimera de la cocina y miraba por la ventana, como había hecho él hacía unos minutos. Ahora sí que no pudo evitar recrearse en su figura, que destacaba todavía más al contraluz de los rayos de sol que entraban a través del cristal. ¡Mierda! Toda la sangre de su cuerpo huyó de sus venas y se dirigió hacia el mismo lugar a toda velocidad. Sus vaqueros se convirtieron en una prisión superpoblada. Se recolocó como pudo.

—Ya estoy —masculló.

Ella se dio la vuelta y le miró. Sus ojos se detuvieron apenas sobre el bulto que amenazaba hacer estallar la cremallera de los pantalones. Un lateral de su boca se elevó, pero no dijo nada. Él maldijo en todos los idiomas que conocía... mentalmente.

—Sí, lo veo —soltó ella con sorna.

Él se dio la vuelta y huyó de esos ojos en los que relucía la burla. Se dirigió a la puerta y cogió la cartera y las llaves del mueble de la entrada. No esperó a ver si ella le seguía, pero sabía que sí. Sus suaves pisadas y su ligero olor a gel llegaban hasta él perfectamente. Abandonaron el apartamento y, en silencio, atravesaron el pasillo hasta el ascensor. Ella iba un poco rezagada y él casi lo agradeció. No creía que pudiera soportar otra dosis de curvas de Tana sin abalanzarse sobre ella y pegarla contra su cuerpo.

Sí, así de débil era.

El trayecto hasta el parking fue breve. La furgoneta, una Volkswagen Multivan de color azul marino a la que había quitado los asientos para hacer la mudanza, los esperaba al fondo del pequeño garaje. Era de Amaya y, de momento, no pensaba venderla.

—Es grande. —Fue el único comentario que hizo Tana cuando él la guio hasta el vehículo.

—Es práctica —contestó, tomando asiento detrás del volante—. Ayer ayudé al hermano de Amaya con su mudanza y nos vino de perlas tener algo así.

—¿Es tuya? —le preguntó mientras se ajustaba el cinturón de seguridad.

—No —se rio—. Yo no tengo nada. Al menos nada material. Viviendo como vivo, siendo un poco apátrida, es más fácil así. —Mientras metía primera y arrancaba, la miró de reojo tratando de calibrar su reacción, pero ella se mantenía impertérrita.

Subieron la rampa y salieron a la soleada calle. No pasaban coches así que aprovechó para cruzar la calzada y parar frente a uno de los surtidores de gasolina. Apagó el motor.

—No tardo nada —dijo, y se bajó del vehículo.

Mientras repostaba se dedicó a observar lo poco que podía ver de su perfil a través de la ventanilla. Cuanto más la miraba más le gustaba. En cada gesto que ella hacía, además, descubría algo nuevo e interesante que le iba a resultar difícil de olvidar. Algo había ahí que sobrepasaba lo meramente sexual...

¡Joder! Agitó la cabeza y chasqueó la lengua, como si así pudiera hacer desaparecer ese último pensamiento de golpe. Al día siguiente iba a poner medio mundo de distancia entre ellos... era muy mala idea pensar en ella de esa forma...

Fue a la caja a pagar y volvió a la furgoneta. Ella no le miró cuando volvió a situarse frente al volante.

—Ya está —dijo.

Se incorporó a la circulación, que en esa zona era muy fluida, y se centró en la carretera. No necesitaba poner el GPS, el hotel donde ella se alojaba, el *Maritim Hotel*, estaba en Lohausen justo al lado del aeropuerto, apenas a seis kilómetros de allí.

—¿Cuándo te vas a México? —le preguntó ella de repente, rompiendo el silencio.

—Mañana.

—¡Oh! ¿Mañana? —Sonaba muy sorprendida y él se giró para mirarla. Tenía la vista clavada en el salpicadero.

—Sí —continuó—. Hoy viene la agencia de transportes a llevarse unas cosas que necesita Amaya y mañana a primera hora sale mi avión. Va a ser un viaje movidito. Casi veinticuatro horas viajando.

—¿Por qué a Baja?

Tardó en contestar. Adelantó a un pequeño utilitario que iba a velocidad de tortuga y volvió a situarse a la derecha después de hacerlo.

—¿Y por qué no? Echaba de menos el clima cálido y la playa, y cuando Amaya me propuso lo de la escuela me pareció una oportunidad de oro.

—Si es por el clima y la playa, ¿por qué no has vuelto a España?

Sintió sus ojos inquisitivos clavados sobre él. Vaciló. La pregunta tenía múltiples respuestas y ninguna demasiado sincera. En realidad solo había una única respuesta verdadera. La miró de reojo. Tal y como había sospechado, estaba muy pendiente de él.

—Por vergüenza —terminó por decir con cierta fatiga. No le producía ningún tipo de embarazo sincerarse con ella. Ya lo había hecho la noche anterior y su reacción no había sido tan terrible.

—Te entiendo —dijo pasados unos segundos—. Quizá yo haría lo mismo que tú... —titubeó—. De todas maneras tienes suerte de tener una familia tan maravillosa. No solo te han perdonado, sino que han decidido olvidarlo todo.

Till frunció los labios. Era cierto eso que decía. Muy cierto. Sin pensarlo demasiado decidió tantear el terreno. Con ella uno nunca sabía a lo que atenerse. Se arriesgó.

—Más de lo que has hecho tú.

La frase pareció caer como plomo, pesada y aplastante. Solo el ruido del motor y el de las llantas sobre el asfalto llenaron la silenciosa cabina después de esas palabras. Se retorció inquieto en el asiento. Ahí tenía su respuesta... La frágil superficie que sostenía su «relación» acababa de romperse.

—Dame tiempo —murmuró ella al cabo de una eternidad.

Él creyó haber oído mal, y estuvo a punto de pedirle que lo repitiera. ¿Dame tiempo, había dicho? ¿Tana le había pedido tiempo? ¿Para perdonarle? ¿Para olvidarlo todo? Una cálida sensación se le instaló muy adentro.

No obstante no pudo detenerse a analizar qué significaban ni sus palabras ni lo que estas le habían hecho sentir, el desvío hacia la *Maritim-*

Platz apareció ante sus ojos. Lo tomó. El hotel se encontraba a solo unos trescientos metros; estaba compuesto por dos edificaciones rectangulares de seis plantas, y lo que le faltaba en altura lo compensaba en anchura. Era uno de los hoteles más grandes de Düsseldorf y el favorito de los visitantes que acudían por negocios, dada su buena comunicación con el aeropuerto y el recinto ferial. Metió la furgoneta en el parking reservado para clientes y buscó un hueco con la mirada. Estaba lleno, pero al fondo, un deportivo rojo se marchaba. Se dirigió hacia allí y aparcó.

—Bueno. Ya está. Ya hemos llegado.

Ella le dirigió una mirada rápida y desconcertada, como si esas palabras tan obvias fuesen lo más estúpido del mundo.

Lo eran.

—Sí —respondió, quitándose el cinturón de seguridad—. Muchas gracias por dejarme pasar la noche en el apartamento y por traerme.

—No hay de qué. Era lo mínimo que podía hacer.

—Te deseo mucha suerte en tu proyecto —dijo, y luego añadió con formalidad—: Espero que te vaya bien.

—Gracias.

Ella se inclinó y agarró la manija de la puerta, dispuesta a abandonar el vehículo. Él hubiera deseado prolongar esa despedida estúpida, pero ¿cómo?

—Tana... —exclamó en el último segundo.

Ella se giró. Su expresión era impenetrable.

—¿La tregua sigue vigente? —preguntó lo primero que se le ocurrió. Inconscientemente, aferró el volante con demasiada fuerza.

—Sí —respondió escueta sin apartar la vista. Una pequeña luz que apareció en sus ojos le animó el semblante, pero no dijo nada más, y él se preguntó qué demonios le estaría pasando por la cabeza.

—Tengo algo para ti —dijo de pronto y ella frunció el ceño, confusa.

—¿Algo para mí?

—Algo tuyo, más bien —añadió, y se metió la mano en el bolsillo del pantalón. Sacó la cartera y la abrió. En el compartimento para las monedas encontró lo que estaba buscando—. Toma.

Ella tendió la mano y cogió lo que él le ofrecía.

—Oh... es mi pendiente... Creí que lo había perdido en la boda de Eli... —lo contempló unos instantes antes de levantar la vista. Una sonrisa deslumbrante le curvaba los labios.

A él le dio un vuelco el corazón al verla sonreír así. ¡Joder!

—Lo encontré en el suelo de mi habitación después de que te marchases... por la mañana... —dijo, aclarándose la garganta.

—Pues muchas gracias por devolvérmelo. Ha sido todo un detalle.

—De nada.

—Gracias otra vez por todo —añadió con rapidez y, sin titubeos ni vacilaciones, abrió la puerta—. Estamos... en contacto. —Le miró por encima del hombro mientras descendía del vehículo.

—Sí. Estamos en contacto —repitió él la estúpida frase hecha.

Entonces ella cerró la puerta y le hizo un gesto de despedida con la mano. Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada del hotel. Andaba despacio, cuidando de no tropezar con esas sandalias que no eran de su número. Aun así, desprendía elegancia y sensualidad. Se cruzó con un hombre trajeado que arrastraba una maleta tras de sí, que se giró para contemplarla con admiración.

«No me extraña que todas las cabezas se vuelvan a su paso. Es una mujer impresionante», se dijo Till.

Sabía que era una estupidez y que ya podía marcharse, pero se quedó esperando que ella llegara hasta la puerta del hotel y accediese al interior. Quizá justo antes de entrar se girase y volviera a mirarle para despedirse... Quizá.

—Seguro que no lo hace —masculló en voz alta.

Pero se quedó.

Si ella se giraba significaba... ¿qué significaba? ¡Nada! ¡Menuda gilipollez!

Diez metros hasta la entrada y ella no había hecho amago de darse la vuelta, claro que no.

Si no se giraba, entonces se sobreentendía que... eso... ¿qué?

Cinco metros y nada.

Una pareja cargada de maletas se interpuso en su línea visual y Till dejó escapar un exabrupto cargado de indignación. Pero el obstáculo desapareció y Tana volvió a aparecer. Estaba subiendo las escaleras que llevaban a la recepción.

Nada.

Till soltó el aire que había retenido en los pulmones como un necio y arrancó la furgoneta.

Y entonces sucedió.

Cayetana Martínez Soto se dio la vuelta y le miró durante un instante apenas. Luego accedió al hotel y desapareció de su vista.

«Tocado y hundido, Till Landvik».

Capítulo Diecinueve

Una semana, una semana había pasado ya desde su vuelta de Alemania y en lo único en lo que podía pensar era en él.

En la noche de los tres asaltos, como la denominaba mentalmente.

En cómo se había sincerado con ella.

Y en la estúpida despedida que habían protagonizado frente a la puerta de su hotel... Si hasta había notado cierta flojera en las piernas al alejarse de la furgoneta, muy consciente de que él la miraba. No había podido vencer el impulso de darse la vuelta en el último segundo para poder verle una última vez... una ultimísima vez.

Lo había hecho.

Y la fuerza de su mirada había conseguido que se le acelerase el pulso de forma absurda.

Era una imbécil.

¡Till Landvik, el niño, volviéndola loca! ¡No podía ser verdad!

Se incorporó en la cama y miró el reloj digital de su mesilla. Eran las once de la noche. Había decidido acostarse pronto, porque al día siguiente tenía que ir al aeropuerto muy temprano a recoger al representante de una marca italiana que venía a reunirse con ella por asuntos de negocios, pero llevaba más de una hora en la cama y le estaba resultando imposible conciliar el sueño. No con ese hombre rondándole por la cabeza.

Resopló exasperada y terminó por levantarse. Había dejado el aire acondicionado puesto antes de acostarse y la temperatura del piso había descendido varios grados. Se estremeció. En agosto, en Madrid, no había otra forma de sobrevivir. No se molestó en encender las luces, la iluminación que llegaba de la calle era más que suficiente para ahuyentar las sombras. Atravesó el amplio apartamento hasta que llegó a la cocina, que estaba al final de un largo corredor. Sacó una botella de zumo de naranja del frigorífico y se sirvió un poco en un vaso. Con él en la mano, se encaminó al salón. Se

dejó caer en el sofá y apoyó la cabeza en el respaldo.

Distraídamente se acarició el lóbulo de la oreja, donde su pendiente recuperado volvía a encontrarse. Sonrió al recordar cómo él lo había sacado de su cartera y se lo había dado. No quería darle más importancia al gesto de la que en verdad tenía, a fin de cuentas era solo su pendiente y él, por mera cortesía, se lo había devuelto, pero pensar que lo había llevado encima, en su cartera, durante dos meses, hacía que le asaltase un regocijo difícil de explicar.

¿Dónde estaría él en ese instante? Probablemente en la playa, subido a una tabla de surf, desafiando al mar. ¡Qué imagen! No tenía bastante con recordar las noches que habían pasado juntos... No. Al parecer su mente traidora también conseguía imaginarse cosas que no habían sucedido.

Cerró los ojos.

Le veía con un bañador ajustado y empapado por el agua salada... con el pelo recogido en un moño descuidado del que se escapaban mechones mojados... y la barba salpicada por multitud de gotas que amenazaban con deslizársele hasta el pecho, pero que permanecían allí suspendidas entre el vello... Y esos brazos y esa espalda musculosa en tensión mientras nadaba sobre su tabla para ir a encontrarse con la siguiente ola...

Sí... Menuda escena...

Exactamente así se lo imaginaba.

Abrió los ojos y, apretando los muslos con firmeza, contuvo el gemido que pugnaba por salir de su garganta. ¡Mierda! Ya había sucumbido hacía un par de días y se había masturbado pensando en él. Pero esa noche no, decidió. De ninguna manera.

Resuelta a distraerse, cogió la *tablet* que había dejado sobre la mesa y la encendió. Tenía un montón de notificaciones de sus redes sociales. Se entretuvo echándoles un vistazo. Contestó dos mensajes que le había enviado Sandra y otro de Poncho, proponiéndole tomar algo al día siguiente. Cotilleó un poco las redes de sus amigas, pero no encontró nada relevante. La vida seguía igual. Amplió una foto en la que aparecían Cas, Eli y Sira en la playa, y sonrió al verlos. Eran la familia perfecta.

En ese momento un suave pip la avisó de una nueva notificación entrante. Era una solicitud de amistad en Facebook. Abrió esa red social con

desgana y miró.

Pestañeó.

Varias veces.

Till Landvik acababa de enviarle una solicitud de amistad. *Ese Till Landvik.*

¿En serio?

Se quedó mirando la pantalla durante unos segundos. Podía hacer tres cosas: confirmar, eliminar o ignorar. Su dedo índice adquirió vida propia y antes de que hubiera podido pensar en nada, había pulsado *Confirmar*. Sobre la pantalla, debajo de su nombre, apareció la frase: *Ahora sois amigos (as)*.

«Amigos... ahora somos amigos... Irónico, teniendo en cuenta que nos hemos acostado varias veces...»

Su curiosidad pudo con ella, por supuesto. Ahuyentó de su mente el hecho de que si él acababa de pedirle amistad eso significaba que estaba en línea en ese mismo momento, y fue a su perfil.

Y la foto que se mostró hizo que se le desencajase la mandíbula, dejándola ojiplática.

—¡Maldito cabronazo! —masculló.

No era posible que *eso* fuera real. Y sin embargo ella sabía muy bien que lo era. Lo había tenido delante, encima, detrás... e incluso debajo... Era muy pero que muy real. ¿Cómo podía alguien estar tan bueno? Apretó los puños, mordiéndose las ganas de agrandar la foto. Ya a tamaño mini era apabullante. Si la ampliaba, con toda probabilidad tendría que ir a urgencias.

La imagen de él, esa que había conjurado hacía solo unos minutos, se materializaba ahora ante ella: un surfero musculoso, mojado, con bañador negro ajustado, pelo recogido en un moño descuidado, con la barba empapada y una sonrisa espectacular en unas facciones bañadas por el sol, donde destacaban unos ojos azul turquesa que quitaban el hipo...

—¡Mierda!

Arrojó la *tablet* sobre el sofá y cogió el vaso de zumo. Lo vació de un trago. De repente ya no sentía ningún frío a pesar del aire acondicionado. Tenía calor.

«Pero si no era tu tipo, guapa», le pareció escucharse a sí misma.

Estupideces.

Till Landvik era exactamente el tipo de cualquier mujer que tuviera de quince a ochenta años y que respirase.

Y para más inri, tenía que reconocer que después de la conversación que habían mantenido en Düsseldorf, a la atracción física que sentía, se sumaba también algo de afecto. Le había visto tan cambiado, tan arrepentido y triste, que incluso su cínico corazón había palpitado por él...

Al menos un latido o dos.

Volvió a coger la *tablet* y entró en su perfil para ver las últimas publicaciones. Llevaba solo cinco días en Baja y ya parecía haberse aclimatado al lugar como si hubiese nacido allí. Había varias fotos de lo que parecía ser la escuela, una pequeña edificación de una sola planta con tablas de surf apoyadas en la fachada y rodeada de palmeras. En alguna aparecía él solo delante del local, en otras, con su socia. Había también imágenes de ambos tomando mojitos, y otras en la playa.

Observó las fotos de manera desapasionada. Los dos eran altos y con pinta de deportistas. Ella era delgada y tenía el pelo largo y negro y la piel muy bronceada. Lucía una sonrisa preciosa y le abrazaba con una familiaridad aplastante. A él se le veía contento a su lado.

Sí. Hacían buena pareja.

Súbitamente, una burbuja de *messenger* apareció en la pantalla.

Era él.

¡Joder!

Por supuesto que era él.

* * *

Estaba sentado en la arena con la tabla de surf al lado y jugueteaba con el móvil, indeciso. Su última clase de la mañana había acabado hacía una media hora, pero se resistía a regresar a la escuela. Le encantaban esos momentos de tranquilidad en la playa, con el mar frente a él y el sol reflejándose en el agua. Era la hora de comer y no había mucha gente. En el agua se recortaban las siluetas de dos surfistas que desafiaban las olas como él mismo había hecho hacía un rato con sus alumnos.

El pueblecito donde se encontraba la escuela era hermoso y pacífico,

algo bohemio, ideal para relajarse y vivir con tranquilidad. No estaba tan orientado al turismo vacacional como otros pueblos cercanos y eso era de agradecer. Rodeado de playas hermosas y con un clima privilegiado parecido al de las Islas Canarias, era el lugar perfecto para empezar de nuevo.

La mirada de Till se posó sobre el hotel de aspecto colonial que se erguía sobre el lecho de rocas a su derecha. Coronado con un curioso cimborrio como el de una catedral parecía fuera de lugar en esa playa mexicana, pero de alguna manera eso proporcionaba todavía más encanto al lugar. La brisa le agitó el cabello que se había dejado suelto para que se le secase con más rapidez, y se lo apartó de la cara con un ademán enérgico.

Volvió a mirar el móvil. Llevaba un rato en Facebook, sin saber muy bien si hacerlo o no. Calculando la hora que sería en España. Sobre las once de la noche, dedujo. Tampoco era muy tarde. Además, si ella ya estaba acostada, siempre podía verlo al día siguiente cuando se levantase.

«¿Desde cuándo te has vuelto tan inseguro? Joder, eres Till Landvik. Jamás has vacilado a la hora de entrarle a una mujer...», se reprochó en silencio.

Pero Tana no era una mujer cualquiera. Eso también era evidente.

—El que no arriesga no gana —dijo en voz baja. Y antes de poder arrepentirse, le envió una solicitud de amistad. Todavía no había tenido tiempo de asimilar del todo lo que había hecho cuando llegó la notificación.

Tana M Soto acaba de aceptar tu solicitud de amistad. Ahora puedes ver lo que comparte con sus amigos.

Una suave y probablemente ridícula sonrisa curvó su boca. Así que ella estaba despierta y en línea. Era interesante imaginar que en ese mismo instante, al otro lado del mundo, había una persona pensando en él. No sabía con exactitud si bien o mal, pero que ella le tenía ahora mismo en la cabeza era seguro.

Y él a ella.

El caos de la última semana con la mudanza, el viaje y el acomodarse a esa nueva vida le había permitido no perder demasiado tiempo con ensoñaciones; había estado demasiado ocupado. Pero desde hacía dos días su situación se equilibraba y todo empezaba a encajar y, cada vez con más frecuencia, se descubría abstraído en ciertos recuerdos... muy agradables.

Las veces que se habían acostado habían sido fantásticas. Tana era una mujer de bandera y muy apasionada en la cama, una mujer a su medida. Pero los polvos se quedaban cortos por sí solos... Lo que le tenía agilipollado era todo lo demás. La verdadera causante de ese nuevo caos emocional había sido la última mirada que ella le había dirigido en la puerta del hotel. Tana no lo sabía, pero ese gesto había sido decisivo. Había despertado en él sus instintos más primarios.

Quería volver a sentir esos ojos enormes y oscuros mirándole de aquella manera. Así de simple.

Titubeó un par de segundos, pero desechó las dudas y tomó una decisión. ¿Por qué no?

Abrió la aplicación del *messenger* y la buscó. Tecleó con rapidez.

Hola Tana, cómo vas?

Era escueto y manido, pero por algo se empezaba, ¿no? Ella no contestó de inmediato y a él se le formó una arruga vertical entre las cejas mientras miraba la pantalla iluminada, expectante.

Bien, y tú?

Fue la respuesta. Breve y concisa.

Till sonrió de nuevo. Él había mostrado sus cartas y ella las veía, al parecer... Como en el póker, todo era cuestión de apostar... y arriesgar. Se tumbó sobre la arena con el móvil firmemente agarrado en la mano. La partida acababa de comenzar y le tocaba a él volver a jugar...

TERCER ENCUENTRO

Capítulo Veinte

«Si me dices, por ejemplo, que vendrás a las cuatro, yo seré feliz desde las tres».

Esa frase de *El Principito* llevaba días rondando por su cabeza. Era completamente cierta. En su caso cobraba sentido.

Todos los días hacia las ocho de la tarde se le despertaba un hormigueo en las manos y era incapaz de mantenerse quieta. Daba igual dónde estuviera, su inquietud se hacía evidente. Habitualmente se encontraba a solas en su despacho, en la *boutique*, por lo que su actitud pasaba desapercibida ante los ojos de los demás y su secreto seguía siendo un secreto.

Todos los días desde hacía un par de meses, casi siempre a la misma hora, recibía un mensaje de Till. Siempre el mismo.

Hola Tana, cómo vas?

Al que ella, sin variación, respondía:

Bien, y tú?

Esas dos estúpidas y manidas frases se habían convertido en algo íntimo entre ellos desde la noche que las emplearon por vez primera.

Tana miró la hora en la pantalla de su portátil. Eran las ocho y cuarto, por lo tanto en Baja era media mañana, la hora a la que él solía hacer una pausa para almorzar y para contactar con ella. Las mariposas que ejecutaban una danza desordenada en su vientre eran una prueba incuestionable de que el momento del mensaje diario se acercaba.

Había tratado de analizar con frialdad qué era lo que estaba sucediendo entre ellos, pero no había explicación posible. No estaba enamorada de él y lo sabía. Apenas si se habían visto dos veces —por muy intensos que sus encuentros hubieran sido—, sin embargo, lo que sentía iba más allá de una mera atracción física y eso también lo sabía. Sus conversaciones eran escuetas y nada profundas. Se limitaban a saludarse, a

contarse que estaban bien y poco más. No habían hablado de nada que hiciera suponer que alguno de los dos desease algo más... No obstante, algo estaba pasando.

El móvil vibró sobre la mesa de cristal y ella alargó la mano, ansiosa por cogerlo. En el último segundo, respiró hondo y se frenó. Con toda la lentitud del mundo, lo desbloqueó y, fingiendo indiferencia, leyó el mensaje.

Hola Tana, cómo vas?

Una involuntaria sonrisa se proyectó en sus labios mientras miraba tontamente aquellas cuatro palabras. Tecléo su respuesta con rapidez.

Bien, y tú?

Apenas dos segundos más tarde tenía la contestación.

Muy bien. Acabo de terminar una clase. Con ganas de que llegue mañana para no hacer nada. Es mi día libre. Y tú, tienes mucho trabajo?

Banalidades.

Sí. La semana que viene vamos a la feria de moda de Navarra y estamos muy liadas, preparándolo todo.

Siguió una pausa. A veces, tenía la impresión de que él meditaba qué preguntarle... como si no deseara exponerse demasiado.

Vas a volver a la costa a ver a Eli?

¿Una pregunta algo más personal? Quizá él pensase volver a España a visitar a sus hermanos... No pudo evitar que la excitación la embargase. Se llamó al orden en silencio. «No seas necia, Tana. Acaba de instalarse en México, ¿cómo va a volver ya?»

De momento no puedo, pero a lo mejor voy el mes que viene.

Esperó su respuesta, agitada.

Yo quizá vaya en Navidad.

—¿Navidad? ¿En tres meses? —exclamó en voz alta, irguiéndose en la silla. Hiperventilando a la de tres: uno, dos, tres—. ¿Tres meses? A ver... eso ya lo he dicho...

¿Qué planes tenía ella para Navidad ese año? Revisó su agenda mentalmente, pero solo la foto fija de un Till bronceado acudió a su cerebro. Cualquier otro plan se desvanecía y se desdibujaba al lado de esa imagen.

El móvil volvió a vibrar y sorprendida se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo. ¡Joder! Ese hombre conseguía ponerlo todo patas arriba.

Tengo que dejarte. Mi próxima clase está a punto de empezar.

Y ahora venía *la frase*.

Estamos en contacto.

Se le escapó una pequeña risa. Ese *Estamos en contacto* con el que él se despedía siempre podía significar cualquier cosa, pero en realidad era una forma encubierta de decir: mañana a la misma hora hablamos.

Y ella respondió:

Sí, estamos en contacto.

Luego dejó el móvil sobre la mesa y echó la silla de cuero hacia atrás. Se recostó contra el respaldo y alzó los brazos, pasándolos por detrás de su cabeza.

Ese Landvik la estaba matando...

Saber que ese espécimen de hombre pensaba en ella todos los días la estaba matando. Su vanidad como mujer crecía y aumentaba alcanzando límites insospechados. ¡Qué ganas tenía de volver a acostarse con él! No se retorció como una gata porque alguien llamó a la puerta del despacho con suavidad.

—Pasa —exclamó, irguiéndose con rapidez.

Martina accedió a la oficina.

—Tana, ¿no tendrás un tãmpax por ahí? Me he cambiado de bolso y no llevo ninguno.

—Pues sí. Siempre llevo —respondió cogiendo su bolso que había dejado en el otro extremo de la mesa. Buscó en el compartimento interior y sacó un tampón—. Toma.

—Muchas gracias, jefa —repuso la otra. Lo tomó y abandonó el despacho con presteza cerrando la puerta tras de sí.

Tana volvió a dejar el bolso en su sitio. Era su último tãmpax, tendría que reponerlo cuando llegase a casa. Nunca estaba de más llevar uno en el bolso...

Frunció el ceño de pronto. Un momento... ¿Cuándo había sido la última vez que había necesitado un tampón? El mes anterior... No. El mes anterior no... ¿o sí? Se frotó la sien derecha con excesiva fuerza, tratando de recordar la fecha exacta. ¿Hacía dos meses? Tampoco... Se puso de pie precipitadamente y cogió su *tablet*. Abrió la agenda y revisó los días, las semanas y los meses hacia atrás.

¡No podía ser!

¡Imposible!

Volvió a sentarse y se quedó mirando la pantalla, tratando de serenarse. Bien, vale, tenía un retraso de dos meses, pero las causas podían ser muchas y variadas. Quizá el estrés y la presión del trabajo eran los culpables. Sí. Eso tenía mucho sentido. Nunca antes le había pasado que se le atrasase el periodo de aquella manera, pero resultaba lógico. Además, tampoco había tenido relaciones sexuales con nadie en los últimos meses...

Exceptuando a Till.

«Con el que lo hiciste sin protección, como si no hubiera un mañana», resonó una voz sarcástica dentro de ella. Al menos la primera vez en el sofá había sido así, luego habían recuperado el sentido común y habían usado condones.

—Pero si llevo un siglo con la píldora y no he olvidado tomarla ni una sola vez. ¡Es del todo imposible! —dijo en voz alta, como si tratara de convencerse a sí misma.

Le vino a la cabeza el malestar que había sentido hacía unos días al despertarse. En ese momento pensó que había comido algo que no le había sentado muy bien. Había vomitado, incluso. Y si ese malestar... ¡No! ¿Náuseas matutinas? ¡No! ¡Era algo del todo absurdo e inverosímil!

Comenzó a agitarse. Se puso de pie y sacudió las manos en el aire mientras daba cortos paseos desde la mesa hasta la puerta y luego regresaba para volver a empezar. Notaba cómo el pulso se le disparaba por momentos. Estaba claro que no era posible, pero tenía que salir de dudas. Agarró el bolso y el móvil y se dirigió a la puerta con ímpetu.

Tenía que saberlo. Ya.

* * *

Seguía mirando el móvil como si en la pantalla hubiera aparecido algo

sumamente interesante cuando en realidad estaba apagada. Sus pensamientos se hallaban en otra parte, a diez mil kilómetros de distancia. En una mujer menuda y curvilínea con un carácter endiablado y un carisma fuera de lo normal. ¡Qué mujer! Qué ganas tenía de volver a sentirla entre sus brazos, de besar cada centímetro de su cuerpo, de acariciarla con abandono, de hundirse dentro de ella y de sentir las paredes de su sexo contrayéndose en torno a él... de agarrarla por las caderas con firmeza y derramarse en su interior mientras gritaba su nombre como un salvaje...

Gott!

Cerró los ojos y no pudo evitar llevarse la mano a la cara y frotarse con suavidad las marcas que se mostraban sobre su mejilla. Se había afeitado la barba y ahora los cuatro arañazos algo más claros destacaban sobre su moreno rostro.

—Tienes cara de imbécil.

La voz de Amaya desde la puerta le sobresaltó. Con una involuntaria exclamación avergonzada, se levantó del sofá y miró a su socia.

—Quizá porque soy un poco imbécil.

—Eso ya lo sabía, pero la barba te ayudaba a disimularlo. Sin ella, toda tu imbecilidad se muestra con claridad.

Till soltó una carcajada. Cogió un cojín floreado y se lo arrojó. Ella lo pilló al vuelo.

—¿Otra vez estabas hablando con esa chica? —inquirió, entrando en la pequeña habitación que habían habilitado como despacho en la parte trasera del local.

—Hablar... lo que se dice hablar... —Fue su respuesta. Lo cierto era que Tana y él no hablaban mucho, se limitaban a intercambiar frasecitas estúpidas y no muy trascendentales.

Amaya se quedó mirándole, como si esperase que siguiera desarrollando una explicación. Al ver que no lo hacía se acercó más y se encaró con él.

—Venga, vamos, di algo. Tienes cara de querer contármelo todo.

—No hay mucho que contar, la verdad. Ya sabes casi todo. —Se dejó caer de nuevo en el sofá. Ella se sentó a su lado con el cojín sobre el regazo.

—¿No ha pasado nada más? Lo digo por la sonrisa estúpida que muestras todos los días más o menos a la misma hora.

Till se acarició la barbilla con suavidad, pensativo. Se sentía extraño sin barba; había sido su fiel compañera durante muchos años y ahora la echaba de menos. Volvió la cabeza y miró a Amaya que le observaba con atención.

—No sé qué tiene esta chica... que me descoloca. Y eso que todas nuestras conversaciones son absurdas. Ella me pregunta por el trabajo, yo le pregunto por el trabajo... y nos despedimos.

—Pues para hablar solo de trabajo te noto muy contento. —Sonaba escéptica.

—Llámame gilipollas, pero saber que ella piensa en mí al mismo tiempo que yo pienso en ella... me resulta... no sé... —vaciló—, gratificante...

—¿Gratificante? Menuda palabreja —se rio ella—. Nunca te había visto así de tonto. Till Landvik, el terror de las mujeres, suspirando por una chica que se encuentra a miles de kilómetros de distancia con la que solo habla de trabajo. Sorprendida es poco.

Él guardó silencio. Así como lo expresaba Amaya parecía ridículo.

—Pues es una lástima que hayas decidido abrazar el celibato —continuó ella con la risa contenida—. La mayor parte de las chicas que se apuntan a las clases de surf lo hacen para ver si tienen una oportunidad de tirarse al profesor. ¿No te habías dado cuenta? ¿Tú crees de veras que todas esas turistas norteamericanas están aquí por amor a las olas?

Till se echó hacia atrás y ancló la mirada en el techo. Sabía que Amaya tenía razón. La cantidad de alumnas que acudían cuando era él el que daba la clase iba en aumento. Y muchas de ellas no estaban interesadas en aprender nada. Se comportaban como adolescentes tontas, riéndose todo el rato y reclamando su atención con excusas inverosímiles. Él las trataba de manera profesional, tratando de ignorar sus torpes intentos de seducción. Estaba acostumbrado a ese tipo de trato. No era en exceso presumido, pero tampoco era un ignorante y sabía que su físico atraía a las féminas, y en muchas ocasiones se había aprovechado de ello con anterioridad. A nadie le amargaba un dulce, ¿no? Y, sin embargo, desde que se había mudado a México no había sentido ni el más mínimo deseo de sucumbir a los encantos

de nadie. Pasaba demasiado tiempo pensando en Tana. Esa sí que era una mujer hecha y derecha.

—Nos estás arruinando el negocio, que lo sepas —bromeó Amaya riéndose—. Si fueras el golfo que siempre has sido, nos iría mejor. Y yo que pensé que asociarme contigo era una buena idea... —Chasqueó la lengua y meneó la cabeza con fingido pesar—. Y resulta que mi proyecto de gigoló se ha echado una novia y se ha vuelto formal. ¡Qué decepción!

Till se rio con ganas al tiempo que se ponía de pie.

—Así que eso es todo lo que ves en mí: un gigoló. Y yo que creía que te habías asociado conmigo por mi profesionalidad.

—Para nada, fue por tu cuerpo.

—Está claro que mi cuerpo es un plus —se mofó, señalándose los abdominales—. No soy Kelly Slater, pero no puedes negar que tengo algo de estilo sobre la tabla.

—Sigue soñando, campeón. —Ella se incorporó y le dio unas palmaditas en la espalda—. Por cierto, yo había venido para decirte que tus alumnos —mejor dicho, alumnas— te están esperando fuera. Y son tres chicas monísimas de la muerte —finalizó, haciendo un guiño exagerado.

Él puso los ojos en blanco.

—Ya voy. Cojo unas cosas y estoy con ellas.

Amaya abandonó el despacho con una risa flotando tras ella. Till se dirigió a la mesa, sonriendo también, y cogió su mochila. Metió el móvil en el compartimento interior y se dispuso a marcharse. Su socia tenía algo de razón en eso que había dicho, por más que lo hubiera hecho en tono jocoso. En cualquier otro momento de su vida, antes de Tana, se habría aprovechado de la situación y no habría dejado escapar la oportunidad de acostarse con alguna de esas chicas. Ellas buscaban una aventura y él era bueno en las aventuras, pero desde que Tana se había colado en su mente y en sus pensamientos... no le apetecía demasiado acostarse con otras, al menos no con una niñata estúpida. Quizá tuviera suerte y alguna de las alumnas fuese una mujer de bandera que le hiciera plantearse las cosas de otra manera y dejar de pensar que Tana había sido un polvazo impresionante.

Lo dudaba.

«En fin, a ver qué tal estas tres».

Capítulo Veintiuno

El sonido del timbre le hizo dar un respingo. Se levantó con precipitación del sofá y, casi corriendo, atravesó el largo pasillo camino de la entrada. Llevaba más de dos horas esperando impaciente a que llegara. Necesitaba hablar con alguien con desesperación. Antes de abrir contempló su reflejo en el espejo de cuerpo entero que había junto a la puerta. Tenía un aspecto impecable con su vestido color café y sus altos tacones. Ni un solo pelo aparecía fuera de su sitio y su maquillaje seguía en óptimas condiciones. Nada delataba la tormenta de sentimientos que llevaba en su interior. Su fachada era perfecta, como siempre. Respiró hondo antes de agarrar el picaporte y abrir la puerta con lentitud.

—Hola —saludó con fingida tranquilidad.

—Hola —respondió él, accediendo al interior de la vivienda e inclinándose para darle un beso en la mejilla—. ¿Ha pasado algo? Por teléfono sonabas rara.

Tana suspiró. ¿Cómo no? Por más que hubiera intentado disimular, él la conocía demasiado bien.

—Ahora te cuento. Ven y tómate algo.

Atravesaron el corredor y se dirigieron al salón. Ella tomó asiento en el sofá sin ejercer de anfitriona ni ofrecerle nada de beber. Había estado tantas veces en su casa que sabía dónde estaba todo; si quería algo, que se ocupase él mismo.

—Voy a tomar un whisky, ¿quieres tú algo? —preguntó él.

—No me apetece nada. —Hizo un gesto vago con la mano.

—Voy a la cocina a buscar hielo.

Se marchó, dejándola sola, y ella cerró los ojos preguntándose si llamarle habría sido la decisión correcta. Por otro lado, tampoco tenía a nadie más con quién hablar. Al menos nadie más tan poco involucrado con los protagonistas de esa historia. Podía haber llamado a Sandra, pero estaba fuera

pasando unas semanas en Suiza. Con Alba tampoco podía contar, estaba demasiado liada con su prole, y con Eli... pues menos todavía. Su implicación era demasiado grande.

—Ya estoy. —Su voz, tranquila y profunda, le hizo abrir los ojos—. Y bien, ¿qué es eso tan importante que tienes que contarme que no podía esperar? —Se sentó a su lado en el sofá.

—Estoy embarazada.

Poncho, que había estado a punto de llevarse el vaso lleno de ambarino líquido a los labios, dejó la mano suspendida en el aire. Se la quedó mirando sin mostrar ningún tipo de reacción. Tana trató de escudriñar su rostro en busca de alguna pista en sus facciones, pero su cara era como un lienzo en blanco. Se recobró al fin y vació el vaso de un solo trago. Luego hizo una mueca y lo depositó sobre la mesa con un ligero golpe seco.

—Bien —dijo—. Bien. ¿Y eso? ¿Cómo es posible?

—¿Quieres que te explique lo de las abejas y las flores? ¿O eso lo tienes claro? —preguntó ella con su acostumbrado tono sarcástico.

—Joder, Tana. Me ha afectado a mí más que a ti...

—No es eso, es solo que he tenido dos días para hacerme a la idea.

Él se recostó contra el respaldo y volvió a mirarla con detenimiento, ahora sí que parecía preocupado.

—¿De veras estás bien?

—No sé cómo estoy, la verdad —murmuró—. Me enteré el miércoles de casualidad, y ayer tuve una cita con mi ginecólogo. Me hicieron un análisis de sangre y los resultados han sido positivos. Estoy todavía tratando de asimilarlo. Estoy de diez semanas.

—Me dejas... me dejas... —resopló—. No sé qué decir.

—Yo tampoco. Llevo dos días aturdida, tratando de tomar la decisión más adecuada. —Se frotó la frente y se incorporó en el asiento, acercándose a él, que la miraba con el ceño fruncido—. Ayer por la tarde llamé a una clínica abortiva y concerté una cita para la semana que viene.

Él no dijo nada, solo asintió.

—Mírame, Poncho, ¿tú me ves a mí como madre? Yo no tengo tiempo de ocuparme de un bebé, ni ganas —añadió con un suspiro—. Ya

sabes que no tengo mano con los niños. Imagina al pobrecito con una madre como yo. ¡Menudo desastre! Ni siquiera sabría qué hacer. Además, yo soy una mujer de carrera. Mi vida es mi trabajo. No puedo ocuparme de un niño.

Él seguía en silencio, observándola con gravedad. Ella se puso de pie y se retorció las manos con frustración.

—No puedo tener este niño, eso está claro —exclamó.

—Bien, si eso es lo que quieres...

—¡Claro que es lo que quiero! —alzó la voz, exaltada.

—Perfecto, pues...

—No lo entiendes —le interrumpió—. ¡No puedo tenerlo! Todo está mal. —Notó que la voz le salía entrecortada y aspiró hondo llevándose las manos a las mejillas, intentando conservar la compostura.

—Tana, ¿qué necesitas de mí? ¿Necesitas que te acompañe a la clínica? Cuenta con ello.

—No es eso —murmuró.

Su móvil, que estaba sobre la mesa, emitió un pitido suave, señal de que acababa de entrarle un mensaje. Sabía quién se lo enviaba. Lo sabía muy bien. Sin dirigirle apenas una mirada a la pantalla, lo cogió y lo silenció, volviendo a dejarlo en su sitio, al igual que había hecho el día anterior. No tenía la cabeza para hablar con *él*.

Ignorando a Poncho, que la observaba con los ojos entornados, se alejó hacia la ventana y miró a través del cristal. El tráfico era denso un viernes por la tarde. Era la hora en la que todo el mundo salía de trabajar y se marchaba a casa, bien para estar con la familia, bien para arreglarse y volver a salir a comerse la ciudad. Y ella... ella se encontraba sola en su enorme apartamento tratando de contarle a su mejor amigo lo que había planeado hacer con su vida. Y ni siquiera sabía si lo que había decidido era lo correcto o si se iba a arrepentir de ello en un futuro.

Desde que la prueba de embarazo le había mostrado las dos rayitas en el baño de la *boutique*, ya nada había sido igual. Como en trance había llamado a su ginecólogo, que la había recibido al día siguiente y le había confirmado la «buena noticia». Sin pensarlo demasiado había hablado con él para que le recomendara una clínica especializada en interrupción de embarazos. Y había concertado una cita.

No podía tener ese hijo.

Un hijo de Till Landvik.

—Tana —escuchó su voz al tiempo que sentía cómo él le apoyaba las manos sobre los hombros—. Sabes que voy a estar ahí. Si no quieres ese niño...

—No lo entiendes, Poncho.

—¿Qué es lo que no entiendo?

Entonces ella se dio la vuelta y alzó la barbilla, encarándose con él.

—Lo voy a tener.

* * *

Till dejó el móvil sobre la mesa y lo contempló un buen rato con la frente arrugada. Habían pasado veinte minutos y seguía sin contestar, al igual que había sucedido el día anterior. Dos días ya sin saber nada de ella. Y eso no le gustaba nada.

Nada.

No es que tuviera ninguna obligación para con él, desde luego, pero en los últimos dos meses no había fallado ni una sola vez. Se había establecido una especie de acuerdo silencioso entre ambos y, si bien era él el que iniciaba la conversación, ella, hasta el miércoles, había respondido siempre.

¿No había comentado algo de una feria de moda en Navarra? Sí, debía de ser eso; el trabajo la tendría muy agobiada. Ni siquiera había subido nuevas fotos a Instagram y solía hacerlo casi todas las noches. Siempre publicaba algo que tuviese que ver con su *boutique*. Sí, seguramente estaba ocupada.

Y sin embargo, estaba casi convencido de que había otra cosa. Tenía un mal presentimiento, una intuición —masculina en su caso— que le decía que algo no marchaba bien.

«No te inventes películas. Entre tú y ella no hay nada, en realidad. Quizá se ha cansado del estúpido jueguecito que os traéis y punto. A fin de cuentas es algo bastante infantil».

Cabía esa posibilidad también. Que ella se hubiera hartado de los mensajitos sin consistencia todos los días a la misma hora.

—¿Estás ya? —La voz de Tony desde la parte delantera le trajo de vuelta.

—Sí, ya voy. —Se metió el móvil en el bolsillo de los vaqueros y abandonó la oficina con rapidez.

Tony, el nuevo instructor de surf y batería de un grupo de música heavy a tiempo parcial, además de actual lío de Amaya, le esperaba apoyado en la pared junto a la puerta. Amaya le miró inquisitivamente desde detrás del mostrador, al tiempo que le lanzaba una muda pregunta con los ojos.

—Nada —respondió, haciendo una mueca y fingiendo una indiferencia que no sentía.

—Llámala —sugirió.

—No estamos en ese punto. No nos llamamos ni nada por el estilo.

Amaya resopló y alzó la mirada al techo como si todo aquello le resultara ridículo.

—¿Cuántos años tenéis?

Tony los miraba alternativamente sin entender nada. No hacía mucho que había empezado a trabajar con ellos y, aunque era un tipo genial que a Till le recordaba muchísimo a su hermano Jan, no tenía la suficiente confianza con él como para hacerle ciertas confidencias.

—Amaya, ya sabes que Tana y yo tenemos *historia* —enfaticó la última palabra con las manos, marcando unas comillas con ellas—. Con ella uno nunca sabe muy bien a lo que atenerse. Además, tampoco es para tanto; no tenemos ningún tipo de relación ni de exclusividad. A lo mejor ha conocido a otra persona o yo qué sé...

—Eso deberías hacer tú. Salir con alguien. Esta noche deberías venirte a la fiesta de la playa. Va a ser genial.

—Iré —afirmó con seguridad—, pero solo si me prometes que van a ir mujeres y no solo adolescentes que se sonrojan cada vez que les dirijo la palabra.

—¡Pues claro! —intervino Tony—. Vienen los chicos de la banda y han invitado a unas cuantas *groupies* que nos siguen a todas partes. Ten por seguro que no son muy jóvenes. Es lo que tiene el metal, que nuestras seguidoras ya andan lejos de la edad del pavo.

—Doy fe —dijo Amaya—. Conozco a algunas de esas mujeres y son de tu edad, y de sonrojarse nada. Más bien harán que el sonrojado seas tú.

Till soltó una risa.

—Me habéis convencido —se dirigió a Tony—. Vamos a ver qué tal se te da hoy.

—A tus órdenes.

Tony agarró su tabla y Till le abrió la puerta y le cedió el paso. Se habían cogido un par de horas libres para cabalgar unas olas. El pronóstico del tiempo para ese día era ideal para hacer surf, el mar estaba algo embravecido, no apto para alumnos inexpertos. El viento soplaba *offshore*, en dirección al mar, por lo que la calidad de las olas iba a ser fantástica, y querían aprovecharlo.

Cerró la puerta tras de sí y cogió su propia tabla, que había dejado antes fuera sobre el *rack*; y mientras seguía a Tony, que ya cruzaba el paseo hacia la arena, agitó la cabeza, tratando de ahuyentar la imagen de Tana y el mal rollo que le producía pensar que quizá no volviese a saber de ella jamás, o al menos en mucho tiempo...

* * *

—¿Quién es el padre?

Habían pasado diez minutos y Poncho parecía haber aceptado, al menos casi asimilado, lo de su embarazo. Pero estaba claro que esa pregunta tenía que llegar, era del todo pertinente. Tana sentía reticencia a revelar la identidad del padre, pero tampoco tenía más opciones. Además, sabía que si ella se lo pedía, él guardaría el secreto. Se quedó mirándole en silencio y se preparó para una reacción desmedida.

—El niño —dijo en un hilo de voz.

—¿Cómo? No sé a quién te refieres.

—Sí lo sabes —resopló ella, volviendo al sofá y dejándose caer sobre él con pesadez.

—Espera un segundo. —Poncho alzó las manos como si así fuera a detener el exceso de información que ella acababa de proporcionarle—. El niño, el niño —repitió. La expresión que comenzó a tomar forma en su rostro fue hilarante—. ¿Me estás diciendo que el padre de tu hijo es Till? ¿Nuestro Till Landvik?

Ella no contestó. Se le quedó mirando de manera algo aséptica.

—Necesito otro whisky —dijo él, de pronto, llevándose las manos a la cabeza y alborotándose el cabello, cosa poco habitual. Tana nunca le había visto con un solo pelo fuera de lugar y, ahora, un mechón ondulado le cayó sobre la frente casi tapándole el ojo derecho.

—Sírvete.

Él se acercó a la mesa, cogió su vaso y con él en la mano volvió a desaparecer en dirección a la cocina. No tardó en regresar.

—No sabía que tenías una relación con Till —comentó ya más calmado, sentándose de nuevo a su lado.

—¿Relación? Yo no lo llamaría así. Nos hemos acostado un par de veces —respondió.

—Pero... ¿cuándo? Si solo os visteis en la boda de Eli y ya han pasado más de cuatro meses. No me cuadran las fechas.

—Estuve con él en Alemania.

Poncho se quedó callado. Bebió un trago.

—Vaya. —Fue lo único que acertó a decir. Volvió a beber.

Si la situación no hubiese sido tan grave, Tana habría roto a reír. La cara de él era todo un poema.

—A ver, te voy a contar cómo sucedió todo —suspiró.

Y le relató a grandes rasgos lo que había pasado entre ambos desde la noche de la boda. No entró en detalles, pero tampoco se dejó nada. Le habló incluso de los mensajes que habían intercambiado desde que él vivía en México. Poncho la escuchaba en silencio. Abandonó el vaso sobre la mesa y se giró para poder mirarla a la cara mientras hablaba. En ningún momento la juzgó o censuró, más bien al contrario, solo había comprensión en sus ojos.

—Si no me lo estuvieses contando tú misma no me creería ni una palabra —dijo cuando ella concluyó—. Te has pasado tanto tiempo echando pestes de él que lo último que me podía imaginar era que terminases sucumbiendo a sus encantos.

—No ha sido así exactamente —repuso con frialdad. No había sido ella la que se había rendido y se había dejado llevar por la fascinación del vikingo... ¿o sí? Frunció el ceño, desconcertada. Había sido Till el que había

claudicado, ¿no?

«¿Y qué narices importa eso ahora?», se reprendió con crudeza.

—Es igual —murmuró él, como si se hubiera percatado de lo que le rondaba a ella por la cabeza—. Lo importante ahora es ver qué le vas a decir, porque si quieres quedarte con el niño, él tendrá que saberlo, ¿no?

—Sí, sí. Ya lo he pensado. Y es por eso también que quería hablar contigo.

Él esperó a que ella siguiera hablando.

—Tú tienes contactos y necesito que me recomiendes un buen abogado. El mío no tiene mucha experiencia con casos de familia, está más orientado al derecho empresarial.

—¿Un abogado? —Su tono de voz sonó sorprendido.

Tana se levantó del sofá y volvió a alejarse hacia la ventana. Apoyó las palmas de las manos sobre el cristal y recibió con agrado el frío que este desprendía. Sus ojos se clavaron en los ojos de la desconocida que la miraba desde el reflejo. Parecían enormes y preocupados y brillaban con una mezcla de determinación e incertidumbre poco común en ella. Se había pasado las últimas veinticuatro horas sopesando los pros y los contras de su decisión y, a pesar de que pensaba que lo que iba a hacer era lo correcto, las cosas no terminaban de encajar del todo.

—Sí, un abogado —contestó al cabo de unos segundos con mucha determinación, más de la que sentía en realidad—. Necesito que redacte un documento en el que Till se comprometa a renunciar a la patria potestad de mi hijo.

Capítulo Veintidós

Tana se asomó al balcón y disfrutó de las impresionantes vistas al océano Pacífico. El hotel se encontraba sobre un pequeño acantilado de roca y parecía suspendido sobre el mar. Las fotos que había visto en internet habían conseguido robarle el aliento, y aunque no era el mejor hotel de la zona, había decidido alojarse allí por su singular aire mexicano tan lejos de lo meramente turístico de otros hoteles más modernos y más cosmopolitas. Además, la habitación que había reservado daba a la playa donde se encontraba la escuela de surf, una playa de arena blanca y fina, apartada del pueblo, algo salvaje y no masificada, gracias a Dios.

El sol comenzaba a ponerse en el horizonte, ofreciendo un espectáculo maravilloso. El cielo se iba tiñendo de naranja y dorado bañándolo todo en esas tonalidades. Precioso. Abajo, en la playa, las siluetas de un par de surfistas se recortaban contra el agua. Se preguntó si uno de ellos sería él. Quizá.

Había viajado casi veinticuatro horas para verle y hablar con él. Una locura, sí. Pero algunas cosas solo se podían decir a la cara.

Poncho no se había tomado demasiado bien sus intenciones y había tratado de disuadirla, pero finalmente había cedido y a regañadientes le había conseguido una cita con alguien que conocía, especializado en casos de familia. Una reunión que había sido decepcionante. Después de su visita al despacho de abogados, a Tana le habían quedado claras varias cosas. Al parecer, las características principales de la patria potestad eran tres: su irrenunciabilidad, su intransmisibilidad y su imprescriptibilidad. En situaciones normales, el poder paterno era intransferible y no se extinguía hasta que el hijo alcanzase la mayoría de edad o se emancipara. Solo un juez podía retirarle a un padre la patria potestad, pero para que eso sucediera tenía que haber ocurrido algo muy grave.

Y no era el caso.

Por lo tanto, el que Till renunciase a sus derechos y deberes era

inviabile.

La otra opción que había barajado era ocultarle que el hijo era suyo e inscribirlo en el Registro con sus apellidos, aduciendo que no sabía quién era el padre biológico. Sí, durante al menos veinte segundos, se había planteado hacer algo así.

Pero, lamentablemente, era demasiado honesta.

Se aferró con excesiva firmeza a la barandilla de hierro forjado algo oxidada por el efecto de la sal y la brisa marina, hasta que se hizo daño en las palmas de las manos. Cerró los ojos y permaneció así por espacio de unos minutos, ignorando la maravillosa luz que se derramaba a su alrededor y que lo convertía todo en oro líquido. No se sentía capaz de admirar el grandioso paisaje con justicia como hubiese hecho en otro momento y en otras circunstancias. Por primera vez en su vida se sentía pequeña e insegura, como si el peso del mundo entero hubiera recaído sobre sus hombros. Y esa era una emoción que no le gustaba en absoluto. La indefensión no iba con ella.

No era el hecho de estar embarazada lo que hacía que se sintiera así de frágil —palabra que odiaba— y algo asustada. No. Una vez que había tomado la decisión de quedarse con el bebé, lo había hecho con todas las consecuencias y segura al cien por cien de su determinación. Lo que hacía que se mostrara vacilante y nerviosa era el enfrentamiento que iba a tener con él. No le tenía miedo, por supuesto que no, pero odiaba la pérdida de control sobre una situación que debería haber sido solo suya. Que Till tuviese voz y voto en algo que ella consideraba muy privado le resultaba detestable.

Cayetana Martínez Soto era una mujer que podía con todo. Siempre había sido así y así seguiría siendo. No soportaba tener que depender de las decisiones de otros. En este caso de Till Landvik, el padre de su futuro hijo.

A pesar de que había —casi— aceptado que él tenía todos los derechos sobre ese hijo, eso no significaba que la situación le pareciera ideal. Till no tenía madera de padre. Era un hombre aventurero que no tenía el menor deseo de sentar la cabeza, como había manifestado una y otra vez en los últimos años, vagabundeando de un lado a otro sin una meta fija. No era precisamente el modelo de progenitor más adecuado.

«Tú tampoco eres lo que se dice la madre ideal», escuchó una voz en su interior, que acalló con rapidez.

Ella estaba dispuesta a renunciar a muchas cosas por ese niño. Ya lo

había decidido. Y punto.

«Sus hermanos son unos padres maravillosos», volvió a reclamar su atención la misma voz.

Apretó la barandilla con más fuerza todavía. Till no era Cas y desde luego no era Jan. Ya había demostrado con creces el tipo de hombre que era, pensó con amargura. Inconstante, inmaduro, infantil, cobarde...

«¡Basta ya, Tana!», se reprendió. «No pretendas hacerle responsable solo a él de lo que sucedió porque fuisteis los dos. Además, ¿acaso no le habías perdonado? O al menos empezado a comprender, y aceptado que había cambiado...»

Suspiró. Sí, la voz interna de su conciencia —esa que parecía más lógica y menos ofuscada— tenía razón.

—Serénate —dijo en voz alta.

Abrió los ojos al tiempo que aspiraba profundamente y sus fosas nasales se llenaban del salobre olor; luego expulsó el aire por la boca con lentitud. Repitió la operación varias veces hasta que el latido de su corazón, que se había alterado pensando en él, volvió a ralentizarse.

Los surfistas habían abandonado el agua y permanecían de pie en la orilla. Aparentaban ser dos hombres, pero estaban muy lejos y la puesta de sol creaba extrañas sombras que hacían imposible distinguir nada más allá de sus siluetas.

Tana se dio la vuelta y entró en la habitación. Estaba decorada al estilo mexicano, con los suelos de terracota cubiertos por jarapas de alegres colores, y las paredes pintadas en una bella tonalidad ocre. Los muebles eran de madera oscura y pesada y las lámparas de forja. Todo tenía un aspecto rústico y encantador, como había imaginado al ver las fotos.

Se dirigió al baño y se miró al espejo. Estaba un poco pálida y tenía ojeras, pero nada que un buen maquillaje no pudiera disimular. Se retocó con rapidez. No quería perder mucho tiempo. Sabía que la escuela estaba a punto de cerrar y deseaba enfrentarse a él cuanto antes. Una vocecita le aconsejó que descansara y que le encarase al día siguiente, pero su terquedad natural le hizo apretar la mandíbula y aplicarse más colorete. Se pasó las manos por el pelo y se estiró la blusa roja que combinaba con los pantalones vaqueros de diseño. Se miró el vientre. Estaba de doce semanas y no se notaba

absolutamente nada, aunque ella ya había comenzado a percibir pequeños cambios en su cuerpo. Tenía los senos más tirantes y sensibles y la piel más suave. Y por supuesto, también padecía esas asquerosas náuseas que, en su caso, no solo aparecían por las mañanas sino en cualquier momento del día.

Se giró y le echó un vistazo anhelante a la bañera encastrada en el suelo, decorada con bonitos azulejos floreados. Un baño. Eso era exactamente lo que necesitaba después de tantas horas de pie. El único descanso entre vuelo y vuelo había sido una escala de seis horas en México DF, pero se había quedado en la cafetería del aeropuerto en un asiento incómodo esperando a su siguiente vuelo, así que el descanso no había sido tal.

«Mañana», se dijo. «Mañana podrás pasarte el día entero en la bañera, si quieres».

Abandonó el baño, cogió su bolso que había dejado antes sobre la cama y se dirigió a la puerta. La abrió y salió al corredor, que daba a un bonito patio lleno de palmeras con una fuente de piedra en el centro. Una pareja se estaba haciendo fotos abajo, aprovechando los últimos rayos de luz vespertina. Cerró la puerta tras de sí con la enorme llave de hierro, tan poco habitual ya en hoteles más modernos, y se dispuso a marcharse.

Tana solía crecerse ante las dificultades, así que eso hizo. Alzó la barbilla y descendió a la planta baja con paso firme.

El momento de la verdad había llegado.

* * *

Se llevó la mano a la frente y la utilizó de visera. El corazón le dio un vuelco al ver aquella silueta de mujer en el balcón del primer piso del hotel. *Scheisse!* Por un instante había pensado que se trataba de Tana. Era menuda y tenía una figura curvilínea muy similar. Incluso un gesto que hizo apartándose el pelo de la cara le pareció tan característico de ella, que notó cómo se le ponía la carne de gallina. Entornó los ojos y trató de focalizar, pero la distancia era demasiado grande. Entonces ella abandonó el balcón y regresó al interior de la habitación, desapareciendo de su vista.

«Eres un idiota. Tana está en Madrid, viviendo su vida tranquilamente».

Se giró con brusquedad y con los labios apretados se acercó a Tony,

que estaba recogiendo sus cosas.

—Te quedas, ¿no? —le preguntó.

—Sí, claro. Voy a dejar esto y vuelvo.

—Pues vamos.

Él también recogió su tabla y su mochila. De nuevo iban a quedarse en la playa a tomar unas cuantas cervezas y a escuchar algo de música. Solían hacerlo cuando al día siguiente no tenían que madrugar.

De camino al local se cruzaron con los amigos de Tony y con unas chicas que llegaban en ese momento. Se saludaron con efusividad. Una de las mujeres, Susan, una californiana de largo cabello rubio y generosa delantera, se abrazó a Till y le plantó un beso en la boca al que él correspondió con relativo entusiasmo. Se habían enrollado un par de veces la última semana y ella parecía pensar que lo que tenían era algo exclusivo. Nada más lejos de la realidad.

—¿Vienes ahora? —le dijo al oído volviendo a depositar un beso en su cuello.

—Sí, vamos a dejar las cosas en la escuela y ahora nos acercamos.

Ella le sonrió de oreja a oreja y se alejó contoneándose. Él la siguió con la mirada, admirando el vaivén de sus caderas enfundadas en unos vaqueros diminutos. Susan no era una cría sonrojada, desde luego. Era una mujer de veintiocho años que sabía muy bien lo que quería. Desde el primer momento había sido muy clara. Quería al guapo instructor de surf en su cama, al menos durante el tiempo que durasen sus vacaciones en Baja.

Y eso había tenido.

Till, después de no saber nada de Tana en más de una semana, y de que todos sus intentos de contactar con ella hubieran sido ignorados, con una indiferencia producto de un curioso despecho, arrojó la toalla y se dirigió hacia pastos más verdes. Pastos que tenían un nombre propio: Susan.

No obstante, ahora, mientras contemplaba cómo la guapa californiana tomaba asiento en la arena junto a sus amigas y los chicos de la banda, y sacaban unas cuantas bebidas de las neveras portátiles, su mirada volvió a posarse sobre el balcón del hotel, donde había visto a esa mujer tan parecida a Tana. Habían pasado ya quince días desde la última vez que habían tenido contacto, en los que él había seguido adelante con su vida y había tratado de

no desperdiciar más de un segundo pensando en ella. Y sin embargo... de vez en cuando... no podía evitar cerrar los ojos y recordarla con... ¿nostalgia?

Gilipolleces.

Sacudiendo la cabeza, se alejó de la playa y siguió a Tony hasta la escuela. Dejó la tabla en el exterior, apoyada en la pared, y accedió al interior del local. Amaya, que andaba detrás del mostrador, le saludó con la mano.

—¿Te quedas hoy?

—Sí, me quedo —respondió, arrojando la mochila sobre el mueble donde guardaban los neoprenos de alquiler. Al día siguiente no tenía clase hasta las doce por lo que podía trasnochar sin preocuparse.

—Yo me voy ya —añadió ella, acercándose a Tony y dándole una palmada en el trasero—. Cerrad vosotros.

—Sí, señora —repuso este riéndose.

Till los observó con satisfacción. Su relación, aunque en pañales, parecía ir viento en popa, de lo que se alegraba enormemente. Amaya era una mujer fantástica, a la que tenía muchísimo afecto, y Tony, a pesar de que solo le conocía de hacía unas semanas, tenía toda la pinta de ser un buen tipo, el hombre ideal para ella.

—Voy a quitarme el neopreno y a enjuagarlo. Usa tú el baño de hombres y yo lo hago en el de mujeres —le dijo una vez que su socia hubo abandonado el local.

—Perfecto.

Se encerró en el pequeño baño que había en la parte de atrás y se quitó el traje, luego lo aclaró con abundante agua en la ducha y lo volvió del revés antes de colgarlo en la barra que habían colocado a propósito para ello. Él mismo se dio un agua para quitarse los restos de sal que tenía adheridos a la piel y al pelo. Se puso un bañador y no se molestó en secarse el cabello, en breve y con la brisa que corría junto al mar, se secaría solo.

Tony le estaba esperando, ojeando una revista.

—Sí que eres rápido —dijo al verle.

—Hombre, yo no tengo esa mata de pelo sedoso que tienes tú —respondió al tiempo que se pasaba las manos por la cabeza, afeitada a lo Bruce Willis.

—Envidia pura y dura.

Tony emitió una risotada, potente y genuina, dejando al descubierto una dentadura blanca perfecta, como solo la tenían los norteamericanos. Era un hombre de fácil trato y, a pesar de su rudo aspecto, agradable y cordial; además de ser muy responsable y puntual. Y eso, la educación germánica de Till lo agradecía.

Metieron las tablas dentro, cerraron la escuela y se encaminaron a la playa. Alguien había encendido una fogata, algo del todo imposible en las playas de los alrededores, estaba penado por la ley, pero allí los guardacostas eran bastante permisivos y dado que solían recogerlo todo y dejar la playa a una hora prudencial, hasta el momento no habían puesto pega alguna a esas reuniones esporádicas. Incluso se habían unido a ellos en alguna ocasión.

Till cogió al vuelo la lata de cerveza que le lanzó Travis, el guitarrista del grupo de Tony, y se sentó en la arena junto a Amaya.

—Mañana abres tú —le recordó.

—Sí, lo sé —contestó ella, dándole un trago a su cerveza.

Llevaba un pantalón corto de flores y la parte superior de un bikini amarillo. Estaba muy guapa, más que de costumbre. Aunque lo cierto era que últimamente siempre estaba hermosa.

—Tony te sienta bien.

—Sí —dijo al cabo de un rato, clavando los ojos en el aludido. Este, al darse cuenta de que ella le miraba, le regaló una amplia sonrisa desde el otro lado de la fogata donde estaba hablando con un par de chicas—. Y creo que yo también le siento bien a él.

—Eso no lo dudaba, socia.

—¿Y tú? ¿Qué tal con Susan? Te está devorando con los ojos ahora mismo.

—Si solo fuera con ellos —masculló entre dientes con ironía.

—¿Una fiera?

—Sí. Y de las salvajes.

Ella rio.

—Bien por ti, Landvik.

Su cara cambió por completo al escucharla refiriéndose a él de aquella manera.

—¿He dicho algo raro? —Le miró, intrigada.

No respondió de inmediato. Se llevó la lata de cerveza a los labios y le dio un largo trago.

—No, no has dicho nada raro —repuso, pero su voz ya no era tan jocosa como antes. Que el simple hecho de que alguien le llamara por su apellido fuese capaz de hacerle cambiar de humor le enfadaba. ¡Jodida Tana!

—¿Todavía le das vueltas a que ella no te haya contestado? —indagó Amaya acertando en el blanco.

—Que haga lo que le salga de las narices. Yo tengo mi vida y ella tiene la suya. —Se encogió de hombros—. Fue un *one-night stand*, bueno en realidad un *two-night stand* —se rio—. Y se acabó.

—Al menos tienes a quién te consuele —le susurró.

Till levantó la vista y sus ojos se posaron sobre el ombligo desnudo de Susan, que acababa de acercarse y se había plantado frente a él.

—Hola —dijo, arrodillándose en la arena entre sus piernas e invadiendo su espacio—. ¿Me das un trago? —señaló su cerveza.

—Tony me está llamando —oyó decir a Amaya—. Hasta ahora, chicos.

Till no se despidió. Tenía los ojos trabados en los de Susan, azules como los de él mismo, que brillaban de forma pícara. Le ofreció la lata y contempló cómo ella bebía. Bajó la mirada y la posó sobre sus más que generosos pechos, apenas cubiertos por un top blanco de tirantes. Sus pezones parecían a punto de atravesar el tejido de la camiseta. Y no era el frío el causante de esa reacción; la temperatura era ideal, incluso hacía calor allí al lado de la fogata. Con lentitud, la agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo, restregándose contra ella, que dejó la cerveza a un lado y se aferró a su cuello. Él se acercó, deteniéndose a meros milímetros de su boca. Estaba a punto de besarla cuando el aire trajo hasta él un olor conocido, el perfume de otra mujer...

Frunció el ceño. ¡Ahora hasta recordaba su perfume!

Verdammt Scheisse!

Casi con violencia capturó el labio inferior de Susan entre los suyos.

—Hola, Till.

La voz a su espalda hizo que se le helara la sangre en las venas.

¡Era su voz!

Capítulo Veintitrés

Tana no se iba a cortar un pelo, por supuesto que no. Le importaba un bledo que Till tuviese a esa mujer casi cabalgando sobre su regazo. Ella había llegado hasta allí para hablar con él y dejar las cosas claras. Pues eso iba a hacer.

Le había visto salir del local con otro hombre, que le recordó a Jan. Ambos iban vestidos con bañadores y camisetas. Tenía que reconocer que le habían temblado las piernas al encontrarse a escasos treinta metros de él. Gracias a Dios, no la había visto, y ella había podido recuperar su compostura antes de acercarse al animado grupo que se reunía en torno a una hoguera, cerca de la orilla. Habría unas veinte personas en animada charla. Un chico con pinta de *hipster* tocaba una guitarra y cantaba en voz baja. Todos estaban bronceados y vestían de manera informal, las mujeres con vestidos ligeros y bikinis, y los hombres con bañadores o vaqueros cortos. La escena parecía salida de una de esas películas americanas de adolescentes. Se sintió un tanto fuera de lugar; iba demasiado arreglada. Sus sandalias de tacón se hundieron en la arena, así que se agachó y se las quitó. La desventaja de su corta estatura hizo que suspirase, pero no iba a estropear unas *Michael Kors*.

Mientras se acercaba le descubrió sentado en la arena hablando con su socia —había visto suficientes fotos de ambos en internet como para no reconocerla—. Su imagen se le impregnó en las retinas sin poder evitarlo. Tenía el pelo suelto y húmedo; la camiseta blanca se le pegaba a la espalda producto de las gotas de agua que se le habían desprendido del cabello, y a la luz de las llamas el rubio parecía más oscuro. Notó que le sudaban las manos y se las frotó en los vaqueros. Su presencia era más apabullante de lo que recordaba. Cuando solo unos dos metros la separaban de él, una chica apareció de la nada. Tana apenas si advirtió que su socia desaparecía, ocupada como estaba inspeccionando a la recién llegada. Era más llamativa que Amaya, más rubia, más sensual y más de todo, con un aire a lo Pamela Anderson en su época de *Los vigilantes de la playa*. Explosiva era la palabra adecuada. No habían transcurrido ni diez segundos cuando *Pamela* se echaba

sobre él y ambos se fundían en un beso apasionado.

No pensó. Dio un paso al frente.

—Hola, Till —dijo con frialdad.

Durante un breve lapso de tiempo nada sucedió. Él ni siquiera se movió. La cabeza de la rubia se elevó y unos bonitos ojos azules la miraron con curiosidad.

Entonces todo ocurrió muy deprisa. Till se incorporó con tanta precipitación que estuvo a punto de tirar a la chica al suelo. Se dio la vuelta abruptamente. La expresión de su rostro era de estupefacción. Se quedó un rato en silencio recorriéndola con la mirada de arriba abajo, como si no pudiera creer lo que se mostraba ante sus ojos.

—Tana... —murmuró al fin.

Su voz, rasposa y ronca, llegó hasta sus oídos, penetró hasta el mismo centro neurálgico de su cerebro y terminó por alojarse en algún lugar cercano a su nuca, provocándole una más que agradable, pero también poco deseada sacudida en las entrañas.

Su propia debilidad la enfureció, pero trató de guardar las apariencias.

—Till —repitió con calma.

—¿Qué haces aquí? —Se acercó a ella, ignorando a la rubia que trataba de llamar su atención con un suave carraspeo.

—Tengo que hablar contigo —dijo sin más preámbulos, sin despegar la mirada de los desconcertados ojos color turquesa. Con sorpresa, se dio cuenta de que se había afeitado la barba, y su rostro moreno y atractivo de mandíbula cuadrada le recordó al Till de antaño, al jovial e inmaduro. Frunció el ceño.

—No entiendo nada. —Él sacudió la cabeza—. ¿Para qué has venido? ¿Tienes alguna feria o algún evento cerca de aquí?

—¿Podemos hablar unos minutos en privado? Intentaré no entretenerte demasiado —dijo con dureza, mirando a la rubia de reojo.

—Claro, claro. —Sin dilación, murmurando una disculpa apresurada en dirección a su acompañante, dio un paso al frente y la tomó por el brazo—. Acompáñame a la escuela. Allí podemos hablar sin que nadie nos moleste.

Tana se dejó guiar, muy consciente de la mirada asesina que le dirigía *Pamela* y de la cara sorprendida de la socia de Till, que también la seguía con los ojos desde el otro lado de la hoguera.

Mientras atravesaban la playa y accedían al camino de madera que llevaba al paseo, se mantuvieron en silencio. Se detuvo a calzarse las sandalias y él la esperó. Tenía que reconocer que se encontraba algo nerviosa y, aunque había ensayado la conversación veinte mil veces durante el viaje, su presencia y las poco habituales sensaciones que él provocaba en ella la desconcertaban. Se mordió el labio inferior con fuerza y apretó los puños al recordar cómo se había sentido al ver a esa mujer en su regazo. No había sido muy agradable, la verdad.

Le observó a hurtadillas. Avanzaba despacio, como si supiera que ella jamás podría alcanzarle con sus piernas mucho más cortas. Seguía mostrando un gesto desconcertado. Se giró y, durante un breve instante, sus miradas se cruzaron.

Tropezó.

Por supuesto que tropezó.

Él alargó el brazo y la agarró por la cintura. El calor de la palma de su mano traspasó la tela de su blusa y le abrasó la piel. Se sintió como una de esas reses marcadas con un hierro candente.

¡Mierda!

En cuanto se percató de que ella no necesitaba su apoyo, la soltó con rapidez, pero el daño ya estaba hecho. Llevaba su marca sobre el talle. Probablemente cuando se desnudase aquella noche y se mirase al espejo encontraría sus iniciales: TL, grabadas sobre su piel, pensó con sarcasmo.

—Es aquí —dijo él, deteniéndose frente a la pequeña edificación de una planta que ella ya había visto antes. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Luego se hizo a un lado para cederle el paso.

Tana no reparó demasiado en el interior del local, apenas si fue consciente de la gran cantidad de tablas de surf que había en las paredes sobre soportes. Él encendió la luz y le hizo un gesto para que le siguiese hacia la parte trasera. Una pequeña habitación habilitada como despacho los recibió.

—Siéntate. —Le señaló un sofá de color azul que había contra la

pared—. ¿Quieres beber algo? ¿Agua, un refresco, cerveza?

—Agua —respondió, tomando asiento.

Dejó vagar la mirada por la oficina. Además del sofá, había una mesa de madera clara, sobre la que se encontraba un portátil y unos archivadores, y una silla giratoria. Detrás de la mesa había una nevera baja, y las paredes estaban cubiertas de fotos enmarcadas; en todas ellas aparecían diferentes escenas de playa, en la mayoría, surfistas desafiando las olas. No había nada más.

—Toma. —Le ofreció una botella de agua, que ella cogió—. Lo que no tengo son vasos —añadió, y se sentó en el borde de la mesa, mirándola. Parecía estar esperando a que ella hablase primero.

Tana bebió un trago despacio. A la luz de la oficina pudo ver su rostro claramente. Sin la barba parecía más joven. Sus labios carnosos se mostraban mejor definidos y sus pómulos algo más prominentes que los de sus hermanos destacaban también. Entornó los ojos al descubrir unas líneas algo más claras que el resto de su piel sobre su mejilla izquierda. Eran cuatro y transcurrían en paralelo; tenían todo el aspecto de ser arañazos. Parecían antiguas. Se preguntó cómo se habría hecho aquellas marcas, o quién se las habría hecho.

«Quizá una gata algo salvaje», pensó con desprecio, y recordó la imagen de la rubia, otra vez...

—¿Vas a decirme qué haces aquí? ¿Al otro extremo del mundo? — Sonaba algo impaciente.

—Ya te he dicho que tenía que hablar contigo.

—Sí, lo he oído, pero no me creo que estés aquí solo por eso.

Ella guardó silencio. Podía seguir andándose por las ramas y alargando la situación de manera imposible o podía dejar caer la bomba de golpe.

—Pues sí. Estoy aquí solo por eso, para hablar contigo.

Él se irguió y se acercó al sofá, deteniéndose justo frente a ella. Tana se echó hacia atrás y alzó la barbilla, no queriendo dejarse intimidar por su enorme estatura, luego se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—¿Y? —la increpó él.

«Ahí va la bomba. Veremos cómo reaccionas, Landvik».

—Estoy embarazada.

* * *

Durante unos instantes pensó que se trataba de una broma. Una broma pesada. Pero según transcurría el tiempo y la expresión de ella, neutral y fría, no variaba, comprendió que aquellas dos palabras que ella le había lanzado a la cara eran ciertas. Muy ciertas.

Su primer instinto fue el de soltar un taco y pegar un puñetazo a algo tal vez, pero de repente, no sabía muy bien por qué, una inexplicable calma se adueñó de él. Y era inexplicable porque él solía ser impulsivo y algo irascible. Quizá estaba en estado de shock, se dijo en silencio. En breve alguna emoción negativa le embargaría, sin duda.

Tana embarazada. Tana embarazada. Tana embarazada.

Repitió el concepto en su cabeza varias veces, esperando que la consternación, la angustia, el rechazo o el pánico acudieran a él..., pero no.

Se irguió lentamente y la miró, tratando de encontrar en su rostro algún tipo de emoción. Pero allí no halló más que vacío.

—Está claro que es mío —dijo al cabo de unos segundos.

—Ten por seguro que no habría viajado diez mil kilómetros para informarte de que estoy esperando el hijo de otro —repuso ella, sarcástica.

Till arqueó una ceja. «Da igual lo que pase. Sigue siendo la misma Tana».

Se alejó y volvió a apoyarse en la mesa. Inconscientemente sus ojos se posaron sobre su vientre.

—Estoy de doce semanas. No se nota nada —dijo ella al percatarse de dónde miraba.

—¿Estás bien? Me refiero...

—Estoy estupenda, ¿no me ves? —Se puso de pie y se colocó el pelo detrás de las orejas.

Till hubo de reconocer que lo que acababa de decir no era ninguna exageración. Sí que estaba estupenda, con esos vaqueros ajustados, esa blusa roja que dejaba sus hombros al descubierto y realzaba el color dorado de su piel, y esas sandalias de tacones kilométricos. Sus ojos se detuvieron sobre su

cara y se quedaron allí un rato. Estaba preciosa. Nunca había estado tan... tan resplandeciente. En silencio se preguntó si aquel fulgor inusual que la hacía parecer más femenina y más hermosa que de costumbre se debería al embarazo.

Embarazo.

Un hijo.

Todavía no había terminado de asimilar la noticia. De alguna manera era como si no le estuviese pasando a él y solo fuera un mero espectador de la historia. O estaba en shock o era el bastardo con la mayor sangre fría del mundo.

—No has reaccionado como esperaba —dijo ella. Se dirigió a la pared de la derecha y se puso a mirar las fotografías que la adornaban con interés.

—Bueno... No creo que haya un manual de instrucciones que informe sobre cómo reaccionar cuando te dicen que vas a ser padre —repuso con ironía.

Durante unos minutos ninguno dijo nada más. Ella siguió observando las fotos y él siguió observándola a ella. Había de reconocer que tenía la mente en blanco y no sabía qué decir. No solo la increíble noticia le había dejado sin palabras, también su presencia le hacía enmudecer. Teniéndola delante era más consciente de cuánto la había echado de menos...

—Veo que te va muy bien con la escuela... y con todo... —rompió ella el silencio al fin, dándose la vuelta y mirándole. La última palabra había sonado algo mordaz.

—No puedo quejarme.

—Seguro que no —murmuró, cáustica.

—¿A qué te refieres? —inquirió, sorprendido.

—A nada en particular.

Y de pronto él cayó en la cuenta.

—¿Te refieres a Susan? La chica de la playa —añadió al ver que ella ponía una cara rara—. Es solo una amiga. No es nada serio.

—A mí no tienes que darme ninguna explicación. Es tu vida y puedes hacer con ella lo que quieras. —Hizo un gesto despectivo con la mano.

Si Till sabía de algo, era de mujeres. Y aunque Tana fuese más difícil

de leer que las demás y su visión de ella fuera algo sesgada por todo lo que habían vivido juntos, seguía siendo una mujer. Una mujer que mentía. La escena de la que había sido testigo en la playa le había molestado.

Decidió atacar.

—Te has pasado quince días ignorando mis mensajes —dijo con la voz calmada.

Ella, que había estado a punto de llevarse la botella de agua a los labios, se detuvo y le miró, aparentemente enfadada.

—¿Y eso qué tiene que ver con nada? Que yo sepa, entre tú y yo no había ningún tipo de compromiso ni nada por el estilo.

—Compromiso no, claro que no. Pero dos meses hablando a diario...

—Venga, vamos, Landvik... —soltó una risa cínica—. Dos meses hablando de nada.

Él se irguió en toda su estatura y se acercó a ella, que se mantuvo firme y quieta sin retroceder ni un ápice.

—Odio que me llames así y lo sabes —masculló enfadado. Ella siempre conseguía desquiciarle—. Mira, yo hace tiempo que dejé de engañarme a mí mismo, así que voy a poner mis cartas sobre la mesa. Tú haz lo que quieras, pero yo ya soy mayorcito para andar jugando. Tú y yo, a pesar de nuestro pasado de mierda, hemos vivido un par de noches juntos que han sido fantásticas... —Hizo una mueca condescendiente al ver que ella negaba con la cabeza—. Puedes negártelo a ti misma, pero en el fondo sabes que es la pura verdad. Y después, hemos estado dos meses intercambiando mensajes absurdos porque en el fondo tú pensabas en mí y yo pensaba en ti. Y eso es así.

Ella apretó los labios, como si deseara replicarle y estuviera refrenándose. Pasaron unos segundos mirándose en silencio. La respiración de ella se aceleró y él hubo de reconocer que su cercanía también comenzaba a afectarle. Contuvo las ganas que le impulsaban a inclinarse y besar esos labios que mostraban una mueca de enfado.

—Cuando dejaste de responder a mis mensajes, pensé que habías decidido seguir adelante con tu vida y yo hice lo mismo. Pero entre Susan y yo no hay nada.

—Lo mismo que hay entre nosotros. *Nada* —exclamó ella, dando un

paso atrás.

—En eso te equivocas, Tana. —Le puso las manos sobre los hombros y se deleitó con el suave tacto de su piel—. Entre nosotros sí que hay algo.

Le pareció ver brillar algún tipo de emoción en sus oscuros ojos, pero desapareció con rapidez, borrada por el mohín petulante que apareció en su rostro.

—¿Y qué es lo que hay? —le preguntó con altivez.

—Un hijo —murmuró en voz baja sin poder evitar que su mirada se posase sobre su plano vientre de nuevo.

Ella se desasió con energía y se alejó unos pasos. No trató de detenerla.

—Ese es un vínculo que podemos deshacer —dijo ella al fin, sin mirarle.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó frunciendo el ceño. No le había gustado nada cómo había sonado aquello.

Tana se dirigió al sofá y él se preguntó por enésima vez cómo era posible que pudiera andar sobre esos tacones sin partirse la crisma. Tomó asiento, suspirando fatigada. Él la imitó y se sentó a su lado. No se mostró muy contenta con eso.

—No quiero que te sientas obligado a nada —comenzó—. A fin de cuentas la decisión de seguir adelante con este embarazo ha sido algo unilateral, algo sobre lo que tú no tienes ni voz ni voto. Voy a quedarme al niño y no hay más qué hablar.

El pequeño nudo que se le había formado en la garganta cuando ella dijo que el vínculo que había entre ellos se podía deshacer se disolvió. Durante una milésima de segundo la idea del aborto había acudido a su cabeza... y no le había agradado demasiado.

—No te voy a negar que mi primer pensamiento fue abortar. Soy una mujer muy ocupada y no en exceso maternal, por lo que mi reacción no fue de alegría precisamente —hablaba con frialdad—. Luego sopesé los pros y los contras y que ya tengo treinta y dos años y que quizá fuera mi última oportunidad de quedarme embarazada..., y decidí quedármelo. —Hizo una pausa que se alargó bastante. Su actitud también parecía haberse suavizado—. No fue fácil tomar esa decisión.

—Podías haberme llamado.

—La verdad, Till, esto que voy a decirte ahora va a sonar fatal, pero yo también quiero ser sincera contigo —se detuvo para coger aire—. Lo primero que hice fue consultar un abogado para que me explicase cuáles eran mis alternativas. Quería que firmaras un documento renunciando a la patria potestad.

Se sintió como si le hubieran echado un cubo de agua helada encima. Se le erizaron los pelos de la nuca y una sensación mezcla de frío y calor se le concentró en la boca del estómago. Tener un hijo, y tenerlo con una mujer que había demostrado en numerosas ocasiones que le despreciaba no había entrado en sus planes. Por supuesto que no. No era algo que hubiera deseado o decidido. Pero pensar que, mientras él se rompía la cabeza tratando de descifrar el porqué de su silencio, ella planeaba cómo despojarle de sus derechos, le dejaba tocado, herido... Se levantó, incapaz de seguir sentado a su lado.

—¿Querías quitarme mis derechos sobre... *mi* hijo? —replicó entre dientes. Decir el *mi* delante de la palabra hijo en voz alta lo convertía en algo más suyo, más real.

—A ver..., no creo que tengas madera de padre.

—¡Qué sabrás tú! ¡No me conoces en absoluto! —gruñó, dándose la vuelta y encarándose con ella. Quiso acercarse, cogerla y zarandearla con fuerza para borrar la expresión escéptica que mostraba su cara.

No lo hizo. Respiró hondo y trató de serenarse.

—De todas maneras, no hace falta que te pongas así. El abogado fue muy claro conmigo. En España la ley no permite que un padre pueda renunciar a la patria potestad. Así que sigues teniendo todos tus derechos y deberes.

—Muchas gracias —repuso con sarcasmo—. Bueno, mejor se las doy al sistema. Si hubiera sido por ti, no tendría siquiera la opción de poder conocer a ese niño, ¿no?

Ella se puso de pie y le miró durante unos segundos sin decir nada. De repente, semejaba estar agotada.

—Mira, Till... A mí también me pilló por sorpresa. Llevo años tomándome la píldora..., y era algo con lo que no contaba, con que fallase. Y

además, las cosas entre tú y yo nunca han estado demasiado claras... — vaciló—. Y de pronto me entero de que estoy embarazada del hombre al que he despreciado durante años. Fue... no sé... un shock. —Meneó la cabeza con pesar—. Yo vivo en España, tú vives en México... Tampoco pensé que quisieras ocuparte de un niño..., que fuera algo que desearas... Decidí que lo mejor era encargarme de él yo sola. Sigo pensando que es lo mejor, la verdad.

—¿Lo mejor para quién? —casi escupió la pregunta—. Es *mi hijo*.

Ella emitió un suave suspiro y se llevó los dedos a las sienes. Se las frotó con suavidad.

—Llevo treinta horas sin dormir. El viaje ha sido agotador —musitó—. ¿Podemos seguir con esta conversación mañana?

Al escuchar aquello se sintió como un ogro y toda la ira que estaba sintiendo se diluyó como por encanto. Ella parecía muy frágil y cansada, tanto que deseó estrecharla entre sus brazos y traspasarle algo de fuerza y de calor.

Se contuvo, por supuesto.

—Claro —contestó.

—Me voy entonces —dijo, y se dio la vuelta.

—Te acompaño.

—¡No! —Se giró bruscamente y levantó la mano, deteniéndole con ella—. Me alojo en el hotel del acantilado. Está apenas a unos trescientos metros de aquí. No hace falta.

—Aun así, insisto.

Ella negó con suavidad. Un brillo implorante había aparecido en sus ojos.

—Déjalo, Till. Por favor. Necesito estar sola.

No le gustaba ni un pelo dejarla marchar de aquella manera. Era cierto que el hotel estaba a pocos metros y que no era muy tarde, pero ya era noche cerrada.

—Está bien —dijo con reticencia—. ¿Te recojo mañana en el hotel a las once?

—¿No trabajas?

—No.

Anularía sus clases o las aplazaría. Hablar con Tana sobre su situación era lo más importante.

—Está bien. Mañana a las once nos vemos —dijo ella y, sin volver a mirarle, agarró el picaporte y abrió la puerta.

Sus tacones golpearon con fuerza el suelo de madera mientras atravesaba el local. Andaba igual de erguida que siempre, pero él sabía que era una pose. Había visto su cansancio. Esperó unos segundos antes de ponerse en movimiento e ir tras ella. Salió del local y la siguió con la mirada. Su silueta era fácilmente reconocible a la luz de las farolas. Se quedó allí, observando cómo se alejaba hasta que por fin desapareció detrás del muro que rodeaba el recinto del hotel.

Se dejó caer contra la pared y elevó la vista. Un cielo repleto de rutilantes estrellas le estalló en la mirada, pero él no las vio. Le vino a la cabeza la imagen de Jan con Clara y la de Cas con Sira...

—Un hijo... —exclamó en voz alta—. Un hijo mío...

La exultación que resonaba en su voz le hizo erguirse sorprendido. ¿Quién le iba a haber dicho a él hacía solo unas horas que la vida le iba cambiar de aquella manera? Lo más fascinante de todo era que en lugar de estar agobiado por la noticia, se sentía incomprensiblemente... ¿satisfecho?

Capítulo Veinticuatro

A pesar del agotamiento que arrastraba con ella, apenas si pudo dormir un par de horas. La mitad de la noche había estado dando vueltas en la cama, pensando en él y en su reacción. Había pasado revista una y otra vez a la conversación que habían tenido y había llegado a la conclusión de que, si bien la noticia le había sorprendido —¿a quién no?—, no se lo había tomado nada mal. Bastante mejor de lo que se lo tomó ella.

Había esperado otra cosa de él. Había creído que iba a comportarse de otra manera, horrorizado tal vez, incrédulo, agobiado..., pero no. Después del asombro inicial, se mostró muy calmado, muy tranquilo.

¡Qué raro!

Era como si Till hubiese acogido ese embarazo con agrado.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos al tiempo que dejaba escapar un suspiro placentero. Llevaba media hora en la bañera disfrutando de un baño reparador y, aunque el agua comenzaba a enfriarse, se negaba a abandonar esa calidez. Tenía tiempo de sobra hasta que Till llegara a buscarla, así que estaba dispuesta a exprimir al máximo ese rato de tranquilidad que le restaba hasta el nuevo encuentro con él.

Su móvil, que había dejado en el suelo, comenzó a sonar con estridencia sacándola de su momento perfecto. Resopló con disgusto antes de incorporarse y estirarse para coger el aparato.

—Dime, pesado.

—Más que pesado, preocupado, diría yo. —La voz de Poncho sonaba intranquila.

—¿Por qué? Ayer te mandé un mensaje diciendo que había llegado bien.

—Sí, pero me hubiera gustado saber cómo reaccionó Till. ¿Cómo se lo tomó?

Tana volvió a cerrar los ojos y sonrió con suavidad. Poncho era maravilloso. Desde el mismo momento en que ella le confesó lo de su embarazo había estado ahí, a su lado, llamándola a diario y apoyándola al cien por cien.

—Pues bastante mejor de lo que yo esperaba —vaciló, y jugueteó con la mano que tenía libre con la espuma que todavía no había desaparecido del todo, antes de proseguir—. No creo que quiera renunciar a nada. Más bien al contrario. Me pareció que no le desagradaba demasiado la idea de ser padre.

—Ese es mi chico —exclamó él al otro lado de la línea con jovialidad.

Tana arrugó la frente. No sabía por qué narices a Poncho le caía tan bien el pequeño de los Landvik.

—No te alegres tanto porque eso solo va a complicar las cosas más todavía.

—O no. Míralo por el lado positivo. Tu hijo va a tener un padre.

—Sí, a diez mil kilómetros de distancia —repuso ella.

—Pero va a tener un padre —volvió a insistir.

—Sí, un padre ejemplar —añadió mordaz—. Un surfista que vive a salto de mata y que se enrolla con la primera tía que se cruza en su camino. Eso es lo que necesita mi hijo.

—Pues con ese surfista mujeriego fue con el que decidiste acostarte sin protección, así que ahora tendrás que apechugar, ¿no? —le respondió él con algo de acritud.

Ella no dijo nada. Poncho tenía toda la razón del mundo; no había réplica posible.

—¿Ha pasado algo que no me cuentas? —preguntó él al cabo de un rato con suavidad, como si se hubiera dado cuenta de que el silencio duraba demasiado.

—Tonterías, en realidad —suspiró—. Ayer cuando llegué me lo encontré en la playa con una rubia despampanante sobre el regazo que le metía la lengua hasta la garganta.

—Oh, oh, Mata Hari. Qué malos son los celos. —Chasqueó la lengua—. El surfista guaperas no ha esperado por ti. Te dije que no le ignoraras.

—¿Celos? —resopló—. Me da igual lo que haga con su vida.

—Claro, claro —dijo con sarcasmo—. Por supuesto que te da igu...

—En fin, piensa lo que te salga de las narices —le cortó, exasperada—. Tengo que dejarte. Till va a venir en un rato a buscarme para ver cómo... solucionamos esta situación.

—Mantenme informado. Y si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde estoy.

—Claro que sí, mamá gallina. —Elevó la vista al techo mientras decía esto.

—Yo también te quiero —contestó él.

Tana colgó y volvió a dejar el teléfono en el suelo. Sonreía. Poncho se estaba comportando como si fuera su hermano mayor y ella, a pesar de todas sus frasecitas burlonas y de que le hablara como si sus atenciones fuesen indeseadas, le estaba muy agradecida. Era un alivio poder contar con alguien que de verdad se preocupaba, tener un confidente. Por el momento había decidido ocultarles su estado a sus amigas, especialmente a Eli. Pero en cuanto regresase a España, después de que la situación se hubiera aclarado con Till, se lo diría. Iba a ser una gran sorpresa para todos. Ella y el pequeño Landvik... No podía ni imaginarse la cara que iban a poner cuando lo supieran.

De repente y, sin pretenderlo, la imagen de Till y de *Pamela* en apretado abrazo acudió a su mente. Apretó los puños debajo del agua y un regusto amargo acudió a su boca. Celos, había dicho Poncho, y ella había reaccionado con desdén. Pero en la soledad de su cabeza debía admitir que algo de eso había. Sí. Celos. Aún a sabiendas de que entre ellos no había habido nada más que un par de noches de pasión y de que no se habían prometido nada, en el fondo, muy en el fondo, ella había esperado algo más... Después de esos dos meses intercambiando mensajes cifrados, todo el rencor que una vez sintió por él se había ido diluyendo poco a poco y había sido sustituido por algo que no sabía cómo calificar. Ella había creído... que quizá... tal vez...

¡No!

—¡Dios! ¡Qué difícil es todo! —exclamó en voz alta.

Se sumergió y permaneció debajo del agua unos cuantos segundos,

como si de esa manera pudiera borrar esos ingratos pensamientos. Emergió resoplando. El tormento no iba a tardar mucho más en llegar a buscarla, así que se apresuró a abandonar la bañera y a secarse. Tenía un nudo en el estómago, y no sabía muy bien si era debido a que se acercaba la hora de volver a verle o un vestigio de sus indeseadas náuseas, que como era costumbre la habían asaltado hacía unas horas.

Había sido genial despertarse para acabar con la cabeza dentro de la taza del retrete. Sí, maravilloso.

Maravilloso.

* * *

Till accedió a la recepción y saludó con la mano a Mario, el recepcionista. La escuela tenía un acuerdo firmado con el hotel, que les enviaba a los huéspedes que deseaban aprender a hacer surf a cambio de un porcentaje. Por eso conocía a todo el personal. Había estado allí con frecuencia. Se miró el reloj con nerviosismo, eran las once menos cuarto. Sabía que llegaba demasiado pronto, pero llevaba despierto desde el amanecer y no había podido aguantar más dando vueltas por su casa como un animal salvaje enjaulado, esperando que llegara la hora de volver a verla. Así que había cogido su coche y se había dedicado a conducir por los alrededores, haciendo tiempo, hasta que su impaciencia le había conducido a la playa.

Ansiaba y temía el momento de volver a encontrarse con Tana.

Lo ansiaba porque si era sincero consigo mismo esa mujer le robaba el poco juicio que tenía; estar cerca de ella le ponía cardiaco como había podido experimentar la noche anterior. Se había tenido que controlar para no tomarla entre sus brazos y devorarla a besos.

Y lo temía por lo que pudiera suceder con respecto a su situación. Después de la sorpresa del embarazo, se había pasado horas tumbado en la cama, tratando de analizar cuáles eran sus sentimientos ante la perspectiva de ser padre. Y había llegado a una conclusión.

Se sentía bien. Muy bien.

Y que el hijo fuese de Tana le agradaba todavía más. Era una mujer por la que no solo sentía cierto afecto, sino a la que también admiraba profundamente. Y sabía que si alguien era capaz de sacar un hijo adelante,

era ella, por muy poco instinto maternal que tuviera, como se empeñaba en afirmar constantemente.

Él era una persona muy familiar, aunque los últimos años hubiese tratado de alejarse de todo y de todos los que le importaban. Lo había hecho a costa de su propia felicidad. El vacío que había sentido durante todo ese tiempo, apartado de sus padres y sus hermanos —las personas más importantes de su vida—, había hecho que viviera de una manera errática, sin terminar de encontrar su lugar en el mundo. La reconciliación que había tenido lugar entre ellos hacía un par de meses consiguió que algunas piezas del puzzle de su vida volvieran a encajar en su lugar, pero todavía quedaban muchos cabos sueltos. Ahora hablaba casi todos los días con Cas o con Jan, y esa relación que se había visto interrumpida por su propia voluntad y su deseo de auto castigarse se iba reconstruyendo poco a poco.

Iba recuperando a su familia.

La idea de tener un hijo lo único que hacía era terminar de ensamblar todas las piezas. De algún modo, lo ponía todo en su sitio.

—No te reconozco, Till. Estás loco —dijo en voz alta, agitando la cabeza con vigor, ignorando al matrimonio con el que se cruzó y que se quedó mirándole con curiosidad mientras accedía al patio interior del hotel.

Esas palabras eran las mismas que le había dicho Amaya la noche anterior, cuando fue a la playa a buscarla y le contó lo que había sucedido. Su socia se le había quedado mirando estupefacta. Ojiplática y boquiabierta era la descripción adecuada. Después de la sorpresa inicial y unos cuantos exabruptos, habían decidido que él se cogiera unos días libres, al menos hasta tener claro lo que iba a pasar con Tana.

Después había huido como un cobarde para evitar un encontronazo con Susan. No tenía la menor gana de hablar con ella, al menos no en aquel momento. Ya lo haría más adelante.

Un movimiento por encima de su cabeza le hizo levantar la vista. Y sí, allí estaba ella. Durante un instante se olvidó de respirar y el calor se le concentró en el pecho.

¿Acaso se podía estar más guapa? No era normal que cada vez que la veía estuviese más hermosa que la vez anterior. No lo era.

Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y adoptó un aire

displicente, como si su aparición no fuera nada del otro mundo, cuando en realidad se le había disparado el pulso. Ella no le había visto todavía por lo que pudo contemplarla a su antojo mientras descendía las escaleras de madera. Llevaba un vestido verde de tirantes y unas sandalias planas de color marrón. Era la primera vez que la veía de aquella guisa, sin tacones y sin demasiado artificio. Y le gustó. Se había recogido el pelo en una coleta alta que se balanceaba a un lado y a otro según avanzaba. Sus ojos volvieron a clavarse sobre su vientre plano.

«¿En serio, Till? Haz el favor de controlarte», se reprendió.

Entonces, cuando solo le faltaban un par de escalones para llegar al patio, ella le vio. Se detuvo sorprendida y se aferró con fuerza a la barandilla de metal, pero se recuperó con rapidez, y lo que había sido una expresión de deleite, se transformó en una mueca de indolencia.

Sin embargo, él lo había visto.

«No eres tan indiferente como pretendes aparentar, Tana», se dijo con satisfacción.

Se acercó, sonriente. Ella le hizo un gesto vago con la cabeza.

—Hola —dijo, y se inclinó para besarla. ¡Qué bien olía!

—Hola. —Se dejó besar, pero no hizo amago alguno de corresponderle.

Él pudo sentir su cálido aliento sobre la mejilla, sobre esa mejilla en la que lucía las señales que ella le había dejado años atrás. Se preguntó si lo recordaría. La noche anterior había visto que ella se quedaba mirando los arañazos con interés.

—¿Has dormido bien? —inquirió solícito, incorporándose. Sin tacones, ella solo le llegaba al pecho.

—Todo lo bien que se puede dormir en una cama extraña —respondió, alejándose un paso. Se le había puesto la carne de gallina como bien pudo apreciar en sus brazos desnudos, y en silencio se preguntó por qué.

—He pensado que podríamos dar un paseo por la playa —propuso.

—Como quieras. —Se encogió de hombros.

—Quizá prefieras hacer otra cosa. Ir a tomar algo —sugirió algo impaciente. La actitud de fingida apatía de ella le sacaba de quicio.

—Me da igual.

—¡Joder! Pon de tu parte, ¿no? —prorrumpió en voz baja pero enérgica.

Ella irguió la barbilla y le miró con esa altanería tan suya. Y él tuvo deseos de cogerla por las caderas, pegarla a él y borrarle de la boca esa mueca despectiva con un beso.

—Está bien. Tienes razón. Pongo de mi parte. ¿Nos sentamos en la piscina? —Sin esperar su reacción se alejó de él y se internó en la sala que conducía al exterior.

Till la siguió con los labios apretados. Atravesó el salón, ignorando a unos cuantos huéspedes que habían tomado asiento en los cómodos sofás y que charlaban animadamente, y salió al exterior. Debajo del soportal que conducía a la piscina había unas cuantas mesas y sillones de mimbre. Tana se acomodó en una de la derecha y dejó el pequeño bolso que llevaba sobre la mesa. Sintió sus ojos castaños recorriéndole de arriba abajo cuando llegó a su lado. Todavía no había tenido tiempo ni de sentarse cuando llegó una camarera que los saludó con afabilidad. A pesar de estar en México y de que gran parte del personal era mexicano, se dirigió a ellos en inglés. Él pidió una tónica y Tana un agua con gas.

No era temporada alta por lo que no había exceso de turistas en la piscina. Además, a aquella hora, la mayor parte de ellos preferían disfrutar de la playa. Solo dos chicas adolescentes se acomodaban en las tumbonas del fondo y un jubilado nadaba en el agua.

La miró de reojo, pero ella parecía absorta en la contemplación del océano, justo frente a ellos. Las olas rompían contra las rocas y, de vez en cuando, la espuma blanca salpicaba la barandilla de metal que rodeaba la zona de piscinas. Las vistas eran espectaculares y se respiraba una calma increíble. Soplaban, además, una ligera brisa que hacía que el calor del mediodía no fuera excesivo.

—No sé cómo vamos a hacer esto —comenzó ella de repente, sobresaltándole. Seguía mirando al mar.

—¿Esto? ¿Te refieres a tener un hijo, viviendo tú en España y yo aquí?

—Sí. Exacto —titubeó—. Doy por hecho que después de lo que me

dijiste ayer no piensas mantenerte al margen.

—Sí. Exacto —repitió él con enfado.

Después solo hubo silencio. La camarera les trajo las bebidas y se retiró.

—Quiero ocuparme de mi hijo —dijo él al cabo de unos segundos incómodos—. Todavía no sé muy bien cómo, pero ten por seguro que voy a estar ahí.

—Pues supongo que como no vas a dejarlo todo para volver a España, me ocuparé yo sola de él y tú vendrás de visita cuando quieras —dijo con pragmatismo y tono indagatorio, como si buscara que él corroborase eso que decía.

—Supongo —asintió, cogiendo su vaso y dando un trago.

No sabía muy bien por qué, pero la idea de que ella criase a su hijo sola no terminaba de convencerle, aunque estaba claro que tenía razón. Él no iba a dejarlo todo para volver a España. Había invertido todos sus ahorros en esa escuela y allí era donde pretendía vivir... al menos así había sido hasta la noche anterior. De repente su plan de vida se había alterado.

Quizá pudiera venderle su parte del negocio a Amaya...

«¿Estás loco? No te precipites y piensa con la cabeza, anda...», se amonestó.

—En fin, tampoco hay mucho más qué hablar —dijo ella, reclinándose contra el respaldo. Parecía más relajada—. Este hijo es de los dos, aunque vaya a estar solo conmigo. Consultaré contigo cualquier decisión que pueda afectarle y poco más. Ni siquiera necesito que me pases una manutención, la verdad...

—Pero esa es mi obligación —la interrumpió—. Mi deber y un derecho al que no pienso renunciar.

—Perfecto. —Ella hizo un gesto vago con la mano—. Le preguntaré al abogado a ver qué se hace en estos casos en que ambas partes están de acuerdo. A fin de cuentas los dos queremos lo mismo, lo mejor para el niño, ¿no?

Él asintió. De pronto ella parecía tan complaciente que le resultó inaudito. ¡Qué cambiante era! Hacía unos minutos se había mostrado desdeñosa y altanera, y ahora se presentaba tranquila y condescendiente. No

había quién la entendiese. Ni aunque viviera veinte años a su lado podría comprenderla.

—¿Te has dado cuenta de que nos referimos siempre al niño en masculino? Quizá sea una niña —dijo.

—Quizá no —repuso ella—. Casi con toda seguridad. Mira tus hermanos. Los Landvik no parecéis muy capaces de engendrar varones.

Aunque lo había dicho seria, un pequeño atisbo de sonrisa había curvado las comisuras de sus labios hacia arriba. Y Till sintió un curioso encogimiento en el estómago al pensar que ella, poco a poco, iba bajando la guardia.

—¿Lo sabe Eli? —le preguntó.

—No. No lo sabe nadie. Solo Poncho.

Al escuchar aquel nombre fue preso de unos absurdos celos. Él no era quién para cuestionar su decisión de confiar en el hermano de su mejor amiga, pero ¿por qué narices en él? Entornó los ojos y la escrutó con ellos tratando de encontrar algo en su expresión que delatase sus verdaderos sentimientos por ese hombre, pero ella le miraba impertérrita.

—Cuando regrese a España me pasaré por la costa para hablar con Eli —continuó, ignorante de lo que la última frase que había dicho había provocado en él—. Aunque quizá preferirías decírselo tú a tus hermanos...

—No, está bien. Díselo tú a Eli. Dudo mucho que tarden más de quince segundos en llamarme cuando se lo comuniquen.

Luego ambos guardaron silencio. Solo las alegres voces de las adolescentes al otro lado de la piscina interrumpían la tranquilidad.

—No me esperaba que reaccionaras así. —Tana se giró en la silla y le miró—. Pareces... feliz. —Sonaba perpleja.

—Yo tampoco esperaba reaccionar así, pero créeme si te digo que lo estoy. —Él también se giró en la silla y se acercó. Su mirada se detuvo sobre la mano de ella, que descansaba sobre la mesa al lado de su vaso. En un impulso, alargó su propia mano y la posó sobre la suya—. Tana...

Ella no se apartó. No movió ni un músculo ni reaccionó de ninguna forma.

—Dime.

—Nuestra tregua sigue en pie, ¿no? —Nada más preguntar aquello se sintió como un imbécil.

—Eh... sí —respondió, vacilante.

Tragó saliva. No estaba muy seguro de adónde quería ir a parar. Bueno, sí sabía adónde.

—¿Por qué no nos damos una oportunidad? —soltó finalmente. A pesar de que le había costado un mundo formular aquella frase y la inquietud se había adueñado de todo su ser, trató de mostrar una expresión neutral.

Ella frunció el ceño como si no hubiera entendido la pregunta. Seguía sin apartarse y él lo consideró una buena señal.

—¿Una oportunidad? ¿Tú y yo? ¿Como pareja? —La incredulidad se reflejó en sus palabras.

Él asintió.

—Pero si anoche te encontré con una rubia entre las piernas. —Su voz estaba cargada de escepticismo.

«En eso tiene razón».

—Eso fue una gilipollez —admitió—. Algo sin importancia.

—No sé, Till —murmuró, apartando la vista pero no la mano—. No creo que tú y yo... que pueda haber algo... somos muy diferentes... No sé si tenemos algo en común. No nos conocemos.

—Conóceme —insistió—. Déjame que te muestre como soy.

Ella volvió a mirarle, indecisa.

«Al menos no ha dicho que no».

Le apretó la mano que mantenía presa bajo la suya y notó cómo ella le devolvía el apretón. Su corazón hizo una cabriola al sentir aquello. Cambió de posición y entrelazó sus dedos largos y fuertes con los de ella, más pequeños y delgados. No encontró resistencia.

—Tana —pronunció su nombre en voz baja y se percató de que a ella volvía a ponerle la carne de gallina.

—Está bien. Muéstramelo —claudicó.

Capítulo Veinticinco

Dejarse querer por Till era fácil.

Había pasado tres días con él y, sin embargo, le parecían apenas minutos. Y en esos tres días ya había deseado que la besara en más de veinte ocasiones. Casi desde el minuto uno. No solo su aspecto la tenía idiotizada, con esos vaqueros de corte bajo, sus zapatillas deportivas, las camisetas ajustadas y el pelo recogido en una coleta suelta... No, también derrochaba un encanto desbordante capaz de derretir el iceberg de hielo más duro. Era un Landvik. Eso estaba claro. Fascinante, cautivador, atractivo, simpático e incluso mucho más jovial que Cas. Con un aire de niño grande travieso y siempre con munición de sobra en forma de sonrisas deslumbrantes y miradas pícaras cargadas de segundas intenciones.

Tana sabía que estaba cayendo en sus redes, pero se sentía incapaz de evitarlo. Mejor dicho, no quería hacerlo. Por primera vez en años se estaba dejando cortejar; no era ella la que llevaba la voz cantante y la que marcaba los ritmos. Se dejaba querer y le gustaba.

El primer día la había llevado al pueblo y le había mostrado los rincones con más encanto de la pequeña localidad. Pasearon por las rústicas calles de granito entre los inmuebles teñidos de colores y adornados por cactus y peculiares huertas. Se internaron en callejones para visitar bellas galerías de arte y curiosear por los diferentes talleres de artesanía que se encontraban por doquier. Al parecer, el pueblo era cuna de numerosos artistas, tanto autóctonos como extranjeros, y todos ellos se esforzaban por hacer que las tradiciones sobrevivieran a través del tiempo y que no se vieran empañadas por el turismo, que sí parecía haber invadido otros pueblos cercanos. Ese pequeño trocito de México se conservaba casi intacto.

Till le habló mucho de sí mismo. Le narró, sobre todo, episodios de su infancia; en todos ellos adquirían un especial protagonismo sus hermanos mayores. Y a medida que el día avanzaba, Tana se iba dando más y más cuenta del profundo afecto y admiración que sentía por Jan y por Cas, que a

falta de una figura paterna en condiciones y debido a la diferencia de edad, habían sido más padres que hermanos. Ella se limitaba a escucharle en silencio, empapándose de toda aquella información que él le iba proporcionando y que le iba mostrando pieza a pieza quién era el verdadero Till Landvik.

El segundo día habían paseado por la playa y luego comieron en una pequeña cantina que servía un marisco fresco y exquisito. Tana había disfrutado mucho de la comida que, para su sorpresa, no le había producido náuseas como venía siendo habitual desde hacía semanas. Mientras comían, él le había hecho preguntas sobre su familia y ella le había contado por encima cómo eran sus parientes. No le tenía gran apego a su padre, y no había vuelto a saber nada de su madre que se marchó siendo ella muy pequeña. Con sus madrastras tampoco se llevaba muy bien y solo tenía contacto con Hilde, la segunda mujer de su padre, que fue la única que se comportó como una madre con ella.

La tarde también había sido una aventura. Visitaron una antigua Misión, el Teatro General y el Centro Cultural, que contenía cinco pequeños museos que albergaban la historia de la región. Tana no pudo reprimir su admiración y fue sacando foto tras foto con el móvil, tratando de captar todos y cada uno de los detalles de esos lugares llenos de encanto y tradición. Estaba maravillada. Y Till demostró ser un guía estupendo. Según le dijo, durante su primera semana allí, se había dedicado a explorar todos los rincones del pueblo y a empaparse bien de su cultura y sus costumbres.

Esa mañana había ido a recogerla al hotel para recorrer otros pueblos de la zona en su coche. Visitaron varias playas, algunas desiertas y vírgenes, de difícil acceso incluso, y en una de ellas disfrutaron de un pequeño picnic improvisado. Las horas habían transcurrido a una velocidad de vértigo y, antes de lo esperado, el día había dado paso al crepúsculo.

Poco a poco, la inicial desconfianza que ella había sentido hacia él se había ido convirtiendo en un amigable compañerismo y en una atracción más que evidente.

Se encontraban a unos cien metros del hotel, ya de regreso. Iban caminando por la arena, cerca de la orilla. El sol se había puesto hacía un rato y el cielo había adquirido una tonalidad entre azul y anaranjada. Tana se había quitado las sandalias y dejaba que los dedos de sus pies se hundieran en la arena que, sin los efectos del sol, estaba fresca e invitaba a andar sobre ella.

Till también se había descalzado y llevaba las zapatillas en la mano. Caminaban a escasos centímetros el uno del otro, sus brazos apenas se rozaban según avanzaban.

Tana se detuvo y contempló el mar. Un par de surfistas seguían practicando sobre sus tablas, a lo lejos. Uno de ellos se cayó al agua, pero el otro consiguió cabalgar la ola que había escogido hasta el final y llegó casi hasta la playa.

—¿Tú eres así de bueno? —le preguntó, mirándole de reojo.

Till, que se había detenido a su lado, siguió la dirección de sus ojos.

—No. Yo soy mejor.

A ella se le escapó una risa. Se giró y le miró de frente. Una sonrisa de oreja a oreja le adornaba la cara mientras seguía atento las maniobras del surfista. Ella estuvo a punto de dejar caer un comentario relativo al egocentrismo, pero algo en su postura le advirtió de que él no había exagerado con esa afirmación, que solo había sido sincero.

—Eso me gustaría verlo. —Y aunque sonó como una provocación, en realidad sentía un profundo interés por verle manejarse en el mar sobre una tabla.

—¿Mañana?

—¿Tampoco trabajas?

—No. Tengo libre toda la semana. ¿Quieres que mañana pasemos el día juntos de nuevo? Te recojo temprano y vamos a una playa más pequeña que hay cerca de aquí. Hay buenas olas y si lo que deseas es admirar mi cuerpo sobre una tabla, es el lugar perfecto: íntimo y privado.

A pesar de que él había hablado en tono jocoso, ella sintió un hormigueo en la nuca. Alzó la barbilla y le miró a los ojos que se clavaban en su cara llenos de diversión.

«¿Por qué narices no me besas, Landvik?», pensó.

El mismo pensamiento que había tenido en múltiples ocasiones a lo largo de los últimos días.

La primera vez, hacía tres días, nada más salir del hotel. Al subir una cuestecilla de arena seca se había resbalado y él la había sostenido por el talle con firmeza; había fantaseado con que se acercaba y la besaba.

No había sucedido.

Había vuelto a desearlo en una de las pequeñas galerías de arte, cuando ambos se agacharon para contemplar un gato de barro y sus cabezas se habían encontrado a meros milímetros de distancia.

Pero no.

Casi lo había esperado en el restaurante, al día siguiente, cuando él le apartó la silla para que ella tomara asiento y se inclinó, acercando su boca peligrosamente a su cuello. Al sentir el calor de su aliento junto a su mejilla y el breve roce de la piel de su brazo contra el suyo, había aguardado, impaciente.

Tampoco.

Y ese día, en la playa solitaria, le había contemplado a hurtadillas, protegida por los cristales oscuros de sus gafas, mientras él se reclinaba sobre su toalla y el sol le daba de lleno en la cara... y lo había anhelado cientos de veces.

En vano.

No había habido ni un solo beso. Ni un solo intento.

—Pero qué pagado estás de ti mismo —dijo burlona, tratando de ignorar el deseo de besarle, y dispuesta a seguir con la broma—. Confiesa que lo que en verdad deseas es verme en bikini.

De repente él se puso serio. Dio un paso al frente e invadió su espacio. Sus pectorales cubiertos por la tela de la camiseta se situaron a escasos milímetros de su cara.

¡Joder!

—No hay nada que desee más —musitó. Y su mano, enorme y fuerte, le acunó la mejilla derecha y la obligó a levantar la cabeza—. Bueno, miento. Sí que hay algo que deseo más todavía. Llevo días conteniéndome para no hacerlo, pero se me ha acabado la paciencia.

El corazón de Tana adquirió la velocidad de un Fórmula Uno. Se hundió en el profundo azul de sus ojos, que brillaban cargados de deseo, y se le olvidó respirar.

—Bésame de una jodida vez, entonces —masculló entre dientes.

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca —repuso con una sonrisa

ladeada, justo antes de agarrarla con firmeza por el talle con ambas manos y alzarla en el aire.

Ella se aferró a su cuello y sus bocas se unieron. Los labios demandantes de él tomaron posesión de los suyos con una suave persistencia.

—Llevo pensando en hacer esto todo el día... —susurró él contra su boca.

—Bueno —admitió ella—, yo lo llevo pensando desde el momento en que abandonamos el hotel hace tres días.

Él ahogó una risa que fue a morir a la boca de ella. Le mordisqueó el labio inferior.

—Tenías que habérmelo dicho —jadeó.

—Tenías que haberlo adivinado —gimió ella.

Después no hubo más palabras. Se fundieron en un beso húmedo y profundo. Con los ojos cerrados y sintiéndose ligera como nunca antes, en parte porque él la llevaba en volandas y en parte porque el beso la estaba haciendo flotar, Tana se abandonó al contacto de esos labios que tanto había codiciado. Casi había olvidado lo maravillosos que eran los besos del puñetero Landvik. Sus manos, que había entrelazado tras su nuca, terminaron por enredarse en su coleta y deshacérsela. Y mientras él seguía explorando su boca con los labios, la lengua y los dientes, ella se deleitó en sentir aquellos suaves mechones de pelo deslizándose entre sus dedos. Enrolló un par de guedejas en ellos y tiró hacia abajo, obligándole a apartarse. Él gruñó algo molesto, pero su gruñido se tornó en gemido apasionado cuando la boca de ella encontró su cuello y comenzó a besarle allí donde su pulso latía con rapidez. Enroscó las piernas en torno a su cintura sin importarle demasiado que la falda de su vestido dejara al descubierto sus muslos, y él bajó las manos y la sujetó con firmeza por las nalgas. Ella continuó besándole con languidez, ascendiendo lentamente con los labios hasta que llegó a su mejilla. Esa mejilla marcada. La curiosidad y esos odiosos celos que parecían dominarla cada vez que miraba los arañazos fueron un poderoso acicate. No pudo evitar que la pregunta emergiese de su boca.

—¿Quién te hizo esto?

—Tú —contestó él en voz apenas audible.

Quizá él no la había entendido. Se retiró unos centímetros.

—Los arañazos, ¿quién te los hizo? —repitió de manera más explícita, mirándole con fijeza.

—Tú —volvió a repetir él con solemnidad.

—Yo —dijo ella, apartándose un poco más para poder verle mejor. Sus dedos se dirigieron a su cara y con el índice delineó uno de los arañazos, el más largo. Le sintió estremecerse al contacto.

—Sí, tú. Hace una eternidad —susurró él—. La noche en que Eli desapareció, en casa de Cas, tú me abofeteaste. Este es el resultado.

Tana frunció el ceño. Una imagen casi olvidada y desdibujada de lo acaecido aquella noche acudió a su cabeza. Recordaba la ira que había sentido al descubrir que unos delincuentes habían raptado a su amiga por culpa de Till, pero todo lo demás estaba borroso y difuso. Siguió mirándole la mejilla, tratando de acordarse de los detalles. ¡Sí, era cierto! Le había abofeteado con fuerza. Dos veces.

Él seguía mirándola con seriedad, taciturno incluso. Toda la pasión que habían intercambiado en el beso se había esfumado.

—Déjame bajar —le pidió, empujándole del pecho con las manos.

Él no vaciló, la depositó con suavidad sobre la arena. Ella se alejó unos pasos. No sabía por qué, de repente necesitaba poner distancia entre ellos.

—¿Qué es lo que pasa, Tana? —preguntó él, sin tratar de acercarse.

Ni siquiera la miraba. Se había introducido las manos en los bolsillos de los vaqueros y contemplaba el horizonte, cada vez más oscuro. Una ligera brisa le agitaba el cabello que ella misma había despeinado hacía solo unos minutos.

Tana no tenía ni idea de qué le pasaba, pero saber que ella le había provocado esas marcas en la cara había hecho que se sintiera rara. Debían de ser las hormonas porque no tenía ningún sentido.

—¿Por eso te dejaste crecer la barba? —preguntó al final.

—Sí. Estas marcas eran un constante recordatorio de lo mucho que la había cagado. Así que decidí no tener que mirarlas día sí y día también en el espejo. Supongo que estaba huyendo de mi responsabilidad... de nuevo. — Su voz era amarga y estaba teñida de sarcasmo.

Las cosas habían cambiado mucho entre ellos, descubrió Tana con sorpresa. Solo hacía un par de meses hubiese sentido satisfacción al escucharle auto flagelarse por lo sucedido en el pasado. Ahora, por el contrario, que él hablara así de sí mismo, le molestaba.

—¿Por qué te has afeitado?

—Quizá he dejado de huir. —Se giró—. Quizá me guste ver tus marcas sobre mi piel —añadió con esa voz rasposa.

Las palabras, pronunciadas de aquella manera, la dejaron sin aliento.

—No puedes decirme esas cosas y quedarte tan tranquilo.

—No estoy para nada tranquilo, Tana. Estoy más nervioso de lo que me gusta admitir. Y es por tu cercanía.

—Joder —masculló ella—. ¿Por qué narices eres tan sincero?

—¿Prefieres que te mienta? —Arqueó ambas cejas—. Está bien. Déjame que te diga que no siento nada cuando estás cerca, que no se me acelera la respiración ni me late el corazón más deprisa. Que no tengo ganas de abrazarte ni de devorarte con mis besos. —Hizo una pausa muy efectiva para después continuar con más vehemencia—. Que no quiero lamer cada centímetro de tu piel. Que no quiero sentir tu cuerpo desnudo pegado al mío mientras te poseo de todas las formas imaginables. Que no quiero que grites mi nombre cuando te haga correrte una y otra vez. —Su voz se iba tornando cada vez más ronca—. Déjame que te diga que no estoy sintiendo por ti algo que nunca había sentido por nadie. Que no pienso que eres especial, y que no me estás llegando muy adentro. Que no desperdicio un solo segundo pensando en lo que podemos tener y en cómo narices voy a hacer que funcione esta jodida relación a distancia. —Comenzó a andar hacia ella—. Déjame que te diga que no me jode saber que en un par de días te marchas y que quizá no vuelva a verte en meses. Déjame que te...

—¡Basta! —exclamó ella alzando las manos. No sabía si con ese gesto deseaba detener sus palabras o su avance, pero consiguió ambas cosas. Él dejó de hablar y se detuvo a solo un paso.

Tana jadeaba. No podía creerse todo lo que acababa de escuchar saliendo de su boca. Era... inconcebible, absurdo incluso, que él sintiese todo aquello. Sí, sí, el deseo sexual era fuerte, pero ¿todo lo demás? Meneó la cabeza, agitada. ¿Estaba loco?

—¿Qué pasa? ¿No puedes soportar la verdad? —musitó él, y dio otro paso.

—¿La verdad? Eh... la verdad... —balbuceó. Estaba confusa.

—¿Qué creías que era lo que te estaba proponiendo en el hotel cuando hablé de darnos una oportunidad? —inquirió muy serio. La miraba con tal gravedad que ella se sintió intimidada y bajó la vista—. Yo estoy sintiendo algo por ti, Tana, y no pienso jugar a esconderlo. No sé qué es, pero sé que es diferente a lo que he sentido antes por otras mujeres, ¿sabes? No te quiero solo en mi cama. Quiero algo más. Mucho más.

Ella elevó la cabeza y lo que vio en sus ojos la dejó turbada. ¡Cuánto sentimiento! Le entró pavor, un hondo y profundo pavor. Súbitamente, se agachó y, con la mano temblorosa, recogió sus sandalias que antes había dejado caer en la arena. Luego echó a correr.

—¿Estás huyendo, Tana? —gritó él.

Se detuvo en seco y se giró para mirarle. No había hecho amago de seguirla. Permanecía quieto, de nuevo con las manos en los bolsillos y la brisa agitándole el cabello. Una sonrisa le adornaba la cara.

—Sí —le respondió—. Estoy huyendo. Estás... eres... demasiado intenso para mí —confesó al fin.

—Cobarde.

—Sí, hoy sí. Quizá mañana sea más valiente. Recógeme a las nueve —añadió con voz trémula.

Él asintió, y su sonrisa se hizo más amplia.

Ella se dio la vuelta y echó a correr de nuevo. La carcajada ronca de él la siguió.

«¿Qué me está pasando? ¿Qué demonios me está pasando? Yo no soy así».

Capítulo Veintiséis

Till comenzó a remar ahuecando las manos y levantando el pecho para reducir el peso sobre la parte delantera de la tabla. Era una *shortboard*, su favorita, algo más corta pero más versátil que las *longboard*, y que le proporcionaba un buen equilibrio entre velocidad y maniobrabilidad; era ideal para el tipo de olas de aquella playa que no solían superar los dos metros. Mientras seguía internándose en el agua, divisó la ola que quería tomar. Se fue acercando a ella en la dirección exacta en la que la iba a surfear, y calculó los tiempos mentalmente. Al sentirla aproximándose, remó con fuerza e inclinó el cuerpo hacia delante, elevando el pecho para nivelar el peso. Sintió cómo aumentaba la velocidad y realizó un *take off* perfecto, saltando sobre la tabla y sujetando los cantos de la misma con fuerza a la vez que empujaba hacia arriba, extendía los brazos y tiraba de las rodillas hacia el pecho. Se aseguró de mantener el peso centrado con un poco de inclinación hacia la parte delantera de la tabla y afirmó los pies; como buen *goofy* que era, el izquierdo detrás, cerca del *tail*, y el derecho delante, justo por encima del punto medio. Mantuvo el centro de gravedad bajo, flexionando las rodillas, y miró hacia delante para conservar el equilibrio.

Se preparó para hacer un *bottom turn*, bajando mucho y tocando con la mano el plano de la ola, mirando exactamente el punto al que quería llegar. Clavó el canto interior de la tabla e hizo presión con el pie de atrás para propulsarse hacia arriba. Y listo. Se deslizó sobre la ola mientras la espuma le salpicaba en la cara. Volvió a repetir la maniobra un par de veces antes de realizar un *cut back*, un giro de ciento ochenta grados, apoyando la mano trasera en el agua para estabilizarse, lo que le hizo regresar al rompiente de nuevo, dibujando el símbolo del infinito sobre la ola que rompía, aprovechándola al máximo. Volvió a hacerlo, disfrutando cada instante. Su nivel de adrenalina se disparó como le sucedía siempre que surfeaba, y la euforia le embargó y le hizo sonreír, ufano.

No había sido una demostración maestra, pero tampoco había estado tan mal, pensó, dejándose arrastrar por la espuma. Se bajó de la tabla de un

salto y la agarró con firmeza debajo del brazo; pequeñas olas rompían contra su espalda mientras se acercaba a la orilla. Su acompañante le esperaba sentada sobre una toalla roja, mirándole con interés. Al aproximarse, apreció admiración en sus ojos y no pudo evitar que su ego se hinchase un tanto. No todos los días se podía hacer una demostración de habilidad frente a la chica que le gustaba a uno, ¿no?

—Has estado impresionante —exclamó ella. Una sonrisa deslumbrante le iluminaba la cara. Estaba hermosa.

—Nunca habías visto a nadie haciendo surf de cerca, ¿verdad? —le preguntó él con sorna, dejando la tabla en la arena.

—Jamás.

—Pues menos mal. Así es mucho más fácil impresionarte. Mi exhibición ha sido algo mejor que mediocre. Nada más.

—Soy facilona. A mí me has convencido.

El soltó una carcajada antes de sentarse a su lado sobre otra toalla. Se deshizo el moño en el que se había recogido el pelo y se lo sacudió, haciendo que multitud de gotas de agua salada volasen en todas direcciones. A ella no pareció importarle que la salpicase.

—¿Desde cuándo surfeas? —le preguntó.

—Desde hace años. Pasé unos veranos en Tarifa cuando era adolescente y me enamoré de este deporte. Allí me saqué el título de monitor.

—¿Tus hermanos también lo practican?

—No, en la costa mediterránea donde viven no hay olas buenas. Lo que practicábamos allí era windsurf. —Se echó el pelo hacia atrás y se lo recogió en una coleta, antes de tumbarse de lado. Apoyó el codo en la toalla y la cabeza en la mano—. ¿Quieres aprender?

—¿A hacer surf? —Le miró con incredulidad—. No. Eso no es para mí.

—No lo has probado —dijo y, al cabo de unos segundos de silencio, añadió—: Quizá te enamores como me pasó a mí. —Estaba hablando de surfear, pero las palabras habían surgido de su boca cargadas de segundas intenciones.

Sin pretenderlo.

O a propósito.

No lo sabía.

Ella no contestó, se limitó a humedecerse el labio inferior con la lengua, con lentitud. Till cerró los ojos al sentir un pequeño tirón en su entrepierna. *Verdammt!* Esa mujer era la tentación personificada.

Desde el mismo instante en que la había recogido en el hotel hacía una hora, y la había visto con esos mini pantalones y ese top ajustado bajo el que se transparentaba un diminuto bikini negro, había sabido lo que iba a pasar entre ellos sin ningún atisbo de duda. Lo único que no sabía era la hora exacta a la que iba a suceder..., pero que iba a ocurrir estaba tan claro como el agua de la que acababa de salir.

Ella parecía haber encontrado la serenidad que había perdido la noche anterior, cuando salió huyendo incapaz de aceptar todo lo que él le había confesado. Sabía que se había arriesgado al soltarle aquello de golpe, pero había decidido ser consecuente con lo que estaba sintiendo. ¿De qué le iba a servir negar lo que estaba pasando cuando solo tenían unos días para estar juntos? No lo había meditado demasiado, aunque tampoco había mucho que meditar. Todo lo que le había dicho era la pura realidad.

Todo.

Cuando estaba a su lado se moría de ganas de abrazarla y devorarla a besos, de lamer cada centímetro de su morena piel, de sentir su cuerpo desnudo pegado al suyo y poseerla. Ansiaba que ella gritase su nombre mientras llegaba al orgasmo. Sí, lo admitía. Lo que sentía por ella era algo que nunca había sentido por nadie. Ella era especial y había comenzado a llegarle muy adentro. Y se rompía la cabeza pensando en cómo iban a hacer que esa relación a distancia funcionara. No soportaba pensar que en solo un par de días ella se iría y quizá no volvería a verla en meses.

Se iba a marchar...

—Quizá me anime —contestó ella de repente y él abrió los ojos con brusquedad. ¿A qué se refería?

—¿Cómo? —La pregunta le salió algo balbuceante, como si fuera idiota.

—A probarlo. Quizá me enamore, como decías. —Y volvió a lamerse el labio inferior.

—¿Estás tratando de provocarme? —le preguntó frunciendo el ceño.

—Creo que sí. A este juego pueden jugar dos, ¿sabes? Tú has empezado y yo te secundo.

—Para mí no es un juego.

Ella le miró sin decir nada durante unos segundos. Los ojos habían comenzado a brillarle de manera extraña.

—Para mí tampoco.

A él se le aceleró la respiración al escuchar aquello.

—Pensé que te había asustado anoche con mi franqueza.

—Y lo hiciste. Me aterrorizaste. No lo esperaba. Fue... demasiado abrumador —respondió con un titubeo—. Pero luego, en la soledad de mi habitación me puse a pensar... —se interrumpió y dejó escapar un pequeño suspiro.

Till deseó que siguiera hablando, pero ella se echó sobre la toalla de espaldas y cerró los ojos. El sol impactó de lleno sobre su rostro iluminándolo por completo, y él se dio cuenta de varias cosas: de las finas líneas apenas perceptibles que se dibujaban en el extremo externo de sus ojos, de que justo en el pómulo derecho tenía un lunar diminuto con forma de corazón invertido, y de que sobre su barbilla había una pequeña y casi invisible cicatriz de un par de centímetros de largo.

Deseó besar todas y cada una de aquellas marcas.

A duras penas controló el impulso de hacerlo. Primero quería saber qué era lo que ella tenía que decir.

—Y si tú estás dispuesto a ir a por todas, pues... en fin... supongo que habrá que darte una oportunidad... y... y eso...

Él no pudo evitar que una carcajada escapase de su boca. Ella abrió los ojos y giró la cabeza con energía para mirarle. Se le habían oscurecido las mejillas, quizá de indignación, quizá de vergüenza... quizá por efecto del sol.

—Es una declaración de amor en toda regla, por lo que veo —dijo él burlesco.

—¿De amor? —bufó irritada— No me hagas reír, Landvik.

—Sí, y además, ¿no has oído eso?

Ella le miró sin comprender.

—Ese ruido —dijo él, traspasando el límite de su toalla para acabar en la de ella que, sorprendida, no se apartó.

—No sé a qué ruido te refieres. Yo no he oído nada.

—Sí, el ruido que ha provocado tu coraza al agrietarse cuando has admitido que tú también estás sintiendo algo por mí —susurró él acercándose más, de manera que sus cuerpos se rozaron.

—Yo no he dicho eso... —Izó las cejas, desdeñosa, pero había comenzado a jadear.

—Da igual —musitó—. Lo has pensado y con eso me basta.

Y entonces sí que la besó. Posó sus labios sobre los de ella, que se encontraban a una temperatura superior a la permitida para no afectar a su salud, y se sumergió en el beso que llevaba anhelando darle desde que había ido a recogerla al hotel.

Ella no se resistió. Le besó con la misma intensidad con que él lo hacía. Enroscó los brazos en torno a su cuello y se pegó a él sin pudor alguno. Y él la agarró con firmeza por la cintura con el brazo izquierdo, dejando que su mano derecha recorriese el suave contorno de su cuerpo, comenzando por la parte externa de su pecho, sus costillas, su talle y su cadera, maravillándose por la sedosidad de su piel y la firmeza de sus curvas. Inconscientemente o con premeditación, posó la palma de su mano sobre su vientre y la extendió, abarcándolo en su totalidad. Una singular sensación de calor le recorrió todo el cuerpo. Podía engañarse diciéndose que solo era debido al pasional beso, pero la realidad era otra. Ahí, justo ahí, dentro de ella, estaba creciendo *su* hijo.

Tana se retiró unos milímetros, interrumpiendo el beso, como si hubiera notado su cambio de actitud. Le miró perpleja.

—Cada segundo que pasa me sorprendes más, Till. No pensaba que fueras tan sentimental. —Bajó la vista y la clavó sobre la mano de él, que seguía en el mismo sitio, tocándola con posesividad.

—Cada segundo que pasa me sorprende a mí mismo, Tana —admitió algo reticente—. No pensaba que esto fuera a afectarme de esta manera. —Le presionó el abdomen y ella expelió un jadeo—. Es una locura, pero no puedo quitarme de la cabeza la imagen de mis hermanos con sus hijas...

—Son unos padres maravillosos —dijo ella volviendo a alzar la mirada.

—Lo son —dijo.

«Yo quiero eso. Quiero lo mismo que ellos tienen», pensó con ardor.

Su propio arrojó le sobresaltó. Trató de mostrarse relajado al darse cuenta de que ella le miraba. Todo iba demasiado deprisa y no deseaba espantarla ahora que parecía que había dado un paso en su dirección. Apartó la mano de su vientre con lentitud y la apoyó sobre su redondeada cadera.

—¿Sabes qué me apetece hacer ahora? —Cambió de tema.

—Guiándome por tu mirada... yo diría que quitarme el bikini y aprovecharme de mi indefensión —susurró ella contra su boca con coquetería.

—¿Indefensión? No me hagas reír —resopló—. Esa palabra es la que menos te describe del mundo... No obstante, gracias por darme ideas. Si no fuese por las personas que ahora mismo nos están mirando y pensando que soy el hombre con más suerte del mundo, lo haría sin dudarlo. —Se inclinó y depositó un beso en la comisura de sus labios antes de continuar—. Lo que de verdad quiero es que te vengas al agua conmigo. Déjame que te presente a mis amantes favoritas.

—¡Qué desilusión! Pensé que tu amante favorita era yo.

—Bueno... Ese puesto todavía tienes que ganártelo. Vamos a ver qué opinan ellas. —La besó otra vez.

—¿Ellas?

—Sí, las olas.

—No sé si voy a poder competir.

—Podrás... —murmuró él, besándola de nuevo. Sus labios eran un vicio—. Además, ya casi me tienes ganado, que lo sepas.

—¡Qué fácil eres! —Ella meneó la cabeza y le empujó con las manos del pecho para que se apartase. Él lo hizo, a duras penas—. A ver, preséntame a tus chicas. Pero nada de surf, de momento...

—Sin problema. Solos tú y yo...

Till se incorporó y tiró de ella con excesiva fuerza, de manera que su cuerpo terminó chocando contra el suyo. La rodeó con sus brazos, incapaz de no hacerlo. No podía dejar de tocarla, de sentirla contra su piel... Enterró la

cara en su cuello y aspiró hondo al tiempo que la acoplaba a la dureza de sus músculos. Su cercanía le emborrachaba...

—Eres como Loki —la escuchó murmurar.

Se apartó unos centímetros y la miró con perplejidad.

—¿Loki?

—Sí, el dios nórdico, astuto y granuja, con lengua de plata, capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa. Un bribón lleno de artimañas.

—Sí —repuso él pensativo con los ojos entornados—. Exactamente ese soy yo...

Y antes de que ella pudiera protestar la había levantado en volandas y comenzaba a andar hacia el mar, ignorando a algunos bañistas que los miraban sonriendo.

—Eres un crío. —Su voz sonaba seca, pero su boca mostraba una sonrisa condescendiente, y no hacía ningún esfuerzo por liberarse de su estrecho abrazo.

—Loki, un crío... —dijo en voz baja sin detenerse. En solo dos zancadas había alcanzado la orilla—. Yo soy lo que tú quieras... —concluyó, adentrándose en el agua y mirándola a los ojos con calidez.

Ella soltó una carcajada y se abrazó a él con más fuerza.

* * *

Había algún tipo de celebración abajo, en la piscina. Quizá una boda. La música llegaba hasta la habitación con toda claridad a través del balcón abierto. Tana, que llevaba un rato despierta, se levantó de la cama y cogió la primera prenda de ropa que encontró. Se la puso y, sin encender la luz, se dirigió a la terraza. Miró por encima del hombro. La silueta de Till apenas cubierta por la sábana permanecía inmóvil sobre el colchón.

Abrió la puerta de madera y salió al exterior. Una agradable brisa y un cielo cubierto de estrellas la recibieron. Se apoyó sobre la barandilla y contempló la escena con interés. En efecto, era una boda. La pareja de novios bailaba en apretado abrazo junto al borde de la piscina. Y unos cuantos invitados los imitaban un poco más lejos. Al fondo, sobre un improvisado tablado, se situaban los músicos: un trío compuesto por un cantante, un pianista y un guitarrista. Tocaban una canción melódica y lenta, y la voz que cantaba era aterciopelada.

Se quedó mirando a la pareja con fascinación, siguiendo sus movimientos mientras se mecían al compás de la música. De vez en cuando la novia levantaba la cabeza, que tenía apoyada sobre el hombro del novio, y prendía los ojos llenos de arrobamiento en los de él, que correspondía de igual manera. Luego se besaban con mucha suavidad antes de seguir bailando.

Tana se sintió como si fuera una intrusa, observando la felicidad de aquellos desconocidos como una espía indiscreta. El momento le pareció tan íntimo y profundo que estuvo a punto de darse la vuelta y retirarse a la habitación, pero lo único que hizo fue apartar la mirada y dirigirla hacia la inmensidad del océano, que se presentaba oscuro y tranquilo.

Reflexionó sobre las últimas horas y sobre el hombre que ahora dormía en su cama...

¡Era una locura! Una completa locura.

Todo lo que estaba sucediendo era un disparate. Una insensatez. Y aun así, si tuviera que volver a repetir ese día, haría exactamente lo mismo que había hecho, una y otra vez, sin arrepentirse de nada. Por primera vez en su vida se estaba dejando llevar, sin pensar demasiado en el mañana. Y las consecuencias de esa decisión estaban resultando ser... perfectas.

Se abrazó a sí misma y rememoró el maravilloso día que habían pasado en la playa. Era aterrador y al mismo tiempo delicioso cómo él sabía con exactitud qué decir y de qué manera comportarse en cada momento para tenerla comiendo de su mano. Habían intercambiado besos y caricias en el agua y en la arena y después en el restaurante. Habían bromeado, se habían reído e incluso habían discutido sin demasiada vehemencia por tonterías. Se había descubierto contemplándole con admiración en más de una ocasión, y deseando que esos días que les restaban de estar juntos fuesen muchos más. Cada vez que él se reía o la miraba de modo socarrón, ella hiperventilaba. No deseaba admitirlo, pero ese hombre se le estaba metiendo poco a poco bajo la piel.

¡Till Landvik metiéndosele bajo la piel! Había pensado que era más probable que el infierno se helase, y, sin embargo, ahí estaba la prueba... en forma de temblor cada vez que le miraba.

Había estado claro desde el primer momento que esa noche iban a acabar en la cama. Ambos lo habían sabido. Y cuando, después de la cena,

llegó el momento de despedirse en la puerta del hotel, no hubo necesidad de palabras. Ninguno de los dos dijo nada. Se habían limitado a subir juntos la escalera y habían terminado en su habitación, desnudándose primero con los ojos y posteriormente con las manos.

Se estremeció al recordar cómo la había besado por todas partes, sin olvidar ni un solo milímetro de su piel. Cómo la había acariciado con fervor y con una reverencia increíbles, como si su cuerpo fuera algo precioso y de gran valor. Y cómo se había echado sobre ella, sin dejar de besarla, para poseerla de una manera diferente a como jamás la había poseído nadie. ¡Dios! Solo de pensarlo se le erizaba el vello de todo el cuerpo. Sintió el calor subiendo desde su vientre hasta su garganta y se llevó una mano al cuello, donde pudo sentir su pulso acelerado.

«Te estás enamorando de él», se manifestó su conciencia.

¡No!

Eso era del todo imposible. Ella jamás iba a poder enamorarse de alguien como Till. No. Ese hombre no era para ella. Estaba encaprichada y nada más. Eso era todo. El que estuviera viviendo toda aquella situación con tanta intensidad se debía sin duda a su embarazo y a que sus hormonas estaban descontroladas. Eso era.

—Es nuestra canción. —La voz de él a su espalda la sobresaltó. Sus manos fuertes la agarraron por el talle y se introdujeron por debajo de la camiseta que ella llevaba, abrasándola con su tacto áspero.

Respiró hondo y tragó saliva con rapidez antes de darse la vuelta y encararse con él. La visión que se presentó ante sus ojos hizo que le flojearan las rodillas. Solo llevaba sus bóxers y nada más. Su pecho desnudo, la melena suelta y sus ojos que la miraban somnolientos fueron demasiado para ella, que se encontraba con la guardia baja.

«Son las hormonas», se recordó a sí misma, y se giró de nuevo para no tener que verle, intentando recuperar su aplomo.

—¿Nuestra canción? ¿Nosotros tenemos una canción? —le preguntó, desconcertada.

—Claro. ¿No lo recuerdas? En la boda de Cas y Eli, cuando bailamos. —La agarró con más firmeza por la cintura y la pegó a él. Luego apoyó la barbilla sobre su hombro derecho.

—No me acuerdo.

—Eres la antítesis del romanticismo. Escucha —musitó.

Y ella lo hizo. No se había dado cuenta antes, pero el grupo estaba tocando una versión algo más moderna de *We've Got Tonight* de Bob Seger. El vago recuerdo del baile que habían compartido hacía meses, aquella noche en el jardín, acudió a su cabeza. Sí, esa había sido la canción.

*“...Deep in my soul, I've been so lonely
All of my hopes, fading away
I've longed for love, like everyone else does
I know I'll keep searching, even after today
So there it is girl, I've said it all now
And here we are babe, what do you say?
We've got tonight, who needs tomorrow?
We've got tonight babe
Why don't you stay?...”*

Siguió la letra y no pudo evitar conmoverse al traducirla mentalmente. Era tan acertada... tan ellos... tan adecuada a su situación...

¡Mierda! Agito la cabeza con energía. No solía ser tan sentimental, pero la presencia de ese hombre imponente a su espalda, cuyo aliento cálido podía sentir sobre su mejilla, tampoco ayudaba demasiado a que pudiera recuperar su sangre fría.

Carraspeó con ligereza.

—La letra es súper ñoña —dijo.

—Sí, es súper ñoña —le susurró él al oído, sin dejarse impresionar demasiado por su indiferencia—. Escúchala hasta el final.

Ella no dijo nada. Con los nervios a flor de piel e incapaz de pensar con demasiada claridad, dejó que los acordes la envolviesen. Entonces, cuando pensaba que la situación no podía ir a peor, sintió las manos de él descendiendo lentamente y posándose sobre su vientre... otra vez. Su calor la traspasó y le provocó un hormigueo que se extendió por todo su cuerpo. No

sabía si él era consciente de lo que hacía. Pero ese gesto le resultaba muy íntimo y cercano.

Demasiado íntimo y cercano.

La noche estrellada, la suave brisa, la pareja de novios bailando junto a la piscina, las manos de él posadas sobre su abdomen y esa canción que al parecer era *su* canción flotando en el ambiente, hicieron que le ardieran los ojos. Con la respiración contenida, esperó a que terminase la maldita canción. Pero parecía durar años...

«¡Jodidas hormonas!»

Pero en el fondo sabía que no era solo eso.

—Te libero de la ñoñería —dijo él con sarcasmo, soltándola. La tomó del brazo y la obligó a girarse—. ¿Estás bien, Tana? —inquirió receloso. Ella trató de permanecer impasible.

—Estoy bien.

Él frunció el ceño. No la creía, claro. Le levantó la barbilla con los nudillos y le recorrió el rostro con preocupación. Parecía a punto de protestar, pero no dijo nada. Se limitó a observarla en silencio por espacio de unos segundos. Luego la cogió de la mano y tiró de ella.

—Vamos a la cama.

Y ella le siguió, aliviada por que él no hubiera seguido insistiendo. Tenía las emociones disparadas y no hubiese sido necesario demasiado para hacer que todo eso que estaba sintiendo se desbordara, de una forma u otra.

Y la odiosa canción seguía sin acabarse.

—¿Vamos a echar otro polvo? —preguntó sin delicadeza alguna cuando él se detuvo junto al lecho, utilizando su grosería como un mecanismo de defensa.

Él se giró y la miró. Se encogió de hombros, como si sus palabras no le importasen gran cosa.

—Yo, esta noche, lo que quiero es hacerte el amor..., pero llámalo polvo si eso te hace sentir más cómoda... —Luego se inclinó y acercó la boca a la suya. La cascada de su rubio cabello le cayó por encima del hombro, cubriendo las mejillas de ambos.

Ella sintió su agitada respiración sobre sus labios. Till era

asquerosamente perfecto; siempre sabía qué decir para tocar sus fibras más sensibles. Era imposible resistirse. Bajó los párpados y la letra del final de la canción llegó hasta ella. Alguien tenía que haber pedido que la repitieran, porque no recordaba que durase tanto...

*“... I know it's late, I know you're weary
I know your plans don't include me
Still here we are, both of us lonely
Both of us lonely...
We've got tonight, who needs tomorrow?
Let's make it last, let's find a way
Turn out the lights, come take my hand
We've got tonight babe
Why don't you stay?
Oh oh oh, why don't you stay?...”*

¡Maldito Bob Seger! ¡Maldito Till Landvik y maldito comentario! *Hacer el amor*, había dicho... Los últimos acordes seguían sonando en su cabeza cuando, con emociones encontradas y más insegura de lo que se había sentido jamás, le miró con insistencia.

—¿A qué esperas...? —musitó titubeante.

Y él no esperó más. Se inclinó y posó los labios sobre los suyos. Y ella se dejó arrastrar por su beso, su abrazo, sus caricias y por todo lo que vino después.

Capítulo Veintisiete

Se miró el reloj con impaciencia. Tana no tardaría en llegar a su casa, como habían convenido esa mañana, y a él todavía le quedaba más de una hora para poder marcharse. A veces las cosas no salían como uno las había previsto. Eso estaba claro. Su semana de asueto se había visto acortada debido a un pequeño accidente que había sufrido Amaya.

A la mierda sus minivacaciones con Tana. Resopló exasperado.

En cuanto había sonado el teléfono y vio el nombre de su socia en la pantalla, supo que algo no andaba bien. Amaya jamás le molestaría al amanecer y menos sabiendo que no estaba solo. Se había dislocado una muñeca al caerse de una silla mientras colocaba unas tablas en la parte superior de un soporte. El médico le había inmovilizado el brazo y le recomendó que no lo moviera en varios días. Así que, y sintiéndolo mucho, se había visto en la obligación de llamarle para que él se ocupara de las clases que ya estaban pagadas por adelantado. Lo peor de todo era que las clases de Amaya no eran en la playa de la escuela, sino en otro pueblo a unos treinta kilómetros de distancia. Dado que tenían acuerdos con diferentes hoteles de la zona, a veces les tocaba desplazarse para impartir la instrucción en alguna de las playas cercanas.

Mientras esperaba a que llegase el último grupo de alumnos, sentado sobre una toalla junto a su tabla, sus pensamientos se movieron en la única dirección posible: Tana. Se preguntó qué habría hecho durante todo el día. Cuando se habían despedido aquella mañana, ella le había dicho que iba a hacer turismo por el pueblo. Habían quedado en verse por la tarde, en su casa. Él le había escrito la dirección en un papel y le había dicho dónde guardaba una llave para que ella pudiera acceder al interior de la vivienda y esperarle.

—Tana... —susurró.

Solo pronunciar su nombre en voz alta le provocó un cosquilleo en la parte baja del abdomen. Jamás hubiera pensado que en ese breve espacio de tiempo pudiese sentir algo tan fuerte por alguien. Jamás.

«No te engañes, Till. ¿Breve espacio de tiempo? Llevas meses pensando en ella. Desde la primera vez no has podido arrancártela de la cabeza. Admítelo. Te has pasado la mitad de las noches embobado frente a sus fotos de Instagram».

El deseo físico había estado presente desde la boda, pero su encuentro en Alemania había hecho que la mera atracción sexual se convirtiera en otra cosa que había ido a más... a mucho más..., y esos días con ella solo habían conseguido reafirmar lo que llevaba tiempo sintiendo.

Se estaba enamorando de ella.

Poco a poco.

Sin remedio.

Recordó la escena de la noche anterior, cuando había despertado para encontrar su ausencia en la cama que acababan de compartir. La había descubierto en la penumbra del balcón, envuelta en su camiseta y apenas iluminada por la tenue luz de las estrellas, mientras sonaban los acordes de la canción de Bob Seger. No había podido resistirse, había tenido que unirse a ella y abrazarla. Tana había reaccionado como siempre, mostrándose arisca, como cada vez que las cosas se ponían serias; pero él ya no se dejaba engañar por sus demostraciones de fingida indiferencia. Bajo ese duro caparazón, ella era más frágil de lo que aparentaba; y tenía muy claro que también sentía algo por él aunque le costase admitirlo.

Y a esos sentimientos tan desconocidos para ambos se sumaba la increíble sensación de saber que había algo mucho más importante que iba a unirlos todavía más en el futuro.

Gott! ¡Iban a tener un hijo!

Debería estar aterrorizado. Sí, debería.

Apoyó los codos en las rodillas y clavó los ojos en las olas, dejando que su mirada se perdiese en ellas. Al cabo de unos instantes de observarlas sin verlas, su hipnótico vaivén le mostró una difuminada visión de sí mismo a horcajadas sobre su tabla de surf, con un niño sentado justo delante de él. Mientras las olas los mecían con suavidad, él le explicaba cuál era la mejor manera de abordarlas. El niño, que era su viva imagen, rubio y con ojos claros, le escuchaba fascinado, como solo un hijo de corta edad puede escuchar a un padre...

—Hola, Till.

La voz a su espalda le sobresaltó e hizo que la escena que había conjurado se desvaneciera en el aire. Se incorporó con rapidez y antes de que hubiera podido darse la vuelta ya sintió los femeninos brazos en torno a su cuello.

Scheisse! Con eso sí que no había contado.

—Eh —murmuró Susan cerca de su oído—. No he sabido nada de ti en varios días.

Él se zafó del abrazo con toda la diplomacia de la que fue capaz y respondió con vaguedad:

—He estado liado. No sabía que te habías apuntado a esta clase.

Los otros integrantes del grupo, tres chicas y dos muchachos jovencitos, a los que ya había visto alguna vez con anterioridad, aguardaban a algo de distancia. No se habían acercado, como si sospechasen que entre él y Susan había cierta intimidad.

—La he cambiado esta mañana cuando me he enterado de que la ibas a impartir tú. He llamado a Amaya —dijo ella con el ceño fruncido. No parecía haberle gustado demasiado que él la rechazara.

Till suspiró. La culpa era suya. No había sido demasiado honesto. Mejor dicho, no había sido nada con ella. Desde la llegada de Tana se había olvidado por completo de su existencia.

—Mira, Susan —comenzó en voz baja para que los demás no pudieran escucharle—. Las cosas han cambiado. Esa mujer que vino a buscarme hace unas noches... —vaciló sin saber muy bien cómo proseguir.

—¿Esa morena bajita? —preguntó ella con un ligero tinte de desprecio en la voz.

—Es mi pareja —soltó él a bocajarro con dureza. No le gustó nada el desdén que habían desprendido las palabras de Susan al referirse a Tana.

Ella frunció el ceño, pero no dijo nada. Tampoco dio muestra de estar sorprendida, se limitó a apretar los labios.

—Pues muy bien —dijo—. Fabuloso. Me alegro por ti —añadió con una sonrisa algo fría y tirante que no alcanzó sus ojos.

Till se la quedó mirando con pesar. Parecía bastante dolida aunque se

esforzara por disimularlo. Si bien solo se habían acostado un par de veces y desde el primer momento había estado claro que era solo sexo, su reacción le llevaba a pensar que quizá ella se había hecho ilusiones o había creído que tenía algún derecho sobre él. Nada más lejos de la realidad.

—Muy bien —murmuró, dando un paso atrás y apartándose de ella. No tenía tiempo de andar tratándola con guantes de terciopelo. Quería terminar aquella clase cuanto antes e irse a casa, donde otra mujer, una que sí le importaba, le estaba esperando—. Vamos a comenzar.

Se alejó en dirección al grupito que los miraba con curiosidad. De reojo se percató de que Susan no le seguía. Se había dejado caer sobre la toalla que él había ocupado antes y tenía una mueca hosca en la cara.

En fin, ella misma, pensó, ignorándola.

* * *

El taxi se detuvo frente al pequeño bungalow blanco. Tana miró por la ventanilla con interés antes de bajarse del vehículo. Till había tenido razón en una cosa, la casita estaba apartada del mundo, en medio del desierto. Rodeada por palmeras y cactus gigantes parecía el fotograma de una película. A unos diez kilómetros del pueblo, solo se podía acceder a ella atravesando una carretera de tierra llena de socavones. Volvió a sentir cómo las náuseas la invadían. Se apresuró en pagar al taxista, un simpático mexicano que había intentado darle conversación durante el trayecto, mientras ella trataba de no vomitar en el asiento. Los baches no habían sido una gran ayuda para su revuelto estómago, la verdad.

La nube de polvo que levantaron los neumáticos del coche al alejarse la envolvió y le hizo toser. La tos le provocó una arcada y terminó doblada sobre sí misma mientras los espasmos le recorrían el cuerpo. ¡Mierda! No había ingerido alimento alguno, por lo que no pudo vomitar nada más que bilis. Con la frente perlada por un sudor frío, se incorporó y dio unos pasos vacilantes hasta que pudo apoyar la espalda contra la pared de la casa. Respiró hondo tratando de recuperarse. Esas malditas náuseas la dejaban exhausta. Se mantuvo así por espacio de unos minutos. Poco a poco, el malestar fue desapareciendo, y ella comenzó a ser más consciente de su entorno.

La casita, encalada en blanco y con puertas y ventanas de madera pintadas de azul, era una edificación de una sola planta. Un rudimentario

porche de madera sin tratar, bajo el que ella se encontraba, ofrecía algo de sombra. La única sombra, al parecer. El bungaló se encontraba en medio de la nada, como había percibido antes de bajarse del taxi. A lo lejos, detrás de kilómetros de terreno desértico, se podía ver el azul del mar. No había otros edificios ni nada que delatara presencia humana cerca.

—Por favor... Till, ¿qué haces viviendo aquí en el fin del mundo? —murmuró, meneando la cabeza.

No podía negar que tenía encanto, esa casita en medio del desierto rodeada de cactus, y a lo lejos el mar..., pero encanto de revista. Una cosa era ver algo así en fotos, otra cosa era aguantar allí más de un par de días. Se sacó el móvil del bolsillo y, como había temido, la cobertura era mínima. Apenas una rayita que aparecía y desaparecía si se movía. ¡Fantástico!

Se dirigió a la maceta de color verde al lado de la puerta y la levantó. Debajo estaba la llave de acceso a la vivienda, como Till le había dicho. Abrió la puerta y entró. Una habitación amueblada espartanamente la recibió. Todo estaba decorado —lo poco que había— en tonos blancos y azules. Paredes encaladas y desnudas, suelo de losetas claras, sofá azul, mesa y sillas de madera pintadas en azul más claro. Incluso los muebles de la cocina eran de un peculiar tono turquesa. Una puerta a la derecha llevaba al dormitorio, que solo contenía una enorme cama de matrimonio y una mesilla diminuta. Sobre la cama colgaba una fotografía enmarcada de Till surfeando. Era lo único que parecía pertenecerle, en realidad. Todo lo demás tenía un aspecto impersonal de apartamento de alquiler.

Tana abandonó el dormitorio y volvió a dirigirse al salón. Al fondo, una puerta acristalada cubierta por cortinas blancas conducía a la parte trasera de la vivienda. La abrió para encontrarse con más de lo mismo: kilómetros de desierto y en la distancia la silueta de una cordillera. Bajó el escalón que la separaba del terreno y examinó la escalera de cemento que había a la izquierda, pegada a la fachada. Parecía conducir al tejado. Intrigada, la subió. Así era, llevaba a una especie de solárium en el que no había más que una sombrilla roja desplegada y una tumbona. Sorprendida por la escasez de enseres, se acercó al murete, se acodó sobre él y disfrutó de las vistas. Al menos el paisaje sí que era espectacular. El sol se ponía lentamente, haciendo que las sombras de los cactus se alargasen, convirtiendo la escena en algo mágico. El contraste del desierto con el océano a lo lejos era extraño y precioso a la vez. En algún sitio había leído que las ballenas grises se

acercaban hasta esa costa para aparearse y tener sus crías, pero eso sucedía a partir de diciembre. No era la época correcta.

¿Dónde estaría ella en diciembre?, se preguntó con melancolía. Sola, en Madrid. ¿Y Till? ¿Solo? ¿En México? Al pensar en él y en el futuro fue presa de una inexplicable sensación parecida al anhelo.

«¡Qué tonta eres, Tana!», se dijo en silencio, frotándose los brazos y alzando la mirada al cielo que cambiaba de color con lentitud. No solía dejarse llevar por la melancolía ni la tristeza. Era práctica y segura de sí misma, pero parecía que ese viaje a México le estaba mostrando facetas de su personalidad que ella no había pensado que poseía.

En ese instante, un fuerte calambre en el abdomen la dejó sin respiración. Emitió un lamento ahogado y se agarró con fuerza a la baranda de piedra. ¡Qué doloroso! Cogió aire un par de veces tratando de recuperar la calma, pero un nuevo calambre la sacudió, dejándola consumida.

—¡Oh Dios! —murmuró, y un pequeño sollozo le emergió de la garganta. ¿Qué narices era aquello? Dolía horrores. Instintivamente se llevó la mano al vientre y presionó con suavidad.

Y entonces sintió la humedad entre las piernas. Bajó la mirada y con alarma comprobó que había gotas de sangre oscura en el suelo justo debajo de ella. Se levantó la falda frenéticamente y al ver sus muslos manchados de rojo soltó un grito estrangulado.

Miró a su alrededor llena de angustia. Todavía no se había recuperado cuando un fuerte pinchazo en la zona lumbar le provocó un dolor profundo, haciendo que le fallaran las piernas. Cayó de rodillas al suelo. Los espasmos comenzaron a sucederse cada vez con más frecuencia e, impotente y horrorizada, advirtió que la hemorragia aumentaba y las gotas del suelo se extendían. Se sujetó el vientre, como si de aquella manera pudiera parar la sangre que le brotaba de entre las piernas.

Hacía años había tenido un cólico nefrítico y recordaba el dolor como algo espantoso, parecido al que estaba sintiendo en esos momentos; cada sacudida era como si le clavasen un puñal en las entrañas. Pero aquello no era un cólico nefrítico.

Estaba teniendo un aborto.

¡No, no, no!

Consiguió sacarse el móvil del bolsillo de la falda. Buscó su número y le llamó. Solo dos tonos después la llamada fue rechazada. Con la mirada turbia clavada en la pantalla del teléfono, volvió a intentarlo. Respiraba con dificultad y de manera superficial, tratando de minimizar el dolor. En vano, por supuesto. Los calambres eran horribles.

La llamada fue rechazada de nuevo. Frustrada, reparó en que la barra de cobertura acababa de desaparecer.

«¿Por qué? ¿Por qué?», se preguntó en silencio, consternada.

Se arrastró unos metros por el suelo, de rodillas, agarrando el móvil con firmeza. Volvió a mirar la pantalla con los ojos empañados por las lágrimas. La cobertura era mejor allí.

Volvió a llamarle.

«Till, por Dios, contesta... No rechaces la llamada», rogó.

Pero ese Dios al que ella acababa de dirigirse no pareció escuchar su súplica. Till colgó de nuevo. Exhausta, apoyó la frente en el suelo y dejó escapar un quejido ronco y profundo. Volvió a pulsar el botón de llamada. Al segundo tono escuchó un clic, que hizo que le embargara un profundo alivio.

—No molestes más —dijo una enfadada voz de mujer en inglés—. Till está ocupado y no puede atenderte ahora. Haz el favor de no ser tan pesada y deja a mi novio en paz.

La sorpresa hizo que se quedase petrificada. Antes de que hubiera podido decir nada, la otra ya había colgado. Su capacidad de reacción regresó solo unos segundos después. Volvió a marcar y de nuevo fue rechazada. Gritó con una voz en la que se entremezclaban el dolor y la furia.

¡Maldita zorra! ¡Maldito Till! ¡Maldito todo!

Incapaz de pensar con coherencia y con los dientes apretados, se incorporó agarrándose al muro de piedra, ignorando los calambres que seguían recorriendo su vientre. Lo consiguió a duras penas. Estaba empapada en sudor y le temblaba todo el cuerpo, pero la indignación que sentía en ese momento le hizo sacar fuerzas de flaqueza. Trató de centrarse y recordar el número de emergencias. Era el novecientos once, ¿no? Estaba a punto de marcarlo cuando una nueva sacudida, más fuerte que las anteriores, hizo que se tensara y que se le agarrotaran las manos, con tan mala suerte que el móvil se le deslizó de entre los dedos. Impotente, lo vio caer abajo y golpear contra

los escalones de cemento, rompiéndose en dos pedazos.

—¡Nooo! —El monosílabo brotó de su garganta en una mezcla de jadeo y grito, interrumpiendo el silencio del atardecer.

Gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas al comprender lo desesperado de su situación. Sola, a kilómetros de distancia del ser humano más cercano y sin opciones de poder comunicarse con nadie...

Sangrando...

Gruñó como un animal y se aferró con fuerza al muro. Una fiera determinación había aparecido en sus ojos. Sudando profusamente, comenzó a dar un paso tras otro, dirigiéndose hacia la escalera.

Un rastro de oscuras gotas de sangre la seguía.

Capítulo Veintiocho

Los faros del coche iluminaron la casita. Una arruga se le formó entre las cejas al percatarse de que no había ninguna luz encendida. Le pareció muy raro. Ya había anochecido. Aparcó justo frente a la puerta y apagó el motor. Descendió del vehículo con rapidez y entró en la casa. Solo había silencio y oscuridad.

—¿Tana? —llamó.

No obtuvo respuesta.

—¿Tana? —volvió a insistir.

Nada.

Encendió la luz y echó un vistazo a su alrededor. Todo estaba igual que como lo había dejado aquella mañana cuando había ido a ducharse. Miró en el dormitorio y en el baño. Ni rastro de su presencia. Nada indicaba que Tana hubiera pasado por allí. Se sacó el móvil de los vaqueros y la llamó, pero el aparato estaba apagado.

—*Scheisse!*

No lo entendía. Cuando habló con ella a mediodía, le había confirmado sin ningún atisbo de duda que iba a estar allí. Quizá sí que había estado y se había marchado cansada de esperarle, reflexionó. Se miró el reloj. Era cierto que llegaba con más de una hora de retraso, pero ya le había advertido que eso podía suceder. No tenía sentido que se hubiera ido, ¿no?

Dio la luz del porche y abandonó la casa. Se acercó a la maceta y la levantó. La llave había desaparecido. Pasándose una mano con nerviosismo por el pelo, rodeó la edificación y accedió a la parte trasera. Tampoco allí había ningún indicio de ella. Todo estaba tranquilo y solitario como de costumbre. Estaba a punto de volver a la parte delantera cuando algo llamó su atención; en el suelo, al pie de la escalera que conducía al solárium, había algunos objetos oscuros. Se acercó y se agachó para averiguar de qué se trataba.

¡Eran las partes de un móvil! ¡El móvil de Tana!

La carcasa estaba separada de la batería y la pantalla mostraba una grieta en el cristal. Cogió ambos trozos y trató de ensamblarlos, pero alguna pieza debía de haberse doblado porque no encajaban. Se incorporó y se lo guardó en el bolsillo. Frunciendo el ceño, alzó la vista y la posó sobre la azotea. Era más que probable que a Tana se le hubiera caído el aparato desde allí. ¡Joder! ¿Cómo narices había llamado a un taxi para que la recogiera si su móvil había muerto?

Asaltado por un mal presentimiento, subió las escaleras de cemento a toda velocidad. Allí arriba no había luz, así que se sirvió de la pantalla de su móvil para alumbrarse. Ni rastro de Tana. Dejó escapar un suspiro desencantado. Por un instante había querido creer que quizá ella se hubiese quedado dormida en la tumbona, y que a lo mejor no había oído cómo la llamaba.

El haz de luz del teléfono iluminó unas manchas oscuras en el suelo. Se acercó con curiosidad para ver de qué podía tratarse. Se puso en cuclillas y enfocó la zona directamente. Había un pequeño charquito rodeado por varias gotas de color pardo. Parecía húmedo. Acercó los dedos y lo tocó. Sí, no estaba seco. Se frotó el índice y el pulgar, mirándolos con interés.

El reconocimiento de lo que era aquella sustancia le golpeó con fuerza y le hizo dar un respingo. ¡Sangre! ¡Era sangre! Se puso de pie con precipitación y alumbró todo el suelo de la azotea, con frenesí. Sintió cómo se le erizaban los pelos de la nuca según iba hallando más y más gotas.

¡¿Qué demonios había pasado allí?!

¡Dios! ¡Tana!

Comenzó a respirar con dificultad. El rastro de sangre conducía a las escaleras. ¡Joder! ¿Cómo no lo había visto antes? Lo siguió con premura, agarrando el móvil con fuerza. Las gotas llegaban hasta abajo; la última de ellas, al menos la última visible, se encontraba a unos metros de la casa. La escabrosidad del terreno y el suelo de tierra oscura hacían imposible distinguir más. Soltó un exabrupto rabioso. Totalmente desconcertado y lleno de pánico comenzó a andar en círculos, alumbrando la zona, tratando de ver más allá de sus narices, lo cual era imposible con la tenue luz que desprendía el móvil.

Casi tropezando en su precipitación por llegar al coche, abrió el

maletero y buscó la linterna que solía llevar allí. La sacó y la encendió. Un potente haz de luz iluminó el suelo a sus pies. Lo enfocó hacia el área donde había visto la sangre y buscó más señales. Notaba cómo una vena había empezado a palparle furiosa en la sien y tenía la mandíbula tan tensa que comenzaba a dolerle.

Hasta el momento no había sido capaz de razonar con lógica. Una niebla oscura parecía haber ocupado la parte pensante de su cerebro, pero poco a poco esta se iba despejando y, mientras trataba de encontrar más indicios, una idea comenzó a tomar forma en su cabeza.

¿Y si alguien había ido allí con ánimo de robar y al encontrarla la había atacado y la había dejado herida? Y ella, incapaz de pedir ayuda porque su teléfono se había roto, se había marchado a pie tratando de encontrar auxilio en alguna parte...

No. No terminaba de encajar.

¿Quién narices iba a haber ido hasta allí, hasta su casa, y para qué? No tenía nada de valor, absolutamente nada. Y todo el mundo en la zona lo sabía. Si alguien quisiese robar, lo haría en los hoteles o en alguna de las urbanizaciones grandes del otro lado de la meseta, no allí, en medio de la nada.

¿Y si ella misma se había resbalado y se había herido? Y al tratar de llamar a emergencias se le había caído el móvil de la azotea...

No. Demasiada sangre. En el solárium no había nada puntiagudo que pudiera haber provocado una herida. Aunque quizá se había golpeado la cabeza...

Resopló al darse cuenta de que ya se había alejado bastante de la casa y no había visto más gotas. Enfocó la linterna en todas direcciones y comenzó a gritar su nombre con desesperación.

—¡Tana! ¡Tana!

Pero solo el silencio le respondió.

Verdammt! Gruñó de manera salvaje antes de meterse la mano en el bolsillo y volver a sacar el móvil. Quizá ella, antes de que su móvil se hubiera hecho añicos, le había dejado algún mensaje o le había llamado, aunque no había visto ninguna llamada perdida. No obstante lo desbloqueó y buscó en el listado. Su corazón se saltó un par de latidos al darse cuenta de que sí

aparecía su nombre. ¡Llamadas rechazadas! E incluso una aceptada de quince segundos de duración. Todas ellas de hacía una hora aproximadamente.

¿Cómo era eso posible? ¿Quién cojones había contestado su móvil? Arrugó la frente. Él había estado en el agua con el grupo de alumnos y había dejado el aparato en la mochila, en la arena, como siempre.

El nombre acudió a su cabeza como un fogonazo.

Susan.

Después de la pequeña confrontación, Susan no había querido meterse en el agua con los demás aduciendo que no se encontraba bien, y se había quedado en la toalla al lado de sus cosas. ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Qué narices le habría dicho a Tana? ¿Y quién cojones se había creído que era para contestar su teléfono? Rugió furioso.

«Cálmate. Ahora no importa lo que Susan le haya podido decir. Ahora lo importante es encontrarla. Tienes que mantener la sangre fría».

Perder los nervios no le iba a ayudar demasiado. Respiró hondo y trató de serenarse. Con la mano algo temblorosa, marcó el número de su hotel. Quizá hubiera regresado de alguna manera. Pero unos minutos después esa tonta teoría se caía por los suelos. El recepcionista le informó de que ella no había aparecido por allí. La llave de su habitación estaba en el casillero.

—Dios Santo, Tana... ¿qué es lo que ha pasado? —susurró con angustia, escudriñando la negrura de la noche. Pensar que ella podía estar por ahí, perdida en el desierto, a oscuras y herida, le hacía querer gritar.

El móvil comenzó a sonar en su mano, sobresaltándole. Miró la pantalla y vio el nombre de su vecino más cercano, Tom. Vivía con su mujer y sus dos hijos en una casita similar a la suya a unos tres kilómetros de distancia.

—Dime, Tom —respondió con impaciencia. No tenía tiempo para conversaciones banales.

—Till, te llamo para decirte que estamos en el hospital con tu amiga.

El corazón le dio un vuelco al escuchar aquello.

—¿Está bien? —gritó, aferrando el móvil con fuerza mientras echaba a correr hacia su coche.

—No lo sabemos. Estamos en la sala de espera. Íbamos camino de

casa cuando nos la hemos encontrado andando por la carretera que baja al pueblo. Estaba sangrando y se ha desmayado. Lo único que ha podido decirnos antes de perder el conocimiento es que te conocía.

—¿En qué hospital estáis? —Mientras preguntaba esto ya había arrancado y levantaba una espesa nube de polvo con los neumáticos.

—En el del pueblo.

Till no dijo más, colgó, arrojó el móvil al asiento del pasajero y enfiló hacia la carretera con rapidez. Las ruedas derraparon en la irregular superficie en un par de ocasiones, pero no aminoró la velocidad. Por el contrario, pisó el acelerador y condujo como un loco durante todo el trayecto, saliéndose de la rústica calzada varias veces.

—Por favor, que esté bien... Por favor, que esté bien —repetía en voz baja todo el tiempo, como si fuera una letanía.

Diez minutos después llegaba a la calle donde se encontraba el hospital. El edificio de dos plantas era diminuto, casi no podía considerársele un hospital de verdad, más bien un centro de salud de barrio, pero disponía de servicio de urgencias y de especialidades como pudo leer en la fachada al aparcar frente a la puerta junto a la camioneta de Tom. Apenas si había tenido tiempo de bajarse del vehículo, cuando el mismo Tom le salió al encuentro.

—Hola, Till —le saludó.

—¿Sabéis algo? ¿Os han dicho algo? —inquirió nervioso, atravesando las puertas de cristal que llevaban a la recepción a toda prisa.

—No. No sabemos nada. Solo lo que te he dicho por teléfono.

—Disculpe —se dirigió a la enfermera que había tras el mostrador—. Han traído a una mujer hace un rato y quisiera saber cómo se encuentra. Su nombre es Cayetana Martínez.

—¿Es usted un familiar? —le preguntó sin levantar la vista de la pantalla del ordenador.

—Es mi pareja —contestó con exasperación. ¿Qué más daba lo que fuese? ¿Acaso no entendía que necesitaba saber si estaba bien?

—Ahora mismo está siendo atendida. Aguarde en la sala de espera y el doctor no tardará en ir a verle —repuso con toda la tranquilidad del mundo.

—Pero ¿está bien? —casi gritó.

—Aguarde en la sala de espera y el doctor no tardará en ir a verle — repitió con algo de impaciencia.

Till apretó los labios y contuvo el taco que había estado a punto de soltar. Se dio la vuelta con brusquedad.

—Ven —le dijo Tom, apoyándole la mano en el brazo—. Marta está en la sala de espera con los niños.

Se dejó guiar poco convencido, lanzándole una mirada cargada de reproche a la enfermera.

Marta se levantó cuando los vio aparecer por la puerta. Se acercó a él y le dio un abrazo. Sus dos hijos, Tom y Samuel estaban sentados en el suelo y jugaban con unos coches de plástico. No había nadie más en la sala.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Yo estoy bien. ¿Qué es lo que ha pasado?

Ella suspiró.

—Como te ha dicho Tom, íbamos camino de casa y poco antes del desvío nos la encontramos andando por la carretera. La verdad, casi ni la vimos. Ya había anochecido. Fue Samuel el que la vio y nos avisó. Paramos el coche y la recogimos. Estaba empapada en sudor y no tardó en perder el conocimiento. Yo creo que estaba en estado de shock... Dijo tu nombre un par de veces, por eso te llamamos en cuanto llegamos.

—Tom dice que estaba sangrando... y yo encontré sangre en casa... —dijo, mirándola de manera inquisitiva.

Marta arrugó la frente y miró a su marido de reojo.

—Till, esa chica... ¿está embarazada? —preguntó al cabo de unos segundos en voz muy baja.

Él entornó los ojos y la agarró por los hombros.

—Sí, ¿por qué?

—No me hagas mucho caso porque no soy médico... —musitó algo insegura—, pero tenía los muslos y la falda manchados de sangre... ¡No! —añadió al ver que a él se le demudaba el semblante—. Eso no quiere decir nada. Es mejor esperar al médico.

Till la soltó y se dio la vuelta. Tom le llamó, pero le ignoró. Una pesadez increíble comenzaba a formársele en el pecho. Se llevó la mano al

esternón y presionó con fuerza, como si así fuera a hacer desaparecer el enorme nudo que empezaba a ahogarle. Dejó caer la cabeza hacia delante.

Los muslos y la falda... sangre...

—*Nein, nein... Gott!*—murmuró con la voz entrecortada.

—Till —escuchó la voz de Marta a su espalda al tiempo que notó cómo le posaba una mano sobre el hombro—. El niño... ¿es tuyo? —le preguntó con suavidad.

No pudo responder con palabras. Se limitó a asentir.

—No adelantes acontecimientos —le habló con mucha serenidad—. El sangrado en los primeros meses de embarazo no siempre significa lo que tú crees. Espera a que venga el médico y nos cuente.

Se dio la vuelta y la miró. Ella parecía muy calmada; quizá en otro momento y en otro lugar esa calma se le hubiera contagiado, pero no fue así. Tenía un mal presentimiento. Un muy mal presentimiento. Se apartó de ella y se dirigió a una de las sillas del otro extremo de la sala. Se dejó caer sobre ella y apoyó los codos sobre las rodillas. De reojo observó a los dos niños que jugaban en el suelo.

—Podéis marcharos a casa. Muchas gracias por todo.

—Nos quedamos —dijo Marta con firmeza con un tono de voz que no admitía réplica alguna. Tom la secundó con energía.

Till alzó la mirada y la fijó en ambos. Los conocía desde su llegada a México. Tom era el agente inmobiliario que le había conseguido la casita donde vivía y Marta trabajaba en la Biblioteca Municipal. Desde el primer momento habían hecho buenas migas. Cenaba con ellos de vez en cuando y en una ocasión se había llevado a Tom y Samuel a la playa y les había enseñado los conceptos básicos del surf. Los niños le miraban con timidez como si no supieran cómo actuar con él. Les dirigió una sonrisa algo forzada antes de girar la cabeza hacia la puerta. No pudo evitar observarla con ansiedad, esperando que alguien del personal entrara de un momento a otro y le dijera algo. Lo que fuese.

Cerró los ojos y lleno de angustia se imaginó lo terrible que tenía que haber sido la situación para ella. La imagen de Tana en su solárium, sola, mientras comenzaba a sangrar no se le quería ir de la cabeza. Apenas si podía soportar pensar en la desesperación que tenía que haber sentido al perder su

móvil y verse totalmente desamparada. ¡Y antes había intentado llamarle y pedirle ayuda! ¡Y la gilipollas de Susan había rechazado las llamadas! ¡Dios, qué ganas de matarla! Cuando la tuviese delante no sabía cómo iba a reaccionar. Apretó los puños con fuerza, iracundo.

¡Joder! ¿Por qué cojones tenía que vivir tan lejos de todo?, se recriminó en silencio. Y mientras todo eso sucedía él había estado tan tranquilo, en la playa, sobre su tabla de surf, fantaseando con hijos imaginarios y construyendo estúpidas quimeras en el aire...

No había estado con ella.

La había dejado sola.

«No es culpa tuya. No habrías podido evitarlo».

Sacudió la cabeza con energía. Sabía que tendía a inculparse y a buscar siempre el error en él mismo, pero en ese caso tenía la sensación de que el verdadero responsable de todo sí era él. Por muy lógica que sonase esa voz tratando de eximirle, no podía evitar sentirlo así. Si hubiera atendido el teléfono o hubiese visto las llamadas perdidas, podría haber hecho algo. Si solo hubiese estado más pendiente...

El dolor sordo que había anidado en su pecho se hizo más profundo. Deseaba creer en lo que le había dicho Marta, que un sangrado no tenía por qué significar un aborto. Pero su intuición le decía otra cosa.

Enterró la cara en las manos y dejó escapar un gemido.

No tenía ni idea de cuánto tiempo habría pasado. Sabía que Tom y Marta habían salido y que le habían traído un café de máquina que se había tomado de manera mecánica; que habían montado una cama improvisada juntando varias sillas para que Tom y Samuel pudieran dormir. Sabía también que una enfermera había pasado por allí, pero no les había podido dar ninguna información. El resto del tiempo lo pasó sumido en una neblina opaca, mirando la puerta cada vez que escuchaba algún ruido; e imaginándose mil escenarios a cuál más terrible. Y en todo momento su nombre resonaba en su cabeza y su cara bailaba ante sus ojos cada vez que los cerraba.

Tana...

¡Dios! La espera estaba resultando insoportable.

Y cuando ya pensaba que no iba a poder aguantarlo más, las puertas

se abrieron y un médico con un pijama verde y un ridículo gorro de color morado apareció ante ellos.

—¿Son ustedes los familiares de Cayetana Martínez? —preguntó con su melódico acento mexicano.

—Soy su pareja —dijo él con ansiedad, levantándose y aproximándose al recién llegado con rapidez.

—Soy Emiliano Guzmán, el médico que la ha atendido. —Le tendió la mano y luego hizo una pausa antes de seguir hablando—. La señora Martínez Soto está bien.

Till sintió cómo se le aflojaban algo los músculos de los hombros al escuchar aquello, pero la opresión que sentía en el pecho no se desvaneció. Sabía a ciencia cierta lo que el médico iba a decir a continuación. Su rostro amable y su gesto en extremo bondadoso le delataban. Esperó en silencio y con impasibilidad a que le diesen las malas noticias.

—Lamento comunicarle que ha perdido al bebé que estaba esperando.

Capítulo Veintinueve

Vacía.

Así se sentía.

Lo cual era insólito porque en sus tres meses de embarazo no había tenido una vinculación demasiado fuerte con el bebé. Y sin embargo, ahora que sabía que ya no se encontraba ahí, sentía como si le hubieran arrancado un trocito de su ser.

Y lo peor de todo era que no notaba ningún dolor. El efecto de la anestesia local todavía no se había disipado y, aunque percibía cierto entumecimiento de cintura para abajo, le parecía grotesco no sentir nada más físicamente. Cuando a uno le cortaban un pedazo, ¿no debería al menos ser consciente de ello?

Fijó la mirada en la pared de color verde claro que tenía frente a ella. Pestañeó. Tenía los ojos secos. Recordaba que había llorado antes, en la azotea, mientras su cuerpo se sacudía por efecto de los calambres y la vida que llevaba dentro se iba deslizando fuera de ella poco a poco. También había sollozado después, cuando avanzaba a trompicones por el camino de tierra, cuidando de no tropezar en la oscuridad. Ahí los espasmos ya no habían sido tan intensos, pero su debilidad había ido en aumento.

Sí, había derramado lágrimas cuando todavía pensaba que quizá no fuera demasiado tarde. Cuando todavía había tenido un atisbo de esperanza.

Ya no.

¿De qué le iba a servir llorar ahora?

Ya no había nada por lo que llorar.

Cuando despertó en el hospital, un tal Emiliano Guzmán, el ginecólogo que estaba de guardia esa noche, le había explicado con amabilidad lo que había sucedido. Su pérdida de consciencia no tenía nada que ver con su embarazo, sino con una bajada de azúcar, al parecer ocasionada porque no había ingerido alimento alguno en las últimas horas. Le

habían inyectado glucosa y se había recuperado rápidamente. Luego, el médico había adoptado una actitud algo más taciturna para hablarle sobre su embarazo y la pérdida de sangre. Incluso antes de que él abriera la boca, Tana ya sabía que había sufrido un aborto espontáneo. El doctor Guzmán, acompañado de una sonrisa comprensiva y una mirada compungida, le había dicho que muchos embarazos se veían interrumpidos en las primeras semanas de gestación sin ningún motivo en particular. Después le había explicado que iban a tener que practicarle un legrado para eliminar los restos que habían quedado en su interior.

Restos.

La palabra danzaba en su cabeza.

Restos.

Apretó los labios y se negó a dejarse llevar por algo que se asemejaba bastante a la melancolía. No tenía sentido.

Y sin embargo...

Se llevó las manos al abdomen, cubierto por una sábana blanca de hospital, y las dejó allí. No notaba nada.

En ese momento una enfermera entró en la habitación, sobresaltándola. Sintióse estúpida, retiró las manos con rapidez. La otra la miró con una sonrisa comprensiva como si supiera lo que estaba pensando. Tana estuvo a punto de sonrojarse.

—Quiero irme. —Le costó hablar. Tenía la garganta seca.

La enfermera se mostró contrariada.

—Mañana le darán el alta.

—Quiero irme ahora —repitió con terquedad.

—Voy a buscar al doctor Guzmán para que hable con usted. Ahora mismo está afuera con su marido.

¿Marido? Tana frunció el ceño, perpleja.

—No estoy casada.

—Su novio, su prometido —rectificó la enfermera—. Llegó aquí hace un rato y está en la sala de espera con la pareja que la trajo.

¿Till? ¿Till estaba ahí?

—Voy a buscar al doctor Guzmán —repitió, y desapareció de su campo de visión.

Tana cerró los ojos. ¿Cómo se había enterado Till de lo sucedido? ¿Quién le había avisado? A duras penas recordaba haber abandonado su casa y haberse internado en el paisaje crepuscular tratando de seguir la carretera por donde la había llevado el taxi. No sabía cuánto tiempo había andado, pero ya se había hecho de noche cuando vio los faros de un vehículo que se acercaba. Se había sentido tremendamente aliviada. La camioneta, pues eso era, había frenado frente a ella y una mujer mexicana, no mucho más alta que ella, había descendido para ayudarla. Le había hecho muchas preguntas en español y en inglés, pero Tana no había respondido ninguna. En el vehículo también viajaban el marido norteamericano y los dos hijos de la pareja, que la habían mirado aterrorizados cuando se había sentado en la parte trasera junto a su madre. El resto era difuso. Creía recordar que habían hablado entre ellos en inglés, algo sobre un hospital. Pero nada más. Luego debía de haberse desmayado.

No sabía quién ni cómo, pero alguien había informado a Till de lo que le había pasado. Una mezcla de alivio y rechazo la embargó. Se sentía aliviada por no estar sola, pero al mismo tiempo lo último que deseaba era verle. No quería hablar con él, mirarle a la cara y tener que enfrentarse a... a... ¿qué? Ni siquiera lo sabía.

Quería estar sola.

—Me han dicho que quería verme. —La voz del doctor Guzmán le hizo abrir los ojos.

El médico, de complexión robusta y tez morena, le sonreía desde la puerta. Seguía llevando el pijama verde y el gorro morado que había utilizado durante su intervención.

—Me gustaría marcharme —murmuró.

—Es pronto para eso. Podrá irse mañana, siempre y cuando me prometa que guardará reposo las próximas cuarenta y ocho horas. Después podrá hacer vida normal.

—Puedo guardar reposo en mi hotel —insistió ella con tozudez. Odiaba los hospitales y solo quería largarse de allí.

Él se acercó. Sus ojos oscuros la contemplaron un buen rato con

conmiseración. Ella estuvo a punto de protestar y pedirle —más bien ordenarle— que no la mirase así. Le resultaba molesto.

—Es mejor que se quede —dijo él al cabo de un rato—. Todo ha salido bien y no ha habido complicaciones, aun así prefiero que pase la noche aquí.

Ella apretó los labios. De repente, tenía la urgente necesidad de salir de aquel lugar cuanto antes.

—Y yo prefiero marcharme —masculló entre dientes—. No quiero estar aquí.

—No se exalte —le dijo él con preocupación.

—Quiero solicitar el alta voluntaria. ¿Eso es posible aquí? —A pesar de que su voz se mantenía firme, notaba que la inquietud crecía dentro de ella.

—Por supuesto que es posible —dijo él—. No podemos retener a nadie en contra de su voluntad, pero sería una irresponsabilidad por mi parte...

—Usted ha dicho que estoy bien y que solo necesito reposo. Quiero reposar en mi hotel —le cortó ella con sequedad.

—Físicamente está bien, pero la noto muy alterada. No puedo dejar que se vaya y que esté sola...

—No está sola.

La voz de Till interrumpió la frase del médico.

Tana sintió como si una mano le hubiera apretado el corazón con fuerza y luego lo hubiera soltado de golpe. Levantó la vista y le miró. Estaba en el umbral de la puerta. Llevaba unos vaqueros azules y una camiseta negra y el pelo se le había salido de la coleta y le caía en mechones descuidados alrededor de la cara. Aunque parecía tranquilo, tenía los ojos empañados por la angustia. Ella se mordió la cara interna de la mejilla. No quería que él la mirara así.

El doctor Guzmán se dio la vuelta y se encaró con él.

—Quiere solicitar el alta voluntaria y marcharse a su hotel, pero yo no puedo consentir que se vaya sola.

—Como he dicho, no está sola. Yo me quedaré con ella.

Había mucha determinación en su voz y Tana, muy a su pesar, agradeció que así fuera.

El médico permaneció en silencio varios segundos. Finalmente se giró y la miró con el ceño fruncido.

—Quiero que sepa que solo dejo que se marche porque la noto muy alterada y porque sé que va a estar acompañada. Pero tiene que prometerme que va a guardar reposo y que a la mínima molestia va a contactar conmigo.

—Por supuesto —respondió Tana en voz baja pero firme. El alivio se filtraba en sus palabras.

—Voy a buscar la hoja de egreso voluntario y le voy a pedir a la enfermera que prepare la factura y me saque en un papel las indicaciones que tiene que seguir. —Esto último lo dijo mirando a Till, que asintió con gravedad. Después abandonó la habitación, dejándolos solos.

Pasaron unos segundos sin que ninguno hiciera el más leve movimiento. Ella tenía la mirada clavada en la sábana, a la altura de sus pies. Él se mantenía junto a la puerta, pero terminó por acercarse a la cama y detenerse a su lado. Parecía inseguro, como si no supiera cómo actuar. Y, ¿quién podría culparle?, se preguntó en silencio con un atisbo de su habitual sarcasmo. Nadie sabría cómo actuar en una situación así.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Estoy bien —mintió.

Después el silencio.

Tana notaba su presencia a escasos centímetros de distancia. Había una tensión más que palpable en el ambiente y el rechazo que había sentido antes se intensificó. No quería que estuviese allí.

Él trató de cogerle la mano y ella se apartó con brusquedad.

—Tana... —Sonaba dolido.

—No quiero... Quiero... —se interrumpió. No sabía qué era lo que quería o lo que no quería. Solo sabía que no deseaba que él la tocara—. Quiero irme de aquí —terminó por decir sin mirarle.

—En cuanto vuelva el médico con el alta voluntaria nos vamos —dijo él más circunspecto, alejándose unos metros—. Te llevaré a tu hotel y me quedaré contigo —añadió.

Tana levantó la vista. Él le daba la espalda. Se había metido las manos en los bolsillos de los pantalones y aunque parecía relajado, la tensión de sus músculos denotaba que no era así. Se quedó mirándole sin saber qué decir, en silencio.

—Siento mucho lo que... —comenzó él en voz baja.

—¡No quiero hablar de ello! —le interrumpió, exaltada.

Él se giró y ella apartó la mirada. No podía enfrentarse a esos ojos azules cargados de pesadumbre. Al menos no en ese momento.

—Tana...

—He dicho que no quiero hablar de ello —volvió a insistir con sequedad.

Él se acercó de nuevo a la cama, pero esta vez no trató de agarrarle la mano ni de seguir hablando. Se limitó a quedarse allí parado. Ya no tenía las manos en los bolsillos sino que las mantenía a los lados del cuerpo, cerradas en puños. Las venas de sus antebrazos sobresalían y destacaban sobre su piel.

Ella respiró hondo un par de veces tratando de calmarse. Su presencia la dejaba exhausta.

Y triste. Muy triste.

No lo entendía.

—Está bien —dijo él al cabo de un rato—. Voy a buscar al médico y ocuparme de todo.

Tana cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos él ya no estaba en la habitación. Se había marchado dejándola sola. Se reclinó sobre la almohada y suspiró. Clavó la mirada en el techo y sus manos volvieron a deslizarse hacia su vientre. Se quedaron allí, apoyadas.

Tenía los ojos secos.

* * *

La ayudó a sentarse en el asiento delantero del vehículo y le abrochó el cinturón. Desde el desafortunado encuentro que habían tenido en la habitación del hospital, ella no le había vuelto a dirigir la palabra en ningún momento. Tenía la mirada perdida y parecía que su mente se encontrara a kilómetros de allí.

El médico le había dicho que la dejara descansar y asimilar la

situación, que no tratara de hacerle hablar si a ella no le apetecía. Que no la forzase y la dejara reposar en paz.

Y eso iba a hacer.

Pero reconocía que no le iba a resultar fácil. Él mismo se encontraba desorientado e invadido por la tristeza. Cuando el doctor Guzmán había salido a buscarle a la sala de espera y le había dado la terrible noticia, se había quedado petrificado. A pesar de esperarlo, las palabras del médico habían sido algo devastador. De alguna manera, se había imaginado una vida y un futuro como padre. Había fantaseado con diferentes escenarios, a cual más loco, y se había ilusionado con esa descabellada situación.

Y ahora todo había desaparecido.

Incluso ella, la Tana de los últimos días, también se había esfumado. Era casi imposible reconocerla en esa mujer silenciosa y abstraída que se sentaba a su lado en esos momentos. Era más bien la cáscara vacía de Tana. Sus miradas se habían cruzado brevemente cuando la había levantado de la silla de ruedas para meterla en el coche, y el vacío que había visto en sus ojos le había aterrado.

Esa no era ella.

«Paciencia», se dijo por enésima vez, mientras enfilaba la carretera que llevaba a la playa. Ella necesitaba descansar y recuperarse. Era una mujer fuerte. Saldría de aquello, se repetía. Pero ni siquiera su voz interna, esa que siempre le hablaba con lógica, se mostraba demasiado convencida.

Cinco minutos después aparcaba frente a su hotel. La miró de reojo. Las farolas anaranjadas de la entrada se reflejaban en su cara y en su pelo. Permanecía impertérrita en el asiento, con la mirada clavada en el parabrisas. La recorrió de arriba abajo con los ojos. Llevaba una blusa blanca, algo arrugada, y una falda verde de vuelo. Se le contrajeron las entrañas al ver unas manchas oscuras sobre el tejido. Deseó alargar la mano y tomar la de ella, que permanecía laxa sobre su desnudo muslo. Pero no lo hizo. Ya había rechazado su roce y su consuelo en un par de ocasiones. Se apresuró en salir del coche, lo rodeó y abrió la puerta del pasajero. Ella no se resistió cuando él la cogió en brazos. Ni siquiera le miró.

El recepcionista de noche los miró con curiosidad, pero no hizo ningún comentario cuando él le pidió la llave de la habitación. Se la dio y siguió atento a la pantalla de su ordenador. Till subió las escaleras que

llevaban al primer piso con rapidez pero con mucho cuidado. No tenía ni idea de si ella tendría dolores o estaría incómoda, y tampoco quería preguntarle dada su actitud distante y fría. Abrió la puerta y accedió a la habitación. Encendió la lamparita de la mesilla y la depositó sobre la cama. Se incorporó y la observó en silencio.

—¿Quieres ir al baño? ¿Ponerte cómoda? —preguntó con suavidad—. ¿Necesitas que te traiga otra ropa? —Evitó mirar su falda y las horribles manchas que salpicaban el bajo.

Ella bajó la vista y la posó exactamente donde él no había deseado mirar. Levantó una mano y, con mucha lentitud, se alisó la falda. Sus dedos rozaron las manchas con ligereza. No parecía ser consciente de lo que hacía. O quizá sí. Había algo trágico en verla así, acariciando los restos de sangre seca con dejadez. A Till se le estrechó la garganta y las ganas de gritar acudieron a su pecho.

—Tengo un pijama en el primer cajón —dijo ella con voz helada.

Él se dio la vuelta con premura y se acercó a la cómoda. Cualquier excusa era buena para huir de la amarga imagen que ella presentaba en ese momento. Abrió el cajón y encontró el pijama. Estaba compuesto por unos diminutos pantaloncitos y una camisa de tirantes de seda, color azul cielo. Se dio la vuelta y lo dejó en la cama, a su lado. Ella seguía con la mirada perdida, al menos ya no se acariciaba la falda.

—¿Quieres que me vaya o que me dé la vuelta? —inquirió nervioso al ver que comenzaba a desabrocharse los botones de la blusa. Tenía la sensación de estar presenciando un momento muy íntimo, y se sintió como un intruso.

—Da igual —murmuró con desinterés.

Se quedó allí parado a un metro escaso, incapaz de apartar la mirada de ella que se iba desnudando con lentitud, ignorando su presencia como si no estuviera allí. Fue siguiendo todos y cada uno de sus movimientos con los ojos. Ella arrojó la blusa al suelo y luego se quitó la falda y también la tiró. Llevaba un sujetador blanco y unas bragas desechables que le habían proporcionado en el hospital. A pesar de que la habían lavado, todavía se podían ver restos rojizos en sus muslos.

Tragó saliva, totalmente desbordado por la situación. Solo quería acercarse a ella y abrazarla. Estrecharla entre sus brazos y susurrarle al oído

que todo iba a salir bien, aunque fuera mentira. Pero ella había creado un muro gigantesco entre ambos. Un muro de frialdad y distancia.

La pena que sentía amenazaba con estrangularle.

Ella se puso el diminuto pijama y se tumbó. En cualquier otro momento, Till habría pensado que la prenda era muy sexi, pero ahora solo podía pensar que quizá tuviera frío. Se acercó al balcón y agarró el picaporte para cerrar la puerta y dejar fuera la ligera brisa que entraba desde el exterior.

—No. No cierres. Tengo calor.

Él se dio la vuelta. Ella se había tumbado boca arriba y tenía la mirada clavada en el techo, impasible y distante. Se sintió como un inútil. No sabía qué hacer. Ni siquiera sabía cómo dirigirse a ella. Recordó los consejos del médico. *Tiempo*, le había dicho, ante todo: *tiempo*. Cada persona era un mundo y cada cual reaccionaba de una manera diferente ante... lo que había pasado.

—Quiero dormir —dijo ella, sacándole de sus pensamientos—. ¿Puedes apagar la luz?

Antes de que él hubiera podido hacerlo, ella se giró y se tumbó de lado, dándole la espalda. Con una expresión llena de amargura en el rostro, apagó la lamparita sumiendo el dormitorio en penumbra. Contempló su silueta sobre el colchón, con impotencia y cansancio.

Al cabo de un rato se alejó hacia el balcón, salió al exterior y se acodó en la barandilla. La luna refulgía en un cielo despejado y cuajado de estrellas. Su reflejo, sobre el océano, convertía las negras aguas en plata. Las olas rompían contra el acantilado con fuerza, levantando pequeñas montañas de espuma blanca. Cerró los ojos, enterró la cabeza en las manos e ignoró la espectacular noche que se desplegaba ante él. Por un momento se permitió ser egoísta y no pensar en ella y en cómo se encontraba. Pensó en él y en el dolor que le carcomía por dentro desde que había conocido la noticia.

Jamás se imaginó que la pérdida de ese niño inesperado le pudiera afectar tanto. No lo entendía. No tenía sentido. Se sentía tan extraño...

Tan... vacío.

Capítulo Treinta

Estaba en la playa sentada en una toalla disfrutando del sol. No era una playa mediterránea. Parecía Cantabria, donde había pasado la mayor parte de sus veranos. Las olas eran altas y estallaban con fuerza contra la orilla..., pero no. No era el mar Cantábrico. Algo era diferente.

Levantó el brazo y saludó a las dos figuras que se balanceaban en el agua sobre una tabla de surf, pasado el rompiente. La más alta respondió al saludo con energía. La pequeña parecía muy concentrada mirando a su espalda.

De repente, una ola enorme comenzó a formarse justo detrás de la tabla. Poco a poco fue adquiriendo velocidad, creciendo y creciendo. Una horrible sensación premonitoria se adueñó de ella. Se puso de pie y, con una expresión cargada de temor en la cara, observó expectante lo que estaba a punto de suceder. Sabía que no debía temer nada. Él era un surfista experto, acostumbrado a ese tipo de olas, y jamás haría nada que pusiera al otro en peligro. Nunca. Pero el pavor que había anidado en su mente no se quería marchar.

La cresta de la ola gigante por fin alcanzó la tabla y el ocupante de mayor tamaño se puso de pie sobre ella de un ágil salto, sujetando al pequeño con firmeza frente a él. El agua rugía y vibraba y la ola parecía ir aumentando más y más mientras se acercaba al rompiente, arrastrando con ella la tabla y a los surfistas.

Las dos siluetas se recortaron contra el cielo azul. Parecieron quedarse suspendidas en el aire, rodeadas de espuma blanca. El tiempo se detuvo.

Y entonces desaparecieron engullidos por el mar.

Tana abrió la boca, pero ningún sonido salió por ella. Se la cubrió con ambas manos con los ojos abiertos por el terror. Dio dos pasos en dirección a la orilla, sin percatarse de que la arena le quemaba la planta de los pies. La ola rompió con fuerza contra el suelo de arena, salpicándola.

No había tabla. No había nadie.

Miró a su alrededor frenéticamente, tratando de encontrar a las dos figuras que solo minutos antes se habían divertido en el agua. Nada.

De repente, una sombra apareció a su derecha. Alzó la vista y se encontró con sus ojos azul turquesa. Sonrió.

—¿Dónde está? —preguntó, buscando con la mirada.

—No está —respondió él—. Se ha ido. Y no va a volver.

Entonces todo se volvió oscuro y ella emitió un alarido cargado de dolor que rompió el silencio de la playa.

Se despertó sobresaltada y con la respiración jadeante. Por un instante no supo dónde se encontraba, pero entonces recordó todo de golpe: las horas pasadas en el hospital, el médico, la sangre, la angustia, el dolor, el vacío... Un sollozo ahogado le brotó de la garganta. Dejó caer la cabeza hacia un lado y enterró la cara en la almohada. Sentía un dolor sordo en el pecho, opresivo... como si le hubieran puesto un bloque de cemento encima. Respiró de modo superficial tratando de aliviar la presión que se le había concentrado allí... Después se encogió sobre sí misma y adquirió una posición fetal, abrazándose las rodillas con los brazos. Se notaba entumecida y dolorida en la zona del abdomen y entre las piernas.

El sol entraba por el balcón creando un curioso dibujo sobre el suelo de terracota. Se entretuvo mirándolo, distraída, incapaz de pensar en nada. Sabía que Till estaba en el baño; podía oír el agua de la ducha a su espalda. Prefirió no prestarle atención y concentrarse en la forma geométrica que el rayo de sol esbozaba sobre las baldosas. Pero algunas cosas eran difíciles de ignorar y, cuando transcurridos unos minutos la puerta del baño se abrió, ella ya estaba alerta y centrada en su presencia, a pesar de que no deseaba encararse con él.

—Buenos días —le oyó decir.

Y su voz, esa voz que siempre le había parecido sexi y estimulante, la irritó. ¿No sonaba demasiado jovial?

—Buenos días —respondió entre dientes.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

Hubo una incómoda pausa después del monosílabo.

—¿Tienes hambre? He pedido que nos suban el desayuno.

—Me da igual.

—¿Necesitas ayuda? —Un timbre desesperado se filtraba en sus palabras—. ¿Quieres ir al baño?

Terminó por incorporarse con lentitud y se enfrentó a su mirada. Sus ojos turquesa, preciosos y profundos, la contemplaban en silencio. Solo llevaba una toalla anudada a las caderas y su pelo largo y sedoso le caía húmedo sobre los hombros. Estaba tan guapo como siempre, quizá más, pero ella solo pudo sentir una rara tristeza al verle.

—No necesito ayuda —dijo al fin, y se levantó con cuidado. Se le torció el gesto al sentir un calambre. Él se acercó con rapidez, pero ella alzó la mano, frenándole—. De veras. No necesito ayuda. Solo déjame ir a mi ritmo.

Él se apartó, con desgana, pero lo hizo. Ella pasó por su lado evitando mirarle, pero muy consciente de que la seguía con los ojos. Su cuerpo, casi desnudo y mojado, irradiaba tensión. Por el rabillo del ojo vio cómo él movía el brazo, como si quisiera retenerla. Se arrepintió en el último momento y ella lo agradeció en silencio. No creía poder soportar el contacto de su piel. Se sentía demasiado expuesta, demasiado en carne viva...

Cerró la puerta del baño tras de sí y se apoyó en ella. Estaba temblando y no sabía si era debido al esfuerzo físico o al mental. Jamás se había sentido así, tan insegura y tan confusa, tan frágil y tan triste. No lo entendía. Perder al niño no había sido agradable, pero su instinto maternal tampoco había sido tan fuerte. No podía decirse que lo hubiera deseado con todas sus fuerzas; incluso le había costado asimilar lo de su embarazo y había visto más contras que pros en su estado.

Sintió congoja y una enorme sensación de culpa. Aunque no sonara demasiado lógico, en el fondo no podía evitar sentirse responsable por la pérdida del bebé. Quizá no lo había deseado lo suficiente y por eso no había sobrevivido. Quizá, inconscientemente, no se había cuidado bastante. Quizá...

Casi con violencia se despojó del pijama y la ropa interior y se metió en la ducha. Dejó que el agua le cayera sobre la nuca, aliviando algo la

tensión que se le había concentrado en ella. Estaba agotada. No había dormido bien. Se había pasado toda la noche teniendo pesadillas. La mayor parte de ellas, por lo poco que recordaba, protagonizadas por un niño que siempre terminaba desapareciendo al final...

Y por Till.

En todas ellas estaba Till.

Tenía sentimientos encontrados, como si los últimos días que había pasado junto a él, aprendiendo a conocerle y enamorándose poco a poco, se hubieran esfumado súbitamente, dando paso a una maraña de amargura, rechazo, tristeza y rencor. Cada vez que le miraba solo podía pensar que él también era en parte responsable de todo lo que había sucedido. ¿Dónde diablos había estado cuando ella le necesitó? ¿Por qué no había cogido el teléfono? ¿Con quién había estado? Todavía recordaba la voz de esa chica diciéndole que dejara de molestarle con ese tono altanero... ¡Joder!

Y luego él se había presentado en el hospital, angustiado, queriendo hacerse cargo de todo, pero ¿y antes?

Apoyó la frente en los azulejos. Sabía que su sentido común se estaba viendo comprometido y que no era capaz de pensar con racionalidad. Pero es que estaba tan cansada... Solo quería volver a la cama y dormir.

«Imposible con Loki esperándote en el dormitorio».

Un fognazo de su habitual sarcasmo brilló en la frase que resonó en su cabeza. Pero se apagó con rapidez. Tenía que hablar con Till, era consciente de ello. Y no había sarcasmo suficiente en el mundo que pudiera ayudarla a pasar por ese trago sin salir perjudicada.

Se sentía tan débil...

* * *

Había dormido en el sofá. Aunque decir dormir era un eufemismo. Había pasado la noche en vela, contemplando su silueta con preocupación, dispuesto a salir disparado con ella al hospital a la mínima señal de alarma. No había sido necesario, aunque señales de alarma había habido muchas. Impotente, había sido mudo espectador de las múltiples pesadillas que había tenido y que la habían despertado. Fingiéndose el dormido, a sabiendas de que ella no deseaba que fuera testigo de su angustia, había esperado que volviera a dormirse para acercarse y vigilar su sueño como una leona vigilaba

a sus crías recién nacidas. Se había quedado de pie a su lado más tiempo del necesario, escuchando su respiración y contemplándola. La placidez del sueño hacía desaparecer su dureza y su frialdad y mostraba solo lo que había debajo de todo aquello: una mujer frágil que necesitaba que alguien cuidara de ella.

Si solo le dejara...

Pero el amanecer había llegado, y con él, la indiferencia. Antes de huir al baño había vuelto a hablarle de esa manera que le hacía sentir inseguro e inepto... Suspiró. Estaba agotado. Y no era por la falta de sueño. No. Era porque jamás se había visto en una situación parecida y no tenía ni idea de si iba a poder estar a la altura de las circunstancias. Sabía que tenía que olvidarse de su propio desconsuelo para ocuparse del de ella. Tana era la importante ahora y le necesitaba, aunque no quisiera aceptarlo.

Se pasó la mano por el pelo con nerviosismo. Todavía estaba húmedo, pero se lo había recogido igualmente. Se había puesto los vaqueros y la camiseta del día anterior. No tenía otra ropa. Se acercó al carrito que el camarero les había llevado hacía unos minutos y se sirvió una taza de café. Bebió un sorbo e hizo una mueca. Lástima que el brebaje fuese tan flojo. Hubiera necesitado algo más potente. Se quedó mirando la puerta del baño, vacilante. Si ella no salía pronto, todo el contenido de la bandeja estaría frío. No deseaba molestarla ni invadir su privacidad, pero...

La decisión de molestarla o no le fue arrebatada en ese mismo momento. La puerta del baño se abrió y Tana apareció en el umbral. Llevaba un albornoz blanco con el nombre del hotel estampado sobre la parte derecha del pecho que le quedaba enorme. Tenía el pelo mojado, empapado más bien. Goteaba.

Una mezcla de cariño y algo más que no supo identificar le poseyó al verla así, con ese desacostumbrado aspecto algo desvalido y casi infantil. Agarró la taza con fuerza tratando de contener sus emociones.

—¿Quieres un café? —le preguntó de manera impersonal.

—Sí —murmuró ella, dirigiéndose a la cama y tomando asiento en el borde. No le había mirado en ningún momento.

Till sirvió una taza y se acercó. Se la tendió. Ella la tomó sin alzar la vista.

Scheisse! No sabía si iba a poder soportar tanta indiferencia.

Mientras ella se tomaba el café en silencio con la mirada prendida en algún punto al otro lado de la habitación, decidió ser algo más audaz y directo. Sin pensarlo demasiado, se sentó a su lado. Ella se tensó, pero no se alejó, y eso le dio alas. Cogió la toalla que había utilizado para secarse, que había dejado antes sobre la cama, y comenzó a pasársela por el pelo con mucha delicadeza. Apenas si ejercía presión. Realmente ni siquiera quería secárselo, era un gesto que pretendía ser reconfortante y cariñoso. Con extrema lentitud, fue acariciando —ya que eran más caricias que otra cosa— cada oscuro mechón, sin dejar de observar su perfil, que era lo único que podía ver desde su posición. Ella no se había inmutado. Seguía mirando al frente. Había apoyado la taza sobre sus rodillas y permanecía quieta y en silencio, dejando que él continuara.

Y Till continuó.

Estaba más nervioso de lo que le hubiese gustado admitir. Lo notaba en las manos. Le temblaban. La hubiera estrechado entre sus brazos. Deseaba poder abrazarla y susurrarle al oído que no estaba sola, que él estaba ahí... Pero decidió que era mejor no tentar a la suerte y tener paciencia. Al menos no le había rechazado. Eso era una buena señal, se dijo, esperanzado. Le apartó un mechón de pelo de la cara con la punta de los dedos y al notar la suavidad de su piel le ardió el pecho. ¡Dios Santo! Esa mujer conseguía lo que no había conseguido nadie antes. Le hacía perder la cordura y le convertía en una especie de macho alfa, ansioso por protegerla, por cuidarla... Ávido por preservarla de todo mal, de cualquier dolor... Apretó las mandíbulas con fiereza. Librarla del dolor no había estado en sus manos...

No pudo resistirse. Con la excusa de apartarle otro mechón de la mejilla, volvió a rozarla, y esta vez dejó los dedos allí, inmóviles. Ella giró la cabeza, permitiendo así que su mano le acunara el rostro con suavidad. Se le encogió el pecho, conmovido. Sus ojos entraron en contacto. Había una tormenta en esos pozos oscuros. Confusión, tristeza, pena, miedo y rechazo. Todo aquello pudo ver él en la milésima de segundo en que sus miradas se encontraron. Luego ella bajó la vista y, delicadamente pero con firmeza, le cogió por la muñeca y le apartó la mano.

—Tana... —susurró. Y se odió al escuchar que la voz le salía entrecortada y con un matiz dolido.

Ella le ignoró. Se llevó la taza a los labios y le dio un sorbo al café. Parecía bastante calmada, aunque quizá toda aquella tranquilidad fuera impostada.

—Háblame —insistió él, impotente.

Ella suspiró.

—Hablar... sí, hablar... tenemos que hablar... —comenzó con vacilación. Se inclinó y dejó la taza sobre la mesilla—. No sé qué decir.

—Ha sido terrible lo que ha sucedido...

—¿Terrible? Sí, supongo que sí...

—Lamento tanto no haber estado ahí, contigo.

Ella alzó la vista y le miró con resentimiento.

—Tu amiga me dijo que estabas muy ocupado —dijo, desdeñosa.

—¡Susan! —gruñó—. No es mi amiga y puedes estar segura de que cuando la vea se lo haré saber —farfulló él, enfadado—. Yo estaba en el agua con otros alumnos. No sé por qué cojones cogió mi móvil.

—Supongo que ella no tiene tan claro que no es tu amiga —se rio con amargura—. De todas maneras ya da igual, ¿no crees? Es demasiado tarde para lamentar nada —dijo con indiferencia—. Se acabó.

Él entornó los ojos y trató de escudriñar su expresión. Ese *Se acabó* había sonado muy rotundo, como una despedida definitiva.

—Aquí no me siento bien —continuó ella—. Quiero volver a casa.

A él se le revolvió el estómago al escuchar aquello. Quería volver a España. Quería marcharse. «Claro, imbécil. ¿Qué creías que iba a pasar ahora?». Frunció el ceño. No soportaba pensar que iba a tener que separarse de ella. No así. No después de lo que había pasado.

—Quiero retomar mi vida y olvidarme de esto. —Hizo un gesto vago con la mano, señalando la habitación, a sí misma e incluso a él—. Solo quiero volver a mi trabajo y seguir adelante.

Él tragó saliva con dificultad. No sabía qué decir. La contemplaba en silencio como un cretino.

—Quizá haya sido mejor así —murmuró ella.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo, Tana? —reaccionó al fin. Se levantó

y se paró frente a ella—. ¿Estás diciendo que lo que ha sucedido quizá haya sido lo mejor? ¿Mejor para quién?

—Mejor para todos —respondió alzando la vista—. Vaya dos padres que hubiésemos sido. Yo soy una mujer de negocios y no tengo tiempo para ocuparme de un bebé. —La amargura rezumaba en todas y cada una de sus palabras—. Y tú... tú no eres lo que se dice una persona responsable...

Él se puso rígido. De buena gana la habría cogido por los hombros, obligándola a levantarse, y la habría zarandeado con todas sus fuerzas.

—¿Otra vez vuelves con eso de que no soy responsable? Creía que ya lo habíamos dejado atrás —repuso con ira contenida.

Ella no reaccionó de inmediato. Le contempló con intensidad, pero pronto se le enturbió la mirada y pareció perderse dentro de sus propios pensamientos.

—No estabas ahí —musitó, de repente.

Till sintió como si le hubieran arrancado el alma de cuajo. Él mismo se lo había echado en cara cientos de veces, pero escuchárselo decir a ella le partía en dos.

—Lo sé —murmuró sin poder evitar que el desconsuelo se colase en sus palabras—. Y créeme cuando te digo que no hay nada que me entristezca más...

—¿Triste? ¿Tú estás triste? —le espetó con sarcasmo, sorprendiéndole—. ¿Qué sabes tú lo que es la tristeza? No tienes ni idea de lo que es sentir esos calambres horribles mientras sangras y solo puedes pensar que es tu culpa que todo eso esté sucediendo. —Se levantó y se llevó una mano al cuello. Había comenzado a respirar muy agitada—. No sabes lo que es que te vacíen y que te arranquen un trocito de tu ser... y que lo llamen *restos* —soltó una carcajada histérica, sacudiendo la cabeza a un lado y al otro—. ¡*Restos!* —repitió atormentada—. Tú no tienes ni idea de lo que es la tristeza —le tembló la voz—. ¡*No estabas ahí!*

Till se quedó petrificado contemplando cómo ella se derrumbaba ante sus ojos. Toda la ira que había sentido segundos antes desapareció barrida por el dolor que le provocaba verla así. Apenas podía imaginarse el horror por el que ella había tenido que pasar. Impotente, dio un paso al frente y la sujetó por los brazos con delicadeza, pero ella se soltó con brusquedad y se alejó.

Acertó a ver una mirada torturada en sus ojos antes de que le diera la espalda.

—Tana...

—Te juro que si alguna vez te necesité fue en ese momento —le interrumpió, siseante—. Y no estabas.

—¡Tana! ¡Por Dios! No digas eso —susurró siguiéndola con la mirada mientras se frotaba las sienes con fuerza.

—Te digo lo que pienso, lo que siento... No sé por qué confié en ti. No sé en qué narices estaba pensando para creer que habías cambiado, que podías ser el padre de mi hijo. —Comenzó a dar pequeños paseos por la habitación con el rostro desencajado—. ¡Qué estúpida fui! ¡Qué estúpida fui! —murmuró para sí misma.

Él sabía que por su boca solo hablaba el dolor y que en realidad no pensaba lo que decía, ¿o sí? No podía ser verdad. Ella no podía creer en serio todo aquello.

—Tana...

Se acercó y trató de cogerla del brazo con suavidad.

Ella se desasíó y clavó una mirada colérica sobre su rostro.

—¡No me toques! —masculló. Se había puesto pálida y tenía los puños apretados—. Me fallaste. Me fallaste —repitió. Y había tanta aflicción en sus ojos que él sintió como si le clavaran un cuchillo en las entrañas.

—*Mein Gott!* —exclamó, dando un paso atrás totalmente destrozado.

Se llevó las manos a la cabeza y trató de hilar palabras con coherencia que pudieran convencerla de que él no era el responsable, pero en el fondo, muy en el fondo, un atisbo de duda le hizo vacilar. ¿Y si ella tenía razón? *No había estado ahí. Le había fallado.* Ahuyentó la vocecita lógica que le decía que eso no era así.

—Lo siento... —murmuró.

Pasaron varios segundos antes de que ninguno de los dos dijera nada. El silencio apenas era interrumpido por sus respiraciones agitadas y por las olas del mar que rompían con fuerza contra el acantilado.

—Me va a estallar la cabeza —dijo ella.

Él levantó la vista y la clavó sobre su rostro. Volvía a haber frialdad y distancia en su mirada, como si se arrepintiera de haber mostrado lo que

verdaderamente sentía. Carraspeó, tratando de recuperar algo de serenidad.

—¿Por qué no comes algo y te tomas un analgésico? —propuso con calma.

—Sí. Lo voy a hacer.

Y, sin mirarle, se acercó al carrito del desayuno. Inspeccionó el contenido de los platos y terminó por servirse una tostada y una pequeña porción de huevos revueltos. Luego se dirigió al balcón y accedió al exterior. A través de las cortinas semitransparentes, él pudo observar cómo ella tomaba asiento en el banquito de madera que acompañaba a una mesa redonda de forja. La calma que presentaba su rostro de perfil contrastaba de manera casi grotesca con la exaltación que había mostrado solo minutos antes. Esa mujer tranquila y sosegada, que se sentaba erguida, sí se asemejaba a la que él conocía. Pero ahora sabía a ciencia cierta, después de haber visto cómo perdía los estribos, que había otra Tana debajo de toda aquella sobriedad. Una Tana que sufría.

¡Dios! ¿Cómo narices iba a ayudarla a pasar por todo eso si él mismo estaba sufriendo como un condenado? Abrió y cerró las manos convulsivamente y dejó escapar un pequeño gemido. Había sido duro, muy duro, escuchar todas aquellas recriminaciones saliendo de su boca. *Me fallaste. Me fallaste*, había dicho.

Y así había sido. La había fallado a ella y al hijo de ambos.

«No lo has hecho», le repitió esa voz machacona que le hablaba de vez en cuando.

Quizá no, quizá sí. Ya no sabía qué pensar. Lo único que tenía claro era la sensación de fracaso que se había adueñado de él y el dolor profundo y penetrante que le ocupaba el corazón y le atenazaba la garganta. Y mientras la miraba, impasible y fría, todo, absolutamente todo lo que sentía por ella afloró y se dejó ver en sus ojos y en su postura.

Y huyó.

Huyó de la habitación con celeridad. Incapaz de aguantar ni un minuto más todas esas emociones que amenazaban con romperle y desbordarse por cada poro de su piel, por su boca, por sus ojos... Sin resuello, se detuvo en el patio junto a la fuente de piedra, que escupía un chorrito de agua con alegría. Apenas fue consciente de que había bajado las

escaleras a toda velocidad o de que estaba descalzo o de que varios huéspedes le miraban con curiosidad desde el salón abierto. Cogió aire un par de veces y buscó en su interior algún rastro de serenidad para hacer uso de ella. Tenía que calmarse y pensar con lógica.

No podía perder los papeles de aquella manera.

Tenía que ser el fuerte.

Se sentó en un banco de piedra debajo de una de las palmeras y llamó a Amaya. No entró en detalles, y ella tampoco indagó demasiado al escuchar la urgencia en su tono. Se limitó a informarle de que iba a estar unos días ilocalizable. Después de colgar se entretuvo observando a unas gaviotas que volaban bajo y que, de vez en cuando, graznaban de manera desagradable.

Era consciente de que estaba haciendo tiempo. Anhelaba regresar junto a ella, y a la vez, no deseaba volver a enfrentarla.

¡Qué confuso estaba!

Dejó pasar el rato con la mirada errática sobre los huéspedes que entraban y salían. Todos parecían contentos y con ganas de disfrutar de lo que serían sus vacaciones o sus viajes de luna de miel. Todos ellos ajenos al drama en el que se había convertido su vida en un solo día. Supo que habían pasado horas por la posición del sol sobre su cabeza. La palmera que antes le había proporcionado sombra hacía rato ya que no lo hacía.

Se incorporó sin ganas y retornó a la habitación. Abrió la puerta con cuidado, no sabiendo lo que se iba a encontrar.

Tana dormía.

Envuelta en el albornoz de baño, se había quedado dormida en la cama, bocarriba. Y parecía tan serena... La contempló largo y tendido, deteniéndose brevemente en su mano derecha, que descansaba sobre la almohada. Después sus ojos bajaron hasta su vientre, donde su otra mano se posaba algo crispada, como si pretendiera sujetar algo.

Soltó un par de maldiciones en noruego y en alemán apenas murmuradas. Le ardían los ojos y se los frotó con fuerza.

Cuando retiró los dedos los tenía mojados.

Capítulo Treinta y uno

Cerró la puerta del taxi y se puso el cinturón. Vio los ojos del taxista clavados sobre su persona en el espejo retrovisor y los ignoró. Sabía que no tenía muy buen aspecto. No se había duchado, ni siquiera se había peinado en condiciones. Llevaba un vestido rojo arrugado y tenía unas ojeras impresionantes. Pero ¿a quién le importaba? No apartó la vista del salpicadero cuando el vehículo arrancó. No deseaba mirar hacia la derecha, hacia la playa donde se encontraba *su* escuela de surf. Tampoco deseaba mirar hacia la izquierda donde estaba la carretera que conducía al pueblo. Y mucho menos mirar atrás, hacia el hotel. Era más fácil y menos peligroso centrarse en el parabrisas.

Solo dos llamadas y veinte minutos habían sido necesarios para cambiar sus billetes de avión. Había contactado con la agencia de viajes hacia media hora y todo había quedado solucionado. Había reservado un vuelo para México DF que salía en cuatro horas y después de una pequeña escala de dos horas en la capital tomaría otro a Madrid. En veintidós horas estaría de regreso en casa y habría dejado todo atrás.

Le habría dejado atrás.

Sintió un nudo en la garganta al pensar en él, pero apretó los labios y lo disolvió a fuerza de voluntad.

Se había terminado.

Esa aventura extraña y utópica que apenas duró unos días había llegado a su fin, se dijo con firmeza.

Punto final.

Al despertar de madrugada y ver a Till, a un Till que incluso dormido presentaba un rictus preocupado en la cara, durmiendo a su lado, había sentido una enorme opresión en el pecho. Se había quedado mirándole mientras notaba cómo su cuerpo reaccionaba a su presencia con los síntomas típicos de un ataque de ansiedad: sudoración, palpitaciones, ahogo e incluso

temblores. Con mucha dificultad, había abandonado la cama y se había refugiado en el baño. Agarrada al lavabo, hiperventilando y con el rostro demudado, había contemplado la imagen que se reflejaba en el espejo. Esa mujer pálida y trémula no era ella. A duras penas, ni siquiera sabía cómo, se había recompuesto poco a poco y había tratado de evaluar su situación con frialdad.

Necesitaba retornar a casa y encarar las cosas desde su zona de confort. Recuperarse física y emocionalmente. Volver a ser Tana. Sabía que el tiempo y la distancia harían milagros. Ella era fuerte, siempre lo había sido, por lo que no dudaba de que fuera a recuperarse. Podría con todo.

Pero no allí. Y mucho menos junto a él.

Él la volvía débil.

Así que había tomado una decisión.

Sin hacer ruido para no despertarle había regresado al dormitorio, se había vestido y recogido sus cosas con rapidez, lanzando miradas furtivas hacia el lecho. Él dormía y no se había movido ni un ápice. Se sintió como una ladrona escabulléndose a hurtadillas, pero sabía que era lo mejor. Su capacidad emocional estaba muy mermada y no se veía capaz de enfrentarse a él. El encontronazo del día anterior ya le había mostrado que no tenía la fortaleza necesaria. Se había derrumbado ante sus ojos como un edificio sin cimientos, presa de la zozobra y el dolor.

Así que esa mañana había huido como una cobarde.

Desde recepción había hecho los arreglos pertinentes para cambiar los pasajes y había llamado a un taxi, en el que se encontraba en esos momentos.

Y no se arrepentía de la decisión que había tomado. Era lo mejor. Al menos lo mejor para ella.

El coche tomó la carretera que llevaba al aeropuerto y ella observó el paisaje por la ventanilla. A la derecha se extendía el mar azul que resplandecía al sol y a la izquierda, el desierto plagado de hierbas y enormes cactus. Curioso contraste. Se engañaría a sí misma si no reconociese que el ambiente y el entorno la habían fascinado.

Eso... y él...

Notó de nuevo ese malestar que se le quería formar en la boca del estómago cada vez que pensaba en Till. ¡Mierda! Se miró el reloj con

nerviosismo. Eran las nueve de la mañana. Supuso que no tardaría en despertarse y que la llamaría. Aferró el móvil y trató de prepararse para la conversación que no iba a poder evitar. Al menos iba a ser por teléfono, se dijo con algo de alivio. Eso le otorgaba cierta ventaja que su presencia abrumadora le robaba.

Como si el mero hecho de pensar en su llamada la hubiera conjurado, el aparato comenzó a vibrar en su mano. Estuvo a punto de dejarlo caer. Ni siquiera necesitó mirar la pantalla para saber quién era.

Era él.

* * *

Pestañeó varias veces con lentitud. Tenía un dolor de cabeza espantoso y una vena le palpitaba con fuerza en la sien. La luz que entraba por el balcón le hirió las retinas y tuvo que cerrar los ojos.

Scheisse!

También le dolía el cuello. Había pasado media tarde y gran parte de la noche en el incómodo sofá y, al final, casi de madrugada, se había trasladado a la cama buscando al menos dormir un par de horas. Se había acostado al lado de Tana, a una distancia prudencial, y había dejado que el sueño le venciera.

La buscó con la mirada, pero no estaba. Estaría en el baño o en la terraza, supuso.

Se incorporó y giró la cabeza a un lado y a otro. Escuchó cómo su cuello crujía; lo sentía totalmente agarrotado. Se puso de pie y alzó los brazos desentumeciendo también los músculos de los hombros. Mientras lo hacía su vista se posó sobre las puertas del armario que estaban abiertas. Frunció el ceño. Donde el día anterior habían colgado varias prendas, ahora solo perchas vacías pendían de la barra. Tuvo un mal presentimiento. Tampoco estaba la maleta que ella había dejado al lado de la cómoda. De dos zancadas se dirigió al baño. Los artículos de tocador que hacía unas horas reposaban sobre la repisa de cristal ya no se encontraban allí.

—*Nein, nein, nein... das kann nicht Wahr sein!* —exclamó. Había comenzado a respirar con agitación y su pulso se había descontrolado.

Se dio la vuelta y fue a la terraza. Por supuesto ella no estaba. ¡Claro que no estaba! Regresó al dormitorio y su mirada errática recorrió todos los

rincones de la habitación, buscando... buscando, ¿qué?

¡Se había marchado!

Levantó el auricular del aparato que había sobre la mesilla y casi atropellándose con las palabras habló con el recepcionista, que le informó de que la señora Martínez Soto había pagado la cuenta y había solicitado un taxi para el aeropuerto, hacía una hora más o menos. Colgó con furia. Su dolor de cabeza empeoraba por momentos.

¿En qué narices habría estado pensando ella para largarse de aquella manera? ¡Debería estar descansando! El médico le había dicho que al menos reposara durante cuarenta y ocho horas. ¿Por qué cojones había huido así? Angustiado, cogió su móvil y lo revisó. Ni un mensaje ni una llamada. Nada.

—¡Joder, Tana! —masculló.

Invadido por la excitación, marcó su número y, con impaciencia y dando paseos por la habitación, esperó a que ella respondiera. Cuatro tonos después escuchó el característico clic.

—Hola, Till.

A pesar de que su voz era distante e impersonal, el alivio le inundó al comprobar que ella se encontraba bien. Exhaló y se dejó caer en el borde de la cama, tapándose la cara con la mano. No se había dado cuenta antes de que le temblaban las rodillas.

—*Gott!* ¡Tana! ¿Estás bien?

—Sí.

—Cuando me he despertado y he visto que no estabas... me he acojonado... Deberías estar descansando. El médico...

—Estoy bien —le interrumpió ella, cortante.

Se quedó en silencio sin saber muy bien cómo seguir. Deseaba increparle y gritarle, echarle en cara que no se hubiera despedido, pero por otro lado no tenía ni la menor idea de cómo se sentiría ella. Trató de templar la furia que pugnaba por hacerle estallar y respiró hondo, para no perder los estribos.

—¿Por qué te has ido? —preguntó al fin, intentando sonar calmado.

Ella no respondió de inmediato. Parecía estar buscando las palabras adecuadas. Solo el sonido del vehículo en marcha llegó hasta él.

—Lo necesitaba.

—Lo necesitabas —repitió.

—Sí. Necesito volver a casa.

—¿Y ya está? —Su mano se aferró al colchón con crispación—. Sin despedirte. Sin decirme nada...

Ella suspiró.

—No quería hablar contigo, la verdad.

Cerró los ojos al escuchar aquello. Solo confirmaba lo que su huida ya le había dejado entrever, aun así, todavía había tenido un pequeño atisbo de esperanza. Se puso de pie y se dirigió al balcón. Hacía un día espectacular, el sol refulgía sobre el agua creando una suerte de espejo. Pero no le prestó demasiada atención.

—Pues tenemos que hablar —replicó con rudeza.

—¿De qué iba a servir? Nada que puedas decirme o que pueda decir yo va a cambiar lo que ha pasado. Es tarde ya.

Por más que ella se expresase en ese tono gélido era evidente que estaba afectada.

—Es obvio que nada de lo que digamos va a poder cambiar lo que pasó. —Hizo una pausa y continuó en voz baja—. Pero Tana... lo que hay entre tú y yo va más allá.

Ella profirió una carcajada que sonó demasiado forzada.

—¿Tú y yo? No hay un tú y yo.

—¡Por supuesto que lo hay! —exclamó.

—Solo en tu cabeza.

—Hace solo un par de días...

—Hace un par de días había algo que nos vinculaba que hoy ya no está.

Él contó hasta diez. No dejó que la pena le envolviese. Se alborotó el pelo, exasperado.

—No digas eso —le instó entre dientes—. No creo que pienses así. Los dos sabemos que entre tú y yo hay algo más que sigue ahí.

—No —respondió ella con suma frialdad—. Ya no.

—¡Joder! Tana, por favor...

—No quiero volver a verte —zanjó—. No quiero que vuelvas a llamarme.

Se quedó inmóvil, no queriendo creer que eso que estaba escuchando de su boca fuera cierto. ¡No podía ser verdad!

—Esto no puede acabar así —replicó incrédulo.

—Esto ni siquiera tenía que haber comenzado. —El sarcasmo resonó en su voz—. Piensa en ello como una de esas aventuras de verano que seguro has tenido a miles.

—Tú no eres una jodida aventura de verano. *Scheisse!* —Sonaba desesperado y lo sabía, pero en ese momento no le importó.

—Da igual. Lo que sea. Te pido que respetes mi decisión y no vuelvas a llamarme. Es más, si lo haces, no cogeré el teléfono.

—¡Tana! —farfulló nervioso—. No me hagas esto. Vamos a hablarlo —intentó razonar con ella.

—No tenemos nada que hablar. Esto es lo que hay.

Se aferró a la barandilla con fuerza y alzó la mirada al cielo. ¡No! ¡Las cosas no se iban a acabar así!

—Voy a buscarte al aeropuerto y lo...

—¡Ni se te ocurra! —protestó con histerismo—. ¡Necesito que me dejes en paz, necesito estar sola! ¿No lo entiendes?

—¡No! ¡No lo entiendo! —escupió furioso—. Me dijiste que estabas dispuesta a conocerme, a darme una oportunidad... a tomarte lo nuestro en serio...

—¡Que no hay nada entre nosotros! —jadeó ella—. ¡Nada!

—Eso no es verdad —objetó.

—¡Por Dios! —Fue más un grito que otra cosa.

Hubo una pausa en la que solo se pudo oír las respiraciones aceleradas de ambos. Till estaba a punto de replicar, pero un sollozo ahogado al otro lado de la línea le detuvo.

—Déjame, Till. Déjame en paz... —se le quebró la voz.

Esas palabras le desarmaron y le despojaron de toda la ira que sentía.

¡Joder! Ella estaba sufriendo y él lo único que hacía era empeorarlo todo con su maldito carácter irascible.

Tana necesitaba tiempo.

Y él era un imbécil.

—Voy a colgar —susurró ella.

Estuvo a punto de suplicarle que no lo hiciera, que siguiera hablando con él, pero no lo hizo.

—¿A qué hora sale tu avión? —preguntó con fingida tranquilidad.

—A la una y media.

—¿Haces escala en México DF?

—Sí. —Se la oía cansada, agotada, en realidad.

—¿Cuándo llegarás a Madrid?

—¿Para qué quieres saberlo? —La exasperación volvió a resonar en su voz.

—Tana... me preocupo por ti.

—Pues no lo hagas. Estoy bien.

—Eso es como pedirme que deje de respirar, ¡joder! No puedo evitarlo... Eres muy importante para mí, Tana... —se interrumpió, vacilante. Era quizá demasiado arriesgado por su parte desnudar sus sentimientos así ante ella, pero tampoco había muchas más opciones. Tenía que saber lo que sentía—. Me estoy enam...

—Voy a colgar —repitió ella, cortándole con rudeza.

Él reprimió el deseo de gritar.

—Tómame tu tiempo —dijo con reticencia al cabo de unos segundos—. Te llamo en unos días.

Se hizo el silencio de nuevo.

—Till... No lo has entendido... —musitó—. No necesito tiempo para saber que ya no quiero nada contigo. Se ha terminado.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Apretó los párpados con fuerza, incapaz de aceptar que eso que ella decía fuera verdad. No dijo nada. No creía poder pronunciar ni una sola palabra. Si lo hiciese, lo más probable sería que se le rompiera la voz y terminara balbuceando como un

idiota. El interruptor de su cerebro se activó en modo negación y su mente solo pudo articular un único monosílabo repetidamente: *no, no, no*, al tiempo que agitaba la cabeza a un lado y al otro.

—Adiós —se despidió ella, y antes de que él pudiera oponerse, había interrumpido la comunicación.

Siguió con el móvil pegado a la oreja, como si por el simple hecho de no apartarlo y ser perseverante fuera a traer su voz de vuelta. Se pellizcó el puente de la nariz, aturdido. Su capacidad de reacción se había quedado atrofiada. Ignoró el sonido de las olas y el de las gaviotas e hizo caso omiso del sol que le abrasaba la nuca.

Se sentía entumecido.

Finalmente entró en el dormitorio y su mirada se posó sobre la cama en la que solo hacía dos noches había hecho el amor con ella. Joder... porque había sido eso, pensó con ferocidad. No habían follado. La había sentido temblar entre sus brazos y había percibido que entre ellos había algo más... mucho más que unos cuantos polvos.

¡Lo supo sin lugar a dudas!

¡Y ella también lo supo!

No necesito tiempo para saber que ya no quiero nada contigo. Se ha terminado.

No lo creía. ¡No lo creía!

—¡Mentira! ¡Es una puta mentira! —gritó con la voz enronquecida, y arrojó el móvil contra la pared en un arranque de cólera.

Capítulo Treinta y dos

Se detuvo brevemente cortándole el paso a una pareja que iba tras ella, y trató de localizar la cara familiar entre la gente que se agolpaba al otro lado de la puerta. Estiró el cuello y buscó su cabeza morena.

—Tana —oyó que la llamaban desde algún lugar indefinido a la derecha y se giró.

Poncho.

Él se abrió paso con ligereza entre los otros que esperaban y salió a su encuentro. Estaba impecable, como siempre, con su traje azul marino, su camisa blanca y su corbata verde oliva. Todos los mechones de su pelo estaban bien peinados y una sonrisa de oreja a oreja perfilaba sus labios cuando la agarró con firmeza por el talle, la estrechó entre sus brazos y le plantó un beso en la mejilla.

—Tienes un aspecto de mierda, Mata Hari —le dijo al oído, y ella estuvo a punto de echarse a reír al escucharle decir aquello. Después de un interminable viaje de un día de duración por fin estaba en casa. El agotamiento quiso que le flojearan las piernas y se aferró a su chaqueta.

—¿Estás bien? —le preguntó él, apartándose y mirándola con preocupación.

—Estoy cansadísima.

—Ven —dijo, tomando el mando y cogiendo el asa de su maleta—. Vamos a tomar un café antes de coger el coche. Vas a necesitar fuerzas para sobrevivir al tráfico que hay hoy.

Ella lanzó una mirada a la puerta de salida. La recibió la imagen de varias personas que se apresuraban a buscar taxis con los paraguas abiertos. Ya se había percatado antes cuando el avión aterrizó. La pista estaba empapada y a través de las ovaladas ventanillas había podido ver la tromba de agua que caía del cielo.

Llovía a mares en Madrid.

Pensó que había algo de paradójico y ridículo en que el tiempo fuera el reflejo de cómo ella se sentía: gris, triste y desapacible.

Poncho ya había comenzado a andar confiando en que ella le seguía. Lo hizo, esquivando a otros pasajeros y sus maletas. Sacó el móvil del bolso y lo encendió.

No había nada. Ni llamadas ni mensajes.

Sintió una inexplicable desazón y se detuvo, haciendo que la distancia que la separaba de Poncho aumentase. ¿Qué era lo que había esperado? ¿Que él la hubiese llamado? ¿Que hubiera seguido insistiendo a pesar de todo lo que le había dicho? Se llevó una mano a la frente y se la frotó con energía. ¿Qué confusa estaba! Siguió avanzando y trató de alcanzar a su acompañante, que accedía en ese momento a la zona de cafeterías. En su prisa, se chocó contra una señora de mediana edad que caminaba muy despacio mientras tecleaba en el móvil. Estuvo a punto de soltar un exabrupto irritado, pero se controló.

—¿Café? ¿Algo de comer? —Poncho había dejado la maleta junto a una mesa al fondo y se dirigía hacia la barra.

—Solo café —dijo.

—Espérame y te lo llevo.

Tana no se hizo de rogar. Estaba muy cansada, además de sentirse entumecida y dolorida. Quizá, hacer un viaje tan largo no había sido la mejor idea del mundo, al menos no en sus condiciones. Demasiado tarde. Ya estaba hecho.

Eres muy importante para mí, Tana...

Sin venir a cuento, la frase que le había dicho Till por teléfono le resonó dentro de la cabeza por enésima vez. Se mordió el labio inferior, también por enésima vez. No quería ni pensar en lo otro... en las otras palabras que él había estado a punto de pronunciar después y que ella no estaba preparada para escuchar. Tragó saliva e intentó concentrarse en otra cosa. Observó a Poncho de reojo. Era más alto que los otros hombres que había en la cola para pagar y tenía un aire decidido y seguro que les faltaba a muchos. Era atractivo —muy atractivo—, sexi y de trato fácil. ¿Hubiese sido tan terrible enamorarse de alguien como él? Probablemente no.

Suspiró.

Volvió a coger el móvil y lo desbloqueó. En un impulso accedió a la galería de imágenes y pasó las fotos a toda velocidad con el índice. Solo había una en la que aparecían los dos juntos. Un selfi que había tomado él porque tenía el brazo más largo, había dicho. Estaban en la playa y acababan de salir del agua por lo que ambos estaban empapados. El sol les daba en la cara y ella había entornado los ojos tratando de evitarlo. Él, por el contrario, los había mantenido abiertos, convirtiendo sus pupilas en algo diminuto y haciendo que su color azul fuera mucho más intenso. Sonreía ampliamente, como si fuera el hombre más feliz del mundo. Y ella también sonreía. Mucho. Como si fuera la mujer más feliz del mundo.

Un regusto amargo acudió a su boca al recordar lo que había pasado solo un día después. Se le endureció la mirada mientras seguía mirando aquella imagen. Una imagen de algo que pudo ser, pero que no fue, y que jamás podría ser.

—No me habías dicho que lo vuestro iba tan en serio.

La voz de Poncho, a su espalda, la sobresaltó. Bloqueó el móvil con un gesto nervioso, haciendo desaparecer la traidora foto, y lo guardó en el bolso.

Poncho dejó los cafés sobre la mesa y se sentó frente a ella. La miró de manera inquisitiva mientras se echaba azúcar en el suyo y lo removía con la cucharilla de plástico. Tana era muy consciente de su escrutinio, pero no dijo nada. Cogió su taza y bebió un pequeño sorbo. El líquido caliente deslizándose por su garganta la reconfortó. Hasta ese instante no se había dado cuenta de que estaba helada. Solo llevaba el vestido de tirantes rojo y unas sandalias abiertas. Mala elección para octubre en Madrid.

—Cuéntamelo todo, vamos —dijo Poncho al final, en vista de que ella no hacía ningún esfuerzo por comunicarse con él—. Explícame por qué has adelantado tu regreso. ¿No podías haberte esperado? Y dime por qué tienes ese aspecto de trasnochada, con esas ojeras y esa cara de pena...

—Lo del mal aspecto tiene su lógica, ¿no? Salí del hotel ayer a esta hora, más o menos. Estoy agotada —repuso con vaguedad.

—No. A otro perro con ese hueso, amiguita. Te conozco como si fueras mi hermana y te he visto en muchas situaciones de tu vida, algunas muy vergonzosas, pero esto... no. —Se inclinó hacia delante e, inesperadamente, la cogió de la mano y bajó el tono de voz poniéndose muy

serio—. ¿Qué ha pasado?

Ella bajó la vista y la clavó en los dedos unidos de ambos. «Pobre Poncho. Siempre tienes que soportar mis peores noticias», se dijo en un momento de irónica lucidez antes de volver a mirarle.

—Lo he perdido —murmuró.

Él la contempló en silencio. Su expresión de perplejidad cambió a una de profunda sorpresa cuando comprendió a qué se refería ella. El apretón de su mano se hizo más firme.

—El bebé.

Ella no respondió. Tampoco había sido una pregunta, en realidad.

—¡Joder, Tana! ¿Estás bien? ¿Cómo ha sido? ¿Qué ha pasado?

No quería hablar de ello, pero tenía que hacerlo. Tenía que contárselo. Él parecía tan preocupado y angustiado...

—Pasó, sin más. Según el médico que me atendió no es infrecuente que algo así suceda en los primeros meses de embarazo —contestó de manera impersonal—. Tengo el informe de urgencias y mañana iré a ver a mi ginecóloga a... a que me hagan pruebas o algo... —le regaló una suave sonrisa forzada.

—¿Y cuándo ha pasado? Digo... me refiero... ¿no deberías estar en el hospital o... descansando...? —Se pasó una mano por el pelo con ansiedad y se descolocó su impecable peinado—. ¿Podías viajar?

—Tú ya me conoces, ¿no? Quería regresar a casa, y eso es lo que he hecho.

Él arrugó la frente y chasqueó la lengua.

—Déjame que resuma entonces —dijo con sarcasmo apenas contenido—. Te diste el alta tú misma e ignorando los consejos del médico decidiste adelantar tu viaje aun a riesgo de tu salud.

—Parecido —murmuró, apartando la vista.

—Tana, joder... parece mentira que para otras cosas seas tan madura y tan responsable, y que luego pase algo así y te la juegues —exclamó con exasperación—. ¿No podías haberte quedado? Recuperarte, antes de regresar...

—No. No podía —musitó.

Un enorme nudo le oprimió la garganta y amenazó con ahogarla. Se echó hacia atrás y recuperó su mano, que él había tenido agarrada hasta ese instante. Tragó saliva, pero el maldito nudo no quería irse.

—¿Pasó algo que no me dices? ¿Con Till? —preguntó alarmado al ver su reacción.

—No lo sé. No tengo ni idea. Él... él no tuvo la culpa —admitió con voz trémula—, pero solo el hecho de mirarle a la cara me producía... una especie de rechazo y de... dolor. —Apoyó los codos sobre la mesa y hundió la cara en las manos—. ¡Dios! Creo que fue todo demasiado para mí. No sé. Había empezado a sentir algo por él y entonces, de pronto... todo acabó. No sé ni lo que digo. —Levantó la vista y le miró—. Me siento tan... tan vacía... tan ausente...

Él guardó silencio y ella lo agradeció. Si algo valoraba de Poncho, era que jamás la presionaba. Conocía su ritmo y era capaz de ser muy paciente. Mientras seguía mirándole tratando de encontrar palabras coherentes para explicarle cómo habían sucedido las cosas, volvió a preguntarse por qué narices no se habría enamorado de él.

Pero el rostro de Till acudió a su mente como una indeseable e ingrata condena. ¡Mierda!

Bebiendo su café a pequeños sorbos, terminó por contarle todo. En voz baja pero serena le habló de los calambres, de la espantosa sensación de soledad e impotencia, del vacío que había sentido en el hospital, de su reacción al ver a Till, de cómo le había echado en cara que él era el responsable de todo, de su incapacidad para lidiar con la situación y de su huida desesperada... y de lo que le había dicho por teléfono mientras iba en el taxi...

—Le dije que todo había acabado entre nosotros, que no quería volver a saber nada de él —concluyó en un susurró con la mirada extraviada.

—Tana... me dejas... que no sé ni qué decir... —dijo él al cabo de un rato. Se había puesto pálido y tenía los ojos turbios.

—Oh, Poncho... tenías que haberle visto... No reaccionó para nada como yo esperaba. —Agitó la cabeza—. Se comportó de una manera tan... tierna... Parecía como si para él, tener un hijo, formar una familia, fuese su sueño, lo que más deseaba... ¡Me asusté! Me aterrorizó que fuera tan sincero... tan poco como yo pensaba que era... No conocía esa faceta intensa

de él. Bueno... —Hizo un ademán con la mano—. Realmente no conocía ninguna faceta de él. Pero esos días que pasé a su lado... me hicieron darme cuenta de cómo es... de quién es... —Dejó de hablar y cerró los ojos un instante antes de volver a abrirlos y posarlos sobre el atribulado hombre que se sentaba frente a ella—. Creo que la pérdida del bebé le dolió mucho... muchísimo...

—Pero entonces... eso que le dijiste de que todo había terminado... No lo entiendo. —La miró desconcertado.

—No sé cómo explicarlo. Ni yo misma lo entiendo. Fue como si de pronto alguien me retirase el suelo de debajo de los pies y yo me cayese al vacío... ¡Dios! —gimió y volvió a enterrar la cara en las manos—. Solo sé que viví algo diferente a su lado y que, de repente, ya no estaba ahí y... solo mirarle me hacía daño... mucho daño... No quiero eso. No lo quiero.

—Pero...

—¡No! —replicó alzando la vista—. No me apetece volver a sentir algo así.

Él no dijo nada. Semejaba querer hacerlo, pero no lo hizo. Volvió a remover el café, sin necesidad.

—Quizá deberías replantearte tu decisión y hablar con él —dijo con suavidad.

—¡No! Estoy segura de que esto es lo mejor para mí —replicó con terquedad—. No quiero volver a tener contacto con él.

Poncho negó con la cabeza con pesadumbre.

—Si eso es lo que quieres..., pero creo que te equivocas.

—Ese es mi problema, ¿no? —repuso, seca.

No quería seguir hablando del tema y mucho menos que Poncho comenzase a analizarla o a darle consejos bienintencionados. Prefería olvidar. *Olvidarle.*

—¿Vas a contarle algo a mi hermana? —inquirió él cambiando de tema.

—¡No! No quiero que nadie sepa nada. Es algo que me gustaría que quedara entre tú y yo.

Él asintió con gravedad.

Transcurrieron unos minutos sin que ninguno dijera nada. El silencio se llenó de las conversaciones de las mesas contiguas, de una voz artificial que salía de los altavoces y de los sonidos típicos de cafetería. Inexplicablemente Tana comenzó a temblar y se abrazó a sí misma, frotándose los brazos con suavidad.

—Toma mi chaqueta —dijo Poncho, quitándosela y ofreciéndosela—. Y déjame que te lleve a casa.

—Sí, será lo mejor. —Se puso de pie y se arrebujó en la prenda que conservaba el calor del cuerpo de su dueño—. Estoy muy cansada.

—Pues vamos. —Cogió el asa de la maleta y luego le pasó un brazo por encima de los hombros, apretándola con delicadeza contra su cuerpo.

—¿Te he dado ya las gracias por ser el hombre más maravilloso del mundo? —le preguntó ella mientras echaban a andar y abandonaban la cafetería.

—Hoy todavía no.

—Gracias —murmuró—. Es tan bueno saber que te tengo a ti y a tu hombro para llorar...

—Jamás te he visto llorar —repuso él. Habían llegado a los ascensores que conducían al garaje subterráneo. Pulsó el botón y la miró con una ligera sonrisa en los labios.

Ella alzó la mirada y clavó sus ojos en los de él, que brillaban afectuosos.

—Ni me verás —respondió con firmeza.

Capítulo Treinta y tres

Introdujo la dirección en el GPS del Megane que acababa de alquilar. El aparato le informó de que no tardaría más de veinte minutos en llegar a su destino.

«Perfecto. A la hora exacta. Como si lo hubiese planeado», pensó.

Arrancó y abandonó el parking del aeropuerto; no tardó en incorporarse a la autovía. No era la primera vez que visitaba esa ciudad, pero sí era la primera que conducía por ella y el tráfico era caótico. La mayoría de los conductores no respetaba gran cosa ni las normas ni la velocidad ni los carriles. Después de que un taxista se cruzase en su camino sin poner el intermitente y le hiciera frenar de golpe, respiró hondo y trató de armarse de paciencia.

Habían pasado cuatro días desde que Tana se marchó de México de esa manera tan abrupta y en todo ese tiempo había intentado ponerse en contacto con ella en multitud de ocasiones. Necesitaba saber que estaba bien. La había llamado por teléfono, le había mandado correos y había tratado de localizarla a través de las redes sociales, pero solo había conseguido que ella le enviase un escueto mensaje diciendo: *Estoy bien. No me llames*. Sí, solo un jodido mensaje que le había llenado de ira. Y luego nada más. Silencio absoluto.

Se aferró con fuerza al volante y dejó escapar una imprecación entre dientes recordando la desesperación en la que había vivido los últimos días. Había sido insoportable. La mayor parte del tiempo la había pasado en la playa, sentado en la arena contemplando el mar como poseído. Pasando revista a todas sus conversaciones y a lo que habían hecho juntos, por si acaso algo que hubiera dicho o hecho hubiese sido el detonante de su huida. Reprochándose no haber estado a su lado cuando ella más lo había necesitado... A toda la congoja por lo sucedido con el bebé se había sumado la angustia de no saber nada de ella. En cierto modo entendía que necesitase espacio, que hubiera regresado a casa, a su ambiente, para tratar de

recuperarse. Sí, lo entendía. No compartía su forma de hacer las cosas, pero la respetaba. Lo que no comprendía en absoluto era cómo se estaba comportando con él, dejándole al margen y apartándole de todo, como si no hubiese habido nada entre ellos. Ignorando que él también había sido parte importante de todo aquello, que también había sufrido la pérdida y el dolor. Negando la realidad.

Hacía tiempo que no se sentía tan perdido, tan confuso. Le había costado mucho encontrar el equilibrio después de lo que pasó, pero a base de esfuerzo y voluntad había logrado vivir en relativa paz consigo mismo. Quizá no se había perdonado del todo, pero después del último encuentro con sus hermanos había comenzado a creer que todo iba a acabar bien para él, que la redención era posible.

Y de repente, Tana apareció en su vida y todo se fue al traste. Primero consiguió que perdiera la cabeza por ella, que se ilusionara y soñase con cosas del todo inimaginables... y después de la tragedia..., cuando más la hubiese necesitado, se había esfumado, dejándole... destrozado.

Así que no. No iba a permitir que las cosas acabaran así. Se merecía al menos una explicación. No bastaba con un: *Estoy bien. No me llames.*

En un arrebato había comprado un billete de avión. Y allí estaba. En Madrid. Le pesase a quien le pesase. Le daba igual que Tana no quisiera verle. Se lo iba a tener que decir a la cara.

La enlatada voz del GPS le indicó que en doscientos metros tenía que torcer a la izquierda y habría llegado a su destino. Sorprendido, puso el intermitente y se internó en la calle de una sola dirección. Había llegado hasta allí en modo piloto automático, sin ser consciente del trayecto. No tuvo que avanzar mucho cuando divisó un hueco enorme a poca distancia de su objetivo. A esa hora de la mañana y en esa zona residencial había mucho sitio donde aparcar. Estacionó el vehículo sin importarle demasiado el color de las líneas pintadas en el asfalto y apagó el motor. Miró el reloj del salpicadero. Eran las nueve y cincuenta. La *boutique* no abría hasta las diez. Con los ojos entornados, contempló la puerta de cristal y las letras doradas que había sobre ella: *Promenade*. No había conseguido averiguar dónde vivía y no había tenido agallas para preguntárselo a ninguno de sus hermanos, pero una búsqueda de apenas diez segundos en internet le había proporcionado tanto la dirección como el horario de apertura de su negocio. Que su avión hubiera aterrizado justo hacía una hora y media había sido producto de la mayor de

las casualidades.

Una figura femenina se aproximó a la puerta y él se tensó. Un rápido vistazo le mostró que esa mujer no era Tana. Era mucho más alta y rubia. Debía de tratarse de alguna de las empleadas porque se detuvo buscando algo en su bolso y después sacó unas llaves y abrió, accediendo al interior del local.

Golpeó el volante con el dedo pulgar y trató de distraerse mirando los escaparates de otros establecimientos, casi todos de lujosas tiendas similares a la de Tana, pero ninguna estaba abierta. Aparentemente, los propietarios de esos comercios tan elegantes no eran muy amigos de los madrugones. Volvió a mirar el reloj y comprobó que solo habían transcurrido tres minutos. ¡Joder! ¿Podía el tiempo ir más despacio todavía? Según se iba aproximando la hora se agitaba más y más. No sabía muy bien cómo reaccionaría ella cuando le viese. Mal, con toda seguridad. Le miraría con sus preciosos ojos oscuros cargados de hielo y le increparía por haberse presentado sin avisar. O le dirigiría una mueca desdeñosa y algún comentario mordaz de los suyos. Sí, muy probablemente.

Pero la ansiedad que sentía no se debía a cómo pudiera comportarse con él. Eso le importaba un bledo. Lo que de verdad le ponía nervioso era saber que iba a volver a verla, que iba a poder recorrer su cuerpo con la mirada y quizá —si tenía suerte— abrazarla y sentir el suave tacto de su piel y oler su fragancia. Y si todavía era más afortunado, podría incluso acariciar sus labios con los suyos y comérsela a besos...

Gott!

«Tú sigue soñando, cabrón», se dijo. Y no pudo evitar sonreír. ¿En quién narices se había convertido? Era patético.

Una gota de agua se estampó contra el parabrisas. Y luego otra y otra más. En solo un par de minutos la lluvia había empapado el coche por completo, convirtiendo todo lo que había tras el cristal en algo difuso y borroso y llenando el interior del coche con su rítmico y sordo golpeteo.

Un movimiento en el espejo retrovisor le hizo alzar la mirada. Una pareja se acercaba caminando por la acera bajo un paraguas negro. Algo en la forma de andar de la mujer le resultó familiar, pero el cristal estaba empañado y cubierto de agua y no pudo distinguir mucho. Accionó el limpiaparabrisas trasero y al cabo de dos segundos la imagen se aclaró.

Era ella.

Llevaba una falda de tubo de color rojo y una chaqueta negra, y esos imposibles taconazos que tanto le gustaba usar. El pelo le caía sobre uno de sus hombros y tenía una sonrisa dibujada en la cara mientras miraba a su acompañante, que no era otro que el gilipollas de Poncho. Impoluto e impecable a pesar de la lluvia, con su traje gris y su estúpida corbata, y ese peinado de recién salido de la peluquería, la abrazaba con firmeza y la contemplaba con adoración mientras los cubría a ambos con el oscuro paraguas.

Till sintió cómo el calor iba ascendiendo por su cuerpo y se le concentraba en algún lugar próximo al pecho.

¡No podía ser! En ningún momento Tana le había dicho que estuviera con Poncho de esa manera. Solo eran amigos, ¿no? Trató de calmarse, de pensar con serenidad, pero esos estúpidos celos que siempre sentía cada vez que pensaba en ellos juntos le asaltaron.

Apenas diez metros los separaban ya de su coche y con la garganta encogida esperó a que llegaran a su altura. Con toda seguridad, cuando los tuviese más cerca, se daría cuenta de que esa mirada que intercambiaban o ese abrazo que compartían eran solo producto de una profunda amistad.

Seguro.

¿Seguro?

En ese momento y justo cuando pasaban por su lado, una ráfaga de viento estuvo a punto de arrancarle el paraguas de la mano a Poncho, que con una actitud protectora para que la lluvia no la mojara, se puso delante de ella y la cubrió con su cuerpo. Tana alzó la cara y le dijo algo. Poncho volvió a cubrirles con el paraguas y la besó en el pelo antes de volver a abrazarla y seguir su camino.

No le vieron. La lluvia caía tan copiosamente que empañaba las ventanillas del coche proporcionándole un anonimato más que deseado. Se había quedado petrificado al contemplar la escena. Había sentido un curioso y desagradable hormigueo recorriéndole el cuerpo. Nada ni nadie podría convencerle jamás de que solo había amistad entre ellos. No después de haber visto cómo él la besaba. La complicidad era excesiva. Ese gesto lleno de ternura y esa forma de comportarse con ella, protegiéndola de las inclemencias del tiempo...

Scheisse!

¡Él era el que tenía que haberla protegido! ¡El que tenía que estar con ella, abrazándola, besándole el pelo, tapándola con su paraguas!

¡Maldito Poncho! ¡Maldita Tana!

Con los ojos entornados por la ira los siguió con la mirada. Llegaron a la puerta de la *boutique* y se detuvieron, frente a frente. Entonces... Poncho alzó la mano y elevó la barbilla de Tana con los nudillos, bajó la cabeza y le dio un beso suave en los labios.

Un beso.

El rugido gutural que le brotó del pecho compitió con el sonido de las gotas de lluvia que caían sobre el techo metálico del coche. Un arranque de cólera le hizo golpear el volante con el puño derecho.

Tana acarició la solapa de la chaqueta de Poncho y se dio la vuelta para adentrarse en el local; en el último segundo se giró y dijo algo que le hizo reír, antes de desaparecer definitivamente. Él permaneció unos segundos mirando la puerta con una sonrisa, luego siguió andando bajo su paraguas negro, alejándose calle abajo.

Till desconectó el limpiaparabrisas dejando que la lluvia volviera a cubrir el cristal, aislándole y difuminando el mundo exterior. La forma oscura y desdibujada de Poncho no tardó en desaparecer a lo lejos. Él se quedó allí sentado en el coche, aferrándose al volante con ferocidad, con los ojos clavados en la puerta de la *boutique*. La escena que acababa de presenciar no se le quería ir de la cabeza.

Ese beso...

Por eso se había ido con tanta prisa de México. Había necesitado el apoyo y el cariño de la persona con la que deseaba estar: *Poncho*. Ese era el hombre al que ella quería... Un rictus amargo deformó su boca. Todo lo que había pasado entre ellos, que para él había significado la vida, para ella no había sido más que una mera anécdota, al parecer. O quizá no. Quizá sí había sentido algo por él, pero no lo suficientemente fuerte como para soportar una tragedia como la que habían tenido que encarar. Cuando el momento de la desgracia llegó, ella había buscado el consuelo de Poncho. No el suyo.

Había atravesado el mundo para verla, para decirle que podía contar con él, que iba a estar a su lado, que no la iba a dejar sola. Para confesarle

que... se había enamorado de ella. Una carcajada sofocada le surgió del pecho. ¿Acaso se podía ser más necio? Probablemente no.

Se pasó la mano por el pelo y se echó hacia atrás apoyando la nuca en el reposacabezas. Poco a poco todo su cuerpo que se había mantenido tenso comenzó a relajarse. También su respiración y los latidos de su corazón se tornaron menos agitados y más calmados. Seguía sintiendo ese calor por dentro producto de la ira, pero ya volvía a ser dueño de sus emociones y podía controlarlas. Trató de pensar con frialdad.

Diez mil kilómetros había viajado para enfrentarla y pedirle una explicación, una explicación que seguía debiéndole. ¿Se iba a marchar sin hablar con ella? Vaciló, pero terminó por agarrar la manija de la puerta y la abrió. El viento trajo la lluvia, que entró dentro del coche mojándolo todo. Se bajó y salió al exterior, a ese desapacible día de octubre madrileño. En solo un par de segundos se encontró calado hasta los huesos. Solo llevaba unos vaqueros y una camiseta, que se le pegaron al cuerpo. Las gotas de agua helada se le deslizaron por la cara y quedaron suspendidas en la barba de cuatro días que sombreaba su mandíbula.

Dio un paso hacia delante. Pero algo, no sabía qué, le impidió seguir avanzando y se detuvo, indeciso.

Volvió a dar unos cuantos pasos que le acercaron más a ella. La lluvia parecía caer con más fuerza nublando su visión.

Se frenó de nuevo a unos diez metros de la puerta de cristal. Ese beso... ese beso no se le quería borrar de la mente...

Gott!

Poncho acariciándole el rostro y besándola con suavidad...

¿Estaba preparado para que ella le mirase a la cara y le dijera que estaba con Poncho? ¿Para escuchar de sus labios que lo que habían compartido no había significado nada?

No. No lo estaba.

Se quedó allí plantado en medio de la calle y de la lluvia como un cretino. De repente, una enorme fatiga descendió sobre él haciendo que bajara la cabeza y la hundiese en los hombros. El agua congelada le golpeó de lleno en la nuca y le provocó un escalofrío.

«Vamos. Ve y habla con ella. ¿Dónde está tu coraje?»

—¿Coraje? ¿Qué coraje? —murmuró en voz alta con amargura, y hasta su propia voz le sonó desconocida, más ronca y áspera que de costumbre.

Su instinto de conservación le hizo darse la vuelta y marcharse de allí.
«A la mierda el puto coraje. A la mierda Tana».

CUARTO ENCUENTRO

Capítulo Treinta y cuatro

El Audi RS 7 se deslizaba silencioso y firme por la autovía, como solo un coche de esas características podría hacerlo. La velocidad hacía que la raya blanca discontinua que separaba los carriles se convirtiera en continua, y que los otros vehículos que iba dejando atrás fuesen meras manchas de colores borrosos.

—No has dicho nada en la última hora. Estás muy pensativa.

Ella se giró al escuchar su voz y le miró. Llevaba un buen rato abstraída, mirando por la ventanilla y viendo pasar el paisaje, que alternaba retazos verdes y anaranjados. Sentía un ligero malestar según se iban acercando a su destino, pero eso no se lo iba a confesar.

—La verdad es que tengo ganas de llegar ya —respondió con vaguedad—. Llevo mucho tiempo sin ver a Eli.

—En media hora estaremos allí —contestó él. Le cogió la mano, se la llevó a los labios y depositó un suave beso sobre sus nudillos. Después la soltó y volvió a concentrarse en la carretera.

Tana se recostó en el asiento y fijó la vista en el azul del mar Mediterráneo, que se divisaba al fondo, a su derecha. El reluciente sol le arrancaba destellos al agua, sobre la que se balanceaban algunos barcos, en su mayoría veleros y catamaranes. Era una estampa encantadora, típica de un día de verano. Tenía que reconocer que lo había echado de menos. Esas temporadas que pasaba con su amiga y con su familia siempre habían sido como una bocanada de aire fresco. Se había escapado con frecuencia de Madrid para pasar unos días con ellos y relajarse. Y sin embargo, desde la boda había prescindido de sus visitas y se había mantenido alejada. Les había puesto como excusa a sus amigos —y a ella misma— que su trabajo la mantenía muy ocupada.

La realidad era bien distinta. Y tenía nombre de hombre.

Endureció la mandíbula. Mejor no pensar en eso.

Miró a su acompañante de reojo mientras se acariciaba distraídamente el anular de la mano derecha, donde destacaba el precioso anillo de platino y diamantes que él le había regalado hacía solo unos días. Era un llamativo solitario de talla cuadrada de cuatro quilates, que parecía demasiado grande para su delicado dedo. No terminaba de acostumbrarse a llevarlo. Lo sentía raro en ella. Había sido toda una sorpresa cuando, después de una cena tranquila en su casa, él se había sacado el estuche del bolsillo y, poniéndoselo delante, le había propuesto matrimonio. Al principio se había sentido desconcertada, ya que no solía ser muy romántico y su relación era más práctica que otra cosa, por eso que actuase así la llenó de perplejidad. Aunque tampoco era tan sorprendente, teniendo en cuenta que se había educado en los Estados Unidos y allí el tema de los compromisos y los anillos era algo habitual. No tardó mucho en darle una respuesta afirmativa, a pesar de que solo llevaban cinco meses saliendo. No estaba enamorada de él ni él de ella y ambos lo sabían y lo aceptaban, no obstante se llevaban a las mil maravillas y tenían mucho en común. Se respetaban y se admiraban mutuamente. Y sexualmente eran muy compatibles. Era la relación perfecta.

Siguió mirándole de soslayo y trató de imaginar cómo le verían sus amigos. Ese era uno de los motivos por el que se trasladaban a la costa, para que Eli y los demás conocieran a su flamante prometido.

Raúl Torregrosa Fitzgerald, abogado madrileño de cuarenta y nueve años, hijo de padre español y madre norteamericana, soltero recalcitrante —al menos hasta hacía unos días— y dueño de una de las colecciones de arte más impresionantes del país. Elegante, guapo y de mentalidad abierta. Poseedor de una espesa cabellera negra con algunas hebras blancas en ella, unos profundos ojos oscuros y una sonrisa agradable. Llevaba en ese momento unos vaqueros y un polo de color azul de manga corta, por el que asomaban sus brazos bronceados y fuertes. Le gustaba cuidarse. Solía jugar al tenis una vez por semana y visitaba el gimnasio con asiduidad. En su muñeca derecha lucía un reloj que, probablemente, costase lo mismo que un automóvil de gama media.

Sonrió al imaginarse a Cas y a Jan al lado de Raúl. Ni su prometido ni los hermanos Landvik eran personas con prejuicios, pero las diferencias externas eran muy evidentes.

En el mismo segundo en que el apellido noruego acudió a su cabeza se le agrió la expresión. Esa era la causa por la que no había ido a visitar a sus

amigos últimamente. Demasiados malos recuerdos por asociación. Eran demasiado rubios, con los ojos demasiado azules y con demasiadas cosas en común con cierta persona en la que ella no deseaba pensar. Aunque ya habían pasado más de diez meses desde lo de México, todavía tenía momentos de debilidad en los que no podía evitar entristecerse cuando pensaba en todo lo sucedido... y en *él*. Y cada vez que eso ocurría, cada vez que algo le recordaba el tiempo pasado con Till, lo enterraba bajo cientos de capas de indiferencia y se decía a sí misma una y otra vez que había tomado la decisión correcta. La única lógica.

Till Landvik no era hombre para ella ni ella era mujer para él.

Su móvil comenzó a sonar con estridencia, sobresaltándola. Lo sacó del bolso y sonrió al ver el nombre de Eli en la pantalla.

—Dime.

—¿Cuándo llegáis? —Su voz sonaba excitada.

—En un cuarto de hora o así —repuso echándole un vistazo a la pantalla del GPS—. Vamos directamente a vuestra casa. Luego pasaremos por el hotel.

—¡Fantástico! ¡Qué ganas tengo de verte! ¿Tienes la dirección exacta?

—Sí, sí, no te preocupes. Nos vemos en un rato.

—Dile a Mata Hari que le diga a Fitzgerald que se prepare. —Se oyó la voz de Poncho al otro lado de la línea—. Jan se ha traído la máquina esa suya para hacerle un tatuaje de iniciación.

Tana sonrió. Llevaba tiempo sin verle y tenía muchas ganas de encontrarse con él.

—Ahora le aviso —dijo, y colgó.

—¿Avisarme? —le preguntó Raúl.

—Tu amigo Poncho quiere que sepas que Jan tiene sus utensilios de tatuar y que pretende hacerte un tatuaje de iniciación.

—Podría pensármelo —continuó él con la broma—. No me quedaría mal una calavera en el antebrazo o la cara de mi madre en el bíceps con la leyenda *Amor de madre* debajo o algo así...

—O mi nombre en letras enormes atravesándote la espalda —sugirió

ella llevándose un dedo a la barbilla, como si lo estuviera meditando en serio.

Los dos se miraron e intercambiaron una sonrisa cómplice.

Su relación con Raúl era tan fácil, tan simple... Cualquier conversación fluía de manera natural y espontánea, y había sido así desde el primer momento en que Poncho los presentó. Raúl era uno de los socios del bufete de abogados que llevaba los asuntos de su empresa, y ambos compartían su afición por ir de vez en cuando al casino. Se había tratado de un encuentro casual. Ella y Poncho estaban comiendo en un restaurante del centro de Madrid cuando Raúl había llegado con unos clientes. Desde el mismo instante en que él le estrechó la mano, Tana supo a ciencia cierta que estaba interesado en ella. Y así había sido. No había tardado más de una semana en pedirle a su amigo su número de teléfono. Habían comenzado a verse de forma esporádica, un par de cenas, algunas comidas, una exposición de pintura, otra de fotografía y un partido de tenis... y por fin, una noche después de una cena en un restaurante cercano a la casa de él, habían terminado comiéndose el postre en su cama. El sexo no había estado nada mal, había sido como todo con él: fácil, tranquilo, natural y sin demasiados sobresaltos.

Todo encajaba. Tenían gustos parecidos, un humor similar y eran un tanto cínicos. Ambos tenían muy claro lo que querían de la vida: lo primero era el trabajo y todo lo demás iba después. Raúl estaba casado con su bufete y ella con su *boutique*.

Era el hombre perfecto para ella. Y ella era la mujer perfecta para él.

—Ahí está el desvío —anunció él, casi al mismo tiempo que la voz del navegador.

Tana volvió a mirar por la ventanilla. Al salir de la autovía dejaron el mar atrás y enfilaron hacia el interior. Al fondo, en la ladera de la montaña, destacaban multitud de chalecitos blancos rodeados de palmeras. Uno de ellos debía ser el de Cas y Eli, especuló. Hacía un par de meses habían decidido vender el apartamento de la playa, que se les había quedado pequeño con Sira y otro bebé en camino, y habían invertido sus ahorros en una vivienda unifamiliar en esa urbanización a las afueras. Se habían trasladado allí hacía diez días, exactamente los mismos días que Eli llevaba insistiéndole para que fuera a visitarlos y conociese su nueva casa. Tana no había podido negarse. Cualquier excusa habría sonado ridícula. Así que había

dicho que sí. También tenía ganas de que conocieran a Raúl.

Por supuesto, lo primero que había hecho antes de aceptar la invitación había sido asegurarse de que Till no iba a estar presente. A pesar de que ya había pasado mucho tiempo desde lo sucedido, no tenía ganas de volver a verle. Había respirado tranquila cuando Eli le confirmó que él iría a pasar unos días con ellos, pero más adelante. A veces se sentía culpable por haberles ocultado a todos lo que había sucedido entre ellos, pero ya era tarde. Si solo se hubiese tratado de una aventura sin importancia, lo habría confesado todo —al menos a Eli—, pero al haberse complicado las cosas de aquella manera y no haber sido sincera desde el principio, ahora cada vez se le hacía más cuesta arriba ser franca. Cada vez que surgía el nombre de Till en alguna conversación telefónica, fingía indiferencia y se las ingeniaba para cambiar de tema.

Todo había ido bien hasta el momento. Y ella estaba cada día más cerca de cumplir su objetivo: olvidarle. Esperaba que esos días junto a sus hermanos no despertasen en ella demasiados recuerdos ingratos.

«Lo soportaré», se dijo.

Además, ahora tenía a Raúl.

* * *

Aparcó el coche frente al número doce de la urbanización. Echó un vistazo a su alrededor antes de bajarse. Todo tenía aspecto de nuevo, de recién construido; desde las aceras que estaban limpias e impecables hasta las farolas y los bancos que parecían recién pintados. Incluso los columpios del parquecito que había más abajo brillaban al inclemente sol del mediodía de manera poco natural. Y los árboles eran apenas ramas delgadas con pocas hojas; aún tardarían muchos años en proporcionar algo de sombra.

Se bajó del pequeño Opel Corsa y cerró la puerta. Su mirada se dirigió hacia la parcela que tenía enfrente; al lado del muro de color beige que la rodeaba estaba aparcado el viejo Navara de Cas. Se dirigió hacia la puerta metálica marrón y, sin mucha esperanza de encontrarla abierta, la empujó. Le sorprendió que se abriese sin dificultad, permitiéndole el acceso al interior. Un camino de adoquines grises bordeado por parcelitas de tierra en las que había plantadas palmeritas enanas llevaba hasta la casa. Era una edificación de una sola planta de estilo moderno, que alternaba en su fachada el color blanco y los ladrillos caravista. Altos ventanales decoraban toda la parte

derecha de la vivienda y en el tejado había un solárium con una barandilla de metal acristalado.

Atravesó el camino de unas cuantas zancadas y llamó al timbre, que resonó dentro de la casa. No tuvo que esperar mucho.

—*Fuck!* Contigo sí que no contábamos —exclamó Cas nada más abrir la puerta con una expresión de genuina sorpresa en el rostro—. Pensábamos que llegabas la semana que viene.

Till se echó a reír.

—Siempre puedo volver a marcharme —propuso.

Cas le agarró del brazo y tiró de él con fuerza. Le dio un abrazo de los suyos y le besó en las mejillas. Luego le cogió la cara entre las tatuadas manos y le miró con afecto.

—Pero ¿qué dices? Si esto es como el retorno del hijo pródigo. Hace un siglo que no te veíamos, desde octubre del año pasado, cuando apareciste por aquí de repente y te largaste todavía más de repente.

—Ya me conoces, *Imprevisible* es mi segundo nombre —se rio, aunque no tenía muy buenos recuerdos de aquella visita.

—Ya sabes que *mi casa es su casa* —recitó Cas forzando un acento extraño— o eso dicen en las películas, ¿no? —Cerró la puerta y le empujó ligeramente, invitándole a entrar—. ¿Qué te parece? —Hizo un gesto ambiguo señalando a su alrededor.

Till paseó la mirada por el salón comedor, apenas amueblado. Solo había un sofá, una mesita, la televisión colgada de la pared y una mesa con sillas. Nada más. Hasta los muros estaban desnudos. En la esquina del fondo, sobre una manta marrón, dormían Eli y Pipi, los dos perros de la familia, que ni se molestaron en levantar la cabeza para mirarle.

—Amplia, luminosa... y vacía —dijo.

—Vamos comprando los muebles poco a poco. Espera a ver la piscina que hay en la parte de atrás. Eso es lo mejor. Sira está encantada. ¿Y tú? ¿Cuándo has llegado?

—Cambié de planes en el último minuto y me cogí las vacaciones una semana antes. Llegué ayer. Fui a casa de mamá —contestó.

—¿Y esta vez cuántos días te quedas, o te vas a largar mañana?

—Me quedo una semana.

—Quédate aquí —le dijo Cas—. Tenemos dos dormitorios de sobra.

—La verdad es que ya lo había decidido —confesó—. Tengo mis cosas en el coche. El piso de mamá es diminuto, y ahora que tú eres un potentado y tienes este *chaletón*...

—*Kluges Kind* —murmuró Cas palmeándole la espalda—. Anda, ve a por tu equipaje y te enseño tu habitación. Y date prisa. Eli está histérica porque ha organizado una comida y aunque Oksana la ha ayudado, es la primera vez que cocina para tantas personas.

—Joder, si tenéis invitados, no quiero molestar. Puedo volver luego.

—Qué va, para nada. Son solo Tana y su prometido.

Till, que se había dado la vuelta dispuesto a abandonar la casa, se detuvo. Notó cómo se le tensaba todo el cuerpo.

Tana y su prometido.

Diez meses, diez putos meses habían pasado ya, y todavía no era capaz de escuchar su nombre sin que se le encogieran las entrañas. *Scheisse!*

Se dio la vuelta con lentitud y evitó mirar a su hermano a los ojos.

—¿Su prometido? —preguntó, tratando de que su voz sonase desinteresada.

—Sí, un abogado madrileño amigo de Poncho. No le conocemos, la verdad. Vamos a verle hoy por primera vez.

Till frunció el ceño al escuchar aquello. No entendía nada. ¿Entonces Tana y Poncho ya no estaban juntos? ¿Y se iba a casar con otro?

—Por cierto, Poncho también está aquí —añadió Cas con jovialidad, sin saber que esa noticia le resultaba tan agradable como una patada en el hígado.

—Genial —murmuró entre dientes—. Voy a por mis cosas.

Abandonó la casa con rapidez. Llevaba los puños apretados a los costados y en cuanto se dio cuenta de ello relajó las manos y flexionó los dedos para rebajar la tensión. Su propia reacción desmesurada le sorprendía. No había vuelto a sentir nada parecido desde hacía tiempo. Desde que ella se fue...

Los dos primeros meses habían sido los peores. Apenas si había podido pensar en otra cosa que no fueran ella y lo que quizá hubiesen podido tener si las cosas hubieran acabado de otra manera. Decidió volcarse de lleno en su trabajo para tener la mente ocupada. Se había agotado encargándose de todas las clases que podía soportar físicamente. Y cuando no había alumnos a los que enseñar, agarraba su tabla y se iba a montar una ola tras otra, hasta que terminaba exhausto y el cansancio le impedía ver su imagen —la imagen de ella besándose con Poncho— cada vez que cerraba los ojos.

Poco a poco, fue recuperándose, y ese dolor profundo y lacerante que había sentido al principio y que le había impedido incluso respirar, se había ido disipando, convirtiéndose en un dolor sordo, emborronando su recuerdo. Solo le había quedado una especie de amarga decepción cada vez que pensaba en ella.

Había pasado página.

Sacó su petate del coche y cerró el maletero con violencia. No le gustaba ni un pelo cómo se estaba sintiendo en esos momentos. Un poco bienvenido anhelo comenzaba a crecerle dentro del pecho sabiendo que iba a verla en cuestión de poco tiempo.

Scheisse!

Tana era agua pasada o al menos así lo había creído.

Parecía ser que no.

Por segunda vez en menos de diez minutos se dirigió a la casa y atravesó el jardín. Esta vez estaba de peor humor que la vez anterior y sus pisadas resonaron con más fuerza sobre el suelo empedrado. Cas había dejado la puerta abierta, así que accedió al interior.

—¡Till! —La voz de su cuñada le hizo girar la cabeza. Estaba en el umbral de la puerta corredera que daba al jardín trasero que antes había mencionado Cas.

Cada vez que la veía, a pesar de que todo había quedado perdonado y olvidado, no podía evitar sentirse algo avergonzado. Se acercó a ella y sus ojos se posaron sobre su abultado vientre. Un pinchazo de amarga nostalgia le atravesó el corazón brevemente.

—Eli, estás preciosa —le dijo, dándole un abrazo con ternura.

Estaba resplandeciente. Quizá por el embarazo, quizá porque era

sencillamente feliz al lado de su hermano o por lo que fuera... estaba guapísima. Llevaba su larga melena rubia suelta y un vestido rojo que realzaba su bronceado.

—Mientes igual de bien que tu hermano. —Se apartó y le miró con calidez al tiempo que arrugaba su pecosa nariz.

—Será cosa de familia, entonces —bromeó él.

—Tú sí que estás guapo —le dijo, y le cogió una de las trenzas que llevaba en un lateral de la cabeza—. ¿Y esto? Ahora sí que eres un verdadero surfista bohemio.

—Bueno... —Le guiñó un ojo con picardía—. Estas cosas les gustan a las chicas. Tengo que aprovechar ahora que todavía soy joven.

—No te hacen falta las trenzas y lo sabes —le respondió—. Te las llevas a todas de calle.

De pronto se sintió incómodo teniendo esa conversación con ella. Era la mejor amiga de Tana y estaba claro que no sabía nada de lo que había pasado entre ellos. Se aclaró la garganta, algo turbado, y apartó la vista.

—No quería aparecer así de repente y sin avisar. —Cambió de tema con rapidez—. No sabía que teníais invitados.

—No te preocupes. —Le hizo un gesto con la mano—. No es nada formal. Son solo Tana y su novio.

Novio.

Joder, la puta palabra le revolvía las tripas.

—Sígueme y te enseño tu habitación —le dijo, dirigiéndose hacia el otro extremo del salón, hacia una puerta que había al fondo—. Deja tus cosas y reúnete con los demás en la piscina. Tus hermanos están allí con las niñas y con Poncho.

Poncho.

Otra palabra que hacía que le subiera la bilis a la garganta.

«Fantástico», se dijo.

Pintándose una sonrisa en la cara, que por supuesto no alcanzó sus ojos, la siguió. Atravesaron un pasillo y ella abrió la segunda puerta de la derecha, que pertenecía a un dormitorio no muy grande pero bastante luminoso. Solo tenía la cama y una lámpara de noche en el suelo.

—Disculpa lo espartano de la decoración, pero todavía estamos en ello. Solo hemos completado la habitación de Sira y la nuestra. Vamos poco a poco con lo demás.

—No te preocupes. No necesito más —le respondió, dejando el petate encima de la cama.

—Yo estoy en la cocina con Oksana, pero ya casi hemos terminado. Ahora nos vemos en la piscina. El baño está justo enfrente y tienes toallas en el armario de debajo del lavabo. —Se detuvo, indecisa, y entornó los ojos—. Creo que eso es todo. Si necesitas cualquier cosa, dilo.

—Está todo perfecto.

—Estamos muy contentos de tenerte aquí, Till —dijo ella tras unos segundos de mirarle en silencio—. Te echábamos de menos —añadió—. Ya verás cuando te vean Clara y Sira —le lanzó una cálida sonrisa. Luego se dio la vuelta y le dejó solo.

Se quedó un rato de pie mirando el hueco de la puerta con una mirada soñadora. Él también los había echado de menos a todos y tenía muchas ganas de pasar tiempo con ellos, en especial con la hija de Jan. Sira todavía era demasiado pequeña, pero con Clara había establecido un vínculo a través del Skype. La niña le adoraba y no había semana que no hablara con ella. Siempre tenía mil preguntas que hacerle y otras mil cosas que contarle.

El dormitorio no daba al jardín, sino a un lateral de la casa, aun así, los gritos y las risas infantiles llegaron hasta él a través de la ventana abierta. Se apresuró a sacar las cosas de su bolsa y echó un vistazo a su alrededor. Aparte de la cama y de la lámpara solo había un armario empotrado. Colocó su ropa allí. No había traído gran cosa, solo lo estrictamente necesario: un par de pantalones, un par de camisetas, calzado de verano, bañadores y poco más. Se había acostumbrado a vivir con poco. Si necesitaba algo, siempre podía pedirselo prestado a sus hermanos, eran más o menos de la misma talla.

Se puso un bañador y unas chanclas y se dirigió hacia el salón. Atravesó la puerta corredera de cristal. Apenas si tuvo tiempo de acceder al jardín, cuando un torbellino diminuto de pelo negro y mojado se abalanzó sobre una de sus piernas.

—¡Tío Till! —La chillona vocecita de su sobrina hizo que se le curvaran los labios en una generosa sonrisa.

Se agachó y alzó a la eufórica niña en el aire agarrándola por las axilas. Ella le echó los brazos al cuello y le dio un beso en la mejilla cubierta de vello.

—Ya sé nadar —le informó, ufana—. ¿Quieres verlo?

—Por supuesto que sí, pero déjame que te vea bien. ¡Has crecido muchísimo! —comentó con exageración—. No me puedo creer que seas la misma Clara con la que hablo por Skype. Yo creo que me engañas y eres otra niña.

—¡No! Soy la misma. ¡Mira! —Y se señaló el collar que llevaba alrededor del cuello. Era un simple cordón con una concha, que le había regalado él cuando estuvo allí la última vez.

—Pues sí que es verdad. Llevas el collar que le regalé a Clara, así que tienes que ser ella.

—Sí, soy yo —asintió con énfasis, mirándole con esos rasgados ojos azules tan parecidos a los de su padre.

—Esta es más tímida —dijo su hermano Cas, que se acercaba con Sira en brazos.

Till se dio la vuelta y miró a la pequeña que trataba de ocultar la cara en el cuello de su padre, pero que no podía evitar observarle a hurtadillas. Al igual que Clara, estaba empapada, pero en vez de llevar el pelo suelto lo llevaba recogido en una coleta alta. Unos manguitos rosas que parecían enormes para sus brazos dificultaban que pudiera abrazar a su padre en condiciones.

—¿Sira? Pero qué mayor estás ya —le dijo—. Casi igual de alta que Clara.

La pequeña le sonrió avergonzada, mientras que la otra resoplaba, escéptica.

—Cada vez tienes más pinta de hippy. —Jan se acercó por detrás y le palmeó la espalda con fuerza.

Till se dio la vuelta y dejó a Clara en el suelo antes de abrazar a su hermano mayor. Seguía siendo el mismo de siempre, enorme y musculoso, como un muro de roca sólida, tanto física como emocionalmente. Se miraron a los ojos sin decirse nada, pero diciéndolo todo. Con Jan solía sucederle eso. No hacían falta palabras para comunicarse con él.

—Tienes buen aspecto —le dijo.

—La vida me trata bien —contestó su hermano, sonriéndole.

Clara eligió ese momento para introducirse entre ambos y alzó los brazos para que su padre la cogiese. Jan lo hizo. Y Till volvió a sentir esa punzada absurda en el pecho al ver a sus hermanos con sus respectivas hijas. ¡Menudo cretino era! Iba a decir algo, pero una presencia a su derecha le distrajo.

—Hola.

Till giró la cabeza y vio a Poncho, que acababa de salir del agua y tenía el oscuro pelo pegado al cráneo. Era casi igual de alto que él pero no tan fornido. Llevaba un bañador azul y una estúpida sonrisa en la cara. Por instinto hubiese deseado no coger la mano que el otro le tendía, y que se acababa de secar apresuradamente en una toalla, pero su buena educación le aconsejó lo contrario.

—Hola..., Poncho. —Y aunque trató de evitarlo, las cuatro sílabas rezumaron frialdad. Fingió una sonrisa tensa que estuvo a punto de romperle los músculos de la cara y retiró la mano con rapidez después de un breve y seco contacto.

Poncho le miró sorprendido. Cas y Jan también.

Sabía que acababa de comportarse como un necio. El hermano de Eli nunca le había caído mal, más bien lo contrario, siempre le había parecido un tío majo y decente. Pero su historia con Tana lo había vuelto todo del revés. Primero esos estúpidos celos que había sentido cada vez que los veía juntos, luego, saber que ella confiaba tanto en él como para contarle todo... y el broche final, el haberlos visto besándose en la puerta de la *boutique* y saber que ella le había preferido a él...

Nada de aquello tenía sentido ya. ¡Joder! ¡Ella iba a casarse con otro! Había elegido a una tercera persona por encima de ellos dos... Meneó la cabeza casi imperceptiblemente.

—¿Te vienes a la piscina conmigo? —preguntó Clara.

«Salvado por la campana».

—Claro, vamos —se apresuró a decir.

Ignorando tanto a sus hermanos, que intercambiaban miradas extrañadas entre ellos, y a Poncho, que le observaba con el ceño fruncido, se

dio la vuelta y se encaminó al borde. Se quitó las chanclas y, de un salto limpio, se tiró de cabeza al agua, que no estaba demasiado fría, pero lo suficiente como para refrescarle el cerebro que era lo que necesitaba en ese momento. Atravesó la piscina buceando y emergió al otro lado, resoplando. Apenas había abierto los ojos cuando una pequeña forma aterrizó a su lado levantando una montañita de espuma. No tardó en seguirla otra forma aún más diminuta.

Clara salió del agua con el pelo pegado a las mejillas y nadó hasta él. Luego se aferró a su cuello y se rio. Till la contempló con cariño. Era imposible no hacerlo. Era una personita muy especial. La pequeña Sira, con mucha más torpeza debido a los manguitos, se acercó a ellos, pero se mantuvo a una distancia prudencial mirándolos con disimulo. Con ella iba a ser más difícil romper el hielo. Al menos eso pensó Till, pero diez minutos después, ya se había convencido de lo contrario. Sira perdió la vergüenza con rapidez e incluso se atrevió a tirarle de la barba, imitando a su pizpireta prima. Ambas niñas salían y entraban de la piscina a la velocidad del rayo. Al parecer, lo más divertido de todo era lanzarse al lado de su tío y salpicarle.

Cas, Jan y Poncho habían tomado asiento al otro lado del jardín a la sombra de una sombrilla blanca, y disfrutaban de una amena conversación mientras bebían algo. Till no tenía muchas opciones de ejercer de tío, así que prefirió quedarse con las niñas, disfrutando con sus juegos y sus ocurrencias, aunque de vez en cuando sus ojos se iban hacia la puerta, expectantes y atentos.

Eli y Oksana no tardaron en unirse a ellos, y él salió del agua para saludar a la mujer de Jan. Emanaba una fortaleza increíble y, a pesar de su juventud, sus peculiares ojos azules desprendían una serenidad poco común para alguien de su edad. Le sonrió con suavidad y le abrazó con cariño, y él se sintió pequeño y humilde, como siempre que se encontraba ante ella. Mientras él había huido y abandonado a su hermano Jan a su suerte, Oksana había estado ahí, apoyándole, sin rendirse, a pesar de lo complicado de su situación. Trataba de no pensar en el pasado, pero en momentos así le resultaba difícil no hacerlo.

Regresó al agua con las niñas. Y mientras animaba a Sira con un gesto para que se tirase a la piscina, se percató de que Poncho le miraba, intentando escudriñar su expresión. Era lógico. Tenía que estar sorprendido por cómo se había comportado con él a la hora de saludarle. Se preguntó qué

habría pasado entre él y Tana para que su relación hubiera terminado. Tampoco podía olvidar lo que había dicho Cas sobre el prometido de Tana:

Es un abogado madrileño, amigo de Poncho.

Incomprensible. Tana había acabado con un amigo de Poncho... No entendía nada.

El sonido de un timbre llegó hasta el jardín. Y él, aunque había estado preparado y esperando que eso sucediera, notó cómo los músculos de la espalda se le tensaban.

El momento de la verdad había llegado.

Iba a ver a Tana.

Después de diez meses.

Cas y Eli se levantaron y se dirigieron al interior de la casa. Los demás los siguieron más despacio y esperaron junto a la puerta que daba acceso al salón. Incluso las niñas abandonaron la piscina y echaron a correr con curiosidad. Solo él permaneció en el agua. No tardó en escuchar voces. Cada vez más cerca. Una masculina y otra femenina. La femenina era la suya. Era *su voz*, y los pelos de la nuca se le erizaron. Se sumergió más en el líquido elemento, de forma que tanto su poblada barbilla como su boca desaparecieron bajo el agua. Solo su nariz y sus ojos quedaron al descubierto. Como un depredador acechando a su presa, agazapado y vigilante.

En ese momento la pareja hizo acto de presencia. Till ignoró al tipo después de un simple vistazo. Ya le evaluaría más adelante. Su mirada febril la buscó a ella. Y la encontró en una milésima de segundo.

Tana.

La mujer de la que ya se había olvidado hacía tiempo.

La mujer en la que ya no pensaba.

La que ya no le robaba el sueño.

¡Mentira, todo mentira!

Allí estaba todo de nuevo, aflorando a borbotones e impidiéndole respirar.

Con el corazón desbocado y la garganta casi cerrada por la emoción, la contempló de arriba abajo, recreándose en su silueta, en sus ademanes, en su espesa mata de pelo castaño, en la deslumbrante sonrisa que decoraba su

boca mientras respondía algo que le había preguntado Eli, en el fulgor de sus ojos mientras los clavaba sobre Oksana, en cómo inclinaba la cabeza para tratar de escuchar algo que Clara le decía, y en ese gesto tan propio de ella cuando se apartó un mechón de la cara. Llevaba un vestido azul que moldeaba su figura, realzando exactamente lo que tenía que resaltar: sus generosas caderas y sus voluptuosos senos.

Till sintió cómo el calor le recorría la espina dorsal, desde la base del cuello hasta la parte inferior de la espalda para luego seguir hasta su abdomen y su estómago..., pero no se limitó a quedarse ahí... fue ascendiendo hasta alojarse en su pecho y su garganta, terminando por ocupar todo su cuerpo, haciendo que la sangre fuera al galope por sus venas.

Verdammt Scheisse!

Abrió y cerró las manos nerviosamente bajo el agua, tratando de controlar la respiración que había decidido salir entrecortada de su nariz. Entornó los ojos y buscó algo más en ella, algo diferente que quizá se le hubiera pasado por alto, pero no vio nada. Era la misma Tana de hacía meses, la mujer que le había dejado por otro y había decidido unilateralmente que no tenían un futuro en común..., la mujer que le había abandonado.

Una punzada de amargura vino a mezclarse con ese sentimiento arrollador que le estaba embargando en esos momentos, y rechinó los dientes con algo de resquemor.

Ella todavía no le había visto. Ni siquiera había mirado en su dirección. Seguía conversando con Eli con una sonrisa en su bronceado y hermoso rostro. Se preguntó cómo actuaría cuando se enterara de que estaba allí. Al menos él había podido prepararse; había contado con la ventaja de saber qué era lo que se le venía encima. Ella no iba a tener esa suerte, aunque quizá le diese igual. Quizá ya hubiera pasado página —como debía de haber hecho él— y su presencia no significase nada.

No iba a tardar mucho en averiguarlo.

Lentamente comenzó a avanzar hacia el borde donde se hallaban todos reunidos. Pronto toda su cara se hizo visible, luego su cuello y sus hombros y finalmente su pecho. En ningún momento apartó la mirada, deseando ser testigo de su reacción. El agua le llegaba ya por la cintura cuando ella giró la cabeza y le vio, por fin.

La sonrisa se le quedó congelada en la boca y su mano, que había

elevado para retirarse el pelo de la frente, quedó suspendida en el aire. Se le demudaron las facciones.

Él no continuó andando. Se quedó quieto en medio de la piscina. Mirándola.

El tiempo pareció detenerse en torno a ellos. Desaparecieron los otros, el jardín, las risas infantiles y el sol que brillaba sobre sus cabezas. Desapareció el agua en la que él se encontraba y hasta la brisa, que hasta hacía unos segundos había agitado las hojas de las palmeras.

Todo se esfumó.

Solo ellos dos existieron durante unos instantes.

Y fue durante esos instantes en los que sus miradas se entrelazaron, en los que Till fue consciente de algo muy importante, algo con lo que no había contado; se lo dijeron sus ojos oscuros que refulgían de manera intensa.

Al igual que él, ella tampoco había podido pasar página. Tana no era indiferente. Ni mucho menos.

Entonces expulsó el aire que había estado reteniendo y siguió avanzando.

Hacia ella.

Capítulo Treinta y cinco

A Tana se le olvidó respirar. O si lo hacía no era de la manera adecuada, porque el aire no estaba llegando a sus pulmones. Al menos, la sensación de ahogo que comenzaba a extenderse por su pecho era sintomática de que no lo estaba haciendo bien.

Till.

Till.

Till.

Era la única palabra que su mente parecía ser capaz de reconocer y que no cesaba de resonar en su cerebro una y otra vez, como si su vocabulario se hubiera visto reducido a una miserable sílaba de cuatro letras.

Allí estaba, en medio del agua, mirándola con intensidad con sus ojos color turquesa, como si quisiera traspasarla con ellos. Engullirla. Tan atractivo como lo recordaba. ¡No! Mentira. Mucho más atractivo de lo que recordaba. Con la barba y el pelo más rubios, los ojos aún más azules y los músculos más marcados, y mucho más bronceado, y más... más... más de todo... Tenía un aire algo más salvaje que hacía meses, quizá su aspecto fuera un poco más desaliñado... Llevaba trenzas en un lateral de la cabeza y algunos collares de cuero. Y esa mirada... Su mirada era insolente y provocadora y estaba clavada sobre ella.

No podían haber pasado más de dos o tres segundos, cuando él comenzó a andar hacia donde se encontraban ellos, con parsimonia, como si fuera un modelo de un anuncio de perfume y el director le hubiese dicho que lo hiciera despacio para que sus movimientos fuesen más perceptibles. Avanzaba de una forma sinuosa, separando el agua con su cuerpo. Sensual, ese era el adjetivo más apropiado.

Tana sabía que tenía que dejar de mirarle así, que no podía seguir con la mano suspendida en el aire, la boca entreabierta y los ojos fijos en él. Lo sabía. Y sin embargo se sentía incapaz de reaccionar. Ella que había pensado

que estaba por encima de todo aquello, y que Till Landvik había pasado a ser un amargo recuerdo del pasado, se descubría a sí misma observándole anhelante y echando de menos... algo.

Echándole de menos.

¡No podía ser!

Tratando de ignorar el temblor de sus rodillas, su respiración agitada y el malestar que acababa de tomar posesión de todo su cuerpo, apartó la vista y la centró en su amiga Eli, que la miraba sonriente.

Aunque la situación parecía haber durado toda una vida, probablemente no habrían transcurrido más de unos segundos, y nadie se había percatado de su reacción. Bueno, nadie era decir demasiado. Notó los ojos inquisitivos de Poncho sobre su persona y le miró de reojo. En efecto, la observaba con intensidad y la frente arrugada.

El vikingo había acabado con su interminable salida del agua. Y aunque ella había dejado de mirarle, sentía su formidable presencia a solo unos metros de distancia. Era muy consciente de todos y cada uno de sus movimientos. Sonrió a Cas, que le decía algo relacionado con el viaje. Suponía que una sonrisa era lo propio, aunque ya no tenía ni idea. Nunca en su vida había estado tan presente y tan ausente al mismo tiempo. ¿Desdoblamiento de personalidad? Su cuerpo estaba ahí, con el grupo; su mente estaba a dos metros, al lado del jodido Till, que se secaba con una toalla y se echaba el pelo hacia atrás. ¿Trenzas? ¡Dios Santo! Sí, trenzas. Hasta unas puñeteras trenzas en el pelo le quedaban bien.

—También ha llegado Till —dijo Eli, señalándole—. Así que la familia está al completo.

Tana se sintió tentada de dar un paso atrás cuando él se acercó e invadió su espacio peligrosamente, pero no era una colegiala estúpida y poco a poco iba recuperando su aplomo. Forzó una sonrisa y le miró a los ojos. Él se inclinó y acercó su cara a la de ella. Sintió sus labios fríos acariciándole el pómulo y los pelos de su barba rozándola... La besó... Controló el impulso de cerrar los ojos y deleitarse en su caricia, pero se mantuvo firme con la sonrisa incrustada en la cara.

Entonces él le dio el golpe de gracia.

—Tana, cuánto tiempo —murmuró justo antes de apartarse, de

manera que su aliento le rozó el lóbulo de la oreja.

Su voz ronca, esa voz que se había esforzado en olvidar —en vano—, penetró en su interior y una oleada de calor la recorrió por dentro. Estuvo a punto de expeler un jadeo al notar cómo su vientre se contraía.

—Sí, mucho tiempo —repuso, intentando sonar firme—. Desde la boda de Eli y Cas —terminó.

—Sí, desde la boda —corroboró él con un tono sarcástico. Seguía sin apartar sus ojos de ella.

—Este es Raúl —dijo, y no añadió más. De pronto le pareció casi obsceno referirse a él como su prometido. Notó el rubor extendiéndose por sus mejillas.

Se estrecharon las manos. Fue un simple apretón, breve y firme. Cortés. Pero ella se sintió rara al ver cómo esos dos hombres se tocaban y se calibraban. Su prometido no era ni tan alto ni tan fornido como Till, aunque no lo necesitaba. Era un hombre encantador, fascinante, inteligente, perspicaz, muy atractivo y seguro de sí mismo. Fue enumerando sus bondades en silencio mientras los contemplaba a ambos.

Y sin embargo... sin embargo... con él jamás había sentido todo aquello que el maldito Landvik le hacía sentir con una sola mirada.

—¿Qué os parece si nos sentamos y bebemos algo? —propuso Eli en ese momento, agarrándola del brazo—. Cas, ¿puedes encargarte tú? Necesito sentarme.

Tana la hubiera besado por romper, con esa prosaica frase, la incómoda situación en la que se hallaba. Se dejó guiar por ella hasta el fondo del jardín, donde habían dispuesto una mesa debajo de unas blancas sombrillas cuadradas.

—¿Cómo llevas el embarazo? —le preguntó. Sus ojos se deslizaron hacia su protuberante vientre.

—Deseando que termine. En siete semanas salgo de cuentas y no veo el momento. El verano se me está haciendo eterno —y bajando la voz para que nadie pudiera escucharlas, susurró—: Es guapísimo.

Tana frunció el ceño y, a hurtadillas, contempló a Till. ¿Guapísimo? Esa palabra se quedaba corta...

—Y ese anillo que te ha regalado es espectacular.

En ese momento cayó en la cuenta de que Eli se refería a Raúl.
¡Mierda!

—Sí, él es muy guapo y el anillo es precioso. No me lo esperaba, la verdad.

—¡Qué romántico! —le dijo.

—Sí, muy romántico.

Eli emitió una suave carcajada.

—Puedo imaginarme tu cara cuando te lo dio. Tana, la antítesis del romanticismo, recibiendo una proposición de matrimonio tradicional. ¿Se puso de rodillas también? —preguntó con un toque de malicia bien intencionado.

—Calla, mala persona. Prometo contarte todo con pelos y señales cuando estemos a solas —respondió en voz baja—. Creía que... que Till no iba a venir hasta la semana que viene —añadió, fingiendo indiferencia.

—Ha sido una sorpresa. Ha adelantado sus vacaciones. Se ha presentado aquí hace un rato de improviso. Teníamos muchas ganas de verle —confesó, tomando asiento en un extremo de la mesa—. La última vez fue en octubre. Fue muy raro. Una visita relámpago. Pasó por aquí y se quedó solo dos días.

Tana apoyó la mano en el respaldo de la silla que tenía delante, sintiéndose débil. ¿Octubre? ¿Till había estado en España en octubre?

—¿Octubre? —preguntó casi en un hilo de voz.

—Sí. ¿Por? —Eli hizo un gesto con la mano a Sira que se acercaba a ellas corriendo.

—Por nada.

Se sentó al lado de su amiga y pretendió estar muy interesada en Pipi, el pequeño bichón maltés, que olisqueaba el césped a solo unos metros. Su mente estaba en otro sitio. Till había estado en España viendo a su familia hacía diez meses. Justo después de que todo sucediera... ¿Por qué? ¿Por qué había ido si luego solo se había quedado dos días con ellos? No tenía sentido. ¿Un viaje de diez mil kilómetros para eso? Absurdo. ¿Habría ido a buscarla? ¿A verla? No. Desde que ella le envió ese último mensaje dejándole claro que no quería saber nada de él, no había tratado de contactar de ninguna manera. Ni por teléfono ni a través de las redes sociales. Mucho menos lo habría

hecho en persona.

Al principio, incluso confundida y triste como se hallaba, se había sentido algo decepcionada de que él no hubiese hecho otro intento de volver a verla o de hablar con ella, pero en el fondo sabía que había sido lo mejor. Así todo había resultado más fácil. Y sin embargo, saber que él había estado en España en octubre la dejaba perpleja. ¿Por qué habría ido?

Le miró de reojo. Estaba sentado enfrente, al otro extremo de la mesa. Se había puesto unas gafas de sol por lo que era imposible saber si la estaba mirando o no, pero de algún modo ella sabía que sí lo hacía. Se sentía expuesta y vulnerable. Y no le gustaba nada esa sensación.

—Un Martini, ¿verdad? —La voz de Raúl a su espalda la sobresaltó.

—Sí, gracias.

—Te lo ha preparado Poncho. No me hago responsable.

Cogió la copa que le ofrecía y le regaló una sonrisa, que él le devolvió. Le observó con afecto mientras se sentaba a su lado. Era una estúpida al perder un solo segundo pensando en Till. Raúl era el hombre más maravilloso del mundo. Se inclinó y depositó un suave beso sobre su mejilla, dispuesta a no volver a dirigir ni una mirada más en *su* dirección.

—Está perfecto —respondió después de darle un trago al Martini—. Es de las pocas cosas que Poncho hace bien.

—Te he oído —respondió el aludido, señalándola amenazadoramente con el dedo.

Se sintió más relajada. Allí, en su esquina de la mesa y arropada por Raúl, Poncho y Eli, lejos de él y de su influjo indeseado, pudo respirar más tranquila. Tampoco era para tanto, se dijo. Había sido la primera impresión, porque no había esperado encontrarle allí. La sorpresa. Sonrió y volvió a beber un trago de su perfecto Martini mientras escuchaba cómo Raúl y Eli hablaban entre ellos.

Pronto, Oksana, Cas y Jan fueron trayendo platos de la cocina. Ella misma se ofreció a echarles una mano, pero su ayuda fue rechazada. La comida que habían preparado era ideal para un día de verano como aquel: ensalada de tomate y queso, lasaña de salmón y aguacate y pequeños aperitivos para picar. Todo sencillo y ligero.

La comida transcurrió sin incidentes. El peso de la conversación cayó

en su mayor parte sobre Cas, que llevó la voz cantante como era su costumbre, aunque Poncho no le fue a la zaga. Entre los dos lograron que el ambiente fuese distendido y agradable. Raúl bromeaba y sonreía todo el rato, derrochando encanto; se notaba que se sentía a gusto. Por el contrario, al otro extremo de la mesa, Till permanecía silencioso. Apenas hablaba, se limitaba a escuchar. Se había quitado las gafas de sol y sus profundos ojos azules habían quedado al descubierto. De vez en cuando decía algo y, cuando lo hacía, Tana tenía la sensación de que se dirigía a ella en exclusiva, así que apartaba la mirada.

—Y entonces, ¿cuándo es la boda? —preguntó Oksana en ese momento.

—El quince de octubre —contestó ella—. Y luego nos vamos de luna de miel a Italia. Raúl tiene una cabaña cerca del Lago de Como.

—¡Joder! —exclamó Poncho—. ¿Cómo narices has conseguido convencer a Mata Hari, que es tan romántica como una tabla de planchar, de algo así? —se dirigió a Raúl con sorna.

Tana puso los ojos en blanco, como si esa aseveración fuera del todo absurda. Aunque algo de razón sí que tenía. A ella también le pareció ridículo cuando él se lo propuso, pero no teniendo nada que objetar, había aceptado.

—Soy un hombre muy persuasivo —aclaró su prometido con una sonrisa ladeada, haciendo reír a los demás.

—¿Por qué te llaman Mata Hari? —La pregunta, hecha con gravedad desde el otro extremo de la mesa, contrastó con el tono de alegría general.

Tana volteó la cabeza y sus miradas se encontraron. Estaba muy serio, en exceso. Se quedó callada. ¿A qué venía eso de pronto? ¿Y en ese tono inquisitivo? Sin saber muy bien por qué, se envaró y se puso a la defensiva.

—Es porque lleva a todos los hombres locos —intervino Raúl de buen humor, sin darse cuenta de la tensión que reinaba entre ella y Till—. En Madrid apenas podemos salir en público sin que tenga que estar espantando a moscones todo el rato.

Y acto seguido, le cogió la mano donde lucía el anillo y se la llevó a los labios para depositar un suave beso sobre sus nudillos. Ella no le miró. Su atención seguía en otro lugar. Y mientras su prometido le obsequiaba ese cariñoso gesto, trató de apartar los ojos del rostro moreno y curtido por el sol

que permanecía aparentemente impasible. Trató de apartarlos de veras, y concentrarse en el maravilloso hombre que tenía a su lado, pero algo más fuerte que ella se lo impidió. En contra de su voluntad, mantuvo la vista anclada en Till... y fue consciente del momento exacto en que sus facciones se endurecían. Estuvo tentada de retirar la mano. Bajo el escrutinio de esa mirada azul, las siempre bienvenidas caricias de Raúl hacían que se sintiera... incómoda y miserable.

Se enfadó consigo misma. ¡Maldición! ¿Es que se iba a dejar amedrentar por su presencia todo el rato? Giró la cabeza y rompió el contacto visual, solo para ir a encontrarse de lleno con el ceño fruncido de Poncho, que la contemplaba adusto. Le hizo un gesto desafiante que él ignoró, por supuesto. Había una muda interrogación en su semblante. Tana suspiró internamente. Sabía que sus preguntas no tardarían en llegar. Y lo peor de todo era que no tenía respuestas.

Pronto la atención se concentró en Oksana y en su trabajo como maestra. Les estuvo relatando lo satisfactorio que le resultaba enseñar a niños pequeños. Luego hablaron de Eli y de que estaba a punto de cogerse la baja por maternidad. Y Cas les contó que había tenido que contratar a otro mecánico para su taller. Los temas fluían y se sucedían de manera simple y sencilla. No hubo más sobresaltos.

Al menos no hasta el café.

Oksana y ella habían ido a la cocina a buscar la cafetera y las tazas. Cuando regresaron, la conversación se había centrado en Till, en México y en sus clases de surf. Él se había reclinado en el asiento e iba contestando a todas las preguntas de forma relajada y amena. Semejaba estar a gusto. Feliz.

Tana tomó asiento y, con la mirada clavada en el mantel, se dedicó a remover su café sin necesidad ya que no le había puesto azúcar. Escucharle hablando de México hacía que se sintiera extraña. Ciertos recuerdos eran muy amargos.

—¿Cuándo nos vas a presentar a esa chica con la que sales? —le preguntó Cas.

Ella dejó de mover el café.

—No salgo con nadie —se rio Till.

—¿Y la morena? Está contigo en casi todas tus fotos de Facebook. —

Cas sonó escéptico.

—No lo niegues —intervino Eli con una risa—. Yo también lo he visto.

—Es una amiga, nada más —repuso con vaguedad.

Tana trató de ignorar el pinchazo que le atravesó el corazón. Se asemejaba demasiado a los celos que había sentido hacía meses cuando había pensado que él estaba con Amaya. «¡No vayas por ahí!», se recriminó en silencio. Alzó la vista y sus ojos se encontraron. Él la observaba con mucha intensidad. Parpadeó nerviosa antes de apartar la mirada.

—Tengo ganas de conocerte una novia —dijo Jan—. Me pregunto cómo será la mujer que consiga hacerte sentar la cabeza por fin.

—Hubo alguien... —respondió con vacilación, provocando que sus hermanos y también Eli prorrumpieran en exclamaciones—. No terminó bien —continuó de buen humor—. Me dejó por otro. Uno más guapo, más elegante y con más pasta que yo.

Tana le lanzó una mirada agitada a través de sus pestañas, pero él observaba la piscina. No se refería a ella. Desde luego que no, se dijo. Lo suyo había sido algo... diferente a eso que él contaba. Quizá estuviera mintiendo, quizá se estuviese inventando todo aquello para intranquilizarla. Quizá de verdad había habido otra mujer que le había dejado por otro, después de lo que había ocurrido entre ellos...

—Con más pasta y más elegante eso no se puede dudar —dijo Cas riéndose—, pero ¿más guapo? Es imposible. Mírate, con esos ojos y ese pelazo.

Todos rieron. Todos menos ella, que tuvo que fingir una sonrisa acartonada antes de llevarse el café a los labios. Ese fue el preciso momento que él eligió para girar la cabeza. Sus ojos se encontraron por encima del borde de la taza. Y ella comprendió una cosa al ver cómo le brillaban llenos de reproche.

Sí, se había referido a ella...

Esa supuesta mujer que le había dejado por otro era... ¿ella?

No entendía nada. Nada.

—Entonces, ¿vamos a ir al casino?

La pregunta de Raúl la sobresaltó. ¿Habían cambiado de tema y no se había dado cuenta? ¿Cuánto tiempo había estado en el limbo?

Se aclaró la garganta y le miró. No se dirigía a ella, sino a Poncho. Ambos llevaban unas semanas hablando de visitar el famoso casino de la costa. Se encontraba en una localidad cercana y era bastante popular. Dos aficionados a la ruleta como eran ellos no iban a dejar escapar la oportunidad de acercarse alguna noche.

—Claro, mañana —dijo Poncho con jovialidad—. ¿Alguien más se apunta?

—Conmigo no contéis —repuso ella—. Ya sabéis que me aburro en esos sitios.

—Conmigo tampoco —dijo Eli—. A las diez de la noche estoy muerta. Os avergonzaría quedándome dormida en una silla.

Cas, Oksana y Jan hicieron gestos negativos con la cabeza.

—¿Y tú? ¿Quieres venir? —Raúl se dirigió a Till con una sonrisa.

Se hizo un silencio generalizado. Incómodo.

—Creo que será mejor que yo no vaya —contestó Till al cabo de unos segundos con voz suave.

—¿He dicho algo que no debería? —preguntó Raúl, confuso.

—¿No te ha contado Tana que soy un ludópata? Es raro, porque es una de sus historias favoritas —lo dijo sonriendo y con tono jocoso, pero había un toque amargo en sus palabras—. Supuestamente, estoy rehabilitado. —Trazó unas comillas con los dedos en el aire—. Pero es mejor no tentarme. Una vez ludópata, siempre ludópata —concluyó, alzando los hombros.

—No es para tanto —intervino Tana con rapidez—. Tuvo un problema con el juego y estuvo yendo a terapia durante años, pero lo tiene más que superado.

Todas las miradas se posaron sobre ella con asombro. Era quizá la primera vez que escuchaban algo así, a ella defendiéndole. Se sintió mortificada, pero no había podido evitarlo. Odiaba que él se expresara así sobre sí mismo, con ese desdén y ese desprecio.

—No lo sabía —murmuró Raúl.

—No pasa nada. Por favor, no dejéis de hablar de esas cosas por mí.

Puedo soportarlo —contestó Till. Se dirigía a Raúl, pero la miraba a ella.

Tana se revolvió en el asiento y dirigió su atención hacia Sira, que en esos momentos se lanzaba al agua de un salto. Mirar a la niña le pareció lo menos peligroso. El momento desagradable no tardó en diluirse cuando Eli sacó otro tema de conversación. Poco después Clara convenció a su tío de que se bañase con ella y él aceptó, llevándose la tensión con él.

Eran ya las ocho cuando Raúl le propuso que se marchasen al hotel. Ella lo habría sugerido mucho antes. Si bien a hurtadillas, el observar a Till jugando en el agua con las niñas, le provocaba melancolía y tristeza. Mientras los demás se despedían, ella atravesó el jardín para ir al baño. Evitó mirar a la piscina y a las tres figuras que se divertían en ella.

Se lavó la cara con agua fría y observó su imagen en el espejo. Estaba algo pálida y tenía la mirada opaca. ¡Gracias a Dios que todo llegaba a su fin! Le había costado más de lo que pensó mantener la compostura delante de él. Mucho más.

¡Qué arrogante por su parte pensar que ya lo había superado todo, que ya le había olvidado...! ¡Cuán equivocada había estado!

Y todas aquellas dudas que la acosaban... ¿Por qué había ido a España en octubre? ¿Por qué decía que ella le había dejado por otro? ¿Y por qué no había cesado de mirarla todo el tiempo? Como... como si todavía sintiera algo por ella...

¡Mierda!

Necesitaba pensar. Poner en orden sus ideas. Sin que él estuviese cerca.

Respiró hondo y abrió la puerta.

Justo delante, con el pelo y la barba mojados y casi desnudo, estaba él. Esperándola.

Se llevó la mano al pecho instintivamente. Los latidos de su corazón acababan de adquirir una velocidad vertiginosa, como un coche de carreras que podía pasar de cero a cien en apenas un par de segundos.

—Tenemos que hablar —le susurró él.

—No tenemos... nada... de qué hablar —consiguió articular, sin mirarle. Odiaba sonar titubeante, pero la sorpresa de encontrarle allí había vuelto a dejarla estupefacta.

—Por supuesto que sí —la contradijo con firmeza—. Además, me lo debes.

—No te debo nada —farfulló, y trató de abandonar el baño rodeándole, pero él dio un paso a la derecha, impidiéndoselo con su cuerpo.

—Tú sabes que sí —dijo entre dientes.

Y entonces hizo algo que la dejó paralizada. Le cogió la cara entre las manos y la obligó a alzar la barbilla. Un escalofrío le recorrió la espalda al sentir el áspero tacto de su piel sobre sus mejillas y sus ojos ardientes sobre los de ella. Se perdió en su azul mientras su interior se inflamaba. Trató de bajar los párpados para escabullirse de esa mirada cargada de fuego, pero sin éxito. No le hacía falta verla, la sentía como si fuera algo tangible y palpable. Un jadeo ahogado se escapó de su boca.

—Tana... —musitó él con esa voz ronca que conseguía que se olvidara de todo lo demás.

¡No, no, no! ¡Tenía que mantenerse firme!

—¿Cómo puedes hacerme esto, Landvik? —gimió al fin, y se apartó de modo brusco haciendo uso de toda su fuerza de voluntad. Le empujó del pecho y le lanzó una mirada llena de desesperación.

Él la dejó ir. Los ojos le brillaban belicosos.

—¿Y tú? ¿Cómo pudiste hacerme aquello, Tana? —le escuchó murmurar a su espalda mientras se alejaba con las piernas temblorosas.

Capítulo Treinta y seis

Había pasado una noche de mierda, dando vueltas en la cama hasta las cinco de la mañana. Y no era porque extrañase el colchón, se había acostumbrado a dormir en cualquier parte. No. Era esa maldita mujer. Esa maldita mujer que iba a conseguir que se volviera loco.

Había sido un suplicio verla al lado del tal Raúl. Ver cómo se sonreían, se acariciaban y se besaban. Escuchar cómo hablaban de su boda y de sus planes de futuro. Y todo ello sabiendo que ella no quería a ese hombre. Cualquiera que la conociese un poco se daría cuenta con solo pasar unos segundos a su lado. Era tan evidente... Sí, existía complicidad entre ellos, una gran amistad, incluso puede que afecto, pero no había pasión alguna. Sus oscuros ojos se iluminaban cien veces más cuando le miraba a él. ¿Acaso los demás no lo veían? Había sido tan obvio durante toda la comida... Saltaban chispas cada vez que sus miradas se encontraban.

Y por eso, y por el breve encontronazo que habían tenido en la puerta del baño, que le había demostrado que ella no era para nada indiferente y que todavía sentía algo por él, había decidido volver a jugarse todo a una carta y tratar de recuperarla. Todavía quedaban muchas cuestiones por resolver; tenían mucho de qué hablar y ella le debía una explicación, sin duda, pero no iba a cejar en su empeño e iba a luchar por ella. Eso lo tenía claro.

Sí, Tana iba a volver con él.

Una expresión determinada acudió a su rostro antes de atravesar la piscina con un rápido crol. Lo hizo unas cuantas veces antes de acercarse al borde y acodarse en él. Llevaba ya media hora allí, disfrutando de la soledad del jardín a esa temprana hora de la mañana. No hacía mucho que había amanecido y el sol poco a poco iba alzándose en el horizonte, transformándose en una bola de color naranja que no tardaría en calentar demasiado, mas por el momento la temperatura era ideal. Su cuerpo se había acostumbrado al clima de Baja y el calor sofocante de la costa mediterránea en agosto no le gustaba demasiado.

—Buenos días. Veo que hemos tenido la misma idea. —Poncho entró en su campo de visión. Llevaba un bañador rojo y una toalla al hombro.

Till le contempló con el ceño fruncido. A la mierda su rato de paz en la piscina, pensó con desagrado.

—Eso parece —repuso con aspereza.

Nadó en la otra dirección, alejándose del recién llegado. Se encaramó a las escaleras y abandonó el agua. Cogió su toalla, que había dejado en el borde, y se dispuso a marcharse. No le apetecía nada compartir el espacio con Poncho.

—¿Te pasa algo conmigo? —inquirió este con voz suave.

Till se detuvo. Quizá la pregunta tenía algo de pertinente. Quizá. Pero no sabía si estaba dispuesto a contestarla en ese instante. Se dio la vuelta y miró al que durante meses consideró como su rival, que le devolvió la mirada con aplomo. Interesado. ¿De verdad que no tenía ni idea de lo que pasaba?

—No —respondió.

—Entonces, ¿esa actitud tuya? ¿Me la estoy imaginando? —Sonaba escéptico. Dejó la toalla en una tumbona y se acercó a él.

—No.

—Explícate.

Till se acarició la barba mientras analizaba la expresión de Poncho. Realmente parecía no saber nada.

—Sé que tú sabes lo que pasó entre Tana y yo el año pasado —comenzó al cabo de un rato de tenso silencio—. Me dijo que te lo había dicho. Que había confiado en ti.

El otro asintió, pero no dijo nada, invitándole a seguir.

—Supongo que cuando volvió a España también te contó todo lo que ocurrió en México... —se interrumpió y apartó la mirada, desviándola hacia el horizonte. Vaciló, sin saber cómo continuar. Daba igual que hubieran pasado tantos meses, seguía doliéndole mencionar el tema. De pronto, no sabía qué narices hacía ahí, hablando de eso con Poncho. Se giró, impaciente—. Mira, da igual. No importa. Lo pasado, pasado está. —Se encogió de hombros—. Me jodió enterarme de lo vuestro. Ya está. Pero al final, los dos hemos salido perdiendo, ¿no? Se va a casar con otro.

—No te entiendo —dijo Poncho, perplejo—. ¿Qué quieres decir con *lo vuestro*? Entre Tana y yo nunca ha habido nada.

Till dejó escapar una carcajada que hubiera debido sonar sarcástica, pero que tenía tintes de amargura que no le gustaron demasiado.

—No me jodas, Poncho. Os vi —espetó con desdén.

—¿Nos viste? ¿Cómo? ¿A qué te refieres? —Se acercó más a él con la frente arrugada.

—Cuando Tana volvió a España, yo vine tras ella. Fui a buscarla. Y os vi.

Poncho negó con la cabeza.

—Estabais en la puerta de su *boutique* y os estabais besando. —Apretó los puños. Daba igual el tiempo que pasase, esa jodida imagen de ellos dos besándose bajo la lluvia no se le iba a olvidar jamás.

—No sé lo que viste, pero lo malinterpretaste —repuso Poncho—. Recuerdo que después de volver y de que perdiera al bebé... —Bajó la mirada, y Till casi lo agradeció. Le resultaba difícil escuchar a una tercera persona refiriéndose a lo que había sucedido—. Tana estaba bastante... hundida —continuó—, y necesitaba un amigo. Pero nada más. Es verdad que alguna vez la acompañé al trabajo y que intenté estar ahí para ella. Pero no hubo nada entre nosotros. Nada.

Till le contempló dubitativo. Él recordaba ese beso con toda nitidez. No había sido el beso de dos amigos. Para nada.

Iba a replicar algo, pero Poncho siguió hablando.

—Mira, déjame que te diga algo. No me creas si no quieres. No nos conocemos mucho, pero no tengo por qué engañarte. Conozco a Tana desde que era una cría y empezó a salir con Eli. Durante todos estos años ha sido una presencia constante en mi vida y le tengo muchísimo cariño, más que a cualquiera de las otras amigas de mi hermana. Ella confía en mí y yo confío en ella. Es una persona especial, muy especial. Pero jamás tendría nada con ella. *Nunca* —enfaticó—. Es como una hermana para mí.

Pasaron varios segundos sin que ninguno dijera nada. Poncho le miraba con franqueza, y Till se llevó la mano a la frente y se la frotó con vigor. ¿Era posible? ¿Era posible que no hubiese habido nada entre ellos y que él hubiera exagerado la situación? Cerró los ojos y trató de volver al

pasado, de recordar cómo había sido todo. Él había estado sentado en el coche, esperándola. Se había puesto a llover. Y entonces habían aparecido ambos, resguardados bajo un paraguas oscuro. Parecían una pareja de verdad. Se habían despedido en la puerta, bajo la lluvia, con un beso... ¿De verdad había sido solo un beso afectuoso entre amigos? ¿Le habían cegado los celos? Ya no sabía qué pensar.

—Te puedo asegurar que cuando Tana volvió de México lo último en lo que pensaba era en tener una relación con nadie —volvió a hablar Poncho—. Estaba hecha una mierda. Y le costó recuperarse. Solo necesitaba un amigo.

—A mí me apartó de su lado —masculló de repente. De nuevo surgió esa ira que le abrasaba cada vez que pensaba que ella había buscado el consuelo de otro y no el suyo.

—Creo que las circunstancias la sobrepasaron. Hasta el momento en que pasó aquello, siempre había sido dueña de la situación y nada se le había escapado así de las manos. Creo que lo que le sucedió contigo le hizo darse cuenta de que no era tan fuerte ni tan segura como creía. Perdió el control. —Hizo una pausa—. Se asustó y huyó.

Till le contempló silencioso.

—¿Por qué me cuentas esto? ¿No estás traicionando su confianza al decírmelo? No creo que sea lo más apropiado que vayas contándole estas cosas al primero que te pregunta.

—No me jodas, Till. ¿El primero que me pregunta? — Poncho resopló e hizo un ademán despectivo con la mano—. Tú sabes perfectamente que no eres cualquiera y que ella te importa. Eso quedó muy claro ayer, después de ver cómo os comportabais durante la comida. Por favor, no soy tonto. Y tú le importas a ella. Por más que tratase de disimularlo.

—Ahora nada de eso es muy significativo, ¿no? —Meneó la cabeza fingiendo una indiferencia que no sentía—. A fin de cuentas se va a casar con otro.

—¡Bah! Fitzgerald no la quiere, está casado con su trabajo. Y a ella le pasa lo mismo. Se llevan bien y sienten admiración el uno por el otro. Ese matrimonio es conveniente para ambos, pero no hay más.

—Creía que Raúl era tu amigo —le cuestionó, alzando una ceja.

—Y lo seguirá siendo, aunque no estén juntos —respondió con seguridad—. Pero a Tana la quiero. Y si ella tiene más opciones de ser feliz contigo —y después de lo que vi ayer, no tengo ninguna duda—, pues desde ahora soy del equipo Till.

Una vez dicho esto se sentó en el borde de la piscina y metió los pies en el agua. Aparentaba desinterés, aburrimiento incluso, pero la mirada que le dirigió denotaba lo contrario. Había algo provocador en ella. Parecía querer instarle a hacer algo.

Till se dio la vuelta y contempló el mar a lo lejos. El sol bañaba la playa y la convertía en una preciosa pintura de color naranja y ocre, pero él no veía el paisaje. Meditaba sobre lo que Poncho acababa de decirle. Si antes de escucharle ya había tenido claro que quería recuperar a Tana, ahora lo tenía más claro todavía.

«Recuperar es una palabra muy grande. Nunca ha estado verdaderamente contigo... Mejor será que hables con propiedad y digas conquistar».

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Poncho, sacándole de sus pensamientos.

—Eso es cosa mía —respondió con rudeza. Por mucho que el otro le hubiera dicho que le apoyaba y que pensaba que Tana iba a ser feliz con él, no era su amigo ni nada por el estilo.

—Es muy terca y se le ha metido en la cabeza que no eres adecuado para ella —le advirtió ahora con una sonrisa—, así que vas a tener que trabajártelo.

Till no respondió, pero internamente le dio la razón. Ya sabía que era obstinada y que cuando algo se le antojaba era difícil que cambiase de opinión. No había nadie que lo supiera mejor que él. ¡Había pasado siete años guardándole rencor!

A pesar de que todavía tenía el pelo húmedo, se lo recogió en una coleta con la goma que llevaba en la muñeca, luego cogió la toalla y se dispuso a marcharse.

—Till.

Su nombre, pronunciado de manera apremiante, le hizo detenerse y darse la vuelta. Los ojos oscuros de Poncho le taladraron. Cualquier atisbo de

jovialidad o simpatía había desaparecido de sus facciones y un rictus de dureza había acudido a sustituirlo.

—Ten mucho cuidado, porque como le hagas daño te las tendrás que ver conmigo. Y no es una amenaza vana. Es una promesa.

—Vamos, Poncho. No me hagas reír —replicó con una mueca condescendiente—. Si hay alguien aquí que puede hacer daño al otro, es ella a mí. Tana tiene la capacidad de destrozarme... si quiere... —añadió en voz muy baja, echando a andar hacia la casa—. Y tú lo sabes...

Creyó escuchar un *sí* murmurado a su espalda, pero no se detuvo.

Quería estar solo y pensar.

Planear su estrategia.

Capítulo Treinta y siete

Tana había llegado al chalet hacía unas horas, como habían convenido. Eli la había recibido entusiasmada. No había nadie más. Cas seguía en su taller e iba a volver tarde; Poncho se había marchado para ir a recoger a Raúl, del que ella acababa de despedirse en el hotel. Y Till había quedado con unos amigos del instituto y no se le esperaba para cenar. Los nervios que se habían mudado a su estómago mientras iba conduciendo hacia la urbanización se le aflojaron al enterarse de esa fantástica noticia. Su ausencia era lo adecuado para su salud mental.

Habían cenado en el jardín las dos solas con Sira y, ahora, a pesar de que el sol casi había desaparecido para ceder su espacio al ocaso, llevaban un rato en el borde de la piscina, sentadas en sendas tumbonas, disfrutando de la agradable temperatura y vigilando a la niña, que entraba y salía del agua una y otra vez. El tema principal de conversación había sido Raúl, por supuesto. Eli había querido saberlo todo con pelos y señales, y ella se lo había contado de buena gana. Hablar de Raúl era... tan fácil.

Una punzada de envidia la atravesó al contemplar a su amiga. Su avanzado estado de gestación era más que evidente con ese bikini de color verde manzana. Aunque se quejaba de que le dolía todo, lo hacía con una sonrisa resplandeciente. Tana bajó la vista y no pudo evitar establecer comparaciones. El bikini blanco que llevaba realzaba su moreno, su voluptuosa figura y su vientre, liso como una tabla y sin una sola estría. Cerró los ojos un instante y estuvo a punto de sucumbir a la melancolía, pero una conocida e inoportuna voz le hizo abrirlos de golpe.

Su némesis acababa de acceder al jardín.

Aunque había sabido que eso iba a suceder de un momento a otro y se había mentalizado, estando prevenida para el encuentro, reconocía que nada podía prepararla para todo aquello que su mera presencia le hacía sentir. Una breve mirada de esos intensos ojos azules era como un cañonazo en pleno plexo solar. Y si esa mirada duraba más de dos segundos ella se convertía en

un charco de agua, derretida por completo... A la mierda todo su aplomo.

Le odiaba por ello.

Se odiaba, se corrigió.

Al igual que el día anterior, él no le quitaba la vista de encima. Y volvía a andar de aquella manera sensual y sinuosa, como si fuese el chico del anuncio de Cola-Cola Light, muy consciente de que todas las miradas estaban sobre él. Cosa que era absurda. Eli miraba a su hija y ella contaba con la ventaja de —a pesar de lo inapropiado de la hora— llevar puestas unas gafas de sol. Se aprovechó de ello y le observó de arriba abajo.

Estaba guapo. Muy guapo. Bronceado y con un bañador azul con palmeras negras, que en cualquier otro hubiera resultado ridículo, pero que en él era perfecto. Su pelo era algo más claro de lo que recordaba, y esas estúpidas trenzas —cuatro o cinco— bailoteaban alegremente sobre su sien derecha. También lucía varios collares de cuero en torno al cuello y otras tantas pulseras también de cuero en ambas muñecas. Incluso llevaba una en un tobillo.

«¡Qué esperpéntico!», pensó con desdén.

Alzó la vista y volvió a posarla sobre su rostro. Había vuelto a dejarse crecer la barba que le tapaba los arañazos...

Quizá me guste ver tus marcas sobre mi piel.

Eso había dicho él hacía un siglo...

Apretó los labios y apartó la mirada con rapidez, concentrándose en Sira, que había corrido hacia su tío y se aferraba a su mano con fuerza. La pequeña le idolatraba.

—Hola —las saludó cuando llegó a su lado.

—Siento tenerte de niño —se disculpó Eli, mirándole contrita—. Sé que me estoy aprovechando de ti, pero te ha tocado. Cuando te ve, se olvida de todos nosotros.

—No te preocupes. Sira y yo somos muy amigos, ¿verdad? —Se inclinó y la cogió en brazos. Ella le contempló con adoración y asintió con fervor.

Tana sintió un hormigueo en todo su cuerpo al verle abrazar a su sobrina. El mismo hormigueo que sentía cada vez que miraba el vientre de

Eli. A salvo, detrás de los cristales de sus gafas, permitió que la tristeza empañase sus ojos.

—Nos vamos al agua —dijo él—. ¿Alguien se apunta?

—Yo no —respondió Eli.

—¿Y tú, Tana?

Quizá fuese producto de su imaginación, pero su voz se tornó aterciopelada al dirigirse a ella. Antes no había sonado así.

—No, gracias —contestó con frialdad.

Él se alejó con la niña en brazos y una sonrisa en los labios. Y ella le siguió con la mirada. La cicatriz de su espalda destacaba visiblemente debajo de su omóplato.

—Estamos muy contentos de que esté aquí —dijo Eli, apoyándose en el respaldo—. Anoche lo hablaba con Cas. Está mucho mejor que cuando vino el año pasado. Nos preocupó.

Tana se tensó. Se moría de ganas por preguntarle algo más a Eli, pero no encontraba ninguna excusa plausible. No le hizo falta. Su amiga tenía ganas de hablar, al parecer.

—Creemos que tuvo algo con una chica y no salió bien. Se presentó en casa en medio de la noche y no quiso contarnos mucho, la verdad, pero venía bastante... alterado.

—Qué... pena... —dijo con tibieza tratando de ocultar su interés. Las manos habían comenzado a sudarle y se las frotó en la toalla.

—Cas y Jan estuvieron insistiéndole para que hablara con ellos, pero no quiso contarles nada —continuó—. Fue a ver a su madre un par de veces y el resto del tiempo lo pasó con Jan en el estudio. Apenas se quedó unos días y luego se marchó, casi tan de repente como había venido.

Tana giró la cabeza y estudió la alta figura que estaba en el otro extremo de la piscina, y que levantaba a Sira en el aire. La niña reía con deleite.

—En fin —concluyó Eli con un tono de voz más desenfadado—, parece que ya lo ha superado. Está saliendo con alguien —se rio—, o con varias alguien. De vez en cuando le echo un ojo a su Facebook y las fotos son muy reveladoras. Tú ya me entiendes.

Sí, claro que lo entendía. Al menos podía imaginárselo. Todavía recordaba cómo le vio la primera noche que fue a buscarle a México. Con la tal Susan en su regazo y su lengua metida hasta el fondo de su garganta. Suponía que su *modus operandi* no habría cambiado demasiado en todo ese tiempo; no necesitaba buscarle en las redes sociales para saberlo. Cosa que no había hecho desde que todo acabó entre ellos. Hubo alguna ocasión en la que estuvo a punto de sucumbir y dejarse llevar por la curiosidad, pero su sentido común la había rescatado en el último segundo y no lo había hecho. Había un dicho alemán muy acertado, que su madrastra Hilde empleaba con frecuencia, que decía: *Aus den Augen, aus dem Sinn*, cuyo gemelo español era: Ojos que no ven, corazón que no siente. Y ella había decidido seguir esa máxima al pie de la letra. No sentir. Olvidarle.

«De poco te ha servido. ¿Olvidarle? No has olvidado nada». Esa voz que debía pertenecer a su conciencia se manifestó, sarcástica y chillona, en su mente.

—¿Cómo está mi *Prinzessin* hoy?

Sin previo aviso Cas se había materializado a su lado, sobresaltándolas. Llevaba un bañador negro y una toalla en la mano y su eterna sonrisa en los labios. Se arrodilló en el césped al lado de la tumbona donde estaba su mujer y la besó en los labios dulcemente. Luego se inclinó y depositó otro beso sobre su vientre.

—¿Y nuestra *kleine Prinzessin*? —añadió.

—Pues tu *Prinzessin* está agotada y necesita un masaje en la espalda, y tu *kleine Prinzessin* no termina de encontrar su sitio y no para de moverse —respondió Eli.

—Eso me gusta, que mis hijas sean peleonas. —Se incorporó—. Lo del masaje es cosa hecha, déjame que me pegue un chapuzón y estoy contigo. ¿Y tú, Tana, quieres un masaje también? —Se giró para mirarla con la burla reflejada en sus facciones—. Si se lo digo a Till, seguro que acepta.

—¿Qué gracioso eres! —se mofó con desdén exagerado, tratando de que ni él ni Eli se dieran cuenta de que se había puesto nerviosa—. ¿Te has hecho un nuevo tatuaje? —Cambió de tema con rapidez.

—Sí, ya sabes que el tema de la ñoñería está en la familia —se rio, y se acercó más a ella para que pudiera ver las nuevas marcas de tinta que decoraban su pectoral izquierdo.

Tana se quitó las gafas de sol e inspeccionó las palabras que aparecían allí. Con una caligrafía preciosa, estaba escrito el nombre de Elisa y justo debajo el de su hija Sira.

—Y cuando nazca Cristina, su nombre irá aquí. —Se señaló un punto del pecho—. Y como ves, tengo mucho sitio para todos los demás que irán viniendo —añadió con guasa, recorriéndose con el dedo índice al menos veinte centímetros, hasta alcanzar su cintura.

—Supongo que los tendrás con otra —intervino Eli—. Conmigo no cuentas. Además, no entiendo que te refieras a ellos en masculino, si de sobra es sabido que los Landvik solo podéis concebir niñas.

Esa frase hizo que a Tana se le encogiera el estómago. Algo muy parecido le había dicho ella a Till en México. Fingió una sonrisa y se volvió a poner las gafas de sol.

—Es verdad, venimos así de fábrica —repuso Cas riéndose—. Supongo que si no quieres más *hijas* mías —enfaticó—, tendré que buscar a otra por ahí.

—Hazlo, por favor.

Él le lanzó un beso en el aire antes de alejarse camino del agua.

—Qué sentimentales son estos hermanos con el tema de los tatuajes y los nombres. Primero Jan y ahora Cas —dijo Tana girándose para mirar a su amiga—. El único que se libra es Till.

—No te creas. Cuando estuvo aquí el año pasado le pidió a Jan que le tatuara algo. Ahora no recuerdo qué era. Una frase, creo. Pienso que tenía que ver con la chica esa que te he comentado antes.

Como impelida por un resorte, la cabeza de Tana se volteó buscando el cuerpo de Till. En una milésima de segundo había escaneado cada milímetro de su piel de la cintura para arriba. El resto permanecía oculto bajo el agua.

—Lo lleva en la parte interna del bíceps derecho. Solo se ve si levanta el brazo. Te lo digo antes de que te partas el cuello intentando localizarlo —añadió Eli con algo de ironía.

—Bueno, ya lo veré luego —replicó con desinterés.

—*Bueno, ya lo veré luego* —repitió su amiga con la voz distorsionada cargada de burla. La miraba con los ojos entornados—. No pensaba sacar el

tema porque creía que quizá me lo contases tú, pero en vista de que no ha sido así... ¿Quieres tomarme el pelo con esa indiferencia fingida? ¿Qué narices pasa entre Till y tú?

—No te entiendo —respondió Tana, tensándose.

—¿Sabes con quién estás hablando? Soy Eli, tu mejor amiga, esa a la que le contabas todo.

—No tengo nada que contar.

—Mira. —Se irguió en la tumbona y habló en voz baja—. No sé si los demás se habrán dado cuenta, pero yo te conozco y, desde el momento en que le viste ayer, has estado muy rara. En la comida se notó muchísimo y ahora estás aquí sentada y no paras de mirar en su dirección. Una de dos, o todavía sientes ese rencor exacerbado hacia él, aunque yo creí que habíais hecho las paces, o es algo más... algo dife...

—Son imaginaciones tuyas —la interrumpió haciendo un gesto desdenoso con la mano.

—Para nada. Nos conocemos desde hace más de veinte años, Tana, y nunca te había visto así... tan... ¿insegura? Ni siquiera sé si es la palabra correcta, pero estás muy rara.

—Te puedo asegurar que entre Till y yo no hay nada. *Nada* —recalcó la última palabra—. Es ridículo. Imagina, *Till y Tana*... si sonamos como una aliteración —añadió exageradamente.

—Eso no significa que no quieras que lo haya.

—¡Por favor! ¡Qué estupidez! Me voy a casar con Raúl —dijo con sequedad.

—Y me parece un hombre fabuloso, de veras. Pero no estás enamorada de él.

—¿Y eso qué tiene qué ver?

Eli meneó la cabeza de un lado a otro.

—Y que me lo digas tú... —murmuró con pesar—. Precisamente tú fuiste la persona que más me insistió hace años para que rompiera mi compromiso con Lalo y me decidiera por Cas. Tú fuiste la que me hizo ver que un matrimonio de conveniencia no era lo más adecuado. Tú me animaste a dejarme guiar por mi corazón... Y ahora, ¿esto?

Sí, había sido así. Ella había animado a Eli para que no siguiera los pasos de su madre y se casara con un hombre al que no amaba.

—Eli, yo no soy tú. Y Raúl no es Lalo.

—Raúl es un hombre encantador y Lalo era un impresentable, pero tú te encuentras en la misma posición en la que estaba yo: a punto de embarcarte en un matrimonio sin amor. Y créeme, Tana, el amor es muy importante.

—Raúl y yo somos adultos y sabemos lo que queremos y lo que más nos conviene —contestó al cabo de unos segundos—. No nos engañamos. Él tiene sus prioridades y yo las mías. Hemos sopesado los pros y los contras y es una unión muy ventajosa para ambos.

—¿Ventajosa? ¿Te das cuenta de que hablas de ese matrimonio como si fuera un contrato, un acuerdo de negocios?

—Es lo que suelen ser los matrimonios. La mayoría, al menos.

Eli soltó un bufido exasperado.

—¿Y Till? —preguntó al cabo de unos instantes de incómodo mutismo, solo roto por las risas infantiles.

—¿A qué te refieres con Till? —Pretendió estar perpleja.

—A ese algo que hay entre vosotros y que no sois capaces de disimular. Saltan chispas cada vez que os miráis o que os dirigís la palabra.

—Te lo vuelvo a repetir. Eso son imaginaciones tuyas.

—¿Sí? —preguntó escéptica—. Pues haz el favor de quitarte las gafas de sol —que de todas maneras ya casi es de noche—, y dímelo mirándome a la cara. Dime que no ha habido nada entre vosotros y que no sientes nada por él. Vamos.

Tana vaciló. Llevaba meses ocultándole la verdad a Eli, evitando tratar ciertos temas farragosos y buscando evasivas constantes. Pero esconder algo era muy diferente a mirar a alguien a los ojos y mentir con premeditación. Y no a un alguien cualquiera: a su mejor amiga. Quizá era hora de contarle la verdad, de que todo saliera a la luz. En el fondo sabía que Eli lo entendería.

Se quitó las gafas casi con violencia y las arrojó a un lado. Se encaró con su amiga, que la observaba desafiante.

—Entre Till y yo no ha habido nada —dijo—. Y desde luego no

siento nada por él.

Ya.

La mentira había salido de sus labios.

No había sido fácil.

Los ojos castaños de Eli se entrecerraron y una sonrisa amarga acudió a sus labios.

—Jamás hubiese pensado que iba a ver algo así, o a escucharlo — musitó—. Me miras a la cara y... y me mientes.

Tana no pudo soportarlo más. Se puso de pie con precipitación.

—Voy al baño —murmuró, agitada.

—¿Y ahora huyes? —la increpó Eli con incredulidad—. ¿Quién eres y dónde está mi amiga? La Tana que yo conozco es valiente y se enfrenta a todo, no sale corriendo con el rabo entre las piernas.

—¡No huyo! —exclamó en voz más alta de lo que le hubiera gustado.

A hurtadillas, observó que tanto Cas como Till miraban en su dirección, en especial este último lo hacía con interés. ¡Mierda! ¡Lo último que deseaba era que él la viera así!

—¿Tana? ¿Qué te pasa? —Eli se incorporó con pesadez, apoyándose en el respaldo de la tumbona. Ahora sonaba más preocupada que inquisitiva.

—Eli, ¿no te das cuenta de que no quiero hablar de ello? —dijo entre dientes.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Entre tú y Till hay algo? —Parecía completamente anonadada.

Tana apartó la mirada, incapaz de volver a mentir de nuevo.

Huir. Sí, eso era lo que iba a hacer.

—Por favor, Eli, no me presiones.

Luego se dio la vuelta y se encaminó hacia la casa. Notaba las miradas de varios pares de ojos sobre su espalda y trató de mantener el paso sereno.

Tenía que salir de allí.

Capítulo Treinta y ocho

Till se acercó a la escalera de unas brazadas y salió del agua con rapidez. Se acercó a Eli que había hecho amago de seguir a Tana y la cogió del brazo, deteniéndola.

—Déjala. No la presiones —le dijo en voz baja, viendo cómo la figura enfundada en el bikini blanco desaparecía dentro de la casa.

Le miró, confusa. Pestañeó un par de veces antes de encararse con él.

—¿Es verdad? ¿Hay algo entre vosotros?

—Es complicado —contestó, evasivo.

Ella guardó silencio unos segundos. Le contemplaba con mucha fijeza como si buscara en su cara alguna explicación al comportamiento de su amiga. De repente su expresión cambió y un gesto de comprensión acudió a sus facciones.

—Ella es la chica del año pasado. —Sus palabras eran una mezcla de reproche y de sorpresa. Tampoco había sido una pregunta, pero se respondió a sí misma—. Lo es. Ella es la chica por la que viniste a España —sentenció.

Él no lo negó. Se limitó a alejarse y coger su toalla, que había dejado en el borde de la piscina. Comenzó a secarse superficialmente.

—¿Qué pasó? —inquirió Eli.

—No es asunto tuyo —respondió con rudeza, para acto seguido dejar escapar un suspiro—. Perdona. Siento haberte hablado así. Es solo que... como he dicho antes, es complicado... Y no me corresponde a mí contarte nada. Debería ser ella.

—¿Qué está pasando? —Cas se acercó con Sira en brazos, envuelta en una toalla.

—Nada —contestó Till sin apenas dirigirle una mirada—. Voy a... tengo que... hablar con ella.

No esperó a que le contestaran. Se apresuró en dirigirse a la casa. No

tenía ni idea de dónde estaría, pero seguramente habría buscado solaz en el baño como sucedió el día anterior. Pero no estaba. La puerta se encontraba abierta y la luz apagada. Recorrió el resto de estancias con rapidez. La de Eli y Cas, la de Sira, la de Poncho, fue también a la cocina, pero no la halló en ninguna de ellas. Solo le quedaba mirar en la suya propia, pero le pareció insólito que ella hubiera ido a su cuarto a refugiarse. Quizá había decidido marcharse... No obstante sus pasos le dirigieron hacia su dormitorio, sin demasiada esperanza.

Abrió la puerta.

La sorpresa le frenó en seco.

Estaba de pie, de espaldas, mirando por la ventana. Su silueta se recortaba contra la luz crepuscular que todavía entraba a través del cristal. No se giró a pesar de que le había oído entrar. Era como si le hubiera estado esperando.

Él cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Se quedó mirándola, absorto, recorriendo su figura con los ojos. Sus hombros rectos, su cintura, sus caderas redondeadas, su trasero firme y generoso, sus piernas... ¡Cómo ansiaba poder estrecharla entre sus brazos! Volver a sentir contra su cuerpo toda aquella piel que durante un breve instante fue suya... Cerró los puños y controló el impulso que le instaba a acercarse. Esperó pacientemente a que fuera ella la que moviese ficha.

Finalmente, cuando ya habían transcurrido unos minutos o una eternidad, se giró y le miró. Al menos eso creyó intuir. Su rostro quedaba oculto en las sombras motivadas por el contraluz. Alargó la mano hacia el interruptor de la pared, pero ella negó con la cabeza.

—No lo hagas —le pidió—. No enciendas la luz.

—Si es lo que quieres...

—Lo que quiero es acabar con todo esto —murmuró—. ¿No querías hablar conmigo? Pues bien, aquí estoy. Habla —terminó con aspereza.

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que toda aquella frialdad e indiferencia eran ficticias. Ella se acababa de cruzar de brazos en una postura defensiva. Till vaciló, pero decidió dejarlo correr y aceptar su juego.

—Necesito saber por qué huiste de mí cuando perdiste al bebé —le

soltó súbitamente, sin paños calientes.

Ella se echó el pelo hacia atrás con un agitado movimiento de cabeza. Ese gesto tan familiar en ella le llenó de nostalgia.

—Veo que vas al grano.

—Creo que ya lo sabes. No me gusta andarme con rodeos ni expresarme con medias verdades. Siempre he sido franco contigo. Solo espero que tú lo seas conmigo.

—Sí..., sí... —titubeó ella.

—Mira, te voy a decir algo que no sabes para ponértelo más fácil y allanarte el camino. Cuando te fuiste de aquella manera tan brusca sin darme una explicación coherente, lo dejé pasar porque creí que era lo que necesitabas. Que necesitabas estar en casa, con tu gente. Por mucho que me jodiese que me alejases de tu lado —concluyó en voz baja no exenta de furia—. Pero al cabo de unos días sin saber nada de ti vine a buscarte, ¿sabes? Cogí un avión y fui a Madrid.

Ella se llevó una mano al cuello y expelió un jadeo. Sus facciones seguían ocultas en las sombras por lo que no pudo leer la expresión de su rostro, pero parecía alterada.

—Me planté en la puerta de tu *boutique* y esperé dentro del coche a que llegaras a trabajar. Y lo hiciste. Llegaste... con Poncho —se detuvo antes de continuar con sarcasmo—. Luego vi cómo os besabais en la puerta, despidiéndoos con mucho cariño..., y saqué mis propias conclusiones.

—¡Te equivocaste! —exclamó ella—. Entre Poncho y yo no hay nada. Ni ahora ni antes. Es como un hermano para mí.

—Lo sé. Me lo ha dicho.

—¿Has hablado con Poncho de... nosotros? —Sonaba muy sorprendida, casi escandalizada.

—Esta mañana en la piscina me ha preguntado si tenía algo en contra de él y le he dicho lo que vi cuando vine a buscarte. Y entonces me ha contado que nunca estuvisteis juntos. Nada más. —Se apartó de la puerta y se acercó, quedándose a un paso de ella. Por fin pudo verle la cara. Tenía las mejillas enrojecidas y los ojos le brillaban de manera casi antinatural—. Y eso nos lleva a la pregunta del millón, Tana —susurró—. Si no había otro hombre en tu vida al que regresar, como me he pasado los últimos meses

creyendo, ¿qué te hizo huir así de mi lado?

Ella apartó la mirada. No respondió. Él dio otro paso más de manera que sus pies desnudos se rozaron. Luego alzó una mano y la posó sobre su mejilla. Su piel era cálida al tacto.

—¿Por qué te fuiste? —insistió.

Lo sabía, pero quería oírsele decir a ella, que la verdad saliese de sus labios. Se había pasado meses equivocando, pensando que no deseaba estar con él porque estaba con otro, pero ahora sabía la verdadera razón. No obstante deseaba que lo admitiera delante de él.

—Tenía miedo —confesó al fin volviendo a mirarle—. Miedo, porque nunca me había sentido así y no supe cómo reaccionar. Y tú... tú parecías tan afectado..., pero al mismo tiempo tan seguro de todo, como si supieses exactamente lo que hacer y lo que decir. Y me asusté... porque siempre había pensado que yo era fuerte y de pronto me di cuenta de que no lo era. Tú fuiste el fuerte... y yo la débil —terminó con una sonrisa amarga.

—¿Yo, fuerte? —Elevó la otra mano y acunó su cara entre ambas. La miró con intensidad—. ¿Yo, fuerte? —volvió a preguntar y soltó una risa incrédula—. No tienes ni idea de lo débil que puedo llegar a ser cuando se trata de ti. —Le acarició los pómulos con suavidad y fijó los ojos en su carnosa boca. Se moría por besarla. Apretó los dientes y trató de pensar en otra cosa que no fuesen sus labios—. La situación nos vino grande a ambos. Nos sobrepasó. Y yo también tuve miedo —reconoció en un susurro.

—Pero tú no huiste.

—No tenía adónde ir —replicó con sencillez—. Además, sí lo hice. Hui cuando os vi juntos a ti y a Poncho. Me marché y juré que te olvidaría.

—Y me olvidaste —musitó ella.

—Mírame, Tana —suspiró, fatigado—. ¿Tú crees que te he olvidado?

Ella no dijo nada. Le miraba con esos iris oscuros y enormes cargados de duda, de reservas y de incertidumbre. A pesar de la penumbra, a esa distancia él podía ver su rostro a la perfección. La marca con forma de corazón invertido sobre su pómulo le trajo el recuerdo del momento exacto en que la había visto por primera vez. Fue en la playa, justo después de hacer su demostración de surf. Segundos más tarde la había besado. Su deseo de volver a hacerlo ahora fue en aumento. Con mucha lentitud, bajó la cabeza

centímetro a centímetro, hasta que sus labios se encontraron a la misma altura, apenas separados por sus agitadas respiraciones. Los ojos de ella mostraban indecisión, y él no quiso darle la opción de poder arrepentirse.

La besó.

La besó con todas las ganas contenidas que llevaba dentro.

La besó por todas aquellas veces que lo deseó y no pudo.

La besó como si llevara un siglo sin hacerlo.

Y al tiempo que su boca recorría cada recoveco de la suya, la abrazó con firmeza por el talle y la levantó en el aire. Ella se aferró a su cuello y él gimió de puro deleite al comprobar que respondía a sus besos con una pasión parecida a la suya. Le hubiera gustado separarse de ella unos milímetros y decirle muchas cosas, pero no deseaba estropear ese momento perfecto con palabras que quizá no fueran bienvenidas. Así que prescindió de los sonidos y se esforzó por demostrarle con gestos lo que sentía. De vez en cuando apartaba los labios de los suyos y levantaba la cabeza para poder ver su expresión. En su mirada no había duda alguna ya, por el contrario, ardía de deseo y de algo más... profundo.

Le recorrió el rostro con la punta de los dedos, recreándose en la suavidad de su piel, luego lo hizo con su boca, depositando decenas de besos sobre su frente, sus sienes, sus mejillas, sus párpados, su nariz, su boca y su barbilla. Y luego aprovechó los últimos rayos de luz que entraban por la ventana para terminar examinándola con la mirada, disfrutando con cada pequeño cambio que experimentaba su cara según él iba posando los ojos aquí y allá. Se le dilataron las pupilas, su piel adquirió una tonalidad más rojiza y sus labios temblaron casi imperceptiblemente.

¡Joder! ¡Cómo la había echado de menos!

Después de que ella se marchara había estado con muchas mujeres. Muchas. Pero ninguna como Tana.

Ninguna.

Enterró la cabeza en su cuello y aspiró con fuerza.

¡Ese olor!

Ella enroscó las piernas en torno a su talle y enredó las manos en su pelo húmedo, tirando levemente de sus mechones. Él gruñó al sentir sus dientes mordisqueándole la zona más sensible de su garganta, y su miembro

vibró dentro de su bañador. Era como lo recordaba. Dulce y salvaje al mismo tiempo.

Se dio la vuelta y avanzó hacia la cama. Sujetándola con firmeza por las nalgas, se dejó caer con ella sobre el colchón, tratando de no aplastarla con su peso. Levantó la cabeza y lo que vio le gustó. No, no le gustó. Le complació en grado sumo. Ella quizá no se daba cuenta, pero tenía el alma escrita en la mirada.

—Te voy a dar exactamente lo que me pides —jadeó contra su boca—. Tu cuerpo me está pidiendo a gritos que te folle, pero tus ojos... tus ojos me están pidiendo que te quiera... —Hizo una pausa—. Y te voy a dar las dos cosas, Tana... *Las dos cosas*.

Y volvió a besarla.

Y ella se dejó besar.

Capítulo Treinta y nueve

Enterró la cara en la almohada. Se sentía eufórica, satisfecha y... culpable. Todo al mismo tiempo, como si eso tuviera algún sentido. Notaba la masculina presencia a su espalda, enorme y protectora, abrazándola con firmeza; esa era la causa de su euforia y su satisfacción. Y también notaba su miembro, ahora flácido y todavía envuelto en un condón, entre sus piernas; ese era el motivo de su culpabilidad.

Cerró los ojos con fuerza hasta que se hizo daño y un montón de lucecitas sustituyeron a la oscuridad que sus párpados contraídos invitaban.

Y comenzó a recordar.

A recordar cómo se había sentido cuando se dio la vuelta y le vio parado junto a la puerta, mojado, imponente, apabullante incluso en la distancia. Se le había acelerado el corazón al ver su mirada cargada de determinación y arrojo. Y luego, cuando se acercó y sus cuerpos se rozaron, le acarició la mejilla y le acunó la cara entre las manos, mientras le confesaba lo débil que podía llegar a ser cuando se trataba de ella... eso... eso la había desarmado. Esa confesión hecha en voz queda reconociendo su debilidad había sido el detonante de todo. Al carajo todas las reservas.

Y después sus besos...

Besos que creía que no había echado de menos, pero a los que había respondido con desesperación, como si fueran la última comida de un condenado a muerte.

Esos besos.

Y todo lo demás...

Se abrazó a la almohada y respiró hondo, rememorando cada caricia que habían intercambiado. Habían hecho el amor pausadamente, sin prisas ni urgencia, deleitándose en cada centímetro de sus ávidos cuerpos. Él había dejado regueros de besos que iban desde sus hombros a sus caderas, desde su nuca a sus nalgas, desde su garganta hasta su sexo, para detenerse allí y

alimentarse de ella de una forma febril y ansiosa, recreándose en sus gemidos y su placer. Se había valido de sus callosas manos para amasar todo su cuerpo, haciendo que se sintiera como si fuese de arcilla y él pudiera moldearla y transformarla a su antojo. Y mientras lo hacía, le susurraba palabras sin sentido al oído, ocasionándole un estremecimiento tras otro con la suavidad de su barba sobre el lóbulo de su oreja. Luego, con los dedos le había recorrido el cuello y la clavícula para llegar a sus senos y hacer una parada allí, observándola y dejando que fuera ella la que, con sus gestos, decidiera hasta dónde podía llegar, la que marcara las pautas de sus caricias... Y ella había enviado las señales correctas, consiguiendo que él se emplease a fondo y la abrasara con su boca, con su lengua y con sus dientes, haciéndola vibrar.

Ella se había aprovechado de esa debilidad que él decía sentir para sentarse a horcajadas sobre su estómago y, con la punta de su dedo índice, dibujar extraños símbolos sobre sus fornidos pectorales y sus costillas, recorriéndole el cuerpo con la vista, regalándose el instante en que se le habían endurecido los apenas visibles pezones y se le había puesto la carne de gallina bajo el poder de su roce. Le había besado por todas partes, llenándose de su olor y su sabor mientras él la animaba a seguir con sus jadeos. Había degustado la piel de su pecho, de su abdomen, de sus caderas y de sus muslos... Y también la de su miembro erguido y poderoso, salada y picante. Le había hecho temblar besándole de mil formas diferentes y había sentido sobre su lengua el salino sabor de su excitación.

Y en ningún momento habían dejado de mirarse, compartiendo un éxtasis vehemente y descontrolado.

Habían hecho el amor como hacía meses en México; como la noche que él la encontró en el balcón del hotel, escuchando su canción, y la apremió a reunirse con él en la cama. Aquella noche él había conseguido que se sintiera muy especial, muy querida, adorada era la palabra correcta. Venerada, incluso. Como nunca antes un hombre le había hecho sentir.

Podía engañar a todos, hasta a sí misma, y pretender que lo que habían compartido hacía unos minutos había sido un polvo más. Pero allí tumbada con la cabeza enterrada en esa almohada que olía a ambos, envuelta en esos brazos firmes, con los ojos cerrados y quieta, sabía que no era así, que lo que acababan de compartir era mucho más que eso.

Nada había tenido de polvo sentir el delicioso peso de su cuerpo sobre

el suyo mientras que, con los ojos ardiendo por la pasión, la había penetrado poco a poco, con tanta parsimonia que había estado a punto de gritarle que se apresurase y que acabase con la agonía que suponía no tenerle dentro de ella por completo. Él se había regocijado torturándola, como si supiera exactamente cuáles eran sus necesidades más primarias, negándose una y otra vez y prolongando el delicioso suplicio. Había entrado y salido de ella a su ritmo, llevándola al límite, restregándose de una manera tan sensual y tan provocadora que solo de pensar en ello y en cómo había culminado la escena, volvía a notar la humedad bañando sus muslos.

¡Oh, Dios!

Y el clímax. Ese clímax que le había hecho arquear la espalda y echar la cabeza hacia atrás mientras su cuerpo convulsionaba y el calor de su vientre se esparcía y llegaba hasta sus extremidades... Y la imagen de él mientras se derramaba dentro de ella al tiempo que emitía un grito ronco y las venas de su cuello se hinchaban...

Luego se había apartado y, antes de que ella hubiera podido protestar, la había agarrado con posesividad, la había acoplado a su cuerpo y había depositado un dulce beso en la parte superior de su cabeza...

Nada tenía de polvo eso que habían compartido.

Nada.

Y quizá por ello se sentía doblemente culpable. Porque no había sido solo sexo, algo que quizá hubiera podido justificar ante sí misma como un calentón, una breve aventura, algo en lo que no iba a volver a pensar y podría olvidar con rapidez...

¿Olvidar?

Un rictus desdeñoso deformó su boca.

Trató de pensar en lo ocurrido con pragmatismo, a fin de cuentas ella era una mujer práctica que no solía dejarse llevar por los sentimentalismos. Y sin embargo...

Till se movió, alejándose de ella, y encendió la luz. Tana echó de menos su calor corporal nada más sentir cómo él se apartaba, pero no tardó en regresar y pegarse a su espalda. Sus labios le recorrieron el hombro y los pelos de su barba le hicieron cosquillas. Ella se giró con lentitud y unos resplandecientes ojos azules la recibieron. Se quedó sin habla y casi sin

respiración. ¿Cómo era posible que una mirada pudiera decir tanto?

—Tana.

Solo una palabra.

Su nombre.

Su nombre que tantas veces había escuchado en otras personas y en multitud de ocasiones. Nunca le había gustado demasiado, la verdad, pero saliendo de su boca y pronunciado de aquel modo adquiría otro significado. Se convertía en una palabra bella. Se sintió embargada por cientos de emociones. Algunas buenas, otras no tanto. En un impulso, alzó la mano y la posó en su mejilla.

—Te la has dejado crecer de nuevo —musitó. Y no pudo remediar que un timbre melancólico vibrara en su voz.

—¿Cómo iba a olvidarte si no? —susurró él, comprendiendo a qué se refería.

—Antes me has dicho que no lo habías hecho.

—Y no lo he hecho —corroboró—. Intentarlo lo he intentado, créeme..., pero no ha servido de nada.

Acto seguido se apartó y se tumbó de espaldas. Apoyó el antebrazo sobre su frente y fijó la vista en el techo, meditabundo. Tana se giró también para poder contemplarle mejor. Casi inconscientemente sus ojos se posaron sobre el tatuaje del que Eli le había hablado, el que llevaba en el bíceps y que, aparentemente, tenía algo que ver con ella. Hasta el momento no había reparado en él porque la habitación había estado sumida en la oscuridad, pero ahora, a la luz de la lámpara, quedaba al descubierto.

Era una frase, escrita en negro y no demasiado grande.

We've got tonight, who needs tomorrow?

Al reconocer las palabras que iniciaban el estribillo de la canción de Bob Seger, esa que él había decidido que era *su* canción, se llevó una mano a la boca tratando de contener la exclamación sorprendida que estuvo a punto de brotar de su garganta. Él la miró. Sus ojos siguieron la dirección de los suyos y una sonrisa se insinuó en sus labios.

—Sí. Iba por ti. Otra forma de olvidarte. Absurdo, ¿verdad? Aunque en el momento en que decidí hacerlo me pareció lo más lógico del mundo.

Tenía que ser un recordatorio de que lo nuestro había acabado, de que había sido algo pasajero y esporádico. *Tenemos esta noche, ¿quién necesita un mañana?* Es una frase más que apropiada, ¿no?

Tana no supo qué decir. Terminó por apartar la vista del tatuaje y le miró a los ojos. Lo que encontró en ellos volvió a dejarla sin aliento y muy confusa. Jamás iba a estar a la altura de todo eso que él le ofrecía con una sola mirada. Jamás. Ahora fue ella la que se alejó y se tumbó de espaldas, huyendo de alguna manera de su abrumadora cercanía. Trató de dejar la mente en blanco.

Imposible, con él ahí a su lado.

«¿Qué vas a hacer ahora?»

No tuvo tiempo de responder su propia pregunta. De pronto, él volvió a echarse sobre ella. La inmovilizó con su cuerpo, equilibrando su peso sobre los brazos y las piernas. Tana sintió su erección clavada en el hueso de su cadera y bajó la vista. Su pene, de nuevo enhiesto, parecía dispuesto a enfrentarse a otro asalto más. Debía de haberse deshecho del condón antes, cuando ella no miraba.

—Me apetece volver a hacerte el amor, eso es evidente —dijo él—. Pero antes quiero que hablemos. Quiero dejar claras un par de cosas.

Tana tragó saliva. Hablar quizá no fuera tan buena idea. Siempre terminaba diciendo algo de lo que luego se arrepentía. Se miraron durante un largo rato. Finalmente él bajó la cabeza y la besó. Posó sus labios sobre los suyos y los dejó allí, inmóviles, cálidos y tiernos. Su respiración le acarició la mejilla.

—Sabes lo que viene ahora, ¿verdad? —musitó rozando su boca.

Por supuesto que lo sabía. Lo sabía, pero lo que no sabía era si estaba preparada para ello.

—Dime que me has echado de menos. Porque yo a ti sí.

El corazón de Tana dejó de latir dos segundos para luego volver a hacerlo de forma apresurada. Guardó silencio.

—Bien, si eso es lo que quieres —capituló él, soltando un suspiro cansado antes de erguirse—. No hace falta que digas nada. —Hizo una pausa—. En realidad lo puedo leer en tus ojos. Dicen que son el espejo del alma, ¿no? Pues aunque no digas nada y te quedes callada, tu alma me está

gritando, Tana.

Ella giró la cabeza, huyendo de su escrutinio. Quizá fuese cierto. Quizá todo lo que sentía por él estuviera allí, derramándose a borbotones por sus pupilas y sus iris.

Durante una fracción de segundo consideró en serio dejarse llevar. Dejarse llevar y no pensar. En su mente, durante la infinitésima parte de un instante fueron *Till* y *Tana*. La aliteración perfecta...

Pero también estaba Raúl.

Raúl y todos sus planes de futuro.

—Espero que tu silencio signifique que estás valorando darnos otra oportunidad. Y esta vez de verdad. —Su voz sonaba firme y segura.

—Esto es una locura —respondió, sacudiendo la cabeza—. Sabes que... que estoy comprometida con otro.

—Eso no te ha impedido acostarte conmigo —repuso él con el ceño fruncido.

—No vayas por ahí —le dijo en voz baja.

Él se la quedó mirando. Una mueca resuelta se mostró en sus facciones.

—Eres consciente de lo que te voy a pedir ahora, ¿no? —preguntó con gravedad.

—No lo hagas —murmuró ella.

—No te cases con él.

Consternada, trató de apartarse, pero él no se lo permitió. Le pasó una pierna por encima de los muslos, impidiendo que pudiera moverse, y le sujetó la cara con la mano, evitando así que girase la cabeza.

—Elígeme a mí.

Su voz, un mero susurro, le traspasó la piel, la carne, los nervios y los huesos, alojándose en algún punto desconocido y sensible de su cuerpo.

—Tú sabes que eso no tiene sentido.

—Yo no sé una mierda —espetó furioso.

—Sí lo sabes.

—¡No me jodas! Yo lo único que sé es que te quiero en mi vida.

Ella apretó los labios y apartó la vista. Había sabido que eso iba a pasar.

«¿Qué esperabas?», le dijo la vocecita que habitaba en su interior y que era veinte mil veces más inteligente que ella.

—Eso no es posible —dijo.

—Lo único que no es posible ya es que te alejes de mí. No lo voy a consentir. —Sus ojos habían comenzado a brillar iracundos.

—Creo que yo también tengo algo que decir, ¿no? —repuso, molesta.

—No, si lo que dices son gilipolleces.

—Till —habló con calma, tratando de abordar el tema desde otra perspectiva—. Seamos lógicos. Esto nuestro... es... imposible. ¿Cómo te imaginas que va a funcionar una relación entre nosotros? Tú tienes tu vida en Baja y yo tengo mi vida en Madrid.

—Eso son excusas.

—No lo...

—Además, eso puede arreglarse —la interrumpió.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Renunciar a tu vida por mí? ¿Dejarlo todo? No me hagas reír —dijo con un ligero sarcasmo.

—¡Pídemelo! —exclamó él con dureza—. Tú solo pídemelo.

Se le quedó mirando, desconcertada. Todo en él desprendía determinación, desde sus labios apretados con firmeza hasta sus ojos, adheridos a los suyos. De nuevo volvía a ser tan intenso que el simple hecho de mirarle dolía. Le empujó y consiguió zafarse de su pierna y de su mano, que hasta el momento la habían mantenido prisionera. Luego se levantó con precipitación y cogió la primera prenda de ropa que encontró, que resultó ser una camiseta de él que había en el suelo junto al armario. Su reacción a todo aquello la había confundido sobremanera. No había esperado tanta vehemencia.

—Eso son tonterías —dijo, mirándole de reojo.

—¿Tonterías? ¡Tonterías! —De pronto su voz había adquirido un tinte amenazador y un bramido colérico le emergió de la garganta. Abandonó la cama y, olvidándose de su desnudez, de un par de zancadas se plantó frente a ella, obligándola a retroceder hasta que la pared detuvo sus pasos. Se irguió,

intimidante, a solo unos centímetros. La respiración le salía entrecortada—. ¿A ti te parece una tontería que quiera dejarlo todo por ti?

—¡Por Dios! ¡Qué melodramático eres! —se expresó con arrogancia, pero no pudo evitar que la voz le temblara un poco.

Entonces él hizo lo impensable. Levantó el puño y lo estrelló contra la pared a unos centímetros de su cabeza. Después se la quedó mirando con los ojos chispeantes por la ira. Ella le contempló con la boca abierta. Nunca le había visto tan exaltado.

—No sé por qué cojones siento todo esto por ti cuando en el fondo debería odiarte —masculló él al cabo de unos instantes de silencio—. Eres... eres desesperante.

—Y tú un animal —siseó ella, una vez recuperada la compostura.

Él se apartó de pronto y se alejó. Todos los músculos de su cuerpo desnudo parecían haberse puesto de acuerdo para tensarse al mismo tiempo. Y Tana no pudo apartar la mirada de su ancha espalda y sus glúteos. Como hipnotizada se quedó allí, pegada a la pared, contemplando toda aquella belleza masculina que se desplegaba ante sus ojos. Pestañeó repetidas veces para no perder el norte y se estiró la camiseta, como si quisiera cubrir su desnudez más todavía, cosa absurda teniendo en cuenta que la prenda le llegaba por las rodillas.

Al cabo de un breve lapso de tiempo él pareció haberse calmado. Se apartó el pelo de las mejillas y se lo recogió en un moño descuidado. Después se sentó en el borde de la cama y la observó.

—No te cases con Raúl —dijo al fin, rompiendo el silencio.

—Es el hombre más adecuado para mí.

—¡Yo soy el hombre más adecuado para ti! —articuló con fiereza.

—No. No lo eres. No eres lo que necesito —dijo, serena—. Yo necesito a un hombre que tenga las mismas metas que yo, que sea equilibrado y responsable y que...

Una carcajada ronca interrumpió su diatriba.

—¿Me acusas de ser irresponsable? —preguntó con los ojos entornados—. ¿Volvemos a eso? ¿Volvemos a retroceder ocho años en el tiempo? ¿Hasta cuándo, Tana? ¿Hasta cuándo vas a dejar que el pasado y mi estupidez de entonces se interpongan entre nosotros? —Según escupía

pregunta tras pregunta el tono de su voz iba elevándose—. ¿Cuántos años son necesarios para redimirme ante tus ojos? ¿Seguirás echándome en cara toda la vida que huyera?

—¡No! ¡No es eso! —exclamó.

Él se puso de pie precipitadamente y se acercó a ella de dos zancadas, como había hecho antes. La cogió por los hombros.

—Entonces, ¿qué cojones es? ¡Dime! ¡Dímelo! —la increpó, enfadado.

Ella trató de soltarse, pero él la agarró con más fuerza, clavándole los dedos en la carne.

—Estás volviendo a hacerlo, Tana. Estás huyendo de nuevo. ¿Y tú me llamas cobarde...? *Gott!* —Cabeceó con desdén—. No he conocido a persona que lo sea más que tú. En cuanto te sacan de tu zona de confort te acojonas y te vas lloriqueando. Cuando la situación se te escapa de las manos te mueres de pánico y huyes. Corres a refugiarte en tu rutina y tu vida previsible.

Los ojos de ella comenzaron a despedir una luz enojada. Odiaba cada una de las palabras que él le decía. Las odiaba porque en el fondo sabía que tenía razón.

—¡Suéltame! —masculló entre dientes.

Él escudriñó su rostro, como buscando algo, algo que no encontró. La soltó y se apartó unos pasos.

—Sí, te voy a soltar. Claro que te voy a soltar —murmuró como hablando consigo mismo. Y luego se dio la vuelta y se detuvo en medio de la habitación.

Ella se irguió y le observó algo desafiante.

—Vete si quieres —comenzó él en voz baja—. Márchate. Pero quiero que sepas una cosa antes de irte. Si sales por esa puerta sin decirme lo que sientes por mí, ya no va a haber marcha atrás. Es el fin —sentenció.

—¿Es un ultimátum? —preguntó en actitud belicosa.

Él se volvió a mirarla. Sus ojos se habían enturbiado. Se acarició la barba, pensativo.

—No. Es la pura realidad —contestó con tranquilidad—. Quizá me hagas débil, pero también tengo algo de dignidad y orgullo, y no estoy

dispuesto a arrastrarme por el suelo a tus pies una y otra vez. Así que... Tana..., tú misma.

Abrió el armario y sacó unos vaqueros. Se los puso sin dirigirle ni una mirada. Ella aprovechó el momento para buscar su bikini, que encontró enrollado entre las sábanas, luego se quitó su camiseta y la arrojó sobre la cama; procedió a vestirse con las diminutas piezas de ropa. Se sintió incómoda enseñando tanta piel desnuda cuando acababan de discutir, pero prefería eso a llevar algo suyo.

Él se acercó a la ventana y apoyó la cadera con displicencia en el alféizar. Su relajada postura contrastaba de manera insólita con el ataque de ira que había tenido solo minutos antes. Parecía tan calmado que, ella, que era un puro manojito de nervios, se sintió como una imbécil.

¡Odiaba sentirse así!

Entonces él le hizo un gesto con la barbilla y le tendió la mano.

—¿Vienes? ¿O te vas? Es tu última oportunidad.

Y al verle ahí de pie con ese aire chulesco, prepotente y hastiado, Tana se indignó profundamente. Todo en él rezumaba frialdad e indiferencia. Pero ¿quién narices se creía que era ella para hablarle así? ¿Para presionarla de aquella manera?

Se irguió y una mueca altiva se dibujó en su boca.

—Me voy —repuso con tono gélido.

Él no dijo nada durante unos segundos. Finalmente bajó la mano, se dio la vuelta y le dio la espalda.

—Adiós, Tana. —Fueron sus últimas palabras.

A pesar de que la ira hacía que le hirviera la sangre por cómo estaba actuando él, en su fuero interno no podía dejar de reconocer que tenía sus motivos para comportarse así con ella. Contuvo el deseo de dar un paso en su dirección y acercarse. Le dirigió una última mirada cargada de furia. Su figura, impasible, se recortaba contra el cristal de la ventana. Se había introducido las manos en los bolsillos y reflejaba una tranquilidad pasmosa.

Algo oscuro y definitivo se había colado entre ellos cuando él le había dicho aquello hacía un par de minutos. No había sido simple palabrería. Till había sonado rotundo y conclusivo. Tana tenía claro que si abandonaba esa habitación dejando las cosas así, todo entre ellos habría acabado. Sabía que si

salía por la puerta, no habría marcha atrás.

Un último segundo de vacilación. Durante un pestañeo le pareció apreciar que los músculos de su espalda se contraían. No. Eran imaginaciones suyas.

—Adiós, Till —murmuró con decisión.

Y giró sobre sus talones. Agarró el picaporte de la puerta y la abrió con energía. Salió de la habitación al oscuro corredor y no se molestó en cerrarla.

Se alejó con paso firme.

Capítulo Cuarenta

La aguja de la gasolina hacía un rato que marcaba la reserva, así que cuando vio el cartel que indicaba que había una estación de servicio a dos kilómetros, decidió parar allí. Eran las ocho de la mañana y llevaba casi cuatro horas conduciendo. No le vendría mal tampoco tomarse un café.

Se bajó del coche y estiró las piernas. El Corsa era práctico, pero un poco pequeño para él. Mientras llenaba el depósito, echó un vistazo a su alrededor. Había tres camiones y otro vehículo estacionados en el parking, nada más. Se acercó a la caja a pagar el repostaje y luego aparcó frente a la puerta de la cafetería. Era el típico local de carretera, funcional, con la barra de metal y los taburetes altos de cuero. Solo dos mesas estaban ocupadas, una por dos hombres, y otra por una familia con tres niños. La televisión estaba puesta en un canal de vídeos musicales y, después de que el camarero, un cincuentón con aspecto trasnochado, le sirviera un café, lo llevó a una mesa que estaba frente a la pantalla y tomó asiento. Bebió un par de sorbos con la mirada fija en la cara de Sinéad O'Connor. Solo podía ver el movimiento de sus labios, pero no escucharla, ya que el televisor no tenía sonido. Mejor. No creía que la triste voz de Sinéad entonando el *Nothing compares 2 U* fuera lo más indicado en ese instante.

Esa canción era muy emotiva, y él era un tonto sentimental.

O es que estaba muy cansado.

O las dos cosas.

Cerró los ojos y respiró hondo. No había dormido nada. No desde que Tana se largó a eso de las doce. Se había quedado un buen rato mirando por la ventana la negrura de un cielo sin estrellas esperando, quizá, que ella se lo pensara mejor y regresase, pero al cabo de una hora había comprendido que eso no iba a suceder, y la pequeña llamita de esperanza que todavía ardía dentro de él se había apagado, dejándole a oscuras.

Al final, había cerrado la puerta y, sin molestarse en quitarse los vaqueros, se había acostado. Dos horas después de hacerlo y de haber estado

en la misma posición con la mirada clavada en el techo, se levantó y, como un autómeta, recogió sus cosas, las metió en su petate y abandonó la casa de su hermano.

Quizá fue una decisión precipitada, pero no podía seguir allí.

Necesitaba alejarse.

Lo de Tana le había dejado hecho añicos... Él y sus pedacitos no se iban a quedar ni un minuto más de lo necesario cerca de ella para ver cómo vivía «su historia de amor» con otro hombre. No. Para eso tenía demasiado amor propio.

Así que allí estaba, a las ocho de la mañana, en una estación de servicio cerca de Baza, con destino a Tarifa. Se largaba a hacer surf, a enfrentarse a las olas...

A... tratar de olvidarla, en otras palabras.

No era la primera vez que, por culpa de esa mujer, tenía que recoger sus pedazos y recomponerse, y sabía que, aunque ahora doliera como si le hubiesen arrancado el alma, todo tenía un límite, el sufrimiento en especial. Nada era para siempre. Y él tenía una gran capacidad para soportar el dolor. Habían sido años sintiéndose vacío y roto... y, ¿acaso no había sobrevivido? ¿No había salido adelante?

De esa también saldría. Estaba plenamente convencido.

Y aun así, cada vez que recordaba su rechazo, le entraban ganas de golpear algo una y otra vez hasta que le sangrasen los nudillos.

No eres lo que necesito. Yo necesito a un hombre que tenga las mismas metas que yo, que sea equilibrado y responsable...

Gott!

Eso le había dicho con una serenidad aplastante. Y mientras esas palabras salían de su boca, se había sentido morir un poco por dentro, sabiendo que ella elegía a otro y no a él.

«Ya pasaste por esto cuando creíste que te había dejado por Poncho. Y lo superaste».

Así había sido.

Pero las circunstancias habían sido otras.

Le había dolido entonces, pero la tragedia estaba tan fresca que había

podido perdonarle todo. De alguna forma la había justificado... Pero esta vez... ¡esta vez ella le había rechazado cuando su cuerpo todavía estaba caliente y enrojecido por sus besos y sus caricias! Le había rechazado después de que hubieran compartido la cama y se hubiesen entregado el uno al otro sin reservas. ¡Joder! Podía negarlo a gritos, pero sus ojos, mientras alcanzaba el clímax envuelta por su abrazo, le habían dicho todo lo que necesitaba saber. Ella quería aquello tanto como él. ¡Lo quería! Y sin embargo, solo minutos después, se había atrevido a mirarle y decirle con toda la frialdad del mundo que iba a seguir adelante con su matrimonio.

¡Mientras él se abría en canal y le ponía su corazón en bandeja, ella le escupía a la cara que prefería a otro!

Todavía no terminaba de creérselo, pero así había sido.

Rechinó los dientes y bajó la vista, concentrándose en la mesa de madera.

¡Jodida Tana! ¡Jodido el día que volvió a verla en la boda de Cas y se interesó por ella! ¡Jodida la noche en que el destino volvió a cruzar sus caminos en Düsseldorf! Y sobre todo... ¡Jodido él, que era un flojo de mierda y había vuelto a sucumbir a sus encantos como un gilipollas!

Apretó la taza con fuerza, en la que apenas quedaba un resto de negro líquido. Se la llevó a los labios y la vació de un trago. El sabor amargo del café solo vino a sustituir el otro sabor amargo, ese que tenía en la boca cada vez que pensaba cuál había sido la reacción de Tana cuando trató de forzarla a tomar una decisión.

Se había decidido por Raúl.

Una mueca despectiva afeó su expresión.

El vídeo de Sinéad O'Connor había terminado y la imagen de Freddie Mercury, vestido de mujer y pasando la aspiradora, había venido a sustituirlo. Lo contempló un rato con la mirada perdida. Se sentía extrañamente entumecido por dentro, como si su cuerpo e incluso su alma hubieran decidido hibernar sin avisarle. Sin notificación previa que le hubiera ayudado a prepararse...

Su móvil vibró sobre la mesa. Durante un pestañeo febril deseó que fuera ella, pero luego recobró la cordura y desechó esa estúpida idea.

Era Cas.

No le apetecía hablar con él, así que esperó a que el aparato dejara de vibrar. Luego lo cogió y tecleó un mensaje con rapidez.

Voy conduciendo. Me voy a Tarifa unos días. Vuelvo antes de marcharme a Baja. Luego te llamo.

Sabía que era retrasar lo inevitable y que al final tendría que darle una explicación a su hermano, pero no ahora. No ahora.

Se levantó de la mesa y abandonó la cafetería. En el exterior, el aire puro de la sierra le recibió, pero no se detuvo a llenarse los pulmones con él. Se apresuró en montarse en el Corsa y giró la llave en el contacto. La radio, que antes no había apagado, comenzó a sonar. Llevaba sintonizada una emisora de música y los primeros acordes de una antigua balada de Black Sabbath inundaron el silencio. No era la voz que él recordaba, esta era más rasgada, más cálida y más ronca. Debía de tratarse de una nueva versión de la canción, ya que era algo más lenta que la original. Era *Changes*.

«Joder, las canciones sentimentales me persiguen hoy», pensó con sarcasmo, y alargó la mano para bajar el volumen. Pero en el último segundo se arrepintió y un morbo masoquista le hizo detenerse y seguir la conocida letra, a pesar de que su sentido común le advirtió de que no lo hiciera.

*“I feel unhappy
I feel so sad
I have lost the best friend
That I ever had.
She was my woman
I loved her so
But it's too late now
I've let her go.
I'm going through changes
I'm going through changes
In my life...”*

Apoyó la frente en el volante.

Esa canción...

Tenía que apagar la radio. Tenía que hacerlo...

*“We shared the years
We shared each day
In love together
We found a way.
But soon the world
Had its evil way
My heart was blinded
Love went astray.
I’m going through changes
I’m going through changes
In my life...”*

¿Por qué? ¿Por qué había tenido que terminar así? Su garganta comenzó a estrecharse y una horrible sensación de ahogo le invadió.

¡Maldita canción de mierda!

¡Maldita!

Pero siguió allí, escuchándola, incapaz de apagar la radio, incapaz de mover ni un solo dedo. Con las manos agarrando el volante con fuerza y la frente presionada contra él.

Inmóvil.

*“It took so long to realize
I can still hear
Her last goodbyes
And now all my days
Are filled with tears
Wish I could go back*

*And change these years.
I'm going through changes
I'm going through changes
In my life..."*

Los últimos acordes fueron desapareciendo poco a poco y otra canción la reemplazó, pero él ni siquiera se percató de ello, seguía inmerso en la triste melodía y en esas palabras que reflejaban con fidelidad lo que le había sucedido y su estado de ánimo. Levantó la cabeza y sus ojos se clavaron en el espejo retrovisor. No le gustó lo que vio.

¡Jodida Tana!

Pegó un golpe al volante con la palma de la mano.

¡Y jodido él que había dejado que ella volviera a destrozarle!

* * *

Raúl sabía que le pasaba algo, pero era tan maravilloso que no le había hecho ninguna pregunta. Sencillamente, había aceptado que ella le propusiera regresar a Madrid antes de lo previsto. Así de fácil. Solo había tenido que sugerirlo y él había accedido. Pero no era tonto. Y su forma de contemplarla de reojo mientras se acercaban al chalet de Eli y Cas para despedirse lo decía todo.

Cuando regresó al hotel la noche anterior, agitada y confusa, él todavía no había vuelto del casino. Así que aprovechó para darse una ducha y lavarse el olor a sexo y a Till que tenía impregnado por toda la piel y el pelo. Quizá con él se fueran también los remordimientos que sentía por lo sucedido, se había dicho. Pero no fue así. El agua se había llevado su viril aroma, pero todo lo demás se quedó con ella: la culpa y los recuerdos.

Se había acostado sabiendo que no iba a pegar ojo, y así había sido. Tras horas de dar vueltas en la cama había oído cómo se abría la puerta y Raúl accedía a la habitación. Había pretendido dormir, manteniéndose quieta sin mover ni un músculo, hasta que por fin él se tendió a su lado y su respiración se tornó pesada al cabo de un rato.

Había tomado la decisión correcta, se decía una y otra vez. Pero se lo repetía tantas veces que ya no sabía si era así o solo intentaba persuadirse a sí

misma. Cada vez que cerraba los ojos volvía a ver a Till, mirándola de aquella manera tan intensa mientras le insinuaba que estaba dispuesto a dejar todo por ella. Luego le veía junto a la ventana con los ojos apagados y esa postura desdeñosa, y se convencía de que iba a estar mejor sin él.

Había contemplado a Raúl durante largo rato mientras dormía, tratando de ahuyentar la *otra* imagen de su mente. Raúl era lo que toda mujer podría desear. Guapo, simpático, encantador, elegante, poderoso y con carisma... Sí.

Y Till era...

Era el hombre que conseguía que se sintiera especial.

¡Mierda!

Y así, sumida en un mar de dudas, había pasado horas, hasta que los primeros rayos de sol habían entrado a través de la rendija que había en las cortinas.

Le había costado mantener la compostura con Raúl y actuar como si nada hubiera pasado. Mientras desayunaban juntos, le había hecho preguntas sobre su noche en el casino, mostrándose interesada. Finalmente y, con mucho tacto, le sugirió regresar a Madrid, fingiendo que estaba preocupada por la *boutique*. Él había dicho que sí, por supuesto, pero su mirada inquisitiva no le pasó desapercibida.

Y ahí estaban ahora, aparcando detrás del Navara de Cas, frente a su casa.

Se bajó del vehículo y se estiró la falda con nerviosismo. Sabía que Till estaba allí, a escasos metros de distancia y, aunque se había mentalizado de que iba a volver a verle, no tenía ni la menor idea de cómo reaccionaría él.

Eli los recibió en la puerta con una sonrisa encantada.

—No os esperaba —exclamó, dirigiéndoles una mirada indagadora—. Pasad, pasad.

—Hemos venido a despedirnos —comentó Tana, siguiéndola al salón. Raúl iba tras ella.

—¿Cómo? —inquirió su amiga, sorprendida, girándose de repente.

—Sí, ha surgido algo en la *boutique* y me quedo más tranquila si me encargo en persona —respondió con vaguedad.

En ese momento un movimiento a su derecha llamó su atención. Giró la cabeza, agitada, pero solo era Poncho, que salía de la cocina con una botella de cerveza en la mano.

—¿Despediros? —Al parecer los había escuchado.

—Sí —intervino Raúl—. Es una lástima, pero tenemos que regresar. La próxima visita será más larga.

—Parece que todo el mundo decide largarse hoy —masculló Poncho lanzándole una mirada a Tana, que ella no supo cómo interpretar.

—Pero no os podéis ir sin tomar algo antes —dijo Eli—. ¿Qué quieres, Raúl?

Este, que se había sentado en el sofá junto a Poncho, le dirigió una sonrisa afable.

—Si tenéis cerveza sin alcohol, estupendo. Tengo que conducir.

—Sí, claro que tenemos. Ven, Tana, ayúdame a traer las cosas. —La agarró de la muñeca con firmeza y tiró de ella, forzándola a seguirla.

Una vez en la cocina, la soltó y se encaró con ella.

—¿Qué está pasando aquí? —siseó.

Tana dudó. Eli ya sabía que había pasado algo entre Till y ella. Y si era sincera consigo misma, no quería seguir ocultándole a su amiga toda esa historia. Pero no era ni el momento ni el lugar.

—Creo que ya lo sabes, al menos lo sospechas, ¿no? —claudicó, cruzándose de brazos.

—Solo sé que anoche Till y tú os acostasteis. No estamos sordos, ¿sabes? —susurró con apremio mirando la puerta que conducía al salón—. Y que después tú te fuiste, y Till se ha marchado a Tarifa esta madrugada.

Al escuchar aquello, Tana, que había pensado que esa noticia solo podía ser bienvenida, se sintió contrariada. ¿Till se había ido?

«¿Qué esperabas? ¿No era eso lo que querías?»

—¿A Tarifa? —La voz le salió entrecortada y Eli la miró con los ojos entrecerrados.

—Volverá en unos días. Le ha mandado un mensaje a Cas. ¿Qué es lo que ha pasado entre vosotros? —volvió a insistir.

—Eli... —comenzó, pero se mordió los labios indecisa—, es muy complicado y este no es el momento...

—¡No me puedes dejar así!

—Te prometo que cuando llegue a Madrid te llamaré y te lo contaré todo. Todo —dijo, acercándose a su amiga y deteniéndose a solo un paso de ella—. No es fácil y me va a costar, pero tienes que saberlo...

Eli tardó en contestar, pero terminó por asentir reticente.

—Solo dime una cosa, ¿estás bien? Porque no lo parece.

Tana sonrió, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos, y fue muy consciente de ello y de que Eli también lo había notado.

—Estoy todo lo bien que se puede estar en una situación como esta —repuso al fin, y le dio un abrazo rápido. Luego se apartó—. Y ya no me preguntes nada más. Vamos al salón. Raúl y Poncho van a pensar que nos ha pasado algo.

Aunque reacia, Eli accedió. En breve se encontraron en el salón con los dos hombres. No había nadie más en la casa. Cas se había ido a trabajar y Oksana había venido a recoger a Sira para llevarla a pasar el día con ella y con Clara.

Tana se esforzó por mantener la sonrisa en la cara. Todos sabían que algo pasaba, pero nadie hablaba de ello. Notaba las miradas preocupadas de los tres sobre su persona y según pasaba el tiempo la situación se volvía cada vez más y más grotesca, al menos para ella.

La despedida fue breve. Se intercambiaron besos y abrazos en la puerta e incluso alguna que otra indirecta murmurada al oído por parte de Poncho. Pero ella siguió mostrándose impertérrita, como si aquella fuera una partida normal y no ocurriese nada del otro mundo.

Poco después se encontraban de camino a casa. El coche se deslizaba seguro y firme por la autovía. Una pieza de música clásica sonaba de fondo en la radio. No se oía nada más. Raúl se mantenía en silencio, pendiente del asfalto.

Hacía solo tres días que habían hecho ese mismo trayecto pero a la inversa y, sin embargo, tantas cosas habían cambiado. Ella lo había hecho. El volver a ver a Till le había supuesto volver a sentir... cosas... cosas que pensaba que habían desaparecido.

Pero no.

Observó a Raúl a hurtadillas y la culpabilidad la inundó de nuevo.

Quince horas antes, más o menos, se había revolcado en la cama con otro y había gritado su nombre mientras alcanzaba el éxtasis..., y ahora estaba allí sentada en ese coche, al lado del hombre con el que se iba a casar.

Y Till...

¡Dios!

Till...

Un temblor recorrió su cuerpo al pensar en él.

—Necesito hablar contigo —dijo súbitamente—. ¿Puedes parar el coche?

Si a él le sorprendió su apremio, no dio muestras de ello.

—En diez kilómetros hay un área de servicio —apuntó con tranquilidad.

Tana se retorció las manos en el regazo y se acarició el solitario que coronaba su anillo de compromiso, absorta. Miró por la ventanilla. El paisaje mediterráneo de suelos agrestes y palmeras verdes pasaba con rapidez frente a su vista. Al fondo, el mar azul centelleaba tentador.

Cerró los ojos y tragó saliva. De alguna manera el mar siempre le recordaba a *él*.

—Dime —escuchó la voz de su acompañante.

Abrió los ojos, sobresaltada, y se dio cuenta de que el coche se había detenido junto a una gasolinera.

Transcurrieron unos segundos en los que ninguno dijo nada. Raúl esperaba pacientemente. No parecía sorprendido, por el contrario, se mostraba muy tranquilo.

—Sé lo que quieres decirme —rompió él el silencio al fin.

—Lo sabes —dijo ella. No era una pregunta.

—Ese hombre del que me hablaste, con el que tuviste una relación hace tiempo que no salió bien... es Till, ¿verdad?

—Sí —respondió con franqueza.

¿De qué le iba a servir negarlo? De repente ya no estaba nerviosa.

Una calma increíble se adueñó de ella. Quizá porque por fin reconocía en voz alta que Till y ella habían tenido una relación o quizá porque Raúl era una persona especial que le ponía las cosas muy fáciles.

—¿Te acostaste con él ayer? —No había acritud alguna en sus palabras. Si acaso un tibio interés, pero nada más. La miraba sin pestañear, sin juzgarla.

—Sí.

Su gesto no cambió al escuchar su monosílabo claro y seguro. Permaneció en silencio, contemplándola. Ella le sostuvo la mirada también con serenidad.

—¿Quieres seguir adelante con la boda? —preguntó al cabo de un rato, igual de sosegado.

Tana volteó la cabeza. La imagen de Till acudió a su mente. Sus ojos turquesa, cálidos y brillantes... Sus labios dulces y suaves recorriendo su cuerpo de arriba abajo... Sus manos enormes y poderosas acariciando cada centímetro de su piel...

¡Dios! ¡No podía!

—Sí —respondió con los ojos cerrados.

QUINTO ENCUENTRO

Capítulo Cuarenta y uno

Los primeros acordes de *Wild Thing* de The Troggs rompieron el silencio de la noche, sobresaltándole. Se incorporó y tanteó con la mano hasta encontrar su móvil, que recordaba haber dejado caer al suelo al lado de la cama hacía solo unas horas. Con los ojos apenas abiertos, reconoció el nombre que aparecía en la pantalla y se apresuró en aceptar la llamada, que había estado esperando.

—¿Ya? —preguntó con la voz ronca por el sueño.

—Sí. Hace dos horas. Pesa tres kilos trescientos gramos y mide cuarenta y nueve centímetros... y es preciosa —repuso Cas, emocionado.

—Enhorabuena —murmuró, frotándose los ojos. Se sentó en el borde de la cama y encendió la lámpara de la mesilla, que bañó la habitación en una tenue luz anaranjada.

—Solo quería que lo supieras. Ya sé que ahí deben de ser las cinco o las seis de la mañana, pero me dijiste que te avisara cuanto antes.

—Has hecho bien. Luego trataré de comprar un billete para el primer vuelo que haya disponible.

—Entonces nos vemos en un par de días.

—Sí. Esta vez no me lo pierdo. —Un timbre nostálgico le tiñó la voz. Se había perdido muchas cosas en los últimos años, pero eso ya no iba a volver a suceder—. ¿Eli está bien?

—Está perfecta. Agotada, pero feliz.

—Dale un beso de mi parte.

—Lo haré.

Cas sonaba impaciente y Till supuso que querría estar con su mujer y su hija recién nacida. Se despidió de él y colgó. Miró la hora en la pantalla del móvil; eran las cinco y media de la mañana. Una hora fantástica para levantarse, darse una ducha rápida y bajar a la playa a coger unas cuantas

olas. Bostezó y se frotó la cara. Se quedó un rato allí sentado, sonriendo. Estaba feliz por su hermano. Muy feliz. Había hablado con él el día anterior, cuando llevó a Eli al hospital, y le había notado tenso y preocupado. Pero, gracias a Dios, todo había salido bien.

Estaba a punto de ponerse de pie cuando la palma de una mano se posó sobre su hombro. Se giró y se encontró con unos ojos verdes y rasgados.

—Buenos días —dijo la dueña de esa límpida mirada, incorporándose sobre las rodillas y echándose sobre él, que la recibió de buena gana.

Mientras se besaban con languidez, trató de recordar su nombre. Se llamaba Sophie o ¿era Sylvie? No lo tenía muy claro. Era francesa y la había conocido la noche anterior en un concierto que había tenido lugar en la playa. Una cosa había llevado a la otra, como solía suceder en esos casos, y habían terminado en la cama, en su hotel.

El mismo hotel en el que se había alojado Tana hacía ya un año.

—Buenos días —le respondió, apartándose de su boca para recorrerle la mejilla con los labios.

—Es pronto. Vuelve a la cama —le susurró Sophie/Sylvie al oído con ese acento francés encantador.

Tenía razón. Era muy pronto para levantarse. Las olas podían esperar aquella mañana, ¿no? De todas maneras no se iban a ir a ningún sitio; seguirían estando ahí en unas horas...

Ella se restregó contra él de un modo que solo podía significar una cosa: *estoy lista para una incursión matutina*, haciendo que le resultase todavía más sencillo decidirse. Se dejó caer sobre ella, contemplándola con voracidad. Era alta, muy delgada y tenía el pelo muy claro. Recientemente había desarrollado el gusto por las mujeres en exceso esbeltas, muy rubias y con los ojos de cualquier tonalidad menos castaños. Al menos así habían sido todas con las que se había acostado en las últimas semanas. Huía de los ojos oscuros como de la peste.

Se negaba a cuestionarse el porqué de sus elecciones.

Sophie/Sylvie le enroscó los brazos al cuello y se pegó a él. Su miembro se endureció contra la suave piel de su vientre. La besó con ímpetu y ella le correspondió de igual modo.

Cerró los ojos para no ver el color de su cabello, abandonándose a su

boca.

* * *

Poncho la había llamado. ¡Mierda! Llevaba toda la mañana pendiente del móvil y, justo cuando decidía darse una ducha, llegaba la esperada llamada. Marcó su número con expectación. Al segundo tono escuchó su voz.

—¿Dónde estabas?

—En la ducha —respondió, impaciente—. ¿Y?

—Ya está. Todo ha ido bien. Eli está estupenda y la niña también.

Tana sonrió, aliviada. No había estado realmente preocupada por su amiga. Sabía que no era un embarazo de riesgo y que todo estaba controlado, pero escuchar que todo había salido bien era gratificante.

—Ha pesado algo más de tres kilos y es una monada. Esta vez es rubia, al menos el poco pelo que tiene es claro. Ya no vamos a poder alardear de que es nuestra —añadió en tono jocosos—. Esta es Landvik de pura cepa.

—Cas estará encantado.

—Igual que cuando nació Sira, se le cae la baba. Es gracioso ver a ese hombretón derretido por una recién nacida. Ahora mismo está en la habitación y no se separa de la cunita esa de plástico donde tienen a la niña.

—Me lo imagino —murmuró. Una especie de tristeza profunda se le había alojado en el pecho. Se negó a investigar la causa, pero en el fondo sabía cuál era.

—¿Vas a venir?

—Sí, claro. El viernes, en cuanto cierre la *boutique* voy para allá. Voy a reservar una habitación en el hotel ahora mismo.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Se escuchó un carraspeo.

—Tana... —titubeó—. Till va a venir también. Cas le ha llamado.

Ella respiró hondo.

—Lo daba por hecho —dijo al fin.

—¿Y... estás segura?

—Nunca he estado tan segura de algo en mi vida —respondió, serena.

—Si necesitas algo, dímelo.

—Lo haré.

—Entonces nos vemos en un par de días.

—Sí. Dales un beso a todos de mi parte.

Se despidieron, y ella dejó el móvil sobre la mesa del salón. Se quedó mirando la negra pantalla, pensativa y algo indecisa, incluso alargó la mano como había hecho cientos de veces en las últimas semanas..., pero la retiró. Decidida, se dio la vuelta y se dirigió al baño. Ciertas cosas no se podían decir por teléfono. Solo podían hablarse en persona.

Esperaba poder tener la oportunidad de explicarse.

Cogió el secador y, mientras el chorro de aire caliente hacía que su pelo volara en todas direcciones, se preguntó no por primera vez cómo reaccionaría él cuando la viera aparecer. Enfadado, seguramente. Muy enfadado. Habían pasado siete semanas desde aquella fatídica noche en que ella le rechazó, y sabía que no la iba a acoger con los brazos abiertos. Era probable que ni siquiera quisiese escuchar lo que ella tenía que decir en su defensa..., que era más bien poco, la verdad. No había mucha justificación para lo que le había hecho o cómo le había tratado.

Apagó el secador y se ahuecó el pelo con los dedos, luego se inclinó hacia delante y clavó la mirada en su reflejo. Sus ojos marrones mostraban resolución. Había pasado demasiado tiempo debatiéndose en mares de incertidumbre, pero eso se había acabado. Ahora sabía lo que quería y estaba dispuesta a todo para conseguirlo.

Capítulo Cuarenta y dos

Desde el mismo momento en que el reloj marcó las once había comenzado a sentirse inquieta, pero ahora que ya eran las once y veinte y él llegaba veinte minutos tarde, esa inquietud casi se había convertido en histerismo.

Había sido una estupidez citarle allí en el hotel. Quizá ni siquiera se presentase. A lo mejor tenía que haberle abordado en casa de Eli y Cas, se dijo por enésima vez mientras volvía a mirar por el balcón, para ver solo la oscura playa solitaria y la calle también desierta. Pero había querido mantener a todo el mundo al margen de su situación; ya estaban demasiado involucrados. Más todavía desde que se habían enterado de todo lo que había pasado entre ella y Till.

Le había confesado la verdad a Eli poco después de volver a Madrid. Había sido una conversación larga y emotiva en la que su amiga terminó llorando y ella estuvo a punto... Por supuesto y, como ya había sabido de antemano, no le echó nada en cara ni le reprochó que no se lo hubiera contado antes, una vez que lo supo todo. Se limitó a escucharla y a reiterarle lo mucho que la quería. Días después, Eli le había informado de que Till también había hablado con sus hermanos, explicándoles todo. Lo había hecho nada más volver de Tarifa, antes de irse a México. Así que ya todo el mundo lo sabía. No había más secretos ni medias verdades.

Volvió a mirar la hora en el móvil. Las once y veinticinco. Se detuvo en medio de la habitación y se retorció las manos, presa del nerviosismo.

Había sido una idea pésima citarle allí.

No iba a acudir.

Había llegado de Madrid hacía solo una hora y, sin deshacer la maleta siquiera, había llamado a Poncho, que también se alojaba en casa de Eli y Cas, para que le hiciera llegar el mensaje a Till de que le estaba esperando en su habitación. No tenía ni idea de por qué lo había hecho así, cuando lo más fácil hubiera sido llamarle por teléfono, pero un miedo irracional a que él no

aceptase su llamada la había convencido de que ese proceder era el más adecuado. Al menos eso había pensado hacía cincuenta y seis minutos. Ahora ya no sabía que creer. ¿Por qué iba a acudir él a su hotel a hablar con ella? No habían tenido contacto alguno en las últimas semanas, y ahora... ¿él iba a ir solo porque ella le mandaba llamar? Absurdo. No tenía sentido, ¿verdad?

Volvió a pasear por la habitación. Sus tacones repiquetearon de manera molesta sobre el pulido suelo de tarima. Se negaba a quitárselos y perder la ventaja que le otorgaban, en caso de que él sí apareciera. Al cabo de unos minutos se sentó en el borde de la cama y apoyó las manos en el colchón. Quizá debería empezar a mentalizarse de que no iba a presentarse. Se le revolvían las tripas al pensar en ello, pero tenía que ser realista. No había querido creer que el ultimátum que le dio aquella noche fuera definitivo, pero esa tardanza le estaba revelando que sí...

Al parecer, el último tren había pasado y se había ido sin ella.

Unos enérgicos golpes en la puerta le hicieron levantar la cabeza con precipitación. Un rayo de esperanza se deslizó dentro de su corazón con rapidez. Se incorporó y respiró hondo. El pulso se le había acelerado peligrosamente y estaba segura de que la agitación se le reflejaba en la cara. Con toda la serenidad que pudo encontrar en su interior, que no era mucha, se dirigió hacia la hoja de madera y agarró el picaporte con firmeza. Abrió.

Till.

Tan enorme y tan abrumador como siempre. Llevaba unos vaqueros azules y una camisa blanca, cuyos dos botones superiores estaban desabrochados. Se había recogido el pelo en un moño del que se le escapaban algunos mechones y una de esas trenzas. La barba había vuelto a crecerle más todavía y le cubría casi todo el cuello. Estaba tan atractivo que dolía mirarle.

«¿Por qué? ¿Por qué tiene que tener este aspecto?», se preguntó sin poder quitarle los ojos de encima.

—Ya estoy aquí —dijo él, rompiendo el silencio que el estupor de ella había provocado—. ¿Qué quieres?

Se mostraba tan frío y tan despectivo que entreabrió los labios, sorprendida, y no supo qué decir. Nunca le había escuchado hablar así. Buscó la mirada de sus ojos turquesa y el hielo que se reflejaba en ellos la sobrecogió.

—Quiero hablar contigo —murmuró.

—Habla.

—¿No vas a pasar?

Él se encogió de hombros con indiferencia y terminó por acceder al interior de la habitación. Tana cerró la puerta y le observó ir hasta el balcón y detenerse frente al cristal, mirando al exterior. Parecía muy tranquilo, demasiado. Ella, por el contrario, se encontraba tan tensa como la cuerda de un violín.

—¿Quieres beber algo? —La pregunta era una gilipollez, ya que en el mini bar no había mucho que le pudiera ofrecer, pero de repente no tenía ni idea de cómo abordar el tema que la había llevado a citarle allí.

—¿Es una puñetera visita social? Creí que querías hablar conmigo —repuso él lleno de sarcasmo sin molestarse en girarse.

Ella cerró los ojos y contó hasta diez, tratando de controlar su temperamento.

—Me resultaría bastante más fácil hacerlo si te dieras la vuelta y me mirases. ¿No crees?

Él lo hizo. Se giró lentamente. Exhibía una altanería que nunca antes había visto en él. Al ver que ella no hablaba, hizo un gesto impaciente y se llevó la mano al bolsillo, se sacó el móvil y miró la hora. Luego lo volvió a guardar.

—No tengo mucho tiempo, la verdad —dijo—. Así que si quieres hablar, habla ya. He quedado.

Tana se mordió el labio inferior. ¿Había quedado? ¿A esas horas? ¿Con quién? Trató de ahuyentar esos pensamientos negativos de su mente y concentrarse solo en ellos dos y en lo que tenía que decirle.

—Lo primero que quiero..., bueno, es... pedirte perdón por... cómo te traté la última vez que estuvimos juntos... —dijo con vacilación, y se aclaró la garganta antes de continuar—. Quiero decirte que lo siento.

Él no dijo nada.

—Sé que me comporté como una imbécil. Y quería que supieras que lo siento mucho.

—Te repites. Eso ya lo has dicho.

—¡Lo sé! —exclamó.

Se dio la vuelta, alterada. Estaba claro que él no se lo iba a poner fácil. Y a ella le faltaban las palabras. Todas esas frases que había planeado durante días, de pronto ya no estaban o si estaban no las recordaba. Esas explicaciones que sonaban tan bien en su cabeza habían desaparecido y solo había quedado un vacío enorme y un anhelo casi doloroso de acercarse y abrazarle.

—Bueno —rompió él el silencio—. Ya me ha quedado claro que lo sientes. Perfecto. Si no tienes nada más que decirme, me marchó —dijo, dando un par de pasos y haciendo amago de dirigirse hacia la puerta.

—¡No! —casi gritó ella, interponiéndose en su camino—. ¡Espera!

En un impulso, levantó las manos y las posó sobre su pecho, para retirarlas con rapidez cuando sintió el calor de su cuerpo a través de la tela de su camisa. Apretó los dientes con fuerza al notar el deseo genuino que la embargó.

—¿Qué más quieres? —le preguntó. Rezumaba frialdad.

Ella buscó algo en sus ojos, un atisbo de que el contacto de sus manos quizá también le había afectado, pero no halló nada.

—Till —murmuró, tratando de conservar la calma—. Sé que estás muy enfadado...

—No, Tana —la interrumpió con voz gélida—, no te equivoques. Yo no estoy enfadado. *Estuve* enfadado —enfaticó—. Sí. Mucho. Ahora ya no. Ahora me da igual.

—Si te da igual, ¿por qué has venido? —le increpó, dolida.

—Tenía que venir al pueblo, de todas maneras. Y sentía curiosidad por eso que tenías que decirme.

Se quedó callada y frunció el ceño. ¿De veras era tan indiferente o solo pretendía serlo?

—Y por cierto —añadió—, ¿qué opina Raúl de todo esto? ¿O mejor dicho, *tu marido*? Me ha sorprendido que estuvieras por aquí. Os hacía en vuestra luna de miel. En el lago de Como, ¿no?

Alzó la vista, perpleja, y se encontró con su indolente mirada azul. ¿Era posible que no supiera lo suyo con Raúl? ¿Que nadie le hubiera

informado? Estaban tan cerca el uno del otro que su olor le invadió las fosas nasales y tuvo que reprimir el impulso de dar un paso adelante y enterrar la nariz en su cuello y aspirar... Agitó la cabeza levemente, centrándose en lo que él le había dicho.

—No me casé con Raúl... Rompí el compromiso.

Él no dijo nada. Parecía esperar que ella continuara hablando.

—Me di cuenta de que había cometido un error y de que Raúl no era la persona que necesitaba en mi vida —dijo en voz baja.

Se moría por decirle que la persona que quería en su vida era él, que le había echado de menos de una manera casi inhumana. Había pasado las últimas semanas reprochándose una y otra vez cómo se había comportado. Apenas podía soportar pensar en que no iba a volver a verle, a tocarle, a besarle... Deseaba decirle muchas cosas, pero su fría actitud la tenía desorientada.

—Vaya. Antes no pensabas eso —dijo él, aparentemente impertérrito.

—Me equivoqué. —Asintió con vehemencia—. Fui una... cobarde, pero ahora ya sé lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres ahora, Tana?

Le hizo la pregunta en un tono paternalista y condescendiente, como si fuera una niña caprichosa capaz de cambiar de opinión cada cinco minutos. Ella arrugó la frente y le miró enojada, pero su enfado apenas si le duró unos segundos. ¿Acaso no tenía razón para dudar de ella? Sí que se había comportado como una cría voluble e insegura. No, peor que eso. Se había comportado como una *mujer* veleidosa. Al menos, si hubiera sido una niña, la edad habría justificado su falta de constancia.

Sabía que tenía que decírselo, que tenía que jugárselo todo a una carta si era necesario. Till tenía que saber lo que sentía por él. Le había hecho mucho daño y tenía que poner las cosas en su sitio. Se lo debía. Se lo merecía. Ambos se merecían que ella fuera sincera de una vez.

—Estoy enamorada de ti —dijo al fin con serenidad, con la emoción vibrando en cada una de las palabras.

Él no reaccionó como ella había esperado. Mejor dicho, él no reaccionó, a secas. No se alteró lo más mínimo. Siguió contemplándola con esa mirada impasible y vacía mientras a ella el corazón le quería estallar en el

pecho. Se sentía como un acusado sentado en el banquillo, esperando un veredicto.

«Por amor de Dios, di algo», rogó en silencio.

Con una lentitud agónica y lacerante, él inclinó la cabeza hasta que solo unos centímetros separaron sus bocas.

—Parfraseando a Gable en *Lo que el viento se llevó*, te diré... Francamente, querida, me importa un bledo —dijo con suavidad, y su aliento cálido le rozó la mejilla. Luego se retiró.

Ella se puso pálida. Trató de asimilar lo que acababa de escuchar mientras intentaba respirar con normalidad. Notó cómo la garganta se le iba estrechando poco a poco.

—¿Te ha quedado claro? ¿O te lo vuelvo a repetir? —continuó él. A pesar de que se mostraba imperturbable un brillo acerado había aparecido en sus ojos.

Ella asintió sin emitir sonido alguno. Se había quedado paralizada. No podía apartar la mirada de su cara, a pesar de que su expresión desdeñosa la estaba haciendo añicos por dentro.

¡Dios! ¡Cómo dolía aquello! Instintivamente se llevó una mano al pecho. Él siguió su movimiento con los ojos e izó una ceja, como si dudara de la veracidad de su gesto.

Y durante un instante, Tana le odió. Nunca había pensado que pudiera ser así, tan mezquino. Se dio la vuelta y se alejó de él y de su inquina. Se llevó los dedos a las sienes y presionó, tratando de recomponerse con rapidez antes de girarse y volver a mirarle. Él la observaba con los ojos entrecerrados y los labios apretados.

Ella sabía que tenía dos opciones. La primera era tirar la toalla en ese mismo momento y rendirse. Aceptar tristemente que lo suyo se había acabado para siempre y que ya no había nada entre ellos. Y la segunda era luchar por él; tratar de encontrar en ese hombre frío que tenía delante al otro Till, a ese que sí había sentido algo por ella y que había estado dispuesto a dejarlo todo. También sabía que para ello era muy probable que tuviese que suplicarle y que él la humillase.

Tenía claro por qué opción se iba a decidir.

—Till, sé que te hice daño —comenzó con más seguridad de la que

realmente sentía—. Mucho daño. Y me arrepiento de ello. Me porté fatal. Fui una egoísta y una cobarde. Pero quiero que sepas... —se interrumpió al ver que la voz le salía entrecortada, y continuó con más aplomo—. Quiero que lo sepas todo.

Él se cruzó de brazos, impaciente.

—Di lo que tengas que decir. Pero no va a servir de nada. Tuviste tu oportunidad hace semanas. Ahora es tarde.

—Till —le pidió en un susurro—. No puede ser que ya hayas olvidado todo lo que sentías por mí.

—No es cuestión de olvidar. Es cuestión de pasar página.

No lo creía. No creía que un hombre que había pasado diez meses echándola de menos, como bien le había confesado la última vez que estuvieron juntos, la hubiese olvidado en unas semanas.

—Till —volvió a insistir—. Quiero que... que volvamos a intentarlo.

—¿Sabes cuántas veces te pedí eso? —preguntó él al cabo de lo que pareció ser una eternidad, soltando una carcajada carente de humor.

—Lo sé. Lo sé. Y yo te rechacé —admitió volviendo a acercarse a él.

—La última vez que nos vimos te dije una cosa, Tana. Te dije que si te marchabas y le elegías a él ya no iba a haber marcha atrás.

—No le elegí. Rompí el compromiso. —Un timbre desesperado se había colado en sus palabras.

Apoyó la mano en su brazo y notó cómo sus músculos se endurecían bajo su contacto, pero no se apartó. Tenía la necesidad de sentirle, de establecer algún tipo de vínculo con él, aunque fuera solo físico.

—Sí lo hiciste. Me miraste y me dijiste que ibas a seguir adelante con ese matrimonio, que le preferías a él—dijo él con frialdad.

—Te lo vuelvo a repetir, cometí un error tremendo. No tenía que haberlo hecho.

—Pero lo hiciste.

—Lo sé, y ahora estoy aquí para enmendar mi error —repuso con voz trémula—. ¿Qué tengo que hacer para que me des otra oportunidad? Si todavía sientes algo por mí...

Él se apartó, rompiendo el contacto. Se pasó una mano por el pelo haciendo que otro mechón se escapase de su moño y le cayera sobre la mejilla. Luego se dio la vuelta y le dio la espalda.

—No lo entiendes —murmuró al fin con voz ronca y seca—. Es demasiado tarde. Estoy saliendo con alguien.

Al escuchar aquello, Tana sintió como si el mundo se le hubiera caído encima. Una niebla pesada y oscura la envolvió. Retrocedió unos pasos como si alejándose de él se alejase también de lo que acababa de decirle.

—Oh —acertó a murmurar. Luego nada más.

Transcurrieron unos segundos, minutos, horas de silencio, tal vez. Ambos permanecían inmóviles. A lo lejos, en la calle, se oyó el claxon de un coche.

Repentinamente, él se giró y apenas la miró de reojo. Semejaba estar tenso y más agitado de lo que había estado en los últimos minutos.

—Mira, de verdad que tengo prisa. —Volvió a sacarse el móvil del bolsillo—. He quedado con alguien y llego tarde. No puedo entretenerme más.

Tana sintió como si la hubieran golpeado con fuerza en el pecho. Un amargo sabor a bilis le acudió a la garganta. Anonadada, pero esforzándose por no demostrarlo, se irguió y enderezó los hombros. Había comenzado a notar que le ardían los ojos.

Necesitaba estar sola.

Él seguía sin mirarla. Contemplaba la pantalla de su jodido móvil como si fuese a hallar en ella la solución a todos los problemas del mundo.

—Bien. No te entretengo más —dijo, y ella misma se sorprendió de la firmeza que consiguió imprimir a la frase—. Ya nos veremos mañana en casa de Eli cuando vaya a conocer a la niña.

—Sí, claro —repuso él, guardándose el teléfono. Parecía ansioso por marcharse, como si toda la situación le resultara incómoda. Se giró y se dirigió a la puerta. Sin ninguna vacilación, cogió el picaporte y abrió. No se volvió a mirarla—. Adiós —le dijo por encima del hombro.

Y de pronto ya no estaba.

Y ella se encontró sola en medio de la habitación con la mirada

extraviada. Permaneció así por espacio de varios segundos, sin atreverse a moverse. Sin atreverse siquiera a pestañear. Sabía que si efectuaba cualquier movimiento aunque fuera solo con uno de sus párpados, se derrumbaría como uno de esos castillos hechos de piezas de dominó. Solo había que empujar la primera, para que esta hiciese que todas las demás fueran cayendo paulatinamente y al final no quedase ni una sola en pie.

Sí, se había convertido en un castillo de piezas de dominó.

Quizá lo que más había dolido de todo no había sido escucharle decir que ella ya no le importaba o que estaba saliendo con alguien o que era tarde... No. A fin de cuentas eran solo palabras y las palabras podían ser ciertas o no. Lo peor había sido esa brusca manera de marcharse, como quien abandona una oficina de correos después de haber realizado una gestión engorrosa, aliviado, con premura y sin mirar atrás.

Había esperado su enfado, su ira, su despecho y su desdén, incluso. Pero ese desinterés, esa frialdad, esa forma de mirarla como si no le importara un ápice y solo fuese una situación molesta, algo insignificante de lo que librarse deprisa..., había sido demasiado. Ese hombre que acababa de irse y que apenas le había regalado media hora de su tiempo no era Till Landvik, al menos no el Till Landvik que ella conocía y del que se había enamorado.

Ese hombre era un desconocido.

Una fina película transparente se le iba formando en los ojos, nublándole la vista. Tragó saliva, pero de nada sirvió. Elevó la mirada al techo y cogió aire por la nariz, expulsándolo por la boca con suavidad. Repitió esta operación varias veces, tratando de ganar algo de entereza.

No.

No iba a llorar.

Cayetana Martínez Soto no lloraba. Nunca.

La última vez que lo hizo fue en México. Y anteriormente apenas si podía acordarse. Quizá cuando era una niña.

Se dirigió al baño con rapidez y encendió la luz. Se acercó al lavabo, dispuesta a abrir el grifo de agua fría y lavarse la cara. Pero una breve mirada a la mujer del espejo la detuvo.

Era ella y no lo era.

La Tana del reflejo estaba pálida y tenía una expresión triste en el rostro. Tan triste, que el contemplarla le causó una aflicción inmensa que estuvo a punto de ahogarla.

A la Tana del reflejo le temblaba la barbilla y tenía los ojos enormes y muy brillantes. Y cuanto más tiempo pasaba y más le recorría las facciones con la mirada febril, más le brillaban.

Estoy enamorada de ti...

Francamente, querida, me importa un bledo...

¡No, no, no!

Es demasiado tarde. Es demasiado tarde. Es demasiado tarde.

La frase resonó en su cabeza una y otra vez.

—Demasiado tarde...

Los labios de la Tana del espejo se movieron, pero ella no pudo escuchar sonido alguno, un molesto zumbido se le había instalado en los oídos. Un zumbido que iba adquiriendo más y más intensidad según transcurrían los segundos.

Le había perdido.

Había perdido a Till.

Parpadeó y una lágrima se desprendió de su ojo derecho, luego otra de su ojo izquierdo. Y finalmente no fueron solo esas dos. Otra siguió y otra más... y más y más... y al cabo de unos instantes tenía las mejillas anegadas en ellas.

Y mientras sentía cómo el alma se le hacía pedazos, enterró la cara en las manos y los sollozos sacudieron su cuerpo.

Capítulo Cuarenta y tres

Había conseguido llegar hasta la recepción, pero no había logrado bajarse del ascensor. Se quedó allí como una figura de cera, rígido e inmóvil, y las puertas volvieron a cerrarse. Y siguió allí, sin pulsar ningún botón, con los puños cerrados y la mirada clavada en el altavoz que había encastrado en la pared y que emitía una suave música de ambiente. Una vena le palpitaba con fuerza en la sien derecha. Mil ideas se agolpaban en su cabeza, de ellas, novecientas noventa y nueve malas. Alargó la mano y dudó entre el botón de abrir puertas o el de la sexta planta. Al fin tomó una decisión y esperó a que el puto habitáculo comenzara a ascender.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Cometiendo un error, seguro.

De nuevo.

Solo hacía dos horas todo había sido simple. Su vida estaba encauzada y era sencilla, sin sobresaltos, sin grandes preocupaciones.

Y ahora iba a complicársela otra vez, pensó, cerrando los ojos.

Había llegado esa misma mañana a España y había pasado el día en casa de Cas y Eli, admirando a su sobrina recién nacida, que era igual que Cas —al menos eso decían todos, él no pensaba que se pareciese a nadie todavía—. Había jugado con Sira y con Clara en el jardín, y disfrutado de una cerveza con sus hermanos. Incluso se había comportado de manera civilizada con Poncho, y mantenido una conversación medianamente normal con él.

Y nadie mencionó *su* nombre. Nadie.

Hasta que después de cenar, Poncho se acercó a él en la cocina y le trasladó su mensaje. Tana acababa de llegar y le pedía que fuera a verla a su hotel para hablar. ¿Hablar? Había reaccionado furioso, por supuesto. Dejó a Poncho con la palabra en la boca y se largó a dar una vuelta por la urbanización para despejarse.

Su primer instinto, lleno de ira, fue negarse. ¿Qué cojones se creía

ella? ¿Creía que después de todo lo que había pasado, iba a saltar como un perrito faldero e iba a acudir corriendo a su llamada? No, estaba muy equivocada. Además, ¿y Raúl? ¿Qué hacía ella sola, en la costa, sin su marido? ¿No se había casado hacía una semana? ¿No tendría que estar en su *maravillosa* luna de miel con su *flamante esposo*?

Tana se había convertido en un tema tabú entre él y su familia. Desde que regresó de Tarifa y les contó lo que había sucedido, se había establecido una especie de acuerdo tácito entre ellos y nadie la mencionaba. Y él lo agradecía. Sin tener noticias de ella, le había resultado mucho más fácil pasar página.

Después de diez minutos de aconsejarse a sí mismo de que ir a aquella cita no iba a servir para nada bueno, y que no tenía ningún interés en saber qué quería decirle..., había cambiado de opinión drásticamente.

Se había montado en su coche de alquiler y se había puesto en marcha, en dirección al hotel. Llegó en apenas diez minutos y aparcó frente a la puerta. El reloj del salpicadero marcaba las once en punto. Y allí se había quedado media hora, dentro del vehículo, tratando de tranquilizarse. Volver a verla, a enfrentarse a ella no le iba a resultar fácil y lo sabía. Su debilidad aumentaba cerca de esa mujer. Y las semanas que había pasado tratando de odiarla no habían servido de mucho.

Por más que se hubiera convencido a sí mismo y a los demás de que ya no le importaba, de que había avanzado con su vida..., no era cierto.

Por más que la hubiese sustituido por otras, que otros cuerpos, otras caricias, otras bocas y otros besos hubiesen venido a ocupar su lugar, la que seguía dentro de él, debajo de su piel, dentro de su carne, instalada en el interior de sus huesos... era ella.

Sí, Tana continuaba allí.

Inamovible.

Pero no iba a permitir que siguiera jugando con él. No. Lo tenía muy claro. Eso se había terminado. Con una fría determinación, se había bajado del coche y había atravesado la recepción con rapidez. Se había montado en el ascensor, decidido, y pulsado el botón de la sexta planta con firmeza.

Y luego...

Luego todo transcurrió muy deprisa.

Abrió los ojos y se miró en el espejo. ¡Qué diferente era su expresión ahora! Todo el arrojito que había mostrado hacía treinta y cinco minutos, cuando el ascensor le condujo hasta ella por primera vez, había desaparecido, dejando paso a la incertidumbre y al recelo. ¿Cómo era posible que en cuestión de minutos toda su entereza se hubiera volatilizado? ¿Solo porque ella le había dicho exactamente lo que él llevaba meses queriendo oír?

Estoy enamorada de ti.

Al escucharle decir aquello, había tenido que hacer gala de todo su autocontrol para no acercarse y abrazarla con arrebatos, para no enterrar las manos en su cabello y confesarle que él sentía lo mismo por ella. Le había costado un mundo contenerse.

Un mundo.

Sabía que había sido en extremo cruel al soltarle la frasecita de *Lo que el viento se llevó*, pero hasta el mismo instante en que la pronunció, no se había dado cuenta de cuán despechado se encontraba realmente. Había sentido algo parecido a la satisfacción al ver cómo ella empalidecía y se alejaba de él como si la hubiera abofeteado.

Gott! ¡Qué miserable por su parte!

Las puertas del ascensor se abrieron con su característico cling y el largo corredor iluminado apareció ante sus ojos. Avanzó dos pasos. Solo dos. Luego se detuvo y se pasó las manos por el pelo, nervioso.

«¿Qué estás haciendo? ¿Por qué te detienes ahora?»

—¿Que por qué me detengo? —murmuró, dándose la vuelta.

Sí, eso, ¿por qué?, se preguntó en silencio.

No le costó encontrar una respuesta. Tenía miedo, reconoció.

Till Landvik, un hombre hecho y derecho, que había pasado por muchas cosas y había salido indemne de casi todas ellas, tenía miedo. Miedo de que Tana le hiriese otra vez. Miedo de que volviera a cambiar de opinión. No dudaba de que ella estuviese enamorada de él. No. Lo había visto muchas veces en sus ojos. Pero no confiaba en que fuera capaz de guiarse por sus sentimientos. Hasta el momento no lo había hecho.

«Te ha pedido una oportunidad. Dásela. Deja que te demuestre que de verdad quiere estar contigo».

Volvió a mirar el pasillo. Al fondo, a la derecha, estaba su habitación. Solo tenía que recorrer unas decenas de metros. Era sencillo, ¿no? Comenzó a andar. Cuanto más avanzaba, su respiración más se agitaba. Se detuvo frente a la puerta y cogió aire lentamente. Al otro lado de esa hoja de madera estaba la mujer con la que quería estar. La mujer por la que había estado dispuesto a dejarlo todo.

La mujer que había cogido su corazón y lo había roto en pedazos, pensó con amargura.

Titubeó.

¿Y si ella...?

«¡Basta!», se ordenó a sí mismo, furioso.

Con todos los músculos de su cuerpo en tensión, alzó la mano y llamó con los nudillos. Esperó, expectante. Pasó un minuto..., un minuto y medio. Lo supo con exactitud porque contaba los segundos mentalmente y, según transcurrían, su impaciencia iba en aumento. Apretó los dientes con fuerza. ¡Maldición! Un destello de ira mezclado con algo de desilusión vino a nublarle la mente.

Se giró, al tiempo que se decía que quizá fuera mejor así. Quizá lo mejor para ambos fuese que ella no abriera. A fin de cuentas, cada vez que estaban juntos uno de los dos terminaba por salir herido.

En ese momento, la puerta se abrió a su espalda y él se dio la vuelta con brusquedad dispuesto a...

Sus ojos hinchados y sus mejillas mojadas le desarmaron y le privaron de toda lógica. Lo que había pensado decir se difuminó hasta desaparecer del todo. No pudo hacer otra cosa que dar un paso al frente y estrecharla entre sus brazos, con fiereza. Enterró una mano en el cabello de su nuca y la obligó a apoyar la cabeza en su pecho, aunque no necesitó apenas ejercer presión, Tana se recostó contra él por voluntad propia y sus brazos le rodearon el talle, respondiendo a su abrazo, aferrándose a él con fuerza, como si no quisiera soltarle jamás. Cerró los ojos y dejó que su cuerpo se acoplase al suyo. El corazón le latía tan fuerte que estuvo seguro de que ella podría escucharlo alto y claro.

Se mantuvieron así por espacio de unos minutos, abrazados en el umbral de la puerta, a la vista de cualquiera que pasara por allí, sin moverse,

sin decirse nada. No hacían falta palabras, en realidad.

La besó en el pelo y el aroma de su champú mezclado con el de su piel le envolvió. La estrechó con más firmeza aún. Cualquier atisbo de duda que hubiera podido tener sobre ella, había desaparecido. Tana no era una mujer que llorase con facilidad, mejor dicho, Tana no era una mujer que llorase. En ninguna circunstancia. Que lo hubiera hecho por él, le decía mucho. Y también le decía que se había portado como un necio.

—Lo siento —le susurró.

Ella alzó la barbilla con lentitud. Sus ojos estaban secos, aunque enrojecidos. Todavía había un rastro de lágrimas sobre su pómulo, junto al lunar con forma de corazón invertido.

—¿Qué sientes? —preguntó ella.

—Haber actuado como un gilipollas. Haberte hecho daño.

Ella agitó la cabeza, como queriendo restar importancia a lo que él decía.

—Has llorado —le dijo, limpiándole la humedad de la mejilla con el pulgar.

Le miró fijamente por espacio de unos segundos.

—Yo nunca lloro —repuso al fin. Una sonrisa apenas perceptible había aparecido en su boca.

—Es verdad —reconoció él, sonriendo también.

Luego ella le tiró del brazo para hacerle entrar en la habitación. La siguió y cerró la puerta. Ella se alejó unos pasos, dándole la espalda. Seguía llevando la misma ropa que antes: una blusa azul, una falda de tubo gris y sus tacones.

—Creía que habías quedado con alguien —dijo de pronto, dándose la vuelta.

—No era cierto —admitió. Y avanzó hacia ella—. Era solo una excusa para largarme de aquí cuanto antes. —Se detuvo a un metro escaso y le acarició la mejilla con suavidad—. Cuando he entrado por esa puerta, antes, no tenía ni idea de lo que me iba a encontrar aquí.

—¿Te he sorprendido? —le preguntó casi en un susurro mientras se acercaba más a él, hasta que la opulencia de su pecho se pegó contra la

dureza del suyo.

—Sí y no —respondió, deslizando la yema de su dedo pulgar por su labio inferior—. No me ha sorprendido que me dijese que estabas enamorada de mí. Lo que me ha sorprendido ha sido que lo reconocieras y me lo confesaras —suspiró—. Por fin...

—He sido muy tozuda..., ¿no?

—Digamos que... no me lo has puesto fácil. Y me has hecho esperar... un poco.

Ella apoyó la frente en su pecho.

—Has sido... muy frío... —murmuró—, aunque supongo que algo así me merecía después de la última vez.

—Era todo mentira —exclamó, alzándole la barbilla con los dedos—. Estaba dolido y me he portado como un cretino, pero créeme si te digo que me estaba muriendo por abrazarte. *Muriéndome*, literalmente —soltó una especie de gemido ahogado y le sujetó la cara con las dos manos. Ella le miraba con los ojos cálidos—. No te imaginas las ganas que tenía de... de cogerte entre mis brazos y comerte a besos, joder... —hablaba con voz ronca, en susurros—. Ha habido un momento, al final, después de que te dijera que estaba saliendo con alguien, cuando he visto tu reacción, que me he sentido como un cerdo. —Negó con energía—. He tenido que sacarme el puto móvil del bolsillo y mirarlo como un imbécil para no ver cómo te derrumbabas y derrumbarme yo...

—Sé que me lo he ganado a pulso..., pero te has comportado como un verdadero capullo —dijo ella, alzando las manos también y posándolas sobre sus mejillas. Incluso a través del vello de su barba pudo sentir el calor que emanaba de sus dedos y le pareció reconfortante.

—Sí. Como un cabronazo de primera.

—Y aun así, estoy dispuesta a perdonarte —propuso al cabo de unos instantes de silencio en los que no dejaron de mirarse y de decirse mil cosas con los ojos. Su voz había descendido varias octavas y un mohín de fingida condescendencia asomaba a su rostro.

Él sonrió. Adoraba esa faceta de Tana, juguetona y algo irónica.

—¿Cuáles son tus condiciones? —le preguntó, siguiéndole el juego.

—Tú ya lo sabes. Es hora de que dejes de hablar. Necesito... y

cuando digo *necesito*, es porque es así... que me beses, *ya*.

Él no dejó que se lo repitiera otra vez. La alzó en el aire con un solo brazo y con el otro la agarró firmemente por la nuca, atrapando sus labios al mismo tiempo. Emitió un gruñido desde lo más profundo de su pecho al saborear la dulzura de esa boca que tanto había echado de menos.

—Había llegado a creer que esto ya no iba a pasar —le susurró entre beso y beso, jadeante.

—¿No te he dicho antes que te calles?

Levantó la cabeza y la miró. Ella respiraba con dificultad y tenía los labios húmedos y algo hinchados y la cara enrojecida. Estaba gloriosa.

—Tienes razón —dijo y, antes de que ella pudiera reaccionar, la arrojó sobre la cama, que estaba a un metro escaso. Cayó sobre el colchón. Su mueca de sorpresa pronto se convirtió en una de diversión.

—Ahora sí que haces honor a tu sobrenombre... Loki, el dios nórdico —dijo con la voz ronca y seductora.

—Te voy a demostrar cuánto de dios nórdico tengo dentro —murmuró, desabrochándose la camisa.

—Hazlo —le ordenó en un ronroneo mientras se quitaba los zapatos y los tiraba al suelo. Luego comenzó a abrirse los botones de la blusa.

—¿Cómo lo quieres, rápido e intenso? ¿O suave y lento? —Se deshizo de las zapatillas y los vaqueros, y luego, muy lentamente, se quitó los bóxers sin dejar de observarla. Su erección quedó libre.

—El primero, rápido e intenso —le retó ella, tirando la blusa al suelo y abriéndose la cremallera de la falda. Le miraba la entrepierna sin pudor alguno, humedeciéndose los labios adrede—. Y el segundo, suave y le...

Él no consintió que siguiera hablando, en una milésima de segundo se había tumbado sobre ella y la besaba. Tana emitió un gemido que reverberó dentro de su boca y él profundizó la caricia de sus labios empleando también su lengua para explorarla con ella.

Pronto no hubo prenda alguna entre ellos, la ayudó a deshacerse de la falda y de su ropa interior sin apenas echarle un vistazo al coqueto conjunto de lencería blanca. Su premio estaba debajo, y cuando quedó al descubierto, lo contempló con avidez. Durante las últimas semanas se había hecho a la idea de que no iba a volver a ver esa imagen nunca más, y ahora que la tenía

delante se sentía pletórico.

La abrazó con fuerza y cerró los ojos, apoyando la frente sobre la de ella, embargado de pronto por las emociones. Su miembro pulsaba contra su estómago y ella le acariciaba febrilmente la espalda, pero ignoró ambas cosas y se limitó a quedarse quieto, disfrutando del calor de su piel y de su respiración entrecortada. Por primera vez en su vida en una situación así, algo mucho más grande que lo puramente físico tomó posesión de su mente y de su cuerpo, sobrecogiéndole. Deseó poder detener ese instante para siempre. Su boca se llenó de una frase, una frase que se había formado en su cabeza, pero que ahora luchaba por liberarse y dirigirse donde en verdad debía estar: con *ella*.

Pero se contuvo.

Se contuvo porque no era el momento.

«Todo a su tiempo», se dijo, clavando la mirada en la suya. Tana también le contemplaba con esos ojos tan expresivos y tan llenos de lo mismo que él deseaba gritarle. Pero tampoco le dijo nada.

La besó.

¡Cómo no besarla cuando le miraba así!

Y como le había pedido hacía unos segundos, el primero fue rápido e intenso.

Muy rápido y muy intenso.

Apenas si hubo tiempo de buscar un condón.

Sus brazos y sus piernas no tardaron mucho en enredarse, compitiendo con sus labios y sus lenguas. Las caricias fueron erráticas y apresuradas. Un susurro, un beso y algún mordisco suave...

La poseyó con firmeza y agitación, sin preliminares. De pronto estaba dentro de ella y le sujetaba las manos con fuerza a los lados de la cabeza. Ella arqueó la espalda y se echó hacia atrás, ofreciéndole su cuello. Y no solo su cuello.

Se ofrecía entera.

Y él aceptó la ofrenda, restregándose contra ella, excitado y gruñendo como un salvaje. La penetró una y otra vez al tiempo que sentía cómo sus piernas le rodeaban el talle y le invitaban a hundirse más en su interior. Tenía

los ojos cerrados y todo su cuerpo estaba teñido de rosa y vibraba. Jadeos ahogados escapaban de su boca.

La imagen era tan erótica y sensual que le llevó al límite en cuestión de segundos. No se contuvo. Ya habría tiempo de contenciones, fue su último pensamiento lógico antes de ponerse rígido y correrse dentro de ella. Se dejó llevar. Un instante después sintió los espasmos que también recorrían el cuerpo femenino y se dejó caer sobre ella, aplastándola.

Gott!

Capítulo Cuarenta y cuatro

Exhaustos, empapados en sudor y con las respiraciones agitadas, se miraron a los ojos. Sus dedos se entrelazaban sobre la almohada. De alguna manera ella estaba encima ahora, y su melena se había esparcido sobre ambos, creando una suerte de sedosa cortina que los aislaba del mundo exterior.

Tana apoyó la mejilla sobre el pecho de Till y disfrutó de los fuertes latidos de su corazón. Debía de estar igual de acelerado que el suyo; quizá incluso palpitasen al unísono, pensó en un arranque de sentimentalismo poco habitual en ella.

A pesar de la rapidez con la que había sucedido todo y que apenas había durado unos minutos de gemidos, jadeos y roces, la experiencia le había resultado muy satisfactoria. ¿Suficiente? No. Eso nunca. No creía que jamás pudiera tener bastante de él. Cerró los ojos y se relajó en sus brazos mientras el ritmo de su respiración se iba normalizando. No quería moverse, no deseaba perderse ni un centímetro de esa piel húmeda y cálida que tanto había echado de menos. Till le había dicho que apenas podía creerse que eso estuviera pasando. Lo mismo o algo parecido había pensado ella. Los minutos después de que él hubiera abandonado la habitación con ese aire frío y arrogante habían sido los peores minutos de su vida, —exceptuando lo sucedido en México—. Un vacío angustioso se había alojado dentro de ella mientras se refugiaba en el baño y lloraba como una mema.

¡Había llorado!

Ahora, al recordar la desolación que había sentido al pensar que, debido a su propia estupidez, le había perdido para siempre, todavía se le encogía el estómago. Se apretó más a él y sus manos bajaron por sus fuertes brazos con lentitud hasta que alcanzaron su cara. Enredó los dedos en los pelos de su poblada barba y luego elevó la cabeza para poder mirarle a los ojos, que también estaban inmersos en ella, intensos y silenciosos.

—Me dejas sin aliento —murmuró él. Estaban tan cerca el uno del

otro que ella pudo verse reflejada en sus iris.

—Espero que no te refieras a lo físico nada más —bromeó.

—Bien sabes tú que no es solo eso —contestó—. Sabes que estoy loco por ti.

—La verdad es que te preferiría cuerdo y sabiendo lo que haces, y no enajenado y sin tener nada claro.

A él se le escapó una risa.

—Tengo las cosas muy claras, Tana. Y si me dejas descansar diez minutos más —le propuso con voz aterciopelada—, estaré listo para el segundo asalto..., el suave y lento ese del que hablábamos...

—No tengo prisa —musitó ella—. Sé que no te vas a ir a ninguna parte.

—¡Qué segura estás de mí!

—Sí. Lo estoy. No tengo ni la menor duda.

—En eso estamos de acuerdo, entonces. Me gusta que pensemos igual. —Se giró a un lado, súbitamente, obligándola a hacer lo mismo. Terminó encima de ella—. Antes has dicho que no era el momento de hablar y te he hecho caso —le dijo en voz baja con seriedad—, pero ahora me gustaría saber qué es lo que ha pasado para que hayas cambiado de opinión y hoy estés aquí, conmigo. La última vez que nos vimos me aseguraste que te ibas a casar con Raúl.

Tana se mordió el labio inferior, titubeante. ¿Cómo iba a explicarle a él algo que ni ella misma entendía? ¿Qué podía decirle en realidad? ¿Que Raúl le había parecido el hombre perfecto porque no le exigía más de lo que podía dar? ¿Que le había parecido ideal porque no necesitaba desnudar su alma ante él? Había vivido toda su adolescencia y su madurez estableciendo relaciones esporádicas, que cuando comenzaban a ponerse serias le hacían buscar excusas y justificaciones absurdas para ponerles fin. Un buen psicólogo le habría dicho que, debido a la volubilidad de su padre durante su infancia, que cambiaba de esposa cada cinco años, había desarrollado una fobia extrema al compromiso.

Hablando en plata: Cayetana Martínez Soto —Mata Hari para algunos — tenía pánico a enamorarse y bajar la guardia. Por eso Raúl le había parecido el hombre más apropiado para construir un futuro. No le quería y él

no la quería a ella. Era perfecto.

Pero en su ecuación de vida impecable no había contado con Till Landvik —alias Loki, el taimado embaucador—, que iba a entrar en su vida como un ciclón e iba a golpear su coraza protectora una y otra vez hasta conseguir resquebrajarla, y solo a base de ser sincero y ponerle el corazón a los pies. Tampoco había contado con esa horrible sensación que era echar de menos a alguien, de no poder pensar en otra cosa que no fuera *él*. No había planeado que, cada vez que cerrase los ojos, su imagen iba a acudir a su cabeza, atormentándola. No había tenido en cuenta que no iba a poder dormir por las noches imaginando la angustia que supondría no volver a verle jamás.

No, no había previsto nada de eso.

Y cuando todo aquello había llegado, la había pillado desprevenida. Y el dolor de perderle se había convertido en algo físico, en un dolor real. Se había afincado en su pecho y le había impedido respirar, día tras día y noche tras noche.

Así que, ¿cómo iba a casarse con Raúl si el único hombre que la ocupaba ya era él, por mucho que quisiera negarlo?

Imposible.

Pero ¿cómo le iba a contar todo aquello a Till?

Lo que vio en sus ojos le hizo comprender que no tenía por qué explicarle todo eso, que la respuesta a su muda pregunta era mucho más simple. Realmente no era tan complicado.

—No podía casarme con él estando enamorada de ti —le dijo con firmeza.

Una sonrisa que comenzó a nacer lentamente en sus labios, pero que terminó por llegar a sus ojos y le iluminó todo el rostro fue lo que recibió de él.

—Joder, Tana..., disculpa si te miro un rato con la boca abierta, es el estupor que me provoca tu franqueza.

—Te lo he hecho pasar mal, ¿verdad?

—No tienes ni idea... —Meneó la cabeza y su cabello se agitó y le cayó a ella sobre la mejilla, haciéndole cosquillas. Alzó la mano y cogió un mechón, dejando que se deslizara entre sus dedos. Adoraba su pelo...

—Pero ya está todo perdonado y olvidado —dijo. No dudaba de que fuese así, pero quería escuchárselo decir a él.

—Perdonado seguro, porque no hay nada que perdonar..., pero ¿olvidado? No. No voy a olvidar nada de lo que ha pasado entre nosotros. Han sido demasiadas cosas buenas como para querer que no hayan sucedido —le susurró, inclinándose y dándole un beso suave en la boca—. Nuestro primer baile en la boda...—La besó en la comisura de los labios—. Luego esa noche... salvaje en el hotel... —Otro beso en la mejilla—. La mañana siguiente y cómo me miraste como si fuese un insecto —añadió con sorna—. Sí, mmm... qué bonitos recuerdos.

—¿Eso tampoco quieres olvidarlo? —preguntó, algo sofocada por sus besos—. Eres masoquista...

—Sí, lo soy —repuso, y la besó en la punta de la nariz—. Y luego esa noche en Düsseldorf... —Se retiró y fingió vergüenza—. Algún día, cuando tengamos más confianza, te contaré que justo antes de que llamas a mi puerta me había estado masturbando mirando una foto tuya.

Tana abrió la boca, sorprendida, y le miró con los ojos muy abiertos. Él comenzó a asentir con exageración y se llevó una mano al corazón, como un niño pequeño que quiere hacer una promesa. Ella prorrumpió en risas.

—Entiendo que no quieras olvidar algo así —musitó, traviesa.

—Y tampoco quiero olvidar lo que pasó después... en el sofá y luego en la cama... —Volvió a besarla—. No quiero quitarme de la cabeza esos meses que estuvimos enviándonos mensajes. Me pasaba el día esperando que llegara la hora en que íbamos a contactar. —Hizo una pausa y su cara cambió, mostrándose más seria. Sabía lo que iba a decir a continuación y el malestar se apoderó de ella—. Y luego, cuando te presentaste en México... —prosiguió con serenidad—, eso tampoco voy a olvidarlo, porque lo que sucedió allí me hizo ver lo importante que eras para mí... —La tristeza le había empañado la voz—. Y aunque siempre pensaré en ello con amargura, forma parte de nosotros y de nuestra historia... y me niego a que desaparezca.

Tana notó un desagradable ardor en los ojos y los cerró. Había pasado un año de aquello y seguía doliéndole. Y más todavía si el que hablaba de ello era él y lo hacía con esa... calidez. Sintió sus labios posándose sobre sus párpados y sus sienes, y un hormigueo le recorrió la espalda. Transcurrieron

varios segundos de silencio mientras él la besaba y ella se dejaba besar. Ambos parecían haber caído presa de la melancolía y el ambiente se había tornado lánguido.

—Mírame —le dijo él, alzando la cabeza.

Ella abrió los ojos y lo hizo. La intensidad de su expresión la contagió y la penetró llenándola de calor.

—Al igual que eso es algo muy nuestro, también lo son aquellos días que pasamos juntos allí, Tana —continuó con un tono de voz más ligero, como si quisiera apartar toda la nostalgia y volver a recuperar la alegría que había imperado en la escena minutos antes—. ¿Recuerdas nuestros paseos por el pueblo? ¿Y cuando pasamos el día en la playa haciendo surf? Bueno, yo hacía surf y tú admirabas mi maravilloso cuerpo —aclaró con una sonrisa pícaro, y se apresuró a seguir hablando antes de que ella pudiera decir nada al respecto—. ¿Y el beso que nos dimos aquella noche en la orilla del mar? Cuando huiste después de que te dijera lo que sentía por ti, supe que tú también sentías algo por mí. ¡Qué cobarde! ¡Cómo echaste a correr! —sonrió.

Ella asintió. Recordaba muy bien aquella noche y lo aterrada que se había sentido. Abrumada por sentimientos desconocidos.

—Pero es que tenías que haberte visto —protestó—. Un tío de metro noventa en una playa oscura y desierta, con el pelo desaliñado y los ojos muy abiertos y un aspecto amenazador..., balbuceando cosas raras sobre que no me iba a dejar escapar... —Fingió que se estremecía—. Y yo, una pobre mujer desamparada... Entiende que me fuera.

Él soltó una carcajada ronca.

—¿Tú y desamparada? Pero si me has tenido a tu merced desde el mismo momento en que me miraste con esos ojos oscuros tuyos y me perdonaste la vida en la boda de Cas. Y lo sabes... —le susurró, poseyendo su boca.

Ella correspondió al beso con ardor. Le mordisqueó el labio y tiró sin demasiada fuerza, pero lo suficiente para que él se apartase y abriera los ojos.

—También recuerdo esa otra noche en el hotel. —Ahora fue ella la que habló—. Esa noche que saliste a buscarme al balcón. Creo que fue la primera vez que hicimos el amor de verdad. Al menos yo lo sentí así..., me hiciste sentir... querida —concluyó con algo de pudor. No le resultaba

sencillo hablar de sus emociones.

—Sí —respondió él—, esa noche hicimos el amor y yo te quise... y mucho... Y además, sonaba nuestra canción.

—La que *tú* decías que era nuestra canción.

—Lo que sea... Fue tan importante que hasta me la tatué en el brazo. —Se señaló el bíceps como si ella no hubiese mirado ese tatuaje al menos veinte veces desde que él se había quitado la ropa.

—Creía que eso lo habías hecho para olvidarme. —Bajó la vista y releyó la frase de nuevo.

—Bueno... eso es interpretable. —Subió una ceja.

Ella sonrió y meneó la cabeza, divertida a su pesar. Él volvió a besarla suavemente en la boca, luego enterró la cara en su cuello y aspiró hondo.

—Jamás pensé que esto fuera a acabar así —le susurró al oído.

—¿Así? ¿Cómo?

—Contigo loca por mí.

Le pegó un puñetazo juguetón en el pecho.

—En serio. Desde la primera vez que te vi, soñé con esto —continuó él—, pero no creí que pudiera pasar.

—¿Desde la boda de Eli?

—No. Desde la primera vez que te vi, el verano que Eli y Cas se conocieron, hace ocho años. Me acuerdo muy bien de ti. Estabais en el *Western Ribs* y habíais bebido..., y tú bailabas de una manera... —Alzó la cara y emitió un silbido exagerado—. Esa noche me dije: *Till, esa morenaza tiene que ser tuya*. Y, por fin, los dioses de mis antepasados me han sonreído, y mía eres.

A ella le entró la risa al escuchar su tono vehemente.

—Suenas como Cas, el señor posesivo —repuso burlona.

—A fin de cuentas soy un Landvik, ¿no? —La miró, risueño.

—Sí, eres un Landvik. Pero no uno cualquiera. Eres *mi* Landvik —dijo en voz queda—. Que no se te olvide.

—¿Quién es la posesiva ahora? —se rio él, apartándose y echándose sobre la espalda, al mismo tiempo que tiraba de ella y la acoplaba a su

costado.

Tana pasó un brazo por encima de su pecho y una pierna sobre su muslo y dejó que su cabeza reposara en el hueco de su axila. Él era enorme cuando se encontraban de pie frente a frente, pero tumbado en la cama a su lado, tenía la altura perfecta. Cerró los ojos y le acarició el pecho con abandono, disfrutando con los rizos rubios que cubrían sus pectorales. Dejó que su mente volara y pegase un salto adelante en el tiempo. Frunció el ceño al pensar en el futuro, a fin de cuentas él tendría que volver a México y ella a Madrid.

—¿Sabes lo que dicen, ¿no? —preguntó al cabo de un rato de silencio. No quería sonar inquieta, pero nada más pronunciar las palabras se percató de que sí lo hacía—. Que las relaciones a distancia no funcionan.

Él no se inmutó.

—Haremos que funcione —respondió con tranquilidad—. ¿Confías en mí?

Ella alzó la mirada y buscó sus ojos.

—Sí.

—Pues deja de preocuparte. Y ahora, regálame los oídos un poquito. —Cambió de tema.

—¿Qué quieres? —le preguntó, apoyando la barbilla en su pecho.

Él la soltó y se pasó los brazos por detrás de la nuca, poniéndose cómodo.

—Dime que te importo —le ordenó con fingido tono autoritario.

Tana le regaló una sonrisa condescendiente y tardó en responder, haciéndose la difícil. En realidad no deseaba otra cosa que decirle cualquier cosa que él quisiera escuchar.

—Me importas —cedió al fin, pretendiendo aburrimiento.

—Y ahora, dime que me has echado de menos.

—Te he echado de menos. Una barbaridad —añadió con voz ronca.

Él asintió, muy satisfecho con sus respuestas.

—Dime que has pensado en mí constantemente.

—Esa es fácil —respondió—. He pensado en ti constantemente.

—Bien. Ahora dime que soy el hombre más guapo del mundo y que sin mí tu vida ya no tiene sentido —dijo él burlón.

Ella meneó la cabeza.

—Te estás pasando, Landvik.

—Tendrás que consentirme por todos esos meses que me has tenido en vilo, ¿no?

—Tienes razón.

—Pues dilo.

—Que diga ¿qué?

—Que soy el hombre más guapo del mundo.

—Eres el hombre más guapo del mundo —dijo finalmente poniendo los ojos en blanco—. En cuando te quites las trenzas y te afeites la barba —añadió.

—¿Qué tienen de malo mis trenzas? —Cogió una de ellas y se la mostró—. Son adorables. Tendrás que ser más permisiva.

—Si tanto te importan, consérvalas. Y en cuanto a lo otro, lo de la barba...

—Tengo espuma de afeitar en el coche —dijo en voz baja.

—Perfecto. Me encanta cuando me obedeces.

—Yo siempre, ya lo sabes. Eres mi ama y señora. Y ahora dímelo —volvió a insistir.

—¿Qué quieres que te diga? —Fingió no saber a qué se refería.

—Que sin mí tu vida no tiene sentido.

—Eres un coñazo —farfulló con jovialidad.

—Sí.

—Sin mí tu vida no tiene sentido.

—Lo has dicho al revés —la recriminó con el ceño fruncido.

—Un lapsus tonto. —Agitó la mano en el aire, restándole importancia—. Pero tú sabes lo que quiero decir.

—Lo sé. Y no hace falta que digas nada más. Tus ojos me lo están gritando.

—¿Qué te dicen?

—Espera, déjame que lo descifre. —Se incorporó y se echó sobre ella, cargando el peso sobre sus brazos. Luego le sujetó la cara con firmeza entre las manos y la miró—. Me están diciendo: *Estoy loca por ti. No me dejes nunca. Eres lo mejor que me ha pasado jamás. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.* —Hizo una pausa—. Sí, eso me están diciendo.

Ella sonrió. Luego alzó la barbilla y le dio un beso suave.

—Exactamente, eso es lo que están diciendo. Alto y claro —murmuró contra su boca.

—Lo sabía —replicó, triunfal—. Soy capaz de leer en tu mirada como nadie. Ah, espera..., veo algo más.

—¿Qué ves?

—Me están diciendo otra cosa.

—¿Qué cosa?

Él guardó silencio y la miró con tanto fuego en sus preciosos ojos color turquesa que un curioso calor comenzó a formarse en su pecho y fue expandiéndose por todo su cuerpo, llegando hasta sus entrañas. Se quedó sin respiración.

—Están diciendo: *Te quiero, Till.* Sí, eso dicen... ¿Será cierto?

«Quizá lo sea», pensó, desbordada de emoción. Realmente no tenía palabras para expresarle todo lo que en verdad sentía por él. Era demasiado...

—Si mis ojos lo dicen... —respondió con vaguedad en un hilo de voz, cuando por fin fue capaz de encontrarla.

Él sonrió ampliamente.

—Lo sabía —murmuró.

Y luego la besó. Esta vez el beso no fue suave ni breve.

Y Tana se abandonó a su beso y a su abrazo. Sabía que solo iba a ser el primero de muchos.

Muchos más.

Epílogo

Extendió la toalla al lado de la mochila negra y se quitó el vestido que llevaba sobre el bañador. Luego tomó asiento y fijó la vista en el mar. El sol se elevaba poco a poco por encima del agua, reflejándose en ella y arrancándole destellos dorados, convirtiendo las olas en ondulantes montañas rutilantes y cegadoras. Utilizó la mano a modo de visera y le buscó con la mirada. No tardó en encontrar su silueta recortándose contra el cielo. Era el único surfista que había en el agua a esa hora de la mañana.

Apoyó la barbilla sobre las rodillas y le contempló con una mezcla de admiración y orgullo. Le encantaba verle surfear. Era mágico seguir los movimientos de su cuerpo sobre las olas. Subía, bajaba, se giraba, se inclinaba y se quedaba suspendido en el aire para volver a caer sobre el agua y seguir haciendo figuras imposibles que a la vista resultaban increíblemente sencillas. Pero ella sabía que no lo eran. Si algo había aprendido después de llevar tanto tiempo con él, era que surfear no resultaba tan fácil. Ella era el mejor ejemplo. Había sido una alumna nefasta. Carecía de cualquier tipo de equilibrio, así que, de mutuo acuerdo, decidieron que él surfeara y ella... se dedicase a otras cosas.

Pero a pesar de su ineptitud como surfista, no podía dejar de admirar su pericia y su elegancia cada vez que él se internaba en el mar y se volvía uno con su tabla para enfrentarse a las crestas de espuma. Era una imagen de la que jamás se cansaba.

En realidad, ninguna imagen de Till le cansaba. Podía contemplarle durante horas, daba igual lo que estuviera haciendo. Le gustaba verle dormir, cuando los músculos de su cara se relajaban y su expresión se suavizaba haciendo que aparentase diez años menos. Adoraba verle concentrado mientras se ocupaba de encerar alguna de sus tablas y tenía la mirada perdida y soñadora. Cuando se molestaba por algo y fruncía el ceño y arrugaba la frente. Cuando se burlaba de ella y le dirigía una de esas sonrisas socarronas. Pero sobre todo, amaba ver cómo se le iluminaba el rostro cuando la miraba lleno de amor.

Amaba cada pequeño detalle de él, por muy ínfimo que fuera. Amaba el hombre en el que se había convertido, y todavía le quería más porque a su lado ella se había convertido en otra mujer. Ni mejor ni peor que la de antes, pero mucho más feliz y satisfecha. Una Tana más plena.

El sol le molestaba en los ojos, así que se inclinó y sacó las gafas de sol del bolso. Se las puso y echó un vistazo a su alrededor. Había un matrimonio de mediana edad a unos cincuenta metros a su derecha y una pareja joven algo más allá. Nadie más. Era muy temprano. Una chica de unos veinte años apareció en su campo de visión. Iba corriendo por la orilla; llevaba pantalón corto, camiseta de tirantes y zapatillas de deporte. Cuando llegó a su altura se detuvo y miró hacia el mar utilizando la mano como visera, como ella misma había hecho antes.

Till abandonaba el agua en ese momento.

El sol le daba en la espalda, de manera que era imposible distinguirlo con claridad, pero a ella no le hacía falta. Conocía cada centímetro de ese cuerpo como si fuera el suyo propio. Sus ojos, sus manos, su nariz, su boca lo conocían muy bien. Solo hacía unas horas que había explorado todos sus rincones en la oscuridad de la habitación de su hotel.

Él se detuvo brevemente y se sacudió el pelo con un movimiento enérgico de cabeza; ya no llevaba la melena de Loki, ahora el cabello apenas le cubría las orejas. Se lo echó hacia atrás y agarrando la tabla con firmeza, sorteó las olas que rompían a su espalda.

La chica, que había detenido su ejercicio matutino para quedarse mirándole, seguía quieta en la orilla, y Tana, incluso desde aquella distancia, se percató de su expresión interesada. Sonrió ampliamente. Era un gesto que solía ver con frecuencia en otras féminas cuando se cruzaban con él.

«Puñeteros Landvik y su *sex appeal*. Son un peligro», pensó con ironía.

Su móvil emitió un pip. Se inclinó para sacarlo del bolso. Tenía un mensaje de voz de Eli. Seguramente la habría llamado para reprocharle que no hubieran dicho nada a nadie y se hubiesen escapado a México sin avisar. Se lo llevó a la oreja y reprodujo el mensaje. Exacto, eso era. Mientras escuchaba la voz de su amiga pretendiendo estar enfadada y echándole en cara su falta de información, siguió mirando a Till, que acababa de descubrirla. La saludó con la mano y ella correspondió al saludo de igual

manera.

Olvidada quedó la chica de la orilla y la voz de Eli. Olvidado quedó todo. Solo tenía ojos para él, que se acercaba sonriendo y mirándola como si no hubiera otra mujer en el mundo.

Tana se levantó y fue a su encuentro.

* * *

Till salió del agua con la tabla de surf debajo del brazo derecho, al tiempo que con el izquierdo se echaba el pelo hacia atrás. Hacía ya un par de años que se lo había cortado y tenía que reconocer que ese corte era mucho más práctico que la melena que había llevado antes, aunque a veces echaba de menos su antiguo aspecto al mirarse al espejo.

Su mirada paseó por la playa hasta encontrar lo que estaba buscando. Sí, Tana ya había llegado. Esa mañana, él se había adelantado y había bajado de madrugada para aprovechar la soledad del mar y hacerse con unas olas antes de que llegaran el resto de los turistas. Ella se había quedado en el hotel, pero ya estaba ahí junto a sus cosas, sentada sobre una toalla verde y hablando por teléfono. Unas gafas de sol cubrían sus ojos por lo que no supo si le miraba o no, aun así levantó el brazo y la saludó. Ella correspondió al saludo y a él se le curvaron los labios en una sonrisa. Daba igual cuanto tiempo pasara, cada vez que ella le prestaba atención, él se derretía. Así de simple.

Estaba loco por su mujer.

Y decir mujer era correcto, a pesar de que no estuviesen casados. Llevaban juntos siete años ya. Siete años que al principio habían resultado difíciles. Él en México, ella en España..., y ambos decididos a que aquello funcionara. Y vaya si lo había hecho. Se habían gastado una fortuna en billetes de avión los primeros ocho meses, hasta que por fin él le vendió su parte del negocio a Amaya y se mudó a España. Encontró un trabajo como monitor de windsurf en la costa mediterránea y alquiló un apartamento cerca de donde Cas había tenido el suyo. Entonces las cosas comenzaron a ser más fáciles. Tana pasaba la mitad de la semana en Madrid y la otra mitad en su apartamento, junto a él. Hasta que hacía ya cinco años, ella había abierto una filial de *Promenade* —más pequeña y coqueta— en la costa y se había trasladado definitivamente. Había delegado la responsabilidad del negocio de Madrid en Martina y solo iba una vez al mes a reunirse con ella y supervisar

la *boutique*.

Mientras él se acercaba, ella terminó de hablar por teléfono y dejó el aparato sobre la toalla, se quitó las gafas, se incorporó y fue a su encuentro. Se había puesto un bañador negro. Su sonrisa se hizo más amplia al verlo. La noche anterior, en la habitación del hotel y de casualidad, habían encontrado en un canal *De aquí a la eternidad*. Al llegar la escena del beso entre Burt Lancaster y Deborah Kerr, había tratado de convencerla de que esa película se había rodado en esa playa donde ellos estaban —lo cual no era verdad, se había rodado en Hawái—, y de que sería un sacrilegio no tratar de emular ese beso al día siguiente. Ella se había burlado, por supuesto, y sin embargo había decidido prescindir del bikini y se había puesto el bañador, uno parecido al que llevaba la protagonista de la película en la escena de marras.

—Estás preciosa —le dijo cuando se encontraron. Dejó la tabla en la arena y la cogió por el talle.

—¡No! —protestó ella, intentando zafarse—. Estás empapado y me vas a empapar a mí.

—Me gusta cómo suena eso... empaparte... mmm... —repuso, atrapándola entre sus brazos y elevándola en el aire. Ella se resistió sin demasiado ahínco. Y él enterró la cara en el hueco de su cuello y la mordisqueó allí, provocándole un gemido—. Además, para la escena del beso es necesario que estemos mojados ambos —añadió, levantando la cabeza y mirándola con mucha seriedad.

—¿Sigues con eso? —Elevó la mirada al cielo como pidiendo paciencia, pero no trató de apartarse.

—Por supuesto. No pienso en otra cosa desde anoche. Y sé que tú también. Te has puesto bañador...

—Es que el bikini estaba mojado —dijo con vaguedad.

—Te has traído al menos tres bikinis —objetó él con una sonrisa al ver como ella trataba de hacerse la indiferente.

Se volvió a mirarle y le sonrió, haciendo que su corazón se acelerara.

«¡Joder! Muero de amor por esta mujer...», pensó. «Soy un pusilánime», se dijo. Pero reconocía que ser un pusilánime por ella era lo mejor que le había pasado en la vida. Lo mejor.

—Está bien. Lo reconozco. Quiero ser tu Deborah Kerr.

—Lo sabía —exclamó él, ufano, besándola con arrojo en la boca.

Ella correspondió al beso con igual ímpetu. Quizá más. Enroscó las piernas en torno a su talle, ignorando a algunos bañistas madrugadores que ya habían comenzado a llegar y que los observaban con interés. Y Till la adoraba por ello, por ser pasional y haber aprendido a actuar con espontaneidad y mostrar cómo se sentía. Por llevar sus sentimientos a flor de piel y compartirlos con él de aquella manera tan natural. Sí. La adoraba.

—¿Vas a dejarte crecer el pelo? —le preguntó, enredando los dedos en los mechones de su nuca.

—¿Quieres? Creía que te gustaba así...

—Y me encanta. Pero también echo de menos esa melena salvaje a lo vikingo... incluso tus trenzas —murmuró, alborotándole el húmedo cabello con una mano.

—Puedo ser muy salvaje y muy vikingo, no depende del pelo, ¿sabes? —dijo él con voz ronca contra su boca.

—Perro ladrador, poco mordedor —le incitó ella.

Entonces él le apresó el labio inferior con los dientes y tiró con suavidad. Su cuerpo cálido se amoldó al suyo a la perfección. Notó la opulencia de sus pechos pegados a sus pectorales, la calidez de sus brazos en torno a su cuello y su aliento entrecortado sobre sus mejillas... Y reaccionó. Por supuesto que lo hizo. Su entrepierna comenzó a vibrar, ansiosa por que aquel beso no se quedara solo en eso y se convirtiera en algo más. Expelió un gruñido que fue a morir a la boca de ella y bajó las manos camino de sus nalgas...

—Mamá, papá...

La vocecita infantil los sobresaltó. Tana bajó las piernas con rapidez y él la depositó sobre la arena. Se giraron, algo sofocados.

—Si llego a saber que estáis protagonizando un escándalo público ni me acerco, pero ha insistido —dijo Amaya con retintín. Había aparecido a unos metros de distancia y llevaba a Iago de la mano.

Till miró a su exsocio con escepticismo antes de acuclillarse y dejar que su hijo se abalanzara sobre él.

—Amaya me va a enseñar a ponerme de pie yo solo sobre la tabla —proclamó el pequeño, excitado.

—Eso es genial. —Le abrazó con firmeza—. Entonces, esta tarde volvemos a hacer surf, juntos.

El niño asintió con energía y un mechón de su moreno cabello le cayó sobre la frente. Le miró con mucha solemnidad con esos ojos oscuros tan parecidos a los de su madre, y a él se le encogió el corazón de puro amor. ¡Cómo amaba a su hijo! Tenía cuatro años y era fuerte, valiente e igual de independiente que Tana.

—Sí, y seguro que puedo ponerme de pie en el agua también —dijo con convicción.

Till sonrió, encantado por la enorme seguridad en sí mismo que desprendía a pesar de su corta edad.

En ese momento, Tana, que había estado diciéndole algo a Amaya, se acercó y se agachó junto a ellos. Iago abandonó a su padre para refugiarse en los brazos de su madre y contarle, atropelladamente, las maravillosas noticias.

—¿Se porta bien? —preguntó Till dirigiéndose a Amaya.

—Es un cielo. Bastante más agradable que su padre —bromeó.

—Habrá salido a su madre. —Miró a Tana y a su hijo, que ahora cuchicheaban en voz baja.

—No pensaba acercarme, la verdad. Os he visto muy acaramelados y os iba a dejar vuestro espacio. Pero ha insistido en que tenía que informaros de lo que le había dicho. Y es tozudo. Imposible detenerle.

Till sonrió.

«Tozudo como su madre».

Habían venido a pasar tres semanas a Baja, en unas vacaciones improvisadas. Se alojaban incluso en el mismo hotel en el que Tana se había alojado cuando estuvo allí por primera vez. Y habían pensado que sería una buena idea apuntar a Iago a alguna de las clases para niños que impartía Amaya. Además, egoístamente, así mataban dos pájaros de un tiro, utilizándola como instructora de surf y como niñera al mismo tiempo. Y así se lo habían propuesto el día anterior mientras comían en una de las tascas. Ella había aceptado encantada. Y esa misma mañana Tana había dejado al niño en la escuela.

—Venid a recogerle en un par de horas —dijo—. Sin prisas, eh... —

añadió con malicia.

Till soltó una carcajada mirándola de reojo. Amaya no había cambiado nada desde la última vez que la había visto, hacía cinco años ya. Seguía igual que siempre. Había terminado por casarse con Tony y entre los dos se ocupaban del negocio. Y les iba muy bien.

Tana y Iago se acercaron a ellos. El pequeño daba saltitos agarrado a la mano de su madre.

—¿Qué le has prometido? —inquirió Till, pasándole un brazo a ella por encima de los hombros.

—Nada. —Negó con la cabeza, pero la sonrisa que iluminaba su cara desmentía lo que acababa de decir.

—¡Una tabla de surf! —gritó el niño, echando a correr.

Amaya se despidió de ellos y fue tras él. Le alcanzó solo unos metros más adelante y le cogió de la mano. Ambos se giraron y les dijeron adiós con un gesto antes de seguir andando hacia la escuela.

—Eres una blanda —dijo Till, apretándola contra su cuerpo.

—Lo soy —admitió ella con un suspiro—. Solo hay dos hombres en el mundo que consiguen hacer conmigo lo que quieren.

—Espero que uno de ellos sea alto, rubio y en extremo atractivo. Y tenga un apellido noruego.

—¿Cas? ¿Jan?

—He dicho en extremo atractivo. Mis hermanos no me llegan a la suela del zapato en cuanto a belleza —dijo con sorna.

—Es cierto. ¡Qué tonta soy! —repuso con sarcasmo. Luego cambió de tono, suavizándolo—. Y el otro es ese hombrecito que es igual de granuja que su padre.

Él sonrió y depositó un suave beso sobre su cabeza. Tana era la madre ideal, al menos él lo veía así. Todos los miedos del principio, cuando se quedó embarazada de nuevo y comenzó a dudar sobre si iba a ser capaz de ocuparse de un niño, poco a poco habían ido desapareciendo y ahora se enfrentaba a la maternidad con un simple y sano sentido común. Cometía errores, claro. Ambos lo hacían. Pero ahí estaba la perfecta imperfección de ser padres, ¿no?

Mientras seguía con la mirada a su exsocio y a Iago, le vino a la cabeza un recuerdo. Hacía muchos años, en esa misma playa, él había fantaseado con sentarse sobre una tabla de surf con su hijo y enseñarle a enfrentarse a las olas. Y la tarde anterior había sucedido: había tenido a su hijo sentado sobre su tabla mientras una ola se acercaba a ellos, había conseguido que se pusiera de pie frente a él y la habían cabalgado... juntos.

Su sueño se había convertido en realidad.

Realmente, todos sus sueños se habían cumplido. Tenía a la mujer que quería, una familia y una vida maravillosa. A veces, echaba la vista atrás y pensaba en el pasado. Casi resultaba del todo increíble que él, Till Landvik, que tanto había hecho sufrir a su familia, hubiera conseguido llegar hasta allí. Pero la vida era así. Quitaba y recompensaba. En algunas ocasiones con justicia, en otras no... ¿Quién le iba a haber dicho a él que las cosas podían terminar así? Terminar no, se corrigió en silencio. Empezar y continuar.

Tana le pasó un brazo por detrás de la cintura y se agarró a él con firmeza, sacándole de sus pensamientos. Bajó la mirada y vio que ella también seguía con los ojos a Amaya y a su hijo. Una expresión soñadora había aparecido en su semblante.

—¿Qué piensas? —le preguntó.

Ella sonrió antes de contestar. Levantó la barbilla y le miró. El sol se reflejó en su cara de lleno, mostrando todas esas pequeñas imperfecciones que él amaba profundamente: las arruguitas, la cicatriz, su lunar...

—Pienso que eres un padre maravilloso. Y que soy una mujer afortunada.

Como siempre que ella le decía algo así, sintió cómo el calor le recorría todo el cuerpo para terminar alojándose en su pecho. ¿Acaso se podía ser más dichoso? ¿Se merecía él tanta felicidad? Quizá no. Pero no iba a rechazar lo que la vida le ofrecía. No. Lo iba a disfrutar a manos llenas, iba a vivirlo plenamente, a saciarse de ello... Todos los días al lado de Tana eran mágicos, algunos mejores, otros peores, pero todos y cada uno de ellos, especiales...

—*Ich liebe Dich* —le susurró con intensidad.

Ella chasqueó la lengua, rompiendo toda la magia. ¿Cómo no? Tana era Tana.

—*Ich liebe Dich?* —repitió con su impecable acento y una ceja arqueada—. A mí no me vengas con esas. No me impresionas hablándome en alemán. Si quieres decirme algo, dímelo en cristiano.

—Eres el romanticismo en persona —ironizó—. Quizá deberías decírmelo tú.

—¿Para qué? Si ya lo lees en mis ojos, ¿no? —Se desasíó de su abrazo y se alejó, mirándole por encima del hombro con una sonrisa pícaro dibujada en su boca.

Él la siguió, sonriendo también.

—¿Dónde vas?

—Al agua. A lo del beso... ¿Recuerdas? ¿Burt Lancaster y Deborah Kerr? ¿Te vas a echar atrás ahora? —le retó, echando a correr—. Cobarde...

Él aceleró sus pasos, soltando una risa. Con sus piernas más largas la había alcanzado antes de llegar a la orilla. La cogió por detrás y la alzó en el aire y ella soltó un grito que se transformó en carcajada.

Segundos después estaban tumbados sobre la arena mientras las olas bañaban sus pies. Y se besaban.

—Nunca imaginé que pudiese ser así. Nadie me había besado nunca como tú —recitó ella las palabras exactas o casi exactas que decía Deborah Kerr en la película.

—Lo sé. Soy un Landvik —respondió él, arrogante, saliéndose del guion. Luego se giró y la situó encima.

Ella elevó la cabeza y se rio con ganas. Una ola algo más grande rompió contra ellos, empapándolos por completo y haciendo que su risa se hiciera más profunda.

—¿Sabes qué, *Landvik*? —le preguntó con los ojos brillantes y el pelo mojado pegado a sus mejillas.

—Dime —dijo, sujetándole la cara con ambas manos y clavando los ojos en ella.

—Te quiero.

Fin

Palabras y expresiones en otros idiomas

Alemán

Blockpraktikum – Semestre de prácticas (en las carreras alemanas antes de los dos años de prácticas propiamente dichas).

Scheiss Song! – ¡Mierda de canción!

Gott! – ¡Dios!

Verdammt! – ¡Maldición!

Prinzessin – Princesa.

Hallo, Partner – Hola, socio.

Ende gut, alles gut – Bien está lo que bien acaba.

Sofort! – ¡Ahora!

Arschloch! – ¡Capullo! (traducción libre).

Verdamnte Scheisse! – ¡Maldita mierda!

Wer ist da? – ¿Quién es?

Ja? – ¿Sí?

'tschuldigung – Disculpa.

Scheisse! – ¡Mierda!

Scheisse! Du hast keine Ahnung... keine Ahnung wie schwer es war...
– ¡Mierda! No tienes ni idea, ni idea de lo duro que fue...

Ich werde verrückt! – Me vuelvo loco.

Ach du Scheisse! – ¡Joder! / ¡La leche! (traducción libre).

Blödmann! – Idiota.

Nein, nein... Gott! – No, no... ¡Dios!

Mein Gott! – ¡Dios mío!

Nein, nein, nein... das kann nicht Wahr sein! – No, no, no... no puede ser verdad.

Kluges Kind – Chico listo.

Aus den Augen, aus dem Sinn – Ojos que no ven, corazón que no siente.

Kleine Prinzessin – Princesita.

Ich liebe Dich – Te quiero.

Noruego

Fæn! – ¡Joder!

Dritt! – ¡Mierda!

Inglés

Darling – Cariño.

OMG – Siglas de Oh, my God! – ¡Oh, Dios mío!

Offshore – Viento en dirección al mar.

Rack – Soporte donde se colocan las tablas de surf.

One-night stand – Lío de una noche.

Two-night stand – Lío de dos noches.

Shortboard – Tabla corta.

Longboard – Tabla larga.

Take off – Maniobra de surf que consiste en ponerse en pie sobre la tabla.

Goofy – Surfista que pone el pie derecho delante en la tabla a la hora de surfear.

Tail – Cola o parte trasera de la tabla.

Bottom turn – Es el primer giro que se realiza después del *Take off* y

que sirve para surfear la pared de la ola y aprovecharla al máximo.

Cut back – Maniobra de surf que consiste en realizar un giro de 180° después de haber escapado del rompiente, para volver a acercarse, ir en dirección contraria, y seguidamente volver a girar 180° para recuperar la dirección original, es decir, hacer un ocho.

Fuck! – ¡Joder!

Canciones

We've Got Tonight

"...Deep in my soul, I've been so lonely

All of my hopes, fading away

I've longed for love, like everyone else does

I know I'll keep searching, even after today

So there it is girl, I've said it all now

And here we are babe, what do you say?

We've got tonight, who needs tomorrow?

We've got tonight babe

Why don't you stay?..."

"... I know it's late, I know you're weary

I know your plans don't include me

Still here we are, both of us lonely

Both of us lonely...

We've got tonight, who needs tomorrow?

Let's make it last, let's find a way

Turn out the lights, come take my hand

We've got tonight babe

Why don't you stay?

Oh oh oh, why don't you stay?..."

Tenemos esta noche

“... En lo más profundo de mi alma, he estado tan solo

Todas mis esperanzas se desvanecían

He anhelado el amor, como todos los demás

Sé que incluso después de hoy seguiré buscándolo

Así que ahí está, chica, ya lo he dicho todo

Y aquí estamos, nena ¿qué dices?

Tenemos esta noche, ¿quién necesita un mañana?

Tenemos esta noche, nena

¿Por qué no te quedas?...”

“... Sé que es tarde, sé que estás cansada

Sé que tus planes no me incluyen

Y sin embargo aquí estamos, ambos solos

Ambos solos...

Tenemos esta noche, ¿quién necesita un mañana?

Vamos a hacer que dure, vamos a encontrar la forma

Apaga la luz, coge mi mano
Tenemos esta noche, nena
¿Por qué no te quedas?
Oh oh oh, ¿Por qué no te quedas?

Changes

*“I feel unhappy
I feel so sad
I have lost the best friend
That I ever had.
She was my woman
I loved her so
But it’s too late now
I’ve let her go.
I’m going through changes
I’m going through changes
In my life...”*

*“We shared the years
We shared each day
In love together*

*We found a way.
But soon the world
Had its evil way
My heart was blinded
Love went astray.
I'm going through changes
I'm going through changes
In my life..."*

*"It took so long to realize
I can still hear
Her last goodbyes
And now all my days
Are filled with tears
Wish I could go back
And change these years.
I'm going through changes
I'm going through changes
In my life..."*

Cambios

“Me siento infeliz
Me siento tan triste
He perdido a la mejor amiga
que pude tener.
Ella era mi mujer
La quería tanto
Pero es demasiado tarde ahora
La he dejado ir.
Estoy experimentando cambios
Estoy experimentando cambios
en mi vida.
Compartimos los años
compartimos cada día
enamorado
encontramos nuestro camino.
Pero pronto el mundo
encontró su mal camino
Mi corazón fue cegado
el amor se extravió.
Estoy experimentando cambios

Estoy experimentando cambios
en mi vida.

Llevó tanto tiempo darse cuenta,
todavía puedo oír
su último adiós.

Y ahora todos mis días
están llenos de lágrimas.

Desearía poder volver atrás
Y cambiar esos años.

Estoy experimentando cambios
Estoy experimentando cambios
en mi vida...”

Sobre la autora

Laura Sanz aprendió a leer antes que a hablar y a escribir antes que a andar. Así que después de largos años de no saber qué hacer con su vida, además de irse al extranjero y aprender idiomas, trabajar en sitios diversos y escribir compulsivamente en servilletas de bar... decidió publicar.

Todos sus libros tienen #happyending garantizado.

Actualmente vive en Madrid con su marido y sus tres gatos.

Le encanta recibir mensajes de sus admiradores y detractores. Por favor contactad con ella en laurasanzautora@gmail.com

Probablemente conteste :)

Si queréis saber más sobre ella y sus próximos lanzamientos

visitad: www.laurasanzautora.com

Además la podéis encontrar en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

Si queréis suscribiros a su newsletter y recibir información relevante sobre sus libros y próximos proyectos, podéis hacerlo [aquí](#)

Otras novelas de la autora

[La chica del pelo azul](#)

[La historia de Cas \(Landvik #1\)](#)

[La lucha de Jan \(Landvik #2\)](#)